

DE LAS CREADORAS  
DE BEAUTIFUL

*Oscuro*  
**NOCHE  
SALVAJE**

**CHRISTINA LAUREN**

  
VERGARA

DE LAS CREADORAS  
DE BEAUTIFUL

*Oscuro*  
**NOCHE  
SALVAJE**

**CHRISTINA LAUREN**



# OSCURA NOCHE SALVAJE

Christina Lauren

Traducción de Ana Isabel Domínguez Palomo  
y M.<sup>a</sup> del Mar Rodríguez Barrena



*Para Eddie, nuestro Superman*

# 1

## Lola

Dibujo mentalmente las viñetas de la escena que tengo delante mientras seguimos a la recepcionista por el pasillo de suelo de mármol:

«La mujer lleva zapatos de tacón negros de quince centímetros, tiene unas piernas interminables, sus caderas se contonean a cada paso.

»Contoneo a la izquierda.

»Contoneo a la derecha.

»Contoneo a la izquierda.»

Mi representante, Benny, se inclina hacia mí.

—No te preocupes —me susurra.

—Estoy bien —le miento, y él se limita a resoplar en respuesta antes de enderezarse.

—El contrato ya está redactado, Lola. Has venido para firmarlo, no para impresionar a nadie. ¡Sonríe! Lo de hoy es la parte divertida.

Asiento con la cabeza e intento engañar a mi cabeza para que se lo trague: ¡Mira qué oficinas! ¡Mira qué gente! ¡Luces brillantes! ¡La gran ciudad!, pero es una pérdida de tiempo. Llevo escribiendo y dibujando *Pez Navaja* desde los doce años, y cada segundo de la parte divertida siempre ha sido, para mí, crearlo. La parte aterradora es recorrer este pasillo estéril flanqueado por cubículos de cristal y brillantes carteles de películas a fin de firmar un

contrato de siete cifras para la adaptación al cine.

Tengo el estómago alojado en algún punto de la garganta y vuelvo a mi lugar seguro.

«Contoneo a la izquierda.

»Contoneo a la derecha.

»Contoneo a la izquierda.»

La recepcionista se detiene delante de una puerta y la abre.

—Ya hemos llegado.

Las oficinas del estudio de cine son casi obscenas en su opulencia. Todo el edificio parece el equivalente moderno de un castillo. Todas las paredes son de aluminio bruñido y de mármol; todas las puertas son de cristal. Todos los muebles son o de mármol o de cuero negro. Benny entra primero, rebotando seguridad en sí mismo, y cruza la estancia para estrechar las manos de los ejecutivos que hay al otro lado de la mesa. Yo lo sigo, pero cuando suelto la puerta de cristal, esta se cierra con un golpe seco y el repentino ruido del cristal al chocar con el metal resuena en la estancia. Un sonido que queda ahogado por dos jadeos sorprendidos procedentes del otro lado de la mesa.

Joder.

He visto suficientes fotos mías en situaciones públicas y estresantes a lo largo de los últimos tres meses para saber que, en este preciso momento, no parezco alterada. No agacho la cabeza y me disculpo; no me encojo ni doy un respingo aunque, nada más cerrarse la puerta con semejante estruendo, me comen los nervios por dentro. Al parecer, se me da bien ocultarlo.

El *New York Times* publicó una crítica estupenda de *Pez Navaja*, pero dijo que yo estuve «distante» durante la entrevista que creí que fue animada e interesante. El *Los Angeles* describió nuestra conversación telefónica como «una serie de largas pausas para pensar seguidas de respuestas monosilábicas» mientras que yo le dije a mi amigo Oliver que me preocupaba haberles calentado la oreja.

Cuando me vuelvo hacia los ejecutivos, no me sorprende ver que son tan elegantes como la arquitectura del edificio. Ninguna de las mujeres que está sentada a la mesa comenta mi entrada tan poco sutil, pero juraría que el portazo sigue resonando por la estancia mientras me acerco a la mesa.

Benny me guiña un ojo y me hace un gesto para que me siente. Me acerco a un sillón de cuero, me aliso la falda del vestido y me siento con mucho tiento.

Tengo las manos sudorosas y el corazón en la boca. No dejo de contar hasta veinte para que no me entre el pánico.

«En la viñeta se ve a la chica, con la barbilla en alto y una bola de fuego en los pulmones.»

—Lorelei, me alegro muchísimo de conocerte en persona.

Miro a la mujer que ha hablado y acepto la mano que me tiende. Tiene el pelo rubio y lustroso, un maquillaje perfecto, ropa perfecta y una perfecta cara inexpresiva. Por la búsqueda que he hecho en IMDb esta mañana temprano, estoy casi segura de que se trata de Angela Marshall, la productora ejecutiva que, junto con Austin Adams, con quien colaboraba a menudo, luchó para hacerse con los derechos cinematográficos de *Pez Navaja* en una guerra de pujas que tuvo lugar la semana pasada sin que yo lo supiera.

Sin embargo, en la foto era pelirroja. Miro a la mujer que tiene a la izquierda, pero es de piel oscura, pelo negro y enormes ojos castaños. Desde luego que ella no es Angela Marshall. La otra persona a la que he visto regularmente en las revistas y en las fotos es Austin, pero Benny es el único hombre de la sala.

—Por favor, llámeme Lola. Me alegro de conocerla... —Dejo la frase en suspenso, porque en situaciones normales creo que es ahora cuando se hacen las presentaciones. Sin embargo, el apretón de manos dura una eternidad y ya no sé adónde dirigir mi efusiva gratitud. ¿Por qué nadie se presenta? ¿Se supone que tengo que saber los nombres de todos los presentes?

La mujer me suelta la mano y por fin dice:

—Angela Marshall.

Tengo la sensación de que es una especie de prueba.

—Me alegro mucho de conocerla —repito—. Me parece increíble que...

Acabo la frase ahí y todos me miran, a la espera de escuchar lo que iba a decir. La verdad es que podría estar días y días diciendo lo que me parece increíble.

Me parece increíble que *Pez Navaja* haya visto la luz.

Me parece increíble que la gente la compre.

Y de verdad que me parece increíble que la elegante gente que trabaja en este enorme estudio de cine vaya a convertir mi novela gráfica en una película.

—Todo lo que ha pasado nos parece increíble. —Benny me echa un cable, pero suelta una carcajada incómoda—. Estamos emocionados por cómo ha salido todo. Emocionadísimos.

La mujer que está junto a Angela lo mira como diciendo «Ah, sí, te creo», porque todos sabemos que Benny se lleva una buena tajada del contrato: el veinte por ciento es mucho dinero. Sin embargo, esa idea me lleva a otra: yo saco una tajada todavía mayor. Mi vida va a cambiar por completo con esta transacción. Estamos aquí para firmar un contrato, para hablar del reparto de actores, para planificar el calendario.

«La viñeta muestra a la chica, que se despierta sobresaltada cuando le clavan una barra de acero en la columna.»

Le tiendo la mano a la otra mujer.

—Lo siento, no me he quedado con su nombre. Lola Castle.

La mujer se presenta como Roya Lajani y después baja la vista a unos documentos que tiene delante al tiempo que inspira hondo para empezar la conversación habitual en estas circunstancias. Sin embargo, antes de que pueda hablar, la puerta se abre y entra un hombre al que reconozco como Austin Adams, acompañado por los timbres de los teléfonos, el taconeo por los pasillos y las voces de los despachos adyacentes.

—¡Lola! —me dice con voz alegre y cálida, pero luego hace una mueca cuando la puerta se cierra de golpe tras él. Mira a Angela y le dice—: Odio esta puta puerta. ¿Cuándo coño la va a arreglar Julie?

Angela hace un gesto con la mano, en plan «No te preocupes por eso» y observa cómo Austin pasa de la silla que hay libre a su lado para elegir la que hay junto a mí. Se sienta, me observa con atención y me mira con una sonrisa deslumbrante.

—Soy muy fan tuyo —dice sin rodeos, sin presentarse siquiera—. De verdad. Me tienes impresionado.

—Esto... Uf —digo, y me echo a reír, algo incómoda—. Gracias.

—Por favor, dime que tienes algo nuevo. Estoy enganchado a tu arte, a tus



historias, a todo.

—Mi próxima novela gráfica sale en otoño. Se llama *Escarabajo*. —Me doy cuenta de que Austin se inclina hacia mí, emocionado, y añado de forma instintiva—: Sigo trabajando en ella. —Cuando lo miro a la cara, él está meneando la cabeza, alucinado.

—¿No te parece surrealista todo esto? —Sus ojos me miran con calidez y su sonrisa se suaviza—. ¿Te has hecho ya a la idea de que eres el cerebro del que será el siguiente bombazo en cuanto a películas de acción?

Esa frase, esta situación, preocupada como estoy por la idea de oír un montón de halagos huecos, me haría respirar hondo para no soltar un comentario suspicaz, pero a pesar de ser un gran productor y director, Austin parece muy... real. Es guapo, pero va muy desaliñado: lleva el pelo rubio cobrizo peinado con los dedos, va sin afeitado, con vaqueros y una camisa que se ha abrochado mal, de modo que el faldón derecho le queda más largo que el izquierdo. El cuello almidonado también lo lleva doblado en un lado. Es un desastre con patas muy caro.

—Gracias —contesto, y uno las manos para no empezar a tocarme el lóbulo de la oreja o el pelo.

—Lo digo en serio —me asegura él, que apoya los codos en las rodillas, sin apartar la vista de mí. No tengo claro que haya saludado a Benny siquiera. Aprieto tanto los dedos que se me ponen los nudillos blancos—. Sé que se supone que son las pamplinas que debemos decir, pero en este caso es absolutamente cierto. Me obsesioné desde la primera página y le dije a Angela y a Roy que tenía que ser nuestra.

—Le dimos la razón —añade Roy, aunque no es necesario.

—Bueno... —digo, sin saber qué otra cosa decir salvo «gracias»—. Es genial. Me alegra haber entusiasmado a una pequeña audiencia.

—¿Pequeña? —repite él, que se echa hacia atrás y se mira la camisa un instante para luego clavar la vista con más atención en los botones—. Me cago en la leche. No sé ni vestirme solo.

Me muerdo el labio inferior para contener la carcajada que tengo atascada en la garganta. Toda la situación me estaba provocando un ataque de pánico silencioso hasta que ha entrado él. Crecí comprando en tiendas benéficas,

sobrevivimos gracias a los cupones de comida durante unos cuantos años y sigo conduciendo un Chevy de 1989. Soy incapaz de imaginarme cómo va a cambiarme todo esto la vida, y la presencia de las dos mujeres perfectas que me miran desde el otro lado de la mesa aumenta la sensación de irrealidad. Sin embargo, Austin parece de la clase de gente con la que me imagino trabajando.

—Sé que ya te lo han preguntado antes —dice él— porque he leído las entrevistas. Pero quiero escucharlo de tu boca, conocer la historia de primera mano. ¿Qué te animó a escribir la novela? ¿Qué te inspiró de verdad?

Sí que me lo han preguntado antes. De hecho, me lo han preguntado tantas veces que tengo una respuesta ya preparada: «Me encanta la heroína normal porque nos da la oportunidad de enfrentarnos a complicados desequilibrios sociales y políticos sin tapujos, en la cultura popular y en el arte. Creé a Quinn Stone como a la chica de al lado, con Clarisse Starling o Sarah Connor como referentes. Ella se convierte en heroína por méritos propios. A Quinn la encuentra una criatura extraña, un hombre con aspecto de pez que viene de otra dimensión y de otro tiempo. Esta criatura, Navaja, ayuda a Quinn a encontrar el valor de luchar por sí misma y por su comunidad, y al hacerlo, él se da cuenta de que no quiere dejarla y marcharse a casa, aunque al final puede hacerlo. La idea me surgió por un sueño que tuve en el que vi a un hombre muy musculoso cubierto de escamas en mi dormitorio diciéndome que ordenara el armario. Me pasé el resto del día preguntándome lo que sucedería si aparecía de verdad en mi habitación. Lo llamé Navaja. Me imaginé que a mi Navaja le importaría un pimiento el desorden de mi armario, me diría que me levantara de la cama y luchara por algo».

Sin embargo, no es la respuesta que sale de mi boca hoy:

—Estaba cabreada —admito—. Creía que los adultos eran unos gilipollas o unos desgraciados. —Me doy cuenta de que Austin abre un poco los ojos antes de suspirar y de asentir con la cabeza para decirme que me entiende—. Estaba cabreada con mi padre por ser un desastre y con mi madre por ser una cobarde. Estoy segura de que por eso soñé con Navaja: es muy mordaz y no siempre comprende a Quinn, pero en el fondo la quiere y quiere que esté bien atendida. Dibujarlo y dibujar cómo pasa de no comprender la humanidad de

Quinn a enseñarla a luchar y a dejar que sea ella quien tome las decisiones al final... Perderme en su historia era el premio que me daba cuando terminaba de fregar los platos y de hacer los deberes, cuando estaba sola en casa.

La estancia está en silencio y siento la rara necesidad de rellenarlo.

—Me gustaba ver cómo Navaja empezaba a apreciar la fortaleza de Quinn, que no es la típica de siempre. Es delgaducha, es callada. No tiene el cuerpo de una amazona. Su fuerza es mucho más sutil: es observadora. Confía en sí misma sin rodeos. Quiero asegurarme de que eso queda patente. Hay mucha violencia y acción, pero Navaja no tiene una revelación en lo que a ella se refiere cuando Quinn aprende a dar puñetazos. Tiene una revelación cuando Quinn aprende a plantarle cara.

Miro a Benny... Nunca antes he sido tan sincera acerca de mi vida y de mi novela, y la sorpresa es evidente en su cara.

—¿Cuántos años tenías cuando tu madre se fue? —pregunta Austin. Se comporta como si no hubiera nadie más con nosotros, y es fácil fingir que no lo hay, porque todos están muy callados y quietos.

—Doce. Justo después de que mi padre volviera de Afganistán.

Nada más decir eso, es como si el silencio engullera la estancia y luego Austin suelta con un suspiro:

—En fin, menuda putada.

Suelto una carcajada.

Austin se inclina de nuevo hacia mí, con expresión penetrante, y dice:

—Me encanta la historia, Lola. Me encantan los personajes. Tenemos a un guionista que va a hacer maravillas con esto. ¿Conoces a Langdon McAfee?

Niego con la cabeza, avergonzada porque, tal como ha pronunciado el nombre, creo que debería conocerlo, pero Austin le quita importancia con un gesto de la mano.

—Es genial. Tranquilo, listo, organizado. Quiere coescribir el guion contigo.

Abro la boca ante la inesperada revelación... Yo, coescribiendo un guion... Pero solo me sale un gemido estrangulado.

Austin sigue hablando pese a mi sorpresa:

—Quiero que hablemos mucho, ¿vale? —Y asiente con la cabeza, como si

quisiera animarme a hacerlo—. Quiero que sea todo lo que tú quieras que sea. —Se inclina hacia mí, sonrío y añade—: Quiero ver cómo tu sueño cobra vida.

—Cuéntame otra vez los detalles —me dice Oliver—. Es como si antes me estuvieras hablando en otro idioma.

Tiene razón. Casi no he tomado aliento, y mejor no digo nada de la capacidad para formar palabras desde que entré en tromba en su tienda de cómics, Downtown Graffick, balbuceando. Oliver levantó la cabeza cuando entré en la tienda, y su dulce sonrisa se transformó en un gesto confundido cuando le solté un millar de palabras incoherentes y todo lo que sentía. Me he pasado las dos horas del trayecto de vuelta desde Los Angeles con mi padre al teléfono mientras intentaba asimilar la reunión. Claro que no me ha servido de mucho, porque al contárselo ahora mismo a uno de mis mejores amigos tengo la impresión de que todo vuelve a ser muy irreal.

En los ocho meses que llevamos de amigos, creo que Oliver nunca me ha visto así: tartamudeando, jadeando y al borde del llanto por lo abrumada que estoy. Me enorgullezco de ser una piedra, de mantener la serenidad incluso con mis amigos, e intento recuperar la compostura, pero, joder, cómo cuesta.

Van... a hacer... una película... de mis ideas infantiles.

—Vale —digo y empiezo de nuevo, no sin antes tomar una honda bocanada de aire para soltarla muy despacio—. La semana pasada, Benny me llamó y me dijo que había tema con lo de la opción de hacer la película.

—Creía que había enviado la oferta...

—Hace meses —lo interrumpo—. Eso. Pero supongo que siempre hay un enorme silencio antes de una explosión, porque esta mañana, cuando íbamos de su despacho a las oficinas del estudio, me contó que se han vendido los derechos en una guerra de pujas brutal... —Me llevo la palma de la mano a la frente—. Estoy sudando. Mírame, estoy sudando.

Me mira y su expresión se suaviza al tiempo que se echa a reír, pero luego meneaba la cabeza antes de parpadear y clavar la vista en la caja que está abriendo.

—Es la leche, Lola. Sigue hablando.

—Columbia y Touchstone han ganado —le digo—. Hoy hemos ido a las oficinas del estudio de cine y he conocido a unas cuantas personas.

—¿Y? —Me mira al tiempo que saca un montón de libros de la caja—. ¿Te han impresionado?

—Bueno... —No sé qué decir al recordar lo que sentí cuando Austin miró al resto de los presentes en la sala y la reunión se disolvió en un torbellino de acrónimos y de órdenes musitadas de «anotar la fecha en el calendario de Langdon para comenzar el guion» y «ver si podemos enviarle a Mitchell la estimación de cuentas esta tarde»—. Sí... Había un par de personas en la sala, un poco reservadas y envaradas, pero el productor ejecutivo, Austin Adams, es superatento, de verdad. Estaba tan alucinada que no sé hasta qué punto me estaba enterando de las cosas. —Me paso las manos por el pelo y miro al techo—. Es una locura. Una película...

—Una película —repite Oliver, y cuando lo miro a la cara, lo veo observándome con esos ojos azules tan cálidos y misteriosos.

Se humedece los labios y tengo que apartar la vista. Oliver es mi exmarido y mi amor secreto, pero siempre será no correspondido: nuestro matrimonio nunca fue de verdad. Es «eso que hicimos en Las Vegas».

Claro que las otras dos parejas que se formaron en Las Vegas, nuestros amigos Mia y Ansel, y Harlow y Finn, están felizmente casados. Pero Oliver y yo solemos felicitarnos, sobre todo cuando nos emborrachamos, por ser los únicos que nos casamos en Las Vegas como personas normales: sin más que el arrepentimiento posterior, la anulación y la resaca. Teniendo en cuenta la distancia emocional que siempre mantiene, estoy convencida de que es el único de los dos que se alegra de verdad de la decisión que tomamos.

—Y la cosa no es en plan «sí, nos gusta la idea, compramos la opción para hacer la película y la dejamos ahí en suspenso» —digo—. La han comprado y ya tienen a un director en mente. Hoy hasta hemos hablado de un posible reparto de actores. Y hay un gurú de los efectos especiales que ha pedido participar.

—Surrealista —murmura él, que se inclina hacia delante para concentrarse por completo en lo que le digo. Y si no conociera bien a Oliver, diría que

acaba de mirarme los labios. Pero lo conozco muy bien: solo me mira la cara entera cuando hablo. Porque se le da muy bien escuchar a los demás.

—Y... ¡voy a coescribir el guion! —le digo, un poco jadeante, y él pone los ojos como platos.

—Lola. ¡Joder, Lola!

Mientras le repito todo lo que ha pasado en la reunión de esta mañana, Oliver empieza a desempaquetar la nueva remesa de cómics y me mira de vez en cuando, con esa sonrisilla distraída. Creía que, con el tiempo, sería capaz de leerle el pensamiento, de interpretar sus reacciones. Pero sigue siendo un libro cerrado para mí. El piso que comparto con mi amiga London está a dos manzanas de la tienda de cómics de Oliver y, aunque lo veo casi todos los días, todavía tengo la sensación de que me paso la mitad del tiempo intentando averiguar qué ha querido decir con esto o con lo otro, con ese monosílabo o con esa sonrisilla. Si me pareciera más a Harlow, lo preguntaría sin más.

—¿No te mueres por verla en la gran pantalla? —me pregunta—. No hemos hablado del tema porque todo ha sido muy rápido. Sé que a algunos artistas no les hacen gracia las adaptaciones.

—¿Estás de coña? —replico. ¿Cómo puede preguntármelo en serio? Si hay algo que me gusta más que los cómics es sus adaptaciones al cine—. Es abrumador, pero alucinante.

Y luego recuerdo que tengo un mensaje de correo electrónico con diecisiete guiones adjuntos en la bandeja de entrada esperando que los lea como «referencia», y siento náuseas.

—Pero es como construir una casa —le digo—. Yo quiero llegar justo cuando ya se puede entrar a vivir y saltarme todas las etapas en las que hay que elegir los electrodomésticos y los pomos de las puertas.

—Ojalá que no te hagan un George Clooney en plan Batman.

Lo miro y muevo las cejas con gesto sugerente.

—A mí George Clooney me puede hacer lo que le dé la gana, chato.

Joe No, el único empleado de Oliver, un porrero con cresta al que todos le tenemos un cariño especial, en plan mascota, aparece de detrás de unas estanterías.

—Clooney es gay. Lo sabes, ¿verdad?

Oliver y yo pasamos de él.

—De hecho —añado—, si alguna vez admiten la expresión «hacerse un George Clooney», pienso anotar la actividad en mi lista de deseos.

—¿En plan: alguna vez te han hecho un George Clooney? —me pregunta Oliver.

—Eso mismo. «Fuimos a dar un paseo y luego nos hicimos un George Clooney hasta las dos. Buenas noches.»

Oliver asiente con la cabeza y guarda unos bolígrafos en un cajón.

—Seguramente yo también lo añadiría a mi lista.

—Por esto mismo somos amigos —le digo. Estar cerca de él es como meterse una dosis de Trankimazin. Es imposible que no me tranquilice—. Eres capaz de ver que lo de «hacerse un George Clooney» sería la leche y que, gay o hetero, también querrías hacerlo.

—Es un gay como una casa —dice Joe No en voz más alta.

Oliver chasquea la lengua, escéptico, y por fin lo mira.

—No creo que lo sea. Se ha casado.

—¿En serio? —pregunta Joe No, que se acerca y apoya los codos en el mostrador—. Pero si lo fuera, ¿te lo tirarías?

Levanto la mano.

—Sí, sin dudarlo.

—No te lo preguntaba a ti —dice Joe No, que me hace un gesto con la mano para descartar mi opinión.

—¿Quién está arriba y quién abajo? —le pregunta Oliver—. A ver, ¿le hago yo un George Clooney a George Clooney o me lo hace él a mí?

—Oliver —dice Joe No—, es el puto George Clooney. ¡Nadie le hace un George Clooney a él!

—Nos estamos agilipollando —mascullo.

Los dos pasan de mí y Oliver se encoge de hombros.

—Sí, vale. ¿Por qué no?

—Pero, vamos, que se nos mueren las neuronas a chorros —insisto.

Joe No finge que sujeta algo con las dos manos y empieza a mover las caderas adelante y atrás.

—Esto. ¿Dejarías que hiciera esto?

Oliver se encoge de hombros y, con gesto defensivo, dice:

—Joe, ya sé de lo que estamos hablando. También sé cómo sería el sexo entre hombres. Lo que digo es que si voy a liarme con un tío, ¿por qué no hacerlo con el Batman malo?

Agito una mano delante de su cara.

—Creo que mejor volvemos a lo de que van a adaptar mi novela gráfica a una película.

Oliver me mira, se relaja y sonrío con tanta dulzura que me derribo entera.

—Desde luego que sí. Es la leche, Lola. —Ladea la cabeza y sus ojos azules se clavan en los míos—. Joder, estoy muy orgulloso de ti ahora mismo.

Sonrío y me muerdo el labio inferior, porque cuando Oliver me mira de esa manera, se me olvida todo y no soy capaz de mantener la fachada. Pero le daría un ataque de pánico si me ve ponerle ojitos, esas cosas no las hacemos entre nosotros.

—Bueno, ¿cómo lo vas a celebrar? —me pregunta.

Echo un vistazo por la tienda como si tuviera la respuesta delante de mí.

—¿Pasando un rato aquí? No sé. A lo mejor debería trabajar un poco.

—Qué va. Has estado viajando de un lado para otro sin descanso y si estás en casa siempre estás trabajando —replica él.

Resoplo y le suelto:

—Eso lo dice el mismo tío que se pasa todo el tiempo en su tienda.

Oliver me mira con expresión pensativa.

—Van a hacer una película, Lola Love. —El apodo cariñoso hace que me dé un vuelco el corazón—. Tienes que celebrarlo a lo grande esta noche.

—¿Nos tomamos algo en Fred's? —sugiero. Es la rutina de siempre—. ¿Para qué fingir que nos va otra cosa?

Oliver meneaba la cabeza.

—Vamos al centro, así no tendrás que preocuparte por conducir.

—Pero entonces tú tendrás que conducir de vuelta a Pacific Beach —protesto.

Joe No finge tocar el violín detrás de nosotros.



—No me importa —asegura Oliver—. Creo que Finn y Ansel no están, pero avisaré a las chicas. —Se rasca la barba de dos días—. Ojalá pudiera llevarte a cenar a algún sitio, pero...

—Ay, Dios, no te preocupes. —La idea de que Oliver deje la tienda para llevarme a cenar me emociona y me acojona a partes iguales. A ver, que el edificio no se va a incendiar si sale antes de que anochezca, pero eso no implica que mi cuerpo no sienta ese pánico instintivo—. Me vuelvo a casa a comerme el tarro sola un rato en mi habitación y luego saldré a pillar una borrachera de las gordas.

Su sonrisa me derrite.

—Me parece un buen plan.

—Creía que tenías una cita esta noche —le dice Joe No a Oliver al tiempo que se acerca a él con un enorme montón de libros.

Oliver se queda blanco.

—No. No era... A ver, que no lo es. No estamos...

—¿Una cita? —Me doy cuenta de que arqueo una ceja mientras intento pasar del nudo que se me ha formado en el estómago.

—No, no, qué va —insiste Oliver—. Es la chica de la acera de enfrente, la que trabaja...

—Hard Rock Allison —canturrea Joe No.

Se me cae el alma a los pies. No es «la chica de la acera de enfrente», se trata de alguien de la que todos hemos hablado alguna que otra vez por su marcado interés por Oliver, pero intento proyectar una reacción positiva.

—¡Venga ya! —exclamo, y le doy una palmada a Oliver en el hombro antes de añadir con fuerte acento francés para darle efecto—: Una cita explosiva.

Oliver me gruñe, se frota el hombro y finge que le he hecho más daño de la cuenta. Señala a Joe No con un gesto de la cabeza.

—Quería traernos la cena a los dos, aquí en la tienda...

—Claro, porque quiere echarte un polvo —lo interrumpe Joe No.

—O porque a lo mejor es amable —dice Oliver, con un deje juguetón y desafiante en la voz—. La cosa es que prefiero salir a celebrar lo de la película de Lola. Le mandaré un mensaje a Allison para decírselo.

Estoy segura de que Hard Rock Allison es muy agradable, pero ahora mismo, al saber que Oliver tiene su número de teléfono, al saber que puede mandarle un mensaje como si nada para cambiar los planes que tenían, me entran ganas de que la pille un tren con ese odio visceral que te entra cuando quieres que le pasen cosas horribles a la novia nueva. Allison es guapa, y extrovertida, y tan diminuta que cabría en mi bolso bandolera. Es la primera vez que me enfrento a la posibilidad de que Oliver salga con otras, la primera vez que nuestra amistad se enfrenta a esto, al menos que yo sepa. Nos casamos y nos divorciamos en menos de un día y salta a la vista que nunca le he gustado de esa manera, pero nunca hemos hablado de salir con terceras personas.

¿Cómo voy a reaccionar?

Voy a tomármelo bien, decido después de analizarlo. Voy a alegrarme por él.

—Cambia la cita a otro día, claro que sí —digo al tiempo que esbozo la sonrisa más genuina de la que soy capaz—. Es mona. Llévala al Bali Hai, es un sitio precioso.

Oliver me mira.

—Llevo un siglo queriendo ir, te encanta ese sitio. Deberías venir.

—Oliver, no puedes llevarme a una cita.

Él pone los ojos como platos tras las gafas.

—No lo es. Yo no... No podría —dice, y añade a renglón seguido—: Lola, no sería una puñetera cita.

Vale, es evidente que no está colado por Allison. El nudo del estómago se disuelve y tengo que clavar la vista en el mostrador y concentrarme mucho para no sonreír.

Tras inspirar hondo unas cuantas veces, lo consigo.

Lo miro y él sigue observándome, con una expresión tan serena como la superficie de un lago en la cima de una montaña.

«¿En qué estás pensando?», quiero preguntarle.

Pero no lo hago, claro.

—Lola —comienza él.

Trago saliva, incapaz de bajar la vista, aunque sea por un solo segundo, a

su boca. Me encanta su boca. Es ancha, con el labio inferior y el superior del mismo tamaño. Carnosa, pero no afeminada. La he dibujado cientos de veces: con los labios entreabiertos, con los labios cerrados. Con esa sonrisilla tan suya o con una mueca pensativa. Mordiéndose el labio inferior o, en una ocasión, con la boca abierta en un obsceno jadeo.

Solo llego a contar hasta dos antes de levantar la vista y mirarlo a los ojos.

—¿Sí?

Pasa una eternidad hasta que contesta, y cuando por fin lo hace, mi mente ha inventado un millón de posibilidades de lo que va a decirme.

«¿Alguna vez se te ha pasado por la cabeza besarme?»

«¿Te apetece echar un polvo en la trastienda?»

«¿Te disfrazarías de Zatanna?»

Pero él se limita a preguntar:

—¿Qué ha dicho Harlow cuando le has contado lo de la película?

Inspiro hondo y me olvido de la imagen que tengo de él inclinándose hacia mí para besarme en los labios.

—Bueno, iba a llamarla después.

Y en ese momento me doy cuenta de lo que acabo de decir.

Oliver arquea las cejas con un gesto muy exagerado y, a su lado, Joe No emite un gemido aterrado que quiere decir que o bien la policía está en la puerta o bien que Harlow nos va a matar a todos y que será por mi culpa.

—¡Joder, joder, joder! ¿Qué he hecho? —pregunto, y me tapo la boca con una mano. Siempre le cuento las cosas a Harlow justo después de contárselas a mi padre. Me mata como se entere de que he venido a la tienda—. ¿Cómo he podido contártelo a ti antes? —Me acerco un paso a ellos y los miro con mi expresión más feroz—. No se os ocurra decirle que os habéis enterado antes que ella ni que llevo aquí...

—Media hora —me interrumpe Joe No, muy solícito.

—¡Media hora! —exclamo—. ¡Nos va a descuartizar y nos va a enterrar en el desierto!

—Llámalas ahora mismo, joder —me dice Oliver, que me señala con un dedo—. No estoy preparado para enfrentarme a Harlow con un hacha.

## 2

### Oliver

—¿Cuándo te enteraste, Oliver?

Miro hacia el otro extremo de la mesa y sonrío.

—¿De qué, Harlow?

—No te hagas el inocente. —Mira de reojo hacia la barra, para asegurarse de que Lola sigue allí—. ¿Cuándo te enteraste de que propusieron la película y le dieron el visto bueno al instante?

Me mira a mí y después mira a Joe, esperando que le contestemos, pero Joe agacha la cabeza para darle un enorme bocado a la hamburguesa, de modo que soy yo quien tiene que contestar.

—Me he enterado hoy —contesto, sin entrar en detalles. Es una idiotez, porque incluso Lola se ha enterado esta mañana. Lo que Harlow quiere es que le dé la hora exacta.

Harlow me mira con los ojos entrecerrados, pero se muerde la lengua para no soltar lo que tiene pensado decirme, porque ve que Lola regresa con una bandeja de chupitos. Me mira con esa sonrisilla furtiva tan suya. Ni siquiera sé si es consciente de que lo hace. Empieza en las comisuras de los labios y en sus ojos, que se arrugan un poquito, y después parpadea, como si acabara de plasmarme en una foto. Si lo hiciera, la imagen sería la de un hombre que está enamorado hasta la médula de los huesos.

En el número 25 de *The Amazing Spider-Man* hay una escena en la que vemos a Mary Jane Watson por primera vez. Su rostro queda oculto tanto a la vista del lector como a la de Peter Parker y, hasta ese momento, Peter la conoce como la chica que su tía quiere que invite a salir. «Esa chica tan agradable de los Watson, que vive aquí al lado.»

Peter no está interesado en ella. Si le gusta a su tía, Mary Jane no puede ser su tipo.

Su rostro se revela en el número 42 y Peter se da cuenta de lo asombrosa que es. Es un momento de revelación absoluta: Peter ha hecho el tonto.

Esa es una buena analogía para describir mi relación con Lorelei Castle. Estuve casado con Lola durante trece horas y media, y de haber sido más listo, a lo mejor me habría aprovechado de la oportunidad cuando se me presentó, en vez de suponer que no era mi tipo solo porque llevaba un vestido cortísimo y estaba emborrachándose en Las Vegas.

Pero unas horas después, todos acabamos borrachos... y todos nos casamos de forma impulsiva. Mientras nuestros amigos se dedicaban a profanar las habitaciones del hotel, y a profanarse a sí mismos, Lola y yo estuvimos paseando kilómetros y kilómetros mientras hablábamos de todo.

Es fácil compartir confidencias con desconocidos, mucho más si estás borracho, así que no tardé mucho en sentirme unido a ella. En un punto concreto de la Franja, la calle se quedó a oscuras, lo que nos permitió echar un vistazo a la faceta más sórdida que ofrecía la ciudad, y Lola se detuvo para mirarme. El piercing que llevaba sobre el labio, una pequeña circonita, brillaba en la oscuridad y me quedé hipnotizado mirando sus labios al natural, ya que hacía mucho rato que habían perdido el color. Yo había perdido el móvil, ya estaba pensando cómo íbamos a hacer la anulación al día siguiente, y ella me preguntó en voz baja si me apetecía irme a un hotel. Con ella.

Pero... no lo hice. No lo hice porque cuando ella me lo propuso, yo ya sabía que no era una chica con la que tener un rollo de una noche. Lola era del tipo de mujer por el que podría acabar volviéndome loco.

Lo que pasó fue que, cuando regresó a San Diego, su vida cambió radicalmente. En primer lugar, le publicaron la novela gráfica *Pez Navaja*, que no tardó en posicionarse en la lista de las diez mejores dentro del género.

Al cabo de poco tiempo, su fama se extendió y los ejemplares se vendían en todas las tiendas especializadas. El *New York Times* la llamó «el nuevo pelotazo de acción». Y ahora acaba de vender los derechos de la novela a un estudio de cine muy importante y hoy se ha reunido con los productores que van a invertir millones en el proyecto.

No estoy seguro de que le quede ni un milisegundo para pensar en el amor, pero no pasa nada. Ya pienso yo en el tema por los dos.

—No sé quién empezó la tradición de que la cumpleañera sea quien parte la tarta —dice Lola mientras me pone delante un chupito de color verde que no tiene muy buena pinta—, o la nueva versión según la cual la chica cuya novela van a llevar al cine invita a chupitos. Pero no me gusta ni un pelo.

—No —la corrige Mia—. La tradición es que la chica que va a largarse a Hollywood invite a chupitos.

—Como castigo —apostilla Harlow—. Previo.

Todo el mundo se vuelve para mirarla con escepticismo. Ella sí que se ha pasado media vida en Hollywood, y no los demás. Su madre era actriz, su padre ganó un Oscar a la Mejor Fotografía y está casada con un hombre que está a punto de convertirse en la nueva estrella del Adventure Channel. Estoy segurísimo de que todos estamos pensando lo mismo: si el tiempo pasado en Hollywood es el requisito para pagar las copas, Harlow es quien debería invitarnos a esta ronda.

Como si nos hubiera leído el pensamiento, agita una mano y dice:

—Punto en boca. Pagaré la siguiente.

Todo el mundo levanta los vasos para brindar y es Harlow quien habla.

—Por la mejor de las mejores: Lorelei Louise Castle. Cómete el mundo, guapa.

—Eso, eso —digo, y Lola me mira con esa sonrisa furtiva de nuevo.

Nuestros vasos se chocan y todos bebemos a la vez, Harlow, Mia, Joe, Lola, London y yo, y nos estremecemos a la vez como si estuviéramos sincronizados.

London, la compañera de piso de Lola, finge una arcada.

—Licor de hierbas. —Tose y menea su rubia cabeza, lo que hace que el recogido desordenado que lleva en la coronilla amenace con soltarse—.

Deberían prohibirlo por ley.

—Está malísimo —digo, dándole la razón.

—Le he dicho al camarero que nos preparara algo llamado «Celebración» —replica Lola, que ha puesto cara de asco mientras se limpia la boca con el dorso de una mano—. Lo siento. Me han dado ganas de meterme en la ducha.

Mia tose.

—Ese tío debe equiparar celebración con dolor. —Me quita la cerveza y le da un trago antes de volverse hacia Lola de nuevo. Es raro salir con Mia sin que lleve pegado a Ansel a los talones. La verdad, es agradable verla sola y emocionada por quedar con el grupo. Es una chica muy dulce y delicada, la hermana pequeña que a todos nos gustaría tener—. Bueno, famosilla, desembucha. Cuéntanos qué ha pasado esta mañana.

Lola suspira y bebe un sorbo de agua antes de poner cara de asombro y encogerse de hombros.

—La verdad, chicos, no me lo creo.

Me apoyo en el respaldo del asiento y la escucho con atención mientras ella describe la reunión, aunque yo ya estoy al tanto de casi todo. La verdad, tengo la impresión de que podría oírlo cien veces y no acabaría de asimilarlo. No me imagino lo que debe de sentir ella.

Lola, que según confiesa abiertamente, pasa más tiempo hablando con la gente que tiene en la cabeza que con las personas que la rodean, es un genio. Yo intento moderar mis reacciones a su trabajo porque sé que en parte se deben al cariño que le tengo. Además, de todas formas, tampoco es que pueda estar todo el día diciéndole que la creadora es un genio y una de las personas más inteligentes y atractivas que conozco. Lo que sí hago es repetirles a los clientes, siempre que puedo, que la novela es fresca y diferente de todo lo que he leído antes y que, sin embargo, resulta cercana.

*Pez Navaja* me provoca la misma emoción que me embargó de pequeño cuando compré mi primer cómic en la librería. Me obsesionan la fuerza, la energía, el poder de una historia contada con palabras y a color. Con once años, yo era el chico más alto y delgado de primero de secundaria, nuestro primer curso en el instituto, y los chulos de la clase me pusieron de mote «el Palo» muy acertadamente. Sigieron llamándome así incluso después de que

mis compañeros me alcanzaran cuando estábamos en primero de bachillerato. Pero para entonces llevaba muchos años superando en altura a los demás e iba en bici a todos lados. Ya no estaba escuálido. Era fuerte y destacaba en todos los deportes. «Palo» era el nombre de un superhéroe, no el de un cobarde.

Miro a Lola y me maravillo por lo parecidos que somos, infancias solitarias que nos convirtieron en adultos introvertidos pero ambiciosos, y lo importantes que han sido los cómics para ambos.

Sin embargo, mientras ella sigue flotando en la nube de su nuevo proyecto, alucinada por los elegantes despachos y riéndose de la tirantez de los primeros momentos de la reunión y de la explosiva llegada de Austin, siento la necesidad de rebajar un poco la emoción y cojo la cerveza para darle un trago. Necesito limar un poco mis sentimientos para poder procesar lo que está pasando. La vida de Lola está a punto de cambiar. Lo que hasta este momento ha sido una pasión, va a convertirse en un negocio... que traerá consigo tensiones y problemas con los que yo estoy familiarizado, tal vez más de lo que ella cree. Además, Lola tiene un talento increíble, pero vive en un caparazón. Hollywood puede convertir tus sueños en realidad, pero también puede ser un lugar duro e implacable. Quiero controlar el incómodo impulso de protegerla, de preocuparme por ella, de pensar que esto va a hacerla polvo o que, como poco, va a deslustrar su fantástica creatividad, la parte responsable de que todo esto haya sucedido, y no estoy seguro de que merezca la pena el sacrificio por probar un trocito del sueño en la vida real.

Siento el deseo de protegerla, de decirle que les preste atención a las voces que viven en su cabeza, porque para Lola esas voces son más reales que las personas que la rodean en el día a día, y eso es así desde su infancia. A mí me pasa lo mismo. Crecí sin hermanos y con unos padres ausentes. Mis abuelos se quedaron con mi custodia cuando era pequeño, pero yo tenía ocho años y me interesaba más Superman o Batman que lo que mi abuelo veía en la tele o la gente que compraba en su tienda.

Justo cuando Lola está llegando al final de su relato, esa parte en la que empieza a soltar datos logísticos uno detrás de otro y no hay quien entienda lo que está diciendo, se ilumina la pantalla de su móvil, que está en la mesa, y



después de mirarlo se echa hacia atrás y se apoya en el respaldo del asiento mientras me mira.

—¡Es Austin!

Que me mire a mí, en vez de mirar a Harlow, a London o a Mia me alegra el corazón. Siento que una llama cobra vida en el interior de mi pecho.

—Contesta —le digo al tiempo que hago un gesto con la cabeza en dirección al móvil.

Ella reacciona con torpeza y está a punto de tirarlo al suelo, pero consigue contestar en el último momento con un apresurado:

—¿Diga?

Como no tengo el privilegio de oír la otra parte de la conversación, no estoy seguro del motivo de su sonrojo y su sonrisa mientras dice:

—Hola, Austin. Lo siento, no. He cogido la llamada por los pelos.

Escucha en silencio mientras todos la miramos sin parpadear, atentos solo a su parte de la conversación.

—Todavía estoy un poco alucinada —le dice—, pero bien... —Alza la vista para mirarnos a todos y añade—: Sí, estoy con unos amigos... En un bar del vecindario. ¡En San Diego! —Se echa a reír—. ¡Austin, es un viaje largo en coche!

«Pero ¿qué coño...?», pienso.

Miro a Harlow, que me mira al mismo tiempo y parece estar pensando lo mismo que yo. No va a coger el coche para plantarse aquí, ¿verdad? Miro el reloj. Son casi las diez y tardaría casi dos horas.

—Yo también estoy emocionada —le dice mientras se lleva una mano a una oreja para jugar con un pendiente—. Bueno, nunca he escrito un guion, así que mi objetivo es ser útil. —Suelta una risa tonta después de oír lo que le dice Austin.

«¡Risas tontas!», pienso.

Miro a Harlow de nuevo.

Lola se ríe así con nosotros. No lo hace con gente a la que ha conocido apenas hace unas horas. A menos que esa persona sea yo y estemos en Las Vegas... y prefiero pensar que aquello fue un momento especial.

—Estoy deseando oírlas... No, no lo haré, las opiniones son buenas. Lo sé,

lo siento. Hay mucho ruido... Vale, lo haré. —Asiente con la cabeza—. ¡Que sí, te lo prometo! —Otra puta risa tonta—. Vale, vale. Adiós. —Corta la llamada y suelta el aire de repente antes de mirarme a los ojos—. Era Austin.

Me echo a reír y digo:

—Ya te he oído antes. —Aunque de repente me da la impresión de tener en el pecho un objeto extraño, soy capaz de comprender lo emocionante que debe de ser para ella sentirse tan cómoda con la persona que está al mando del proyecto creativo más importante de su vida hasta la fecha.

—No pensaré venir en coche desde Los Angeles, ¿verdad? —le pregunta London con, si no estoy equivocado, un deje receloso en la voz.

Siempre me ha caído bien London.

—No, no —contesta Lola, que clava la vista en la mesa con una sonrisa—. Solo era una broma.

Todos la miramos en silencio unos segundos.

Harlow es la primera en hablar.

—Bueno, ¿y para qué coño llama?

Lola alza la vista, sorprendida.

—Ah. Bueno, porque quería saber que estaba bien después de la reunión... y para decirme que ya tiene unas cuantas ideas para llevar la primera parte al cine.

—¿La primera parte? —repito.

Ella asiente con la cabeza como si estuviera agobiada y un mechón de su largo pelo liso se le pega a los labios. No puedo evitarlo, extendiendo un brazo para apartárselo, pero ella hace lo mismo y sus dedos llegan antes que los míos.

Aparto la mano al instante y percibo que Harlow me mira, pero soy incapaz de apartar los ojos de Lola, que a su vez me está mirando con cara de histérica.

—Joder, Oliver.

London coge su móvil.

—Voy a buscar al tío ese, a Austin Adams en Google.

Siempre me ha caído bien London, muy bien.

—¿La primera parte? —repito, dirigiéndome a Lola en esta ocasión con

voz más suave.

—Me ha dicho que los estudios ven tres películas —responde con voz aguda—. Y que tiene ciertas ideas sobre las que quiere hablar conmigo.

Harlow suelta un taco, Mia chilla, Joe mira a Lola con una sonrisa de oreja a oreja, pero ella se tapa la cara con las manos mientras suelta un chillido, acojonada.

—¡Joder! —grita London—. ¡Este tío está buenísimo! —Nos enseña la pantalla del móvil para que lo veamos.

Vale, a lo mejor London no me cae tan bien como pensaba.

Paso de ella mientras le recuerdo a Lola:

—Es una buena noticia. —Con delicadeza, le bajo los brazos e, incapaz de evitarlo, añado—: ¿Quiere hablar contigo del tema ahora? ¿Tienes que irte mañana otra vez a Los Angeles?

Ella niega con la cabeza.

—Creo que lo haremos por teléfono, en algún momento. A ver, ni siquiera me imagino colaborando en un guion, mucho menos en tres —dice y se lleva los dedos a los labios.

—«Colaboración» es la palabra clave —le recuerdo—. ¿No fue eso lo que Austin te dijo esta mañana? —Verla tan preocupada me ayuda a controlar mis propios temores—. Tal vez en la segunda y tercera películas puedas participar más durante el proceso, pero de momento es genial, ¿no te parece?

Ella afirma con la cabeza con gesto frenético, lo que me genera confianza, pero de repente encorva los hombros y suelta una risilla desdeñosa.

—No sé cómo hacerlo.

Me cubre una mano con una de las suyas, y siento su roce húmedo y tembloroso.

—¡Esto requiere más alcohol! —exclama Harlow, que no parece descolocada en absoluto, y con el rabillo del ojo la veo levantarse para ir en busca de otra ronda.

Joe extiende un brazo para frotarle la nuca a Lola.

—Lola, eres una estrella en mitad de un montón de gravilla. Vas a conquistarlos a todos.

Asiento con la cabeza porque estoy de acuerdo con él.

—Esto está chupado para ti. Conoces la historia mejor que nadie. Estarás allí para guiarlos. Ellos son los expertos desde el punto de vista cinematográfico.

Lola suelta el aire y sus labios forman una o perfecta mientras me sostiene la mirada como si eso la ayudara a no derrumbarse. ¿Sabrá lo mucho que quiero ser su apoyo?

—Vale —dice, y lo repite—. Vale.

Al final, conseguimos bebernos cinco chupitos cada uno y cambiamos de tema, del desquiciado día de Lola pasamos a un estridente debate sobre cómo va a acabar el mundo. Como siempre, debemos darle las gracias a Joe, pero Lola está colorada y no para de soltar esas risillas tontas tan monas cada vez que alguien hace una entusiasmada sugerencia (zombis, impulsos electromagnéticos, una invasión alienígena) y por lo menos parece contenta y distraída.

—Os digo yo que va a ser algo de origen animal —dice Joe, que por los pelos no vuelca la copa de vino de Harlow al hacer un gesto con el brazo con el que simula la destrucción total—. Algún tipo de virus de la gripe procedente de las vacas o de los cerdos. O de las aves.

—La rabia —apostilla Mia, que asiente con la cabeza despacio porque está un poco perjudicada por el alcohol.

—No, la rabia no —la corrige Joe, negando con la cabeza—. Algo que todavía no conocemos.

—Eres la alegría de la huerta. —London le clava un dedo en un hombro y él se vuelve para mirarla.

—De hecho —añade—, las putas gallinas van a ser nuestra perdición.

Lola se lleva una mano a la sien y finge suicidarse de un disparo, de manera que se deja caer sobre mí presa de los estertores de la muerte. Su pelo se extiende sobre mi brazo, que está desnudo porque llevo una camiseta de manga corta, y por primera vez no lucho contra el impulso de acariciarlo. Le coloco una mano en la cabeza y poco a poco desciendo con los dedos enterrados en su pelo.

Ella ladea la cabeza para mirarme.

—Oliver debe de estar borracho —anuncia con lengua de trapo, aunque tengo la impresión de que solo yo la oigo.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto. La sonrisa que esbozo es algo inconsciente. Una reacción instintiva a su proximidad.

—Porque me estás tocando —responde en voz más baja.

Me alejo un poco de ella para poder mirarla mejor a la cara.

—Si te toco mucho.

Niega con la cabeza, aunque el movimiento es lento y la cabeza acaba separándose de mi brazo y golpeándose contra el asiento.

—Me tocas como un amigo. Esto ha sido como un amante.

La sangre que corre por mis venas se espesa por el deseo. Si ella supiera...

—¿Ah, sí?

—Ajá. —Parece cansada, se le cierran los ojos porque necesita descansar.

—Pues lo siento, Lola Love —le digo mientras le aparto el flequillo de la frente.

Ella niega con la cabeza con brusquedad, moviéndola de un lado a otro.

—No lo sientas. Eres mi héroe.

Me río, pero ella se incorpora con sorprendente agilidad y dice:

—Lo digo en serio. ¿Qué haría ahora mismo sin ti? —Señala a Harlow—. Ella está casada. —Señala a Mia—. Ella también está casada.

London, que parece haber captado la conversación, se inclina hacia delante.

—Yo no estoy casada.

—No —replica Lola, que le regala una sonrisa ebria de oreja a oreja—. Pero siempre estás surfeando. O trabajando de camarera. O estás muy liada rechazando tíos.

Joe asiente con la cabeza y London le da un guantazo juguetón en el pecho.

—Así que Oliver es mi héroe —repite Lola, que se vuelve para mirarme—. Mi apoyo. Mi apoyo racional. —Frunce el ceño—. ¿Apoyo fundacional?

—Apoyo incondicional —susurro.

—¡Eso! —exclama—. Eso. —Baja la voz y se inclina hacia mí. Está tan cerca que se me sube el corazón a la garganta y empieza a latirme a toda pastilla—. No me dejes nunca.

—No lo haré —le aseguro. Joder. Sería incapaz. Quiero abrazarla, rodearla con mis brazos y protegerla de toda la gente avariciosa e insensible que, sin duda, va a conocer.

—No lo hagas —dice al tiempo que agita un dedo delante de mi cara a modo de ebria amenaza.

Me inclino hacia delante para darle un mordisco en la punta y ella pone los ojos como platos.

—No lo haré —repito sin soltarle el dedo y, joder, si pudiera, me inclinaba un poco más y le mordisqueaba también los labios.

# 3

## Lola

Soy una zombi antes de tomarme el café, sobre todo después de una noche de chupitos, celebración y a saber qué más. Ni siquiera recuerdo haber vuelto a casa andando desde el bar, de modo que no termino de creer lo que ven mis ojos cuando me encuentro a Oliver dormido en mi sofá a las siete de la mañana.

Está tumbado en una postura muy incómoda, medio retorcido. Tiene un pie en el suelo y el otro le cuelga por el borde del sofá. La camiseta se le ha subido hasta las costillas, dejando al descubierto el abdomen plano, con una línea de vello oscuro en el centro. Las piernas relajadas, los brazos doblados y el cuello en una postura que seguro que le dolerá cuando se despierte...

Está aquí de verdad, y está buenísimo.

No es la primera vez que se ha quedado a dormir en casa; el piso está a unas manzanas de la tienda, así que le dimos una llave por si a alguna se nos perdía o por si tenía que arreglar un grifo o se quería hacer un sándwich en un descanso. En los ocho meses que hace desde que lo conozco, ha dormido aquí dos veces: una noche que trabajó hasta tan tarde —justo antes de la gran inauguración de la tienda—, que apenas era capaz de dar dos pasos, mucho menos conducir hasta su casa, y se fue antes de que yo me despertara; la otra vez fue una noche que salimos después de que cerrase la tienda y bebimos

demasiado como para que alguno fuera capaz de conducir —pero aquella vez se quedó todo el grupo, y cada cual cayó donde buenamente pudo.

London ya se ha ido, seguramente esté surfeando, y yo nunca he disfrutado del placer de despertarlo y encontrármelo aquí, solo. Admito que queda un poco feo, esto de observarlo dormir, aunque ya me sentiré mal después, pero ahora mismo me encanta encontrármelo nada más despertar. Me estoy relamiendo de gusto.

Sé que solo es cuestión de tiempo que el estrés de Oliver por la apertura de la tienda remita y se centre en otras cuestiones... como salir con chicas. Chicas como Hard Rock Allison. Bien sabe Dios que hay un montón de tías que hacen cola en la tienda con la esperanza de que su dueño cañón les haga caso. No me gusta la idea, pero sé que al final sucederá. A mí también me ha funcionado la absoluta distracción del trabajo, y con todos los viajes que he estado haciendo he podido esconder la cabeza en la arena y no pensar en lo mucho que me gusta. Eso me ha permitido alegrarme de lo poco que él me ha dado.

Sin embargo, en las últimas semanas, aunque las cosas han sido más frenéticas que nunca, he salido de la niebla. He tenido que admitir que lo deseo. Y anoche coqueteamos más que nunca. El recuerdo hace que el corazón me dé un vuelco nervioso.

Cuando nos conocimos en Las Vegas, era guapo, interesante y tenía el acento más sexy que había oído en la vida, pero no lo conocía de verdad. ¿No me deseaba? Daba igual. Pero tras haber pasado tiempo con él, casi todo el tiempo libre que he tenido, a decir verdad, y tras haberse convertido en una parte tan importante de mi vida, esa pequeña punzada de deseo se ha convertido en un dolor lacerante. Ahora lo conozco a él, pero no sé qué hay en su corazón. No en ese sentido. Y de un tiempo a esta parte quiero... saberlo. Quiero decirle: «Dame una semana nada más. Una semana de ti, de tus labios y de tu risa en mi cama. Una semana nada más y creo que luego se me pasará».

Es mentira, claro. Aunque nunca lo he besado, más allá del rápido beso de la farsa de boda que tuvimos en Las Vegas, sé que sería peor si lo tuviera una semana y luego lo perdiera. Mi corazón se quedaría destrozado después,



como un jersey de lana que se le presta a alguien más grande y que se queda deformado de por vida. A lo mejor cuando encontré a Oliver ya estaba deformada. Pero a diferencia de todos los novios que he tenido, uno durante un par de semanas o durante un mes, Oliver nunca parece meter los dedos en la llaga, parece que no necesita conocer todos los detalles. Más bien ha ido acumulando detalles sobre mí según se los he ido proporcionando.

A lo mejor por eso seguimos manteniendo una relación tan estrecha. Porque todavía no he tenido la oportunidad de arruinarlo todo cerrándome en banda cuando llega el momento de compartir intimidades.

La primera noche que pasamos juntos, mientras nuestros mejores amigos estaban destrozando los cabeceros de las camas en varias habitaciones de hotel de Las Vegas con su libido, Oliver y yo recorrimos la Franja mientras hablábamos de trabajo. Hablamos de escribir e ilustrar historias, de la representación femenina en los cómics, de los libros que estábamos leyendo. Hablamos de *Pez Navaja* y de su tienda... por encima. Al principio, ni siquiera sabía que se mudaría a San Diego.

Estar con él fue facilísimo, como un sorbito de algo delicioso que quieres seguir bebiendo hasta que no te quepa más en el cuerpo. En algún lugar de la bulliciosa avenida, me armé del valor necesario para detenerlo y, con un gesto inseguro, le puse una mano en el brazo y lo insté a mirarme.

—Seguramente están usando nuestras habitaciones —dije, con la vista clavada en su barbilla, antes de obligarme a mirarlo a los ojos.

Él sonrió, y fue la primera vez que me fijé en lo perfectos que son sus dientes, blancos y parejos, con unos colmillos muy afilados que le dan un aire canino, en lo suaves que son sus labios y en lo azules que son sus ojos tras las gafas.

—Seguramente.

—Pero podríamos... —Dejé la frase en el aire y aparté la vista, parpadeando.

Él esperó sin dejar de mirarme, sin traicionar con la mirada que sabía muy bien lo que yo estaba a punto de decir.

Lo miré de nuevo a la cara y me armé de valor.

—Podríamos buscar habitación para pasar la noche, si quieres. Juntos.

Su expresión no cambió, me miró con esa asombrosa cara de póquer, con su sonrisa amable, comprensiva, y su expresión dulce... y me rechazó con mucha delicadeza.

Me quise morir de la vergüenza en aquel momento, pero al final se me pasó y no hemos vuelto a hablar del tema.

Después, cuando me enteré de que se había mudado aquí, de que teníamos a tanta gente en común y de que teníamos también en común la pasión por los cómics, empezamos a vernos a todas horas y la incomodidad de su rechazo desapareció. En su lugar apareció una especie de amistad perfecta. Oliver no juzga, no se burla y no presiona. No le importa cuando me encierro, esos momentos en los que solo quiero volcarme sobre el papel y dibujar. No le importa cuando me emociono por algo y me pongo a hablar durante una hora seguida. Es totalmente sincero, sin tapujos, cuando le enseño nuevas ideas para mis historias. Toca música rara para mí y me obliga a escucharla, aunque la deteste, porque quiere que yo comprenda por qué le gusta. Es capaz de hablar de todo, de *Veronica Mars*, *Gen*<sup>13</sup>, la emisora NPR o las reparaciones del coche, y también es capaz de no hablar de nada, algo que también me encanta, por cierto. Sabe escuchar, es gracioso, es amable. Tiene personalidad y también demuestra una confianza en sí mismo que lo hace casi irresistible. El hecho de que sea alto y guapísimo, y de que tenga una sonrisa perfecta, tampoco es moco de pavo.

Dos meses después de que nos casáramos y de que anuláramos el matrimonio lo llevé a casa para que conociera a Greg, mi padre. Aquella noche, mientras comía pollo asado con patatas fritas de paquete y salsa, y mientras yo estaba en el patio intentando capturar la puesta de sol al óleo, Oliver se enteró del resto de mi historia.

Mi padre volvió de su tercera misión en Afganistán cuando yo tenía doce años y estaba hecho un desastre: pasó de ser un fantástico enfermero de urgencias a ser un veterano de guerra que había sido licenciado con honores, pero que era incapaz de dormir y que escondía OxyContin en la cocina. Mi madre no aguantó ni un mes antes de irse de madrugada, sin despedirse siquiera. De ninguno de los dos.

Yo intenté recoger los pedazos de mi padre, mi padre intentó recoger los

míos, y así fuimos tirando unos años antes de darnos cuenta de que cada uno tenía que recoger sus propios pedazos. No fue fácil, pero poco a poco la cosa fue mejorando, y la relación que tengo con él es de las cosas más importantes que tendré en la vida. Le cuento casi todo lo que se me pasa por la cabeza, por insignificante que sea. Gracias a eso puedo callármelo el resto del tiempo. Preferiría que el sol se apagara antes que perder a mi padre.

No sé muy bien qué le dijo mi padre a Oliver, pero después de aquella noche, en vez de preguntarme por el tema, Oliver se limitó a meterlo en el Cajón Lola y dejarlo estar. De vez en cuando, soltaba algún detalle en las conversaciones, detalles que hasta entonces solo había compartido con Harlow o Mia, que me indicaban que sabía más de lo que yo le había contado.

Mia y Harlow ya estaban en mi vida cuando todo pasó, así que nunca tuve que contárselo de una tacada. Pero si hay alguien en mi vida que quiero que me conozca a fondo es Oliver. Después de unas cuantas cervezas, hace casi un mes, por fin le pregunté:

—¿Cuánto te ha contado mi padre de mi historia?

Oliver se quedó quieto con la botella de cerveza pegada a los labios y luego la bajó.

—Me contó su versión. Desde que eras pequeña hasta ahora.

—¿Quieres escuchar la mía?

Oliver me miró y asintió con la cabeza.

—Claro que sí. Un día de estos. Cuando te apetezca, como te apetezca.

Estuve a punto de besarlo aquella noche, estuve a punto de ser tan valiente como para hacerlo. Porque cuando le dije que yo también quería conocer su historia, puso tal cara de agradecimiento, una expresión que en mi cara habría sido amor, que fue la única vez que creí que tal vez él estuviera tan colado como yo. Y lo eché todo a perder al clavar la vista en la mesa.

Cuando volví a levantar la mirada, la cara de póquer ya estaba en su sitio y Oliver cambió de tema.

Pienso en todo eso ahora mismo, mientras lo observo dormir. También deseo que se despierte para poder moler el café. Aunque el móvil me soluciona la papeleta cuando empieza a ladrar a todo volumen en la encimera:

el tono de llamada de Benny.

—Dime —contesto todo lo rápido que puedo y casi se me cae el móvil de las manos.

Oliver se levanta como impulsado por un resorte a causa del ruido y mira a su alrededor con expresión perdida. Agito la mano desde la cocina hasta que me ve y se relaja. Se pasa una mano por la cara y me mira con una expresión muy tierna y abierta.

Es la misma expresión con la que me miró en el bar, hace un mes. Entreabre un poco los labios y entrecierra los ojos para poder verme sin las gafas. Su sonrisa es como el sol que se abre paso entre las nubes.

—Hola —dice con voz ronca por el sueño.

—Lola, soy Benny. —La voz de Benny resuena a través del altavoz—. Tengo a Angela al teléfono.

—Ah —murmuro, sin poder apartar la vista de la cara de Oliver. Entretanto lo observo, su expresión pasa de feliz y aliviada a un poco confundida mientras recorre la estancia con la mirada.

Se sienta y apoya los codos en las rodillas, antes de sujetarse la cabeza con las manos y gemir:

—¡Joder, la cabeza!

Harlow me dijo una vez que la forma en la que alguien te mira cuando eres lo primero que ve por la mañana es la mejor manera de averiguar qué siente por ti. Bajo la vista a la encimera y recorro con una uña la junta entre dos azulejos para no ponerme a interpretar la expresión matutina de Oliver.

—Es temprano, perdona —dice Angela—. ¿Estás bien?

—Todavía no me he tomado el café —admito—. Ahora mismo no estoy de ninguna manera.

Oliver levanta la vista y se echa a reír en el sofá, Angela también, pero su carcajada no es tan sincera. Activo el altavoz en el móvil para que Oliver también pueda oír la conversación.

—En fin —sigue Angela—, ayer fue un gran día y hoy va a salir la noticia en prensa.

—¿Necesitas que haga algo? —pregunto.

—No, solo que estés preparada —contesta ella—. No hace falta que hoy

contestes preguntas. Esa labor es nuestra. Podemos enviarte algunas respuestas estándar para las redes sociales que puedes usar más adelante. Concertaremos algunas entrevistas. Lo que necesito ahora mismo es que te des cuenta de lo que esto implica.

Oliver me mira desde el salón, con los ojos abiertos de par en par, fingiendo sorpresa.

—Vale... —digo, y sonrío porque agradezco muchísimo el hecho de que él esté aquí conmigo y se entere de todo al mismo tiempo que yo. Angela parece muy seria de repente. Es como si yo necesitara un testigo o algo.

—Implica que te van a reconocer.

Oliver finge una mueca escandalizada y yo tengo que contener una risilla. La novela lleva las últimas diez semanas entre las tres novelas gráficas más vendidas según el *New York Times* y la vida no me ha cambiado tanto, salvo por tener que viajar para las firmas de libros y para asistir a algunas convenciones. Es evidente que ninguno de los dos se traga que el vecindario se vaya a convertir en la zona cero de una invasión de paparazzi.

—A lo mejor te siguen y te hacen fotografías —continúa Angela—. Implica que te harán la misma pregunta cientos de veces y que tendrá que parecer que la contestas por primera vez cada vez que te la hagan. Implica que no podrás controlar lo que escriban sobre ti. ¿Queda claro?

Asiento con la cabeza, sin apartar la vista de la expresión risueña de Oliver, pero como ellos no me pueden ver, consigo decir:

—Sí.

—Todo saldrá estupendamente —dice Benny con ese tono de voz suyo tan tranquilizador—. Es fantástico, Lola.

—Sí que lo es —convengo con un hilo de voz. Sé que Harlow nunca comprenderá el impulso este que tengo de ocultarme en mi mundo para escribir y salir solo cuando esté todo listo y pueda ir a ver la película con una peluca y unas gafas de sol.

«No pasa nada. No pasa nada.»

—Bien —dice Angela—. La noticia debería salir en *Variety* dentro de una hora. Disfruta del momento, Lola. Es todo tuyo.

Me doy cuenta de que la llamada está a punto de terminar, pero se oye el

conocido estruendo de la temida puerta de cristal al cerrarse de un portazo y una voz gruñona que dice:

—¡Joder!

Angela carraspea.

—Ah, parece que Austin quiere decirte algo.

—Vale —digo.

Oliver se ha levantado del sofá y viene a la cocina.

—¡Lola! —exclama Austin, y me alegro de tener activado el altavoz, porque me habría reventado el tímpano de tener el móvil pegado a la oreja.

—Buenos días —lo saludo al tiempo que levanto una mano para darle un golpecito juguetón a Oliver en la nariz, de modo que deje de fulminar el teléfono con la mirada.

—Oye, tengo una reunión en cinco minutos —dice Austin—, así que solo quería saludarte, pero anoche se me ocurrió una cosa: ¿Y si Navaja no es de un universo paralelo, sino de otro planeta?

Parpadeo y el cerebro se me bloquea.

Oliver pone los ojos como platos y masculla:

—Con dos cojones.

—Lo siento —digo, y meneo la cabeza para aclararme las ideas. Creía que Austin había conectado de verdad con la novela—. ¿Un alienígena? ¿Como si viniera de Marte?

—Bueno, esos detalles se pueden decidir más adelante —contesta Austin con despreocupación—. Es que me parece que para el público norteamericano un alienígena sería mucho más fácil de comprender que la idea de varios universos paralelos.

—Pero *Doctor Who* es objeto de culto. —Eso es lo único que se me ocurre replicar.

—Eso es de la BBC.

—¿Eso quiere decir que los británicos son más listos?

Austin se echa a reír al tomarse la pregunta como si fuera retórica.

—¿A que sí? Bueno, tú piénsatelo. Creo que sería un cambio muy sencillo que no influiría en nada en la historia... solo la haría más accesible.

Asiento con la cabeza, pero otra vez me doy cuenta de que no pueden

verme.

—Vale, me lo pensaré.

—¡Genial! —exclama Austin, encantado—. Hablamos luego, Loles.

El teléfono pita tres veces, indicando que la llamada se ha cortado, y lo alejo con cuidado por la encimera.

Oliver cruza los brazos por delante del pecho y se apoya en el fregadero.

—¿«Loles»?

Arqueo las cejas con gesto elocuente.

—¿Vamos a empezar con eso?

Oliver se echa a reír y menea la cabeza despacio.

—No creo que ninguno de los dos quiera empezar con lo de Marte.

Me acerco al frigorífico y saco el paquete de café en grano.

—Yo... —Me doy la vuelta, lleno el molinillo con el café y lo miro con expresión perdida mientras el estruendo del molinillo resuena en la cocina hasta que reduce el café a polvo. Tengo el cerebro reblandecido; el corazón, en los pies; y los pulmones parecen que se han encogido y han dejado de funcionar. Apago el molinillo y digo—: Ni siquiera sé qué decir. Un marciano. Un marciano de verdad. No lo ha dicho en serio, ¿no? A ver, Navaja y los demás bichir evolucionaron en Dimensión Cuatro a partir del mismo material terrestre que nosotros, pero... de forma distinta. En una línea temporal diferente, con condiciones alteradas. —Me llevo las manos a la cabeza en un intento por controlar el pánico—. Su razón de ser, y de quién es, se basa en la evolución alternativa. —Miro los ojos azules de Oliver—. Aquí. En la Tierra. El único motivo de que se interese por Quinn en un principio y por lo que está haciendo es que la Tierra también es su planeta. Solo que una versión distinta.

Sé que Oliver ya sabe todo esto, pero hablar del tema conseguirá liberarme de algo.

O eso o me lanza de lleno a la histeria.

—Puedes plantarte, Lola —dice él—. Si te sirve de algo, no creo que Austin tenga razón en eso de que la historia es demasiado complicada.

—Creía que íbamos a hablar de detalles más sutiles —sigo—, como que Quinn solo se enfrente a un atacante en su primera lucha o que Navaja la

rescate un poco antes con los andemy.

Oliver se encoge de hombros y hace girar una cuchara sobre la encimera.

—Ya, y yo.

—¿Y un comunicado de prensa? —Meneo la cabeza y echo el café molido en la cafetera—. Si no te importa, creo que hoy me voy a esconder en la tienda.

—Creo que la tienda va a ser el peor escondite para ti hoy, Lola Love.

Asiento con la cabeza mientras me derrito por cómo dice mi nombre. Su forma de pronunciar la o es tan mona que nada me levanta el ánimo como oír su voz.

—¿Tienes hambre?

Se mete una mano por debajo de la camiseta para frotarse el abdomen y el corazón me cae en picado hasta los pies.

—Me comería una vaca —contesta, y se encoge de hombros.

Señalo el cuenco lleno de fruta y cojo la caja de cereales que hay encima del frigorífico porque sé qué es lo que quiere. Ya lo tengo a mi lado, sacando la leche del frigorífico.

—Estoy metida en un mundillo en el que se mandan «comunicados para las redes sociales» —digo—. Supongo que debería crearme alguna cuenta en dichas redes, ¿no?

Se echa a reír mientras pela un plátano.

—Deja que Joe se encargue de tu cuenta de Twitter. Se le da bien.

Lo miro boquiabierta.

—Seguro que publica fotos de penes.

Oliver se encoge de hombros, como diciendo «Eso mismo», pero luego se queda quieto y me mira fijamente.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Nada. —Hace un gesto con la cabeza para que mire la fruta que tiene en la mano—. Es que no tengo ni idea de adónde mirar cuando me como un plátano. Y ha habido un momentillo de contacto visual. No quería parecer sugerente ni nada.

—Sobre todo después de hablar de las fotos de penes de Joe No.

Con una mueca, Oliver suelta el plátano y se llena el cuenco de cereales.



—¿Me das un cuchillo?

Me río entre dientes mientras cojo uno y él pone los ojos en blanco. Soy incapaz de controlarme cada vez que dice «cuchillo». Es una de las pocas veces en las que parece calcadito a Paul Hogan.

—¿De verdad crees que la gente me reconocerá? —le pregunto mientras me mordisqueo el pulgar. Soy incapaz de enfrentarme a la idea de que Navaja sea un alienígena ahora mismo; por raro que parezca, me resulta más fácil concentrarme en la parte publicitaria.

Oliver levanta la cabeza y me observa con atención. Sé lo que piensa cuando sus ojos se detienen en el piercing que llevo sobre el labio superior, una circonita cerca de la comisura izquierda, cual lunar de Marilyn Monroe: no voy precisamente de incógnito.

—¿No te reconocen ya alguna que otra vez?

—Solo los frikis, y solo me han reconocido dos veces.

—Bueno, pues ahora te reconocerá más gente. —Lo dice con una calma pasmosa. A veces me gustaría meterlo en una jaula con un león y tomarle la tensión.

—Esa idea me revuelve el estómago, Oliver. Vamos, que creo que debería llevar un cubo conmigo a todas partes para vomitar.

Menea la cabeza y se echa a reír.

—Vamos, Lola. No me seas exagerada. Eres maravillosa todo el tiempo, ¿por qué crees que esto te va a resultar difícil?

—Eso no es verdad —susurro.

Oliver me mira y sacude un poquito la cabeza.

—A veces me gustaría poder empezar de cero y conocerte de nuevo —dice mientras corta el plátano sobre el cuenco de cereales—. Y prestar más atención.

De repente, parece que el corazón se me va a salir por la boca.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues justo lo que he dicho. —Mezcla las rodajas de plátano con los cereales—. Eres la leche. Quiero conocerte de nuevo, de cero. Y quiero que sea distinto, y quiero que pasemos tiempo juntos como lo estamos haciendo ahora.

—¿Con un cuenco de cereales y café en vez de en la avenida más famosa de Las Vegas?

Me mira a los ojos y sé, sé sin lugar a dudas, que está recordando la torpe proposición que le hice. Lo observo mientras intenta dar con las palabras adecuadas.

—Me refiero a una situación en la que ninguno de los dos se sienta presionado para...

—No te culpo por lo que hiciste aquella noche —lo interrumpo. Tengo que acabar con este suplicio ya—. Hiciste lo correcto.

Me mira a los ojos un segundo más antes de esbozar una sonrisilla y ponerse a comer.

Me apoyo en la encimera y bebo del néctar de los dioses mientras lo observo desayunar. En cierto sentido, parece un monigote dibujado: tan largo, tan delgado, todo extremidades, todo ángulos pronunciados. Sin embargo, también es fuerte. Los músculos le abultan los brazos, los hombros. Tiene el torso amplio, que se va reduciendo hasta llegar a la estrecha cintura. «Podría dibujarlo», pienso. «Podría dibujarlo e incluso podría sorprenderme de lo que veo.»

—¿En qué piensas? —me pregunta con la boca llena de cereales—. Me miras como si te sorprendiera que tenga brazos.

—Pensaba en qué aspecto tendrías si te dibujase.

Pongo los ojos como platos. Ni de coña quería decir eso en voz alta, y los dos lo sabemos. Oliver se ha quedado muy quieto, tan congelado como la sangre en mis venas. Me mira como si estuviera esperando a que me explicara, pero soy incapaz. Algo se desconecta en mi cerebro cuando me pongo nerviosa, es como si se cerrara una trampilla.

Pasan los minutos y solo oigo el rugido de los latidos de mi corazón y el ruido que hace Oliver al comer. No es la primera vez que nos quedamos callados el uno con el otro, pero este silencio está muy cargado.

—Bueno, ¿y quieres hacerlo?

Levanto la vista hasta su cara, parpadeando.

—¿Que si quiero hacer qué?

Se lleva una cuchara de cereales a la boca, mastica y traga.

—Dibujarme.

Mi corazón se hincha... se hincha... se hincha... y explota.

—Tampoco es para tanto, Lola. Eres artista. Y ya sé que yo soy una especie de semidiós. —Me guiña un ojo y luego agacha la cabeza para llevarse a la boca otra cucharada de cereales con leche.

¿Quiero dibujarlo? Joder, claro, y ahora sin tonterías: lo hago a todas horas. Pero normalmente de memoria, o al menos cuando no sabe lo que estoy dibujando. La idea de tener acceso visual ilimitado a esa cara, a esas manos, a esos brazos fibrosos y a esos anchos hombros...

—Vale —digo con un hilo de voz.

Me mira fijamente y arquea un poquito las cejas, en plan «Vaya», y antes de que pueda echarme atrás, salgo corriendo al dormitorio y rebusco en el escritorio el cuaderno de dibujo grande y los carboncillos. Lo oigo en la cocina cuando se acerca al fregadero para lavar el cuenco.

Mi mente es una picadora, porque cualquier pensamiento coherente acaba hecho añicos, muerto. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero si Oliver quiere que lo dibuje... ¡Joder, joder! Voy a llenar todo el dichoso cuaderno de bocetos.

Vuelvo corriendo al salón. Derrapo por culpa de los calcetines y me agarro en el último momento a la pared, justo a tiempo para ver que Oliver está de espaldas a mí, con la vista clavada en el ventanal. Veo que se lleva las manos al cuello de la camiseta y que se la quita de un tirón.

Oh.

¡Oh!

—Oh —gimo, y Oliver me mira al tiempo que se pone muy colorado por la vergüenza.

—¿No iba a ser así? Ay, Dios, no iba a ser así. Era solo de cara y tal, ¿verdad? —Se cubre el cuerpo con la camiseta y dice—: Mierda.

—Tranquilo —consigo decir con la vista clavada en el carboncillo que tengo en la mano, como si estuviera analizando la afilada punta. La miro con tanta intensidad que podría partirla con la fuerza de mi mirada. Oliver está descamisado. En mi salón.

—Es estupendo, a ver, me refiero a que es estupendo poder dibujarte sin

camiseta porque puedo concentrarme más en los detalles de los músculos, del vello y de los pezo... —Carraspeo—. En cosas.

Suelta la camiseta sin apartar los ojos de los míos para asegurarse de que estoy bien.

—Vale.

Me siento en el sofá y miro a Oliver, que está cerca del ventanal, de pie. Tiene la vista clavada en el horizonte y parece muy cómodo. En cambio, yo tengo el corazón a punto de salirse por la boca. Paso más tiempo del debido en su torso, con su geometría: pezones pequeños, perfectos en su redondez. Un mapa de músculos, compuesto por cuadrados, rectángulos, diagonales y ángulos marcados. La inclinación triangular allí donde las caderas se topan con los músculos. Siento que me está mirando mientras dibujo el vello que le rodea el ombligo.

—¿Quieres que me quite los pantalones?

—Sí —contesto antes de pensar, pero grito enseguida—: ¡No! No. Dios, ay, Dios, no pasa nada.

Es imposible que el corazón me lata más deprisa.

Tiene una trémula sonrisilla en los labios, casi imperceptible. Quiero pasar un año entero dibujando la forma de sus labios en este preciso momento.

—De verdad que no me importa —me asegura en voz baja.

El diablillo que tengo en el hombro me dice: «Hazlo. Hazlo. Tu estilo geométrico nunca funciona al dibujar piernas. Esto te ayudará».

El angelito que tengo en el otro hombro hace un gesto desencantado y aparta la vista.

—Si estás seguro... —digo, y luego carraspeo antes de explicar—: Sabes que se me da fatal dibujar piernas y...

Ya se está desabrochando los pantalones, soltando con dedos hábiles la tela vaquera, desabrochando botón a botón la bragueta.

Sería bueno para nuestra amistad que yo pudiera apartar la vista, pero soy incapaz.

—¿Lola?

Con un esfuerzo titánico, levanto la vista hasta su cara.

—¿Sí?

No dice nada más, pero me sostiene la mirada mientras se baja los vaqueros por las piernas y los aparta de un puntapié.

—¿Sí? —repito. Respiro demasiado deprisa para esto. Se oye y todo.

Es muy distinto. Está pasando algo esta mañana que se sale del canon Oliver + Lola. Tengo la sensación de que estamos atravesando la puerta que nos lleva al País de las Maravillas.

—¿Dónde me quieres?

—¿Que dónde te quiero?

—Que me ponga...

—Ah. —Carraspeo—. Ahí mismo está bien.

—¿No estoy a contraluz?

Pues sí, pero no me fío de darle instrucciones ahora mismo.

—No me importa sentarme... —comienza.

—A lo mejor te puedes tumbar o... —Dejo la frase a la mitad cuando me doy cuenta de lo que él ha dicho. Mierda—. O te puedes sentar. Sentado estarías bien. En fin, lo que prefieras.

Me mira con una sonrisilla misteriosa antes de acercarse a la alfombra que hay en mitad de la habitación, donde se tumba en mitad de un enorme rayo de sol.

«En la viñeta se ve a la chica, comiéndose con los ojos al chico, mientras unas llamas azules la envuelven, lamiéndole la piel.»

Oliver entrelaza los dedos detrás de la nuca, cruza las piernas a la altura de los tobillos y cierra los ojos.

Polla.

POLLA.

Es lo único que veo.

Está ahí, tras los bóxers, semierecta, a todas luces sin circuncidar, siguiendo la línea de una cadera. Dios, es gorda. Y si Oliver es de esos a los que se les pone mucho más grande, sería capaz de llegar hasta la campanilla de una mujer mientras se la folla.

Ladeo la cabeza con una mano sobre el cuaderno, sin tocarlo. ¿Por qué está semierecto? ¿Es algo que les pasa a los tíos cuando posan para que los dibujen? Seguramente. ¿Es la leche o para morir de la vergüenza?

A ver, queda claro que para Oliver es la leche, porque mírasela. No, míralo a él. A él.

—¿Lola? ¿Estás bien?

Claro. Se da cuenta de que no estoy dibujando por la falta de ruido. Me siento en el sofá y empiezo a dibujar como una loca todos y cada uno de los detalles de su cuerpo: el vello oscuro de sus piernas, los músculos de sus muslos, los pronunciados surcos de sus caderas, y sí, incluso la forma que veo debajo de los calzoncillos.

Paso por decenas de páginas, decidida a captar todos los detalles y a añadir color después. Tengo las manos sucísimas por el carboncillo y me duelen los dedos por la velocidad y la fuerza con la que dibujo.

—Ponte bocabajo —le digo.

Oliver me obedece y veo que agita las caderas, que se pega una sola vez, con fuerza, a la alfombra: una embestida inconsciente.

Se me tensan todos los músculos en respuesta: una súplica que lanzo al universo.

Atisbo una larga cicatriz en su costado izquierdo, que le recorre varias costillas.

—¿De qué es la cicatriz?

—Me caí durante el primer proyecto en bici —susurra, haciendo referencia a su relación con la organización no gubernamental Bike and Build, donde conoció a Ansel y a Finn, un proyecto mediante el cual cruzaron todo Estados Unidos en bici mientras iban construyendo casas de bajo presupuesto por el camino.

La cicatriz es grande, de casi centímetro y medio de ancho y tal vez de unos diez centímetros de largo, y me pregunto cuánto tiempo pasó Oliver sin subirse a una bici después del accidente.

—No sabía que habías tenido un accidente en aquel viaje. ¿Cómo solucionaste lo de montar en bici y construir casas?

Se encoge de hombros y mueve un poco la cabeza sobre los brazos, y yo me maravillo de lo cómodo que se siente en su piel.

—Me dieron puntos. Tardé unos dos días en recuperarme. No fue para tanto, solo lo parece.

Murmuro por lo bajo mientras lo escucho hablar de sus viajes en bici y sigo trabajando en dominar la musculosa curva de su pantorrilla, el arco de su pie y el hueso de su tobillo.

—Canberra es plana —dice—. Íbamos en bici a todas partes. Es la ciudad perfecta para la bicicleta. Buenos caminos, buenas carreteras. Aunque montaba a todas horas, mis colegas y yo éramos unos cabestros, así que me caí un montón de veces.

Me encanta su voz, me encanta perderme en ella mientras cuento las vértebras de su columna, mientras me fijo en cómo se le riza el pelo en torno a la oreja o en cómo el asomo de barba le oscurece la mandíbula. Una cosa es ver todas estas cosas y otra muy distinta imaginarme que las toco, que las aprendo con las manos tan bien como las conozco con los ojos. En estas páginas albergo fantasías para toda una vida, y estoy convencida de que Oliver acaba de ayudarme a crear lo más sexy que el mundo del cómic verá nunca.

Me paso el dorso de la mano por la frente y suspiro.

Oliver se pone de costado, apoyando la cabeza en una mano. De verdad, es absurdo. Ahí, sobre la alfombra blanca con los bóxers azules, parece que está posando para *Playgirl*.

—¿Qué hora es? —me pregunta.

Miro la polla... ¡La hora! Miro la hora en el sintonizador de la tele.

—Las ocho y diecinueve.

Tengo que largarme de aquí.

Se despereza: le tiemblan los músculos, aprieta los puños y echa la cabeza hacia atrás, disfrutando del alivio que supone. Tras un largo gemido de felicidad, me pregunta:

—¿Vas a enseñarme lo que has dibujado?

—Ni de coña.

—Eso quiere decir que es porno, ¿eh?

Me echo a reír.

—Tienes los calzoncillos.

—¿Eso es que sí? Tengo que ver lo que has dibujado.

—Y lo verás —le aseguro—. Algún día. Quiero darle un punto más canalla

al siguiente proyecto. —Agacho la cabeza y me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja—. Me has ayudado con unas cuantas ideas. Gracias.

¿Es incómoda la situación ahora mismo? No me parece incómoda, pero igual se me dan fatal estas cosas. Hasta hace un momento me parecía muy cómoda. Me lo parece, de hecho.

Se levanta, coge los vaqueros y empieza a ponérselos. Me despido de la polla semierecta más perfecta que he visto.

—Ha sido un placer ayudar a una amiga —susurra—. Como es normal.

—Gracias —repito.

—Al menos, espero que te haya distraído un poco.

Capto su mirada una vez que reaparece su cabeza después de ponerse la camiseta.

—¿De qué me tenía que distraer?

Oliver se echa a reír y se acerca lo suficiente para alborotarme el pelo.

—Nos vemos luego, Lola Love.

Sale y se va a la tienda de cómics antes de que yo recuerde al Navaja marciano y el artículo del *Variety* que deben de haber publicado en algún momento de la última hora.

Harlow suelta el bolso en el asiento y se sienta delante de mí en el reservado.

—Perdona el retraso.

—Tranquila. Te he pedido la ensalada César de salmón. —Miro hacia la entrada del restaurante—. ¿No viene Finn? Creía que volvía en el último vuelo de anoche.

—Tiene que quedarse toda la semana. Algo de la caja de fusibles o del panel de control y... —Harlow finge quedarse dormida sobre la mesa.

—Nunca sé por dónde anda —mascullo contra el vaso de agua.

—Te cuento un truco. Si tengo esta pinta —dice, y se señala el peinado y el maquillaje perfectos—, no anda cerca. Porque si está aquí por la mañana, no tendría fuerzas para...

—Ya lo pillo. —La quiero mucho, pero es la Emperatriz de la Información



no Requerida.

—Bueno, ¿qué pasó cuando os fuisteis anoche de Hennessey's? Porque no sé quién sujetaba a quién.

Me aparto cuando la camarera nos lleva la comida y luego le doy las gracias.

—No recuerdo cómo llegamos a casa, pero Oliver se quedó a dormir — digo en cuanto se va la camarera.

Como no estoy mirando a Harlow, doy un respingo porque ella golpea la mesa con la mano y casi se pone de pie de un salto.

—¿Cómo?

Unos cuantos clientes nos están mirando, así que mascullo:

—Ha dormido en el puñetero sofá. Haz el favor de volver a sentarte.

Pone cara de pena, pero se sienta.

—Dios, no me hagas estas cosas.

—¿El qué? —le pregunto—. Estamos hablando de Oliver.

Resopla.

—Precisamente.

Intento interpretar su expresión, pero se le da mejor lo de mantener la boca cerrada desde que está con Finn, y aunque creo que está dándole vueltas a algo, no lo lleva escrito en la cara.

—En fin, vale, en cuanto a eso... —comienzo, y Harlow se inclina hacia delante con las manos entrelazadas, los brazos en la mesa y dos cejas perfectas arqueadas con gesto interrogante.

Sopeso cuánto decirle. No tengo ni idea de cómo va la vida amorosa de Oliver y a lo mejor está muy ocupado sin mí, la verdad sea dicha. Pasamos casi todas las tardes juntos, pero no las noches. A juzgar por la cantidad de historias que Finn y Ansel cuentan sobre «los viejos tiempos» de Oliver, y por la espléndida cara de póquer de Oliver, me da en la nariz que está disfrutando de mucha más acción que yo, pero que no me entero. Y, la verdad, con la publicación de la novela gráfica, los viajes y los eventos, salir con alguien es lo último que se me ha pasado por la cabeza en meses. El flamante matrimonio de Harlow y la inminente mudanza de Ansel han sido los temas de conversación más recurrentes con las chicas cada vez que hemos

quedado.

Así que... no les he comentado ni a Harlow ni a Mia lo de mi atracción por Oliver. Él solo ha sido un lugar alegre y tranquilo sobre el que divagar en momentos de estrés, un recordatorio aliviador de que tengo alguien con quien hablar, de que puedo contar con alguien que comparte mis altibajos emocionales cuando la vida se desquicia. Además, Harlow, Mia y yo nos conocemos desde primaria, y a lo largo de los años he descubierto lo pronto que Harlow se siente «involucrada». Oliver tuvo su oportunidad en Las Vegas y no la aprovechó. No me imagino que tenga ganas de complicar nuestra amistad ahora que salta a la vista que funciona para los dos, y no quiero que Harlow lo odie porque no me corresponde. La fortaleza de Harlow puede ser al mismo tiempo su mayor debilidad: es la persona más leal que conozco.

Dios, las cosas se complican, y mucho, cuando hay un grupo de amigos de por medio.

Sin embargo, una vez publicada la novela gráfica y ahora que los viajes han disminuido y que estoy en mitad de la calma que precede a la tormenta de la película, tengo más tiempo libre... Lo que significa que Oliver, el tío cañón, no se me va de la cabeza... y esta mañana lo he visto casi desnudo... y está macizo por todas partes... y sin circuncidar... y las pollas sin circuncidar son mi kriptonita... y he oído historias sobre la habilidad oral de Oliver entre risotadas de Finn y de Ansel... y ¡me cago en la puta que me estoy volviendo loca!

Al otro lado de la mesa, Harlow carraspea y suelta el tenedor con gesto más que elocuente. Levanto la vista, que la tenía clavada en la servilleta sobre la que he estado garabateando.

—Se me está agotando la paciencia, guapa —dice.

Es evidente que necesito hablar del tema... y Harlow seguro que entiende mis recelos, ¿verdad?, porque ella ha estado conmigo en todos y cada uno de mis épicos fracasos sentimentales.

—He mencionado lo de que Oliver se quedó a dormir anoche —comienzo—, porque da la casualidad de que... me resulta muy atractivo.

Harlow se inclina hacia delante todavía más, y la conozco lo bastante para

saber que está controlando su expresión.

—Lola, hasta un puto armadillo encontraría a Oliver «muy atractivo».

Me encojo de hombros y me mira como si quisiera taladrarme y meterse en mi cabeza para saber lo que pienso. Me miran así muy a menudo, la verdad. De hecho, no tendría que escarbar mucho, porque mis pensamientos están pegados a la superficie. El problema es que dicha superficie es muy sólida, como de granito, vamos.

—¿Crees que a Oliver también le resultas atractiva? —me pregunta con voz serena al tiempo que se sienta bien y pincha un trocito de lechuga.

Me encojo de hombros.

—No creo. A ver, en Las Vegas no pareció muy interesado.

Masculla algo acerca de «esforzarse en no meter las narices» y luego se lleva la lechuga a la boca.

—No puedes meter las narices en nada —le digo, pero ella clava la vista en el techo para no mirarme a los ojos—. Harlow, ¿qué leches te pasa? —Extiendo un brazo por encima de la mesa y le doy un toquecito en la frente—. Solo necesito desahogarme con alguien —sigo—. Porque como tú estás casada, y Mia también, Oliver es como mi colega para todo, y sabes que tengo un historial horroroso con los tíos en cuanto se convierten en...

Harlow me mira de nuevo y se traga el trocito de lechuga antes de decir:

—¿En cuanto se convierten en algo más?

—Sí —confirmando, y pincho un trozo de espárrago—. Oliver y yo nos vemos casi todos los días, pero nunca hablamos de citas ni de ligues. Es un agujero bastante curioso en nuestra amistad, es un tema que los dos parecemos evitar a conciencia. A lo mejor tenemos un buen motivo para hacerlo.

—¿Debería llamar a Finn? —se pregunta—. Debería llamarlo. Me recordará que mantenga la puta boca cerrada.

—¡Pero no quiero que mantengas la boca cerrada! Mi amistad con Oliver seguramente sea la más natural que tengo. —Levanta la vista y me mira echando chispas por los ojos, y suelto una carcajada—. Sin contaros a Mia y a ti. Es que... —Suelto el tenedor—. ¿Te acuerdas de lo mucho que me odió Brody durante un año después de que cortáramos?

Asiente con la cabeza entre carcajadas.

—Y estuvisteis juntos, ¿cuánto tiempo? ¿Dos meses? Dios, menudo colgado.

Meneo la cabeza.

—No sé... Era un buen tío y fuimos amigos mucho tiempo. No recuerdo qué pasó exactamente, pero se... apagó.

Siento que Harlow me mira fijamente, pero luego la sensación se disipa cuando clava la vista en su almuerzo.

—Y Jack —añado—. Aquello también lo jodí.

Harlow resopla.

—Harlow, por favor.

—A ver, si nos ponemos tiquismiquis —dice—, sí que lo jodiste, ¿no?

—Me refiero al tema —insisto, y gimo cuando ella se ríe entre dientes—. Que jodí la situación. —Harlow se atraganta con un trozo de lechuga—. Por el amor de Dios. Solo intento decir que la cagué. Que siempre la cago. O digo lo que no debo o no digo lo que debo, estoy muy ocupada o demasiado libre... Da igual, siempre pasa algo. —Harlow tiene la cabeza apoyada en los brazos, sobre la mesa, y le tiemblan los hombros por la risa. Suspiro y pincho un trozo de pollo con el tenedor—. Dios, eres de lo peor.

Se incorpora y se seca las lágrimas con un dedo de manicura perfecta.

—Solo digo que no eres la misma que cuando tenías dieciocho, diecinueve o veinte años. Oliver y tú sois buenos amigos de verdad, y también sois personas muy atractivas. Nada más. Ahora voy a cerrar la boca.

—Lo he dibujado esta mañana —digo—. Madre mía, ¡que se quitó la camiseta! —Cuando me mira a los ojos, añado en voz baja—: También se quitó los pantalones.

—Se quitó la ropa —dice ella con un deje incrédulo—. Oliver se quitó la ropa. En tu piso.

—¡Sí! Lo he visto casi desnudo —le digo. No tiene sentido contarle que es evidente que lo hizo para distraerme, porque si lo hago, tendré que contarle el motivo y la verdad es que Harlow no tiene ni idea de mis cómics, solo sabe que le gustan los músculos y las escamas de Navaja—. Me gustaría decir que ha sido un poco raro, pero es que no lo ha sido. Está... sí. Está muy cachas, y es lo único que voy a decir.

Harlow se lleva un puño a la boca, como si estuviera conteniéndose por los pelos.

Me inclino hacia delante y susurro:

—¿Te cuento un secreto?

Mi mejor amiga me mira y su expresión se suaviza. Harlow finge ser muy dura, pero no lo es. En realidad, es un trozo de pan.

—Puedes contarme lo que quieras, corazón.

Tomo una honda bocanada de aire y me armo de valor para admitir:

—Creo que Oliver me gusta de verdad.

Harlow suelta una carcajada y apoya la frente en los dedos entrelazados.

—Lola, a veces estás tan perdida que se me encoge el alma.

## 4

### Oliver

Salgo del piso de Lola justo después del desayuno, ya finalizada nuestra sesión de arte. Nada más cerrar la puerta del piso, tengo la impresión de que la polla se me despereza con el aire fresco. El recuerdo de Lola en pijama, con esos calcetines polares, y con la frente y las mejillas manchadas de carboncillo porque no paraba de apartarse el pelo de la cara sin darse cuenta... me ralentiza un poco el cerebro y me siento agotado por haberme pasado la última hora intentando evitar una erección.

No sé muy bien qué me ha pasado para proponer que me dibujara. La vi intentando mantener la calma después de la llamada. Lola tiene una gran ambición, y si hay algo que la frena a la hora de conquistar el mundo, es lo mucho que detesta abandonar su espacio creativo para exponerse a la opinión pública. Además, para ella es más importante la mitología de *Pez Navaja* que su vida real, así que la idea de hacer un cambio tan crítico en la historia... La he visto derrumbarse delante de mis ojos al oír la propuesta.

Así que allí estaba yo, tirado en el suelo, desnudo salvo por los bóxers mientras sus ojos recorrían mi cuerpo como si fueran un par de rayos abrasadores. Lo único que podía hacer era pensar en montar en bici o en hacer caja y no en lo que sentiría si Lola se levantara del sofá, se acercara a mí, separara esas piernas largas y delgadas y se sentara a horcajadas sobre mi

regazo.

Tener su piso tan cerca de la tienda ha sido una bendición y una maldición a la vez. Al principio, llegaba al trabajo antes de que amaneciera y me quedaba hasta que las farolas de la calle cobraban vida y el resto de las tiendas cerraba. En algún momento después de la gran inauguración, Lola me dio una llave e insistió en que podía usarla a mi conveniencia. En multitud de ocasiones, me habría resultado más fácil dormir un rato en su piso que hacer todo el trayecto en coche hasta Pacific Beach. Pero lo mío con Lola siempre ha sido un asunto resbaladizo. Una sonrisilla cuando la veo entrar en la tienda acaba siendo una sonrisa de oreja a oreja cuando descubro que la veré otra vez más tarde en el Regal Beagle. Una mirada de reojo se transforma en un escrutinio completo de su piel blanca, de su lustroso pelo negro, de sus curvas perfectas. Si no me ando con ojo, lo de quedarme en su piso una noche podría convertirse en costumbre y al final no estaré satisfecho hasta acurrucarme a su lado y pasar todas las noches entre sus sábanas y sus muslos.

Bajo con paso vivo la escalera metálica que lleva a E Street y cuando salgo a la calle levanto la cara hacia el brillante sol de enero. Necesito oxígeno. Estiro la espalda y respiro hondo varias veces.

Me paso el día intentando mantenerme lo bastante ocupado como para no recordar lo que sentí al abrir los ojos y descubrir que ella era lo primero que veía, con esa cara tan dulce, sin rastro de maquillaje, con el piercing brillando encima de esos labios carnosos y rojos como las cerezas. Lola tiene una piel perfecta. Muchas veces fantaseo mientras trato de descubrir en ella alguna peca o cicatriz. Aunque normalmente lleva el pelo cepillado y lustroso, esa mañana lo tenía enredado por la parte derecha, un detalle que ha delatado de qué lado duerme. Tenía los ojos hinchados por el sueño y, en ese momento, deseé que el tiempo retrocediera para poder meterme en su cama, besar esos labios rojos y carnosos antes de que se espabilara por completo, enterrar los dedos en ese pelo tan suave y colocarme sobre ella.

Es una fantasía que he tenido millones de veces, de mil formas distintas, pero al final siempre acabamos desnudos. A veces me quedo dormido sobre ella, y en muchas ocasiones sin sacársela siquiera. A veces empezamos a movernos otra vez antes de estar despiertos del todo y lo que me acaba

espabilando son sus gemidos junto a mi oreja y el cálido roce de su aliento. A veces hacemos el amor al amanecer, porque no hay nada mejor que empezar el día con un buen polvo.

Distraído con mis pensamientos, saco un montón de libros de una caja y voy en busca de un cúter con el que cortar la cinta adhesiva y así poder doblar la caja para reciclarla. La tienda está tranquila. Joe no ha llegado todavía, aún falta mucho para la hora punta del almuerzo y mi cerebro conjura una imagen una y otra vez, como esas canciones infantiles que se repiten sin parar: Lola levantando las caderas mientras se la meto y lo caliente que me resulta su interior. Me mira a los ojos, agradecida por todo el placer que le provoco y un tanto ufana porque sabe que estoy intentando no correrme antes de que lo haga ella. Cuando Lola me ama en mi imaginación, no se muestra tímida ni me oculta nada. Veo en ella la misma intensidad que siento en mi interior.

Mis fantasías son todas así. Una vez me pregunté si no era un poco ridículo follármela en mi imaginación más veces de las que me imaginaba manteniendo una conversación con ella, pero cuando se lo confesé en plena borrachera a Ansel, que también estaba borracho, me dijo tajantemente que tenía sentido.

—Bueno, en primer lugar, porque a mí me encantaría pasarme toda la vida de casado metido en la cama con Mia, los dos desnudos. No me da ningún reparo confesarlo.

—Me parece bien —repliqué.

—Y, en segundo lugar —siguió él—, porque te pasas el día hablando con Lola. Estáis tan unidos que tenéis casi un lenguaje secreto. El sexo entre vosotros sería algo así como una experiencia espiritual. Todas las cosas que quieres que te diga, te las dirá sin palabras cuando por fin te acuestes con ella.

«Cuando...»

La certeza que demostró al insinuar que solo era cuestión de tiempo me dio esperanzas y a la vez me resultó desquiciante. Ansío creerlo, pero aunque mi amistad con Lola avanza a pasos agigantados, como por ejemplo lo que ha pasado esta mañana, no estoy muy seguro.

Claro que... dejar que me dibujara no es una fantasía que se me haya



ocurrido.

Me ha parecido una experiencia más reveladora que el más tierno de los besos o el polvo más intenso. He tenido que tumbarme delante de ella y permitir que me mirara. Me encantaría poder ver esos cuadernos de dibujo para comprobar cómo ha dibujado las partes de mi cuerpo, para comprobar qué partes en concreto ha dibujado una y otra vez, si acaso lo ha hecho.

Sabía que estaba dibujando mis piernas cuando la oía mover el carboncillo sobre el papel con fuerza. Sus movimientos eran más suaves cuando dibujaba mi cara, momento en el que su respiración se volvió superficial y rápida. Y supe que estaba dibujando mi polla semierecta cuando dejó de respirar. Tan nerviosa, pero tan dispuesta a practicar...

¿Eran solo nervios o era algo más? Con Lola soy incapaz de saberlo. No mira a nadie como me mira a mí, pero eso puede indicar que soy su mejor amigo y que he sabido ganarme su confianza con mimo y tiento. La confianza es clave con Lola. Se aleja si se siente examinada. Se cierra en banda si la presionas.

Pero es un proceso lento y delicado y, por desgracia, yo quiero sexo y, quizá más específicamente, la intimidad que conlleva una relación sexual. La verdad es que si no puedo conseguir esas cosas con Lola, debería intentar encontrarlas con otra persona. En estos momentos es cuando recuerdo los sermones de Finn y Ansel, y me pregunto si tal vez debería seguir sus consejos: guardar algunos de los números de teléfono que me dan en la tienda (mis fans, según las llama Lola) o aceptar las invitaciones a tomar café que recibo... o incluso las de echar uno rápido en la trastienda.

El móvil suena con un tono muy familiar, y extendiendo el brazo sobre el mostrador para cogerlo.

Es un mensaje de texto de Lola.

¿Cenamos esta noche?

Nada del otro mundo, pero el corazón me late a dos mil. Le respondo:

Claro. ¿Dónde?

Me espera un día muy largo. ¿Podemos quedar en tu casa?

Estoy a punto de teclear un «Claro» como respuesta, pero en ese momento me llega otro mensaje.

Mi cerebro necesita pasar más tiempo contigo.

En el piso de Lola reina muchas veces el caos. London pone la música a todo trapo cuando está en casa; Harlow va a visitarlas casi siempre que Finn se marcha de la ciudad y es más bien un huracán que una mujer. Solo hay que añadir a Ansel y Mia, y me sorprende que nadie haya llamado nunca a la policía. Además de nuestras obvias similitudes, Lola también necesita momentos de tranquilidad, como yo. No solo para trabajar, sino para respirar. Es uno de los motivos por los que conectamos desde el principio y por los que seguimos quedando a solas, sin contar con el grupo.

Pero normalmente no quedamos en mi casa, donde no hay compañero de piso ni vecinos al otro lado de la pared. A veces sí, claro, pero no después de haberle acariciado el pelo y de haber pasado la noche en su sofá. No después de que me haya dibujado... a mí y a mi polla.

Soy una mezcla burbujeante de inseguridad y emoción mientras le doy a enviar.

Claro.

Estoy en el patio, preparando las costillas a la barbacoa, cuando oigo la voz de Lola por el pasillo.

—¡He llegado!

Oigo que cierra la puerta. Sus zapatos golpean el suelo después de que se los quite nada más entrar y atraviesa la estancia descalza para colgar las llaves en el llavero de la cocina, junto a las mías.

Es una costumbre muy doméstica y no estoy preparado para la extraña sensación que se apodera de mi estómago. Le echo una nerviosa mirada a la casa y cierro la barbacoa rodeado por una nube de humo con olor a brasas mientras trato de recordarme que Lola es una amiga. Que nada ha cambiado

en realidad.

Ella alza la vista cuando me oye abrir la mosquitera.

—He traído algunas cosas —anuncia y señala con la cabeza el montón de bolsas de supermercado que ha dejado en la encimera.

—No hacía falta —le digo mientras cierro la mosquitera—. Las costillas casi están listas, estaba a punto de sacarlas.

Ella levanta dos tarrinas de helado.

—Bueno, pues ahora tenemos postre. —Fresa y Rocky Road, que es una mezcla de chocolate, nueces y malvaviscos. Nuestros preferidos.

Siento una incómoda opresión en el pecho mientras atravieso la cocina para sacar un plato del armario. La serena distancia que existía entre nosotros está desapareciendo y presiento la explosión. El problema es que no sé qué forma va a tomar.

Lola me sigue y cuando se aleja hacia el frigorífico para guardar la compra en el congelador, no le miro el culo, qué va.

La experiencia durante la cena es lo más cerca que he estado de la tortura. Nunca se me había ocurrido que prepararle a Lola unas costillas a la brasa sería una mala idea y que, ya que siento lo que siento cada vez que la miro mientras se las come, bien podría haberle dado un plátano o extender un brazo por encima de la mesa y decirle que me chupe un dedo.

Así que me paso la mitad de la cena a medio empalmar, otra vez, removiéndome en la silla con Lola sentada enfrente, ocupada con algunas ideas para su nuevo libro y ajena por completo a mi sufrimiento. Es evidente que está evitando pensar en los cambios que Austin quiere hacerle a *Pez Navaja* y, aunque quiero darle algún consejo útil, hace falta una fuerza sobrehumana para apartar los ojos de su boca mientras se relame la salsa de los dedos.

Al final, me rindo y le digo que necesito ir al baño para poder tomar un poco el aire. Me echo agua en la cara y observo mi reflejo en el espejo con seriedad.

Precisamente por esto no permití que las cosas fueran a mayores en Las

Vegas. Por esto rechazé su propuesta de irnos a una habitación de hotel, aunque en aquel momento me dieron ganas de darme de puñetazos. Lola es lista y guapa y, consciente de que íbamos a vivir en la misma ciudad y de que quería ser su amigo, no quise estropear las cosas ni hacer que luego nos sintiéramos incómodos por haber echado un polvo.

Pero el ambiente ha acabado volviéndose incómodo.

Recogemos juntos los platos de la cena, limpiamos los restos y cargamos el lavavajillas codo con codo, sumidos en un cómodo silencio. Lola no habla, pero tiene una expresión decidida en la cara, con los dientes apretados, que me deja claro que está pensando, planeando. Es una expresión con la que estoy familiarizado, aunque esta noche parece distinta. No estoy seguro del motivo, pero tengo un nudo en el estómago por culpa de los nervios mientras se reducen hasta llegar a cero las tareas que nos mantienen en la cocina, lejos del cómodo sofá de mi salón en penumbra.

¿Qué está tramando?

Le digo que elija una película y la observo desde la cocina mientras ella ojea las opciones en mi iPad con un rictus contrariado en los labios hasta que encuentra exactamente lo que quiere.

—*Le llaman Bodhi* —dice.

—Pues vamos.

¿Atracos a bancos, explosiones, pistolas y testosterona? Justo lo que necesito para mantener los ojos y las manos quietecitos.

Pongo en marcha el lavavajillas mientras Lola echa a andar hacia el salón. Tras coger las palomitas y un par de cervezas del frigorífico, apago la luz usando el codo.

En la tele ya están los avances de otras películas mientras entro en el salón. La luz de las dos lámparas está al mínimo y el sofá es enorme, lo bastante grande como para que se sienten cuatro adultos. Lola se ha sentado justo en el centro.

«Pues vale...»

—¿Estás cómoda?

Ella le da unas palmaditas al sofá, indicándome que me siente a su lado.

—Casi.

El gesto me derrite el corazón.

Me siento a su lado y, tras un breve titubeo, ella se acerca más y se pega por completo a mi costado.

Me quedo muy quieto y contengo el aliento un instante antes de exhalar mientras me amoldo a la forma de su cuerpo.

Lola y yo siempre hemos tenido lo que Finn y Ansel llaman una relación «tocona», muchos empujones juguetones, promesas con los dedos meñiques y choques de cinco; pero ¿acurrucarnos juntos en el sofá? Esto es nuevo, desde luego.

—¿Quieres que vaya a por el helado? —pregunta Lola, que levanta la barbilla para mirarme.

Me la imagino así de cerca, con la tarrina en el regazo mientras relame el helado de fresa de la cuchara.

Sería una puta catástrofe.

—Dentro de un rato —contesto y ella asiente con la cabeza, tras lo cual coge las palomitas y extiende las piernas al frente. Creo que la oigo soltar un suspiro relajado.

Lleva una camiseta de manga corta gris con un cuello amplio que deja a la vista uno de sus perfectos hombros y unos pitillos negros. Va descalza y ha apoyado los pies en la mesa auxiliar, al lado de los míos. Tiene una constitución delicada, pero es alta y con unas curvas que me hacen la boca agua. Nunca la describiría como «delicada» en realidad, tal vez porque la rodea un aura un tanto férrea, pero yo soy mucho más grande que ella, mucho más alto y jamás había sido tan consciente de este hecho como ahora mismo.

Le cojo una mano y la coloco sobre una de las mías, palma contra palma.

—Eres muy pequeña.

Lola se ríe mientras mira nuestras manos.

—No lo soy, es que tú eres un gigante. ¿Así son todos los australianos? —Ladea la cabeza para mirarme a la cara—. A lo mejor planeo una visita para ir de caza y eso.

—Te veo muy suelta esta noche —replico al tiempo que extendo la mano libre para coger un puñado de palomitas del bol que ella tiene en el regazo y vuelvo la cabeza para mirar el televisor.

Sin embargo, percibo que ella sigue mirándome y no puedo evitar mirarla de nuevo. Estamos muy cerca, hombro contra hombro. Con el rabillo del ojo veo cómo sube y baja su pecho con cada respiración.

—¿Sigues viéndome en calzoncillos en tu mente? —susurro.

—¿Se me nota mucho? —replica ella con una mueca un tanto burlona, aunque se pone colorada. Carraspea.

—Cierra el pico y a ver la película —digo a modo de broma mientras siento que se me pone dura por debajo de los vaqueros—. Por tu culpa ya me he perdido los primeros diez minutos, ya sabes, cuando nos presentan los matices del fantástico personaje de Keanu.

—Huy, sí, ya veo el mosqueo que tienes —me suelta con una risilla, y se incorpora.

Las partes de mi cuerpo que antes quedaban pegadas al suyo se enfrían y tengo que usar todas mis habilidades de caballero Jedi para convencerla con la fuerza de la mente de que se recueste de nuevo y me toque.

Mis habilidades resultan ser más poderosas de lo que imaginaba porque, después de darle un buen trago a la cerveza, la deja en la mesa y sube los pies al sofá, para tumbarse.

Con la cabeza apoyada en mi regazo.

Respiro hondo y mantengo la vista clavada en el televisor, esperando mientras la sangre se convierte en fuego en mis venas a que ella acabe de ponerse cómoda.

Al cabo de un momento, cuando encuentra la postura, me mira con expresión sonriente.

—Qué cómodo eres. ¿Te parece...? —Traga saliva—. ¿Te parece bien que me ponga así?

—Tú también eres muy cómoda —contesto e intento colocarle el bol en la cara, cualquier cosa con tal de olvidarme de que me ha puesto la cabeza casi encima de la polla. De que casi me la roza con la oreja.

Seguro que es consciente de lo que me está haciendo.

—Oye —protesta ella al tiempo que me quita el bol de las manos—. Sé bueno o se lo digo a Harlow.

Coge un puñado de palomitas y se concentra en la película.

Swayze está en la pantalla, junto con el resto de la banda de atracadores y sus máscaras de expresidentes, y Lola se echa a reír.

—¿Por qué me da la sensación de que a Joe No le encantaría participar en algo así?

Mi mano se mueve hasta su pelo, de forma inocente al principio porque solo quiero apartárselo de la frente, y después con determinación mientras le echo los mechones hacia atrás. Si vamos a hacerlo, vamos a hacerlo bien, joder.

—Muy sencillo. Porque si le pidiéramos que nos esperara en la acera con la furgoneta en marcha mientras los demás atracamos un banco, lo único que preguntaría es si puede cambiar la emisora de radio.

Lola ladea la cabeza y me mira, y seguramente habría sido mejor que dejara la cabeza quieta.

—O que le lleváramos una piruleta.

—Exacto —convengo.

Guardamos silencio unos minutos mientras me enrosco un mechón de su pelo en torno a un dedo y observo cómo la luz del televisor se refleja en él.

—¿Las cosas van bien en la tienda? —me pregunta al tiempo que mueve una mano y me la coloca en el muslo.

—¿No lo sabes? —replico—. Si prácticamente eres la empleada del mes...

—Eso es porque Joe No me hace tilín —bromea ella, que vuelve a mirarme.

Me muevo un poco, no sé si para acercarla más o para alejarla.

—Ni se te ocurra decirle eso o pensará que vais a acabar casados.

—No creo —me dice entre carcajadas—. Joe No dice que nunca se casaría con una divorciada, aunque creo que a veces se le olvida que tú y yo estuvimos casados.

—Te he echado a perder para él. No sabes el gustirrinín que me da. —Las cosas se están poniendo demasiado sinceras, así que antes de que ella pueda añadir algo más, retomo su primera pregunta—. Las cosas en la tienda van genial, en serio. Mejor de lo que esperaba. Es posible que incluso tengamos que contratar a alguien que nos ayude los fines de semana.

—¡Ostras! ¿En serio? ¡Eso es genial!

Siento algo cálido en el pecho cuando la miro.

—¿Buscas trabajo?

—Ja, ja —responde al tiempo que se mueve para colocarse de espaldas. Ahora le veo la cara, pero como la vuelva su boca acabará a pocos centímetros de mi polla... que es lo que siempre ha deseado. No sé yo si la situación ha mejorado—. Seré mejor compañía que Joe No, de eso puedes estar seguro.

—No es tan malo. Pero a ti te quedan muchísimo mejor los vaqueros.

—¿Joe No se pone otra cosa que no sean bermudas? —replica ella, que cierra los ojos mientras yo le masajeo el cuero cabelludo.

Suelta un gemidito y me cuesta la misma vida no tartamudear.

—Si descubres que esto de convertirte en una estrella internacional no te gusta —digo—, siempre puedes vender cómics en Downton Graffick. —Se queda callada y aprovecho el momento para preguntarle—: ¿Quieres que hablemos sobre la idea de Austin? ¿O estás pensando usar tu derecho de veto?

Cuanto más analizo la sugerencia de Austin de convertir a Navaja en un marciano, más me mosqueo. Para ser un fan de la historia no parece entender el trasfondo en absoluto. Hace una semana, Lola se habría echado a reír al oír semejante idea. ¿De verdad se lo está pensando?

Se encoge de hombros al mismo tiempo que suenan disparos procedentes de la tele. Lola se pone de costado para mirar la pantalla, llevándose mi mano consigo.

—Me encanta esta parte —dice.

Se está haciendo la sueca para no estresarse. Ese es su superpoder.

—Claro que te gusta —le suelto—. Patrick Swayze está a punto de quitarse la camiseta. Joder, me gusta hasta a mí.

—Keanu Reeves sería un superhéroe fantástico —dice.

La miro, asombrado.

—¿Te has olvidado de Neo?

Ella niega con la cabeza.

—No, supongo que me refiero a que tiene esa especie de frialdad que quedaría estupenda en un villano. Como Dientes de Sable. O quizá como



Ra's al Ghul o el general Zod.

—¡Uf! ¿Zod? —le pregunto—. No.

Lola suelta una risilla.

—Me encanta cómo lo dices.

—¿El qué? ¿No?

—Sí. Es como si... No soy capaz de hacer ese sonido que tú haces al final.

Es como si pronunciaras cuatro vocales seguidas.

—Qué tía más petarda —le digo con afecto.

—Creo que es la o. Cuando intento imitar tu pronunciación, eso no me sale.

A ver, di: «Coge el bol».

—Ni de coña, Lola Love.

—¿Lo ves? ¡Eso es! Loooola Looove —dice, arrastrando la o y cambiando la forma de su boca de forma exagerada—. Ni siquiera sé si estás usando una vocal normal o no.

—Pues la de siempre —le digo.

Al cabo de un instante, veo que se frota la nuca.

—¿Estás cómoda así? —Le pregunto al tiempo que le aparto la mano de la cabeza para masajearle el hombro.

—Es que tengo el cuello en un ángulo incómodo.

—¿Quieres que me mueva o...? —empiezo a preguntarle, pero ella se incorpora y mira el sofá antes de levantarse.

—A lo mejor si... te pones ahí —contesta mientras me levanta los pies de la mesa auxiliar y me los coloca en el sofá—. Sí, así.

Dejo el bol de palomitas en el suelo y la obedezco, colocándome de costado en el sofá. ¿Está nerviosa o me lo parece a mí?

En ese momento se tumba despacio en el poco espacio que queda entre mi cuerpo y el borde del sofá, de manera que su parte posterior queda pegada a mi parte delantera. En fin... esto también es una novedad.

—Me has convertido en tu oso de peluche —le digo, con la esperanza de aliviar un poco la incómoda tensión que se ha creado entre nosotros.

Ella extiende una mano hacia atrás para darme un pellizco en la cadera y yo la intercepto con la intención de detenerla, pero de alguna manera acabo echándole el brazo por encima del torso. Nos sumimos en el silencio un

instante, y lo único que se oye es el sonido de la película. Cuando me muevo, ella entrelaza las piernas con las mías.

«No me jodas.»

Cierro los ojos, ya que la película me interesa poco, y siento cómo me hundo en el sofá mientras ella empieza a trazar círculos en la cara externa de mi muñeca con las uñas, al principio lentamente y luego más lentamente, hasta que parecen caricias más que un movimiento distraído.

Siempre he sido muy cuidadoso con ella, siempre he procurado mantener ocultos mis sentimientos. No quiero presionarla. No quiero estropear lo que tenemos, pero ahora mismo tengo la impresión de estar en el pico de una montaña. Si nos inclinamos hacia un lado, tal vez acabemos en un lugar maravilloso donde parece que llevo siglos deseando estar. Pero si esto solo es una amistad para ella y doy un mal paso, puedo acabar cayendo al vacío: me quedaré sin su amistad y sin su amor.

No estoy seguro de querer correr ese riesgo. Necesito que sea ella quien decida.

—¿Lola? —digo, y oigo todos mis temores y mis dudas en esas dos sílabas.

Su cuerpo se tensa de la cabeza a los pies, empezando por los hombros y descendiendo como si fuera una ola, hasta que se incorpora para sentarse.

—Ostras, no me había dado cuenta de que era tan tarde —dice y se pone de pie—. Tengo que terminar unas viñetas. Además, debería llamar a Austin esta noche.

Tardo un momento en asimilar el cambio tan brusco que ha sufrido el momento.

—Puedes llamarlo desde aquí —le digo mientras la observo recogerse el pelo en la nuca de forma distraída. No quiero que se vaya—. No te molestaré.

Ella echa a andar hacia la cocina y veo su sombra en la pared. Se detiene para recoger sus cosas.

—No hace falta —dice—. De todas formas, necesito pensar en lo que voy a decirle.

Me pongo de pie y espero mientras ella coge sus llaves y se pone los zapatos antes de abrir la puerta.

—¿Me mandarás un mensaje cuando llegues a casa?

Asiente con la cabeza y me sonrío.

—Claro. Y gracias por la cena.

—De nada.

Introduce el índice en el llavero y le da unas vueltas mientras mira hacia el salón.

—No solo por la cena —añade, con la vista clavada en el sofá donde estábamos acurrucados hace un momento.

En ese sofá donde yace el cadáver de la tensión sexual que hemos sentido. Me pregunto si también podrá verlo.

—Gracias por ser tan bueno. Sé que mi vida hora mismo es una locura y que tú tienes tus propios problemas. Te agradezco que me hayas aguantado y que hayas sido mi osito de peluche esta noche.

Sonrío, pero no digo nada porque, a ver, ¿qué puedo decir? ¿Que sería capaz de aguantar locuras las veinticuatro horas del día si son tuyas?

Al final, se da media vuelta y extiende una mano para abrir la puerta.

—Eres mi refugio, como el fuerte que hacíamos con mantas de pequeños.

—Me han dicho cosas peores —replico.

Lola esboza una sonrisa, se pone de puntillas y se acerca a mí para darme un besito en una mejilla.

—Buenas noches, Olls.

—Buenas noches, Lola Love.

Y se va.

## 5

### Lola

¿Qué se hace después de haber estado íntimamente acurrucada en un sofá con un amigo y luego volver a casa, y encontrarte un frío y solitario piso?

Bueno, primero sacar el consolador del cajón de la mesilla. Pero al día siguiente, ir directa a la tienda de dicho amigo y fingir que no lo miras en todo el día.

La verdad, no sé qué me pasa. Dudo de tal manera entre mantenerlo en una amistad o lanzarme a degüello a por él que, cada vez que lo pienso, me bloqueo. Y la cosa es que anoche Oliver no me pareció en absoluto contrario a la idea de acurrucarnos y tontear. Más bien parecía dispuesto, ¿no? Pero es que... a ver, no sé qué hacer, y la persona con la que más deseo hablar, que es el mismo Oliver, también es la última persona con la que quiero hablar del tema. Quiero presionar un poco para ver si las cosas han cambiado o si él hace algún movimiento. El problema es que nunca sé qué está pensando.

—¿Vives aquí, Lola? —me pregunta Joe No, que está detrás del mostrador, cuando paso por detrás de él de camino a la trastienda—. Porque si es así, puedo enseñarte a manejar la caja registradora y así yo me voy a fumarme un canuto.

—Te he oído —dice Oliver desde el otro lado de la tienda. Alza la vista cuando paso por su lado y me sonrío.

Esa expresión encierra miles de palabras y yo no hablo ese idioma.

—Acecharos forma parte de las ventajas de ser escritora de novelas gráficas —digo al tiempo que me tumbo con el cuaderno de dibujo en el nuevo sofá situado en un rincón al fondo de la tienda. Últimamente el rincón de lectura está a rebosar de admiradoras de Oliver y de estudiantes de secundaria que quieren leer a hurtadillas *Sex Criminals*—. Puedo pasarme el día aquí y decir que estoy haciendo un trabajo de investigación.

—Está escondiéndose de los *paparazzi*. —Oliver señala el escaparate con la barbilla, en dirección al hombre solitario que está al lado de unos parquímetros con un bloc de notas en las manos—. Solo son las once de la mañana y lleva ahí dos horas —me dice—. Creo que está esperando poder hacerte una entrevista que va a publicar en su periódico gratuito que distribuyen en Chula Vista y que tiene una tirada de unos cinco mil ejemplares.

Doy gracias por el humeante vaso de Starbucks que tiene en la mano, porque sospecho que el tiempo que ha empleado en conseguirlo es el único motivo por el que no me he topado con él en mi camino hacia la tienda.

Aunque el comunicado de prensa tuvo una gran difusión, hubo varias etiquetas en Twitter que se convirtieron en tendencia y los memes en Tumblr se cuentan a cientos, de momento el foco de atención está en el proceso de selección de los actores y no parece haber mucho interés en mí. Los escritores son aburridos. Los escritores introvertidos que no buscan llamar la atención, más todavía. De momento, he podido endiñarle las peticiones de entrevistas más importantes a Benny, o contestar las preguntas a través del correo electrónico. Menos mal que, de momento, Angela Marshall se equivocó al predecir cómo cambiaría mi día a día.

—¿Qué hiciste anoche? —me pregunta Joe No mientras le entrega una bolsa a un cliente y cierra la caja registradora.

—Cenar en casa de Oliver.

El aludido ni siquiera alza la vista al oír su nombre y de nuevo me pregunto qué estará pasando por su cabeza. ¿Estará pensando en lo que sintió cuando nos tumbamos pegados torso contra espalda en el sofá? ¿Estará pensando en que a lo mejor se comió todo el helado después de que yo me fuera? ¿Se

estará preguntando qué bicho me picó? Porque eso es lo que me pregunto yo.

Aunque no puedo decir que me arrepienta.

—Cenar... —repite Joe No.

—Joe... —lo reprende Oliver con delicadeza.

—Este tío hizo costillas a la barbacoa —le digo a Joe No—. Estaban de muerte.

Oliver me mira a los ojos un instante y después aparta la mirada mientras trata de contener una sonrisa.

—Bueno, así que estuvisteis royendo huesos, ¿no? —replica Joe No, y me sonrío—. ¿Y relamiendo salsa picante?

Me encanta oír la risa de Oliver al oír la pregunta, esa mirada sutil que me dirige de nuevo. Me encanta que su ritmo de trabajo no cambie ni siquiera cuando nos miramos, una inhalación, una espiración. Saca un montón de libros de una caja y los deja sobre el mostrador. Saca otro montón y hace lo mismo.

—Eres una amenaza —digo. Parpadeo con la vista clavada en Joe No mientras hablo, pero puedo fingir que le estoy hablando a Oliver.

Porque es una amenaza. Una amenaza serena, firme y sensual que te cagas.

Joe No se encoge de hombros, pasa del tema, y se agacha para examinar un libro.

—Oye, el último número de *Red Sonja* enseña mucha pechuga. Le doy el visto bueno.

Oliver se vuelve para mirarlo desde el otro extremo de la tienda.

—Las manos donde yo pueda verlas, Joe.

Joe No levanta las manos entre carcajadas.

—Tú eres el que se la casca leyendo cómics, no yo.

—Y tú eres al que le preguntan: «¿Me la has metido ya?» —replica Oliver.

—Y tú eres el que no para de preguntar: «¿Te gusta, nena, te gusta?».

—Ni falta que me hace, colega —le asegura Oliver, que mira de nuevo la lista del inventario—. Tengo claro que le gusta.

Joe No se ríe, pero mis ojos se abren como platos al oír el tono grave de su voz, al oírle decir algo semejante como si tal cosa. Los celos y el deseo me provocan un nudo en la garganta al pensar en él haciéndolo con otra. O tal

vez se deba al calentón de anoche, que todavía me dura.

Porque lo de anoche fue raro.

Parpadeo y me vuelvo para mirar la estantería de novedades mientras animo a mi cerebro a reiniciarse.

—Que a ti te guste no significa que a ellas les guste —señala Joe No.

—Bueno —intervengo de forma distraída—, por lo visto tuvo unas lesbianas de compañeras de piso que lo obligaron a practicar, practicar y practicar.

Dejo que mis palabras floten en el aire porque la tienda se ha quedado en completo silencio.

Reinicio fallido. No me puedo creer que haya dicho eso.

La historia de Oliver y sus compañeras de piso lesbianas la oí un día que estábamos como cubas, y de boca de Ansel nada menos, que puso esa cara tan mona de diablillo travieso mientras me lo contaba, pero Oliver y yo nunca hemos hablado del tema. Por asombroso que parezca. Siento sus ojos taladrando mi perfil y una de sus admiradoras prácticamente se lo folla con la mirada desde el otro extremo de la tienda.

—¿Cómo...? —me pregunta.

—Un momento —lo interrumpe Joe No—. ¿Compañeras de piso lesbianas? ¿Por qué nadie me había contado eso? Me siento traicionado.

Oliver sigue mirándome y levanta las cejas como si me preguntara: «¿Y? ¿Qué decías?».

—Según Ansel —le digo a Joe No, tratando de parecer indiferente, como si lo que voy a contar no me provocara agujonazos bajo la piel cada vez que lo recuerdo—, Oliver tenía dos compañeras de piso cuando estaba en la universidad, en Canberra. A las dos les gustaban las mujeres, pero como estaban en la universidad y ya sabemos que en esa etapa todos vamos muy sueltitos, decidieron enseñarle los pormenores del asunto a Oliver, fíjate tú. Ansel dice que muchísimas mujeres cuentan maravillas de Oliver y su...

—Nadie le ha contado maravillas a Ansel —me interrumpe Oliver, que parece avergonzado—. A ver, me refiero a que la cosa no es así.

—Pues a mí me lo pareció —lo contradigo y lo miro con una sonrisa traviesa.

Pero él no me la devuelve.

De hecho, parece muy tenso, como si no le gustara que yo haya sacado el tema. Y por supuesto que no le gusta, estamos en su lugar de trabajo. Pero... ¿no ha sido él quien ha dicho que sabe que a las mujeres siempre les gusta?

Confundida, parpadeo mientras devuelvo la vista al libro que tengo en las manos y leo el mismo bocadillo una y otra vez.

—Eso... —dice Joe No al tiempo que le da a Oliver una palmada en un hombro—, eso es legendario. Recuérdamelo la próxima vez que te insulte.

Oliver guarda silencio y se limita a mirar con el ceño fruncido el portapapeles que lleva en las manos.

El ambiente está enrarecido. Por mi culpa, pero ahora que lo pienso, lleva así toda la mañana. Anoche di un salto y crucé una línea invisible en su casa. Dejé claro que esto de «Solo somos amigos» es una chorrada, al menos por mi parte. «Solo somos amigos» funciona siempre y cuando los dos estemos al mismo nivel. En cuanto quede claro que una persona quiere más, el castillo de naipes se derrumba. Decirle que quería dibujarlo... Lo de anoche, con lo de acurrucarnos en el sofá y las caricias, y lo de ahora, al soltar lo de su antigua vida sexual cuando nosotros no hablamos de esas cosas... Seguramente acabo de derribar ese fuerte que con tanto esmero hemos construido y después lo he rociado con gasolina.

Me acerco a él y le doy un puñetazo juguetón en un hombro.

—Lo siento —murmuro—. Me he ido de la lengua y por mi culpa la cosa se ha puesto rara.

Él no me mira.

—No pasa nada. Es que no quiero que pienses que...

—Sí, lo sé —le digo al ver que deja la frase sin terminar. Lo pillo. No quiere que piense en él en esos términos.

«La viñeta muestra a la chica, mirando fijamente el palpitante órgano que tiene en las manos.»

Nos sumimos en el silencio, y al ver que se acerca otro cliente, me doy media vuelta y regreso al sofá donde he dejado mis cosas. Guardo el cuaderno de dibujo en la mochila y me la cuelgo al hombro, tras lo cual paso junto a Oliver y rodeo un pasillo lleno de cómics para escapar de forma



discreta.

—Lola, ¿adónde vas? —me pregunta Joe No.

—Me voy —le contesto sin más mientras abro la puerta principal.

Una vez en la acera, le hago el quite al periodista, saco el móvil de la mochila y llamo a mi padre para fingir que estoy ocupada.

Me contesta al segundo tono.

—¿Qué pasa, preciosa?

Me agacho y contesto en voz baja:

—Hola.

—Hola. —Guarda silencio, a la espera de que le diga el motivo de la llamada. Lo he hecho para disimular, pero, ahora que lo tengo al otro lado de la línea, me percató de que parece que me esté creciendo un manantial dentro del pecho. Arte, escribir, la película y Oliver. Mis exabruptos e intentos de seducción, lo mal que se me da interpretar lo que le pasa a Oliver y lo pésima que soy a la hora de confiar en mi instinto en lo que a los hombres se refiere. Son demasiadas cosas a la vez.

Podría llamar a una de las chicas, pero estoy un poco arrepentida de haber hablado con Harlow el otro día y ahora mismo no quiero que empiece a interrogarme sobre Oliver. London está trabajando y Mia no puede evitar contarle todo lo que oye a Ansel.

—¿Qué te pasa? —me pregunta mi padre otra vez, animándome a hablar.

Hago una mueca y cierro los ojos.

—Un cortocircuito.

—Cuéntame qué te preocupa.

—¿Quién me ha dado el carné de adulta? ¿Quién ha pensado que es una buena idea?

Mi padre se ríe.

—¿Dan carnés de adulto? Ja. Pues a mí no me ha llegado. —Inhala y retiene el aire, tras lo cual añade con voz ronca—: Cuéntamelo.

Dios. ¿Por dónde empiezo? Seguro que me dice algo sobre Austin, algo en plan «No me fío ni un pelo» o «¿De verdad crees que es la persona adecuada para este proyecto?», y también algo sobre su idea de que Navaja sea un alienígena procedente de Marte, como «¿Está de coña?» o «Pero ¿se ha leído

la historia, joder?». Hablar con él sobre mi trabajo siempre activa ese instinto protector de «no permitas que jueguen contigo»; pero, aunque me encanta saber que se siente muy orgulloso de mí, carece de experiencia en lo referente a Hollywood. Sus opiniones serían estridentes y no me ayudarían en absoluto.

Pero lo más raro de todo es que, de momento, no necesito desahogarme al respecto. El trabajo siempre es una faceta en la que me siento segura y, además, mi reacción sobre la idea de Navaja como marciano todavía está macerando. Oliver es quien me tiene hecha un lío y quizá lo mejor sea hablar del tema con alguien que no va a escarbar demasiado en el asunto.

Me muerdo una uña antes de responder por fin:

—Supongo que he llegado a un punto extraño con Oliver.

—Ah. —Lo oigo inspirar hondo e imagino que ha entrecerrado los ojos mientras le da la calada al cigarro. Después suelta el aire—. ¿Vamos a hablar del tema?

—Supongo.

Cuando mi madre se largó, mi padre tuvo que ocuparse de todas las facetas de las que ella se habría encargado a la hora de criar a una hija, como ayudarme con mis pequeñas crisis, mis enamoramientos, mis desengaños amorosos o la llegada de la menstruación. Se enfrentó a todo eso con gran estoicismo, y por eso lo quiero con locura. Es un bromista, un guasón, y usa el sarcasmo como método de defensa, pero en el fondo sé que es un blando. A veces tiene un corazón demasiado grande.

Se ríe y suelta el aire de nuevo.

—Bueno, pues habla.

—Es que... —empiezo y miro al cielo con los ojos entrecerrados—. Creo que quiero algo más.

Mi padre chasquea la lengua.

—No sé, jefa. Soy incapaz de interpretar a ese chico. Creo que está loco por ti, pero ¿busca algo más?

Esa es la franqueza que necesito. A mi padre le cae muy bien Oliver, pero no intenta forzarnos a mantener una relación romántica, que es lo que le pasa a Harlow. Frunzo el ceño y admito:

—No lo sé. En Las Vegas me dejó muy claro que no le interesaba.

—Oliver es un buen amigo —me recuerda—. En estos casos, siempre hay que tener cuidado cuando se intenta buscar algo más.

Me encojo de hombros y alejo de un puntapié unas cuantas hojas caídas en la acera. Mi padre es un reflejo de mis propios sentimientos sobre el asunto.

—Sí.

Lo oigo aspirar y exhalar el humo otra vez antes de decir:

—Pero sé que todos tenemos picores que debemos aliviar.

—¡Papá!

Se ríe.

—Es verdad. Vamos, admítelo. Es mejor que las cosas sean divertidas y fáciles. Tu vida ahora mismo es un caos. Primero *Pez Navaja*, ahora estás escribiendo otra y, para colmo, van a llevar tu novela gráfica al cine.

Contemplo los edificios de la ciudad recortados contra el cielo. He trabajado mucho para llegar hasta aquí, pero de repente me asalta el deseo de cambiar de tema.

—¿Qué planes tienes para esta noche?

Lo oigo mover la bota contra el suelo de hormigón del porche trasero mientras apaga la colilla y después el golpe de la mosquitera al cerrarse cuando entra en casa.

—Creo que va a venir Ellen a cenar.

Ellen. Su nueva novia, de la que no me fío ni un pelo. Mi padre es una de las personas más inteligentes y buenas que conozco, y merece encontrar a alguien especial. Ellen es una camarera del T.G.I. Friday's adicta al chicle y con tetas de silicona.

—Genial.

—Sé que no te gusta.

Me río entre dientes.

—Te lo dije yo.

—Es graciosa, jefa —replica—. Y tiene una delantera estupenda.

—Qué asco. Voy a colgar. No me has ayudado nada.

Él se ríe.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. —Corto la llamada y me guardo el móvil en la

mochila mientras subo la escalera metálica del piso.

Sé que lo que he dicho es mentira, eso de que no me ha ayudado. A veces la franqueza de mi padre es precisamente lo que necesito. Tal vez para Oliver solo sea una amistad; pero, aunque ese sea el caso, ¿es lo mejor para los dos?

Acabo de cerrar la puerta cuando alguien la aporrea desde fuera. Dos golpes breves con el lateral del puño cerrado. Oliver.

Corro a abrir, y cuando lo hago, él no ha tenido tiempo ni de bajar la mano.

—Hola —lo saludo.

Está sin aliento y se pasa una mano por el pelo.

—Hola —dice—. ¿Puedo entrar un minuto?

Me aparto.

—Claro.

Pasa a mi lado hasta el salón y se queda mirando el ventanal unos segundos hasta que recupera el aliento. No parece haber venido en busca de un sándwich ni para usar el cuarto de baño porque el de la tienda está estropeado y cuanto más tarda en hablar, más nerviosa me pongo. Al final, se vuelve y me mira.

—¿Estás bien?

Lo miro mientras por mi mente pasa la última hora en una sucesión de imágenes. ¿Por qué cree que no estoy bien?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque te has ido de repente. Como si te pasara algo.

Gimo para mis adentros y me vuelvo hacia el ventanal.

—Es que me he sentido un poco gilipollas por contarle a Joe No esas cosas que hiciste en la universidad y...

—Joder, Lola, me importa una mierda que Joe lo sepa.

Me encojo de hombros y le digo:

—Parecías molesto.

Se lleva una mano a la nuca y dice:

—No quiero que me veas como a un tío que se lio con su compañera de piso solo para aprender a estar con mujeres. —Me mira con esos ojos tan grandes, por detrás de las gafas—. Parece un poco superficial.

Sonrío.

—Yo no lo veo así. Era la época universitaria. La gente hace cosas raras cuando está en la universidad.

—Eso pasó durante un fin de semana, hace diez años, en plena borrachera. No fue... —Hace una mueca mientras busca las palabras adecuadas—. No fue algo que pasara todas las noches.

—No pasa nada —replico en voz baja, con la intención de que entienda que no necesito que me lo explique para sentirme mejor—. No hace falta que...

—Saber que alguien te ha contado esas cosas... —Se interrumpe y se rasca el cuello—. No me hace ni pizca de gracia.

—Bueno, para ser justos, no es que tú y yo hablemos mucho de ese tipo de cosas. —Al ver que no dice nada, añado a toda prisa—: A ver, que no pasa nada. Que no necesitamos hablar. Es que... por eso me fui. Porque me dio la impresión de que estaba metiéndome donde no me llamaban. Oliver, no quiero entrometerme en tus asuntos personales. Respeto mucho ese espacio de tu vida.

Cuando me mira, parece confundido.

—Tengo la impresión de que... —dice y después menea la cabeza—. Joder, tengo la impresión de que tenemos que hablar.

—¿No estamos hablando?

—A ver —dice mientras empieza a pasearse de un lado para otro—, anoche fue... diferente. ¿O son cosas mías?

Clavo la vista en uno de mis zapatos y hundo la punta en la moqueta. La incomodidad que siento es evidente en mi postura corporal.

—No, creo que sé a lo que te refieres. Y lo siento.

Oliver se acerca y dice:

—No. —Y luego añade en voz más baja—: No lo sientas. No es eso a lo que me refería.

Levanta una mano y la coloca en mi cara, sobre el mentón. Siento que su dedo corazón me acaricia el punto donde me late el pulso en el cuello y lo veo mirarse la mano con los labios separados como si no pudiera creerse lo que acaba de hacer.

Como si estuviera intentando ver a través de una densa niebla. Estoy tratando de recordar por qué besar a Oliver tal vez no sea una buena idea.

Porque ahora mismo no me cabe la menor duda de que eso es lo que está pensando él.

Mi móvil empieza a sonar en el bolsillo de la mochila y el estridente sonido nos sobresalta. Me alejo de Oliver para sacarlo.

—Lo siento. Se me ha olvidado que últimamente le he subido el volumen...

—Una vez fuera de la mochila, ambos miramos la pantalla y vemos el mismo nombre: Austin Adams.

—Por Dios, ¿cuántas veces llama? —me pregunta en voz baja y ronca.

—Lo siento, solo será... un segundo. —Levanto un dedo mientras acepto la llamada—. Hola, Austin.

—¡Loles! —grita.

Oliver se vuelve para mirar por el ventanal, pero estoy segura de que puede oír todo lo que Austin dice, porque yo misma tengo que retirarme el móvil de la oreja de lo alto que habla. Oigo aire de fondo y me imagino que circula por Hollywood Hills en un descapotable.

—Quería saber si vas a venir a Los Angeles esta semana. Langdon está metiéndole mano a la primera parte. Me encantaría que os reunierais lo antes posible.

—Puedo ir cuando quieras —digo.

Oliver se da media vuelta para mirarme y le sonrío, pero él parece demasiado distraído como para devolverme el gesto.

—Genial —replica Austin—. Mañana por la noche celebramos una fiestecilla los del estudio en Soho House, en West Hollywood. Langdon estará allí y me encantaría que tú también asistieras. Podría presentaros y tal vez empezar con las preguntas más importantes. ¿Cuál es el origen de Navaja? ¿Cuántos años tiene Quinn? Si tiene dieciocho al comienzo de la historia...

—Espera. Quinn tiene quince años —lo interrumpo—. ¿Qué quieres decir? Lo imagino agitando una mano en el aire.

—No te preocupes ahora por eso. Hay un sinfín de detalles que considerar a la hora de adaptar la historia a la gran pantalla. Detalles sobre la fuerza, la sexualidad, su afán por mantener el equilibrio entre una vida normal y su deseo de seguir su trabajo como defensora.

¿Sexualidad?

Miro a Oliver, que ha fruncido el ceño.

—Así que —sigue Austin, y en ese momento se atenúa el ruido de fondo, como si acabara de entrar en un garaje— me aseguraré de que estés en la lista. A las ocho. Mañana. ¿Podrás venir?

—Sí —respondo y me apresuro a añadir—: Creo.

—Genial —dice él. Se oye un portazo y de fondo suena una alarma—. Intentaré no monopolizarte.

—Me parece bien —replico.

—¡Hasta mañana entonces!

Y corta la llamada.

Dejo el móvil en la mesita auxiliar y miro a Oliver con los ojos como platos y con cara de «¿De qué coño va este tío?». Veo el asomo de una sonrisa en sus labios, pero no tarda en desaparecer mientras me observa sumido en un silencio ensordecedor.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja.

Siento las gélidas punzadas del pánico en el cuello y el inicio de las náuseas en el estómago. Las dos conversaciones, la de Oliver y la de Austin, son como aceite y vinagre, y no paran de agitarse en mi mente.

Parpadeo e intento decidir a cuál de las dos enfrentarme primero. Mi cerebro se cortocircuita al pensar en Quinn como una chica de dieciocho años al comienzo de la historia, y siento que me falta el aliento. No funciona. Es joven incluso a sus quince años, inmadura e inocente. Hacerla mayor cambiaría por completo su arco narrativo.

Parpadeo con más fuerza y reconduzco mis pensamientos hacia Oliver, pero en vez de saborear la posibilidad de tocarlo, de sentirlo, de ser suya, mi cerebro se aferra al temor instintivo de perder lo que tenemos, a los cambios inevitables que sufriremos, a la posibilidad de que desaparezca de mi vida.

—Lola —susurra Oliver con una voz tan carente de emoción que no sé si está preguntándome cómo me encuentro después de la bomba que ha lanzado Austin o intentando retomar la conversación que teníamos antes de la llamada.

«En la viñeta se ve a una chica, inclinada sobre un papel mientras escribe

con tantas prisas que se le rompe el lápiz.»

—¿Podemos avanzar poco a poco? —sugiero por fin, mirándolo a los ojos—. Ahora mismo estoy un poco perdida y esta conversación es importante.

—No pensaba que fueras capaz de hablar de lo de anoche después de... eso —repone al tiempo que señala con la cabeza el móvil y sonríe.

—No digo que no hablemos del tema. Solo que... —Suspiro—. Ahora mismo no soy capaz de pensar con claridad.

Oliver asiente con la cabeza. Su expresión es serena. Su mirada, cariñosa y preocupada. Parece entenderme de verdad. De todas formas, aunque tal vez sean imaginaciones mías, hay una especie de residuo sobre nosotros, una especie de película grasienta, como si hubieran puesto una mano llena de aceite encima de este deslumbrante momento de increíble potencial.

—Lo entiendo. —Se mete las manos en los bolsillos y el gesto le baja los vaqueros, dejando a la vista la parte superior de sus calzoncillos. Miro por encima de su hombro, hacia el ventanal, y añade—: Mejor enfrentarse a las cosas de una en una.

Me acerco al sofá, me dejo caer en él y me tapo la cara con un brazo. A veces la fantasía de conseguir todo lo que deseas es más sencilla que la realidad que te agobia desde el espejo.

—¿Quieres hablar del tema? —me pregunta Oliver—. Me refiero a lo de los dieciocho años de Quinn —se apresura a añadir—. La idea me cabrea un huevo. Me da la impresión de que quieren enrollarla con Navaja.

La gélida punzada del pánico me ataca de nuevo.

—Lo sé. Lo sé. ¡Joder! —Me froto la cara con las manos, tan agobiada que ahora mismo no puedo pensar. Ladeo la cabeza y le pregunto—: ¿Te parece que hablemos del tema mañana de camino a Los Angeles?

Frunce el ceño.

—¿Quieres que vaya contigo?

Titubeo solo un instante. La parte racional de mi cerebro me advierte del peligro, mientras que la parte emocional insiste en recordarme que lo necesito a mi lado.

—Por supuesto que sí —contesto—. ¿Quién más va a ayudarme a recordar todos los nombres y a darme un codazo cuando empiece a dibujar en una



servilleta? A menos que no quieras acomp...

—Iré. Solo me preguntaba si no preferirías ir con alguna de las chicas.

Me percató de que lo miro con los ojos entrecerrados.

—No... quiero ir contigo.

Él traga saliva y asiente mientras aparta la vista.

—Bueno, pues vale.

—¿Nos vemos en la tienda a las seis?

—Estupendo —contesta. Se ha puesto colorado. Nunca he visto a Oliver sonrojado—. ¿Tengo que vestir de alguna manera concreta?

El corazón me late demasiado rápido y recuerdo el día que Harlow me convenció para hacer *puenting*, aquellos aterradores y emocionantes segundos previos al salto. Me llevo una mano al pecho e intento parecer tranquila mientras contesto:

—Tú ponte guapo para mí y ya está.

## 6

### Oliver

Rara vez me cojo un día libre. De hecho, no me he cogido un día libre completo desde que abrí la tienda hace cuatro meses, pero hoy lo necesito.

Duermo hasta tarde, me tomo un café en el porche trasero y observo cómo una tórtola hace un nido en el alero del tejado.

Corro unos cuantos kilómetros junto al mar, hasta Cove Beach y vuelta.

Llevo el coche al taller y lo lavo.

Limpio la casa, el cuarto de baño. Como y me visto.

Y me doy el día entero para pensar en lo que está pasando entre Lola y yo.

Quiero que lo nuestro sea algo consciente, premeditado. No quiero empezar algo con ella sin más, sin pensar, no solo porque nuestra amistad es de las mejores y de las más importantes de mi vida, sino porque, aunque no hablamos mucho del tema, sé que su historial sentimental no es precisamente halagüeño.

Harlow ha dejado caer que las pocas relaciones que ha tenido Lola terminaron poquísimos tiempo después de que empezaran, que suele mantener la distancia emocional con los hombres y que también se asusta con facilidad. Aunque no hubiera visto con mis propios ojos cómo se asustaba dos días seguidos, en mi casa y ayer mismo en la tienda, lo habría adivinado tras la conversación con su padre durante la que me contó el detalle más revelador

de toda la vida de Lola: su madre se fue cuando ella tenía doce años, sin despedirse siquiera. Es como una magulladura que tiene justo debajo de la piel y que se oscurece cada vez que intima demasiado con alguien.

La tienda está vacía cuando me paso justo antes de la hora en la que se supone que he quedado con Lola. Joe es un empleado estupendo, pero el instinto me dice que no lo deje solo un día entero.

—Te has perdido a un tío con una caja enorme llena de figuritas de *Almas torturadas* hace cosa de una hora. —Joe me mira fijamente mientras dejo las llaves en el mostrador y luego añade—: Me siento sucio. Mira que he visto cosas chungas, pero esa mierda me acojona.

—Eso lo dice el tío que se ha hecho un piercing en el rabo.

Se echa a reír y se aparta cuando inicio sesión en el ordenador.

—Lo sé —reconoce—. Pero ¿has visto esas figuritas? Hay bebés en botellas de cristal, flotando en líquido, y torturados que gestan a su propio asesino.

—¿Qué le has dicho?

Buena parte del negocio consiste en comprar y vender objetos de colección: figuritas, cómics o arte gráfico. Joe tiene buen ojo para esas cosas, pero le falta la experiencia en el mundillo que tengo yo. La regla es que si no está seguro de si debería comprar algo, le diga a la persona que vuelva cuando yo esté. Durante las primeras semanas, no tenía ni idea de qué comprar y qué rechazar, pero aprende rápido y yo ya controlo el pánico que me provoca la idea de que vaya a dejar escapar un bombazo.

—Le he dicho que vienen muchos niños por aquí y que no es nuestro rollo. —Se estremece y luego me mira fijamente—. ¿Por qué te has emperifollado tanto?

—Tengo algo —contesto.

Casi lo oigo arquear las cejas.

—¿«Algo»?

Lo miro con cara de pocos amigos y me agacho para abrir una caja llena de material de oficina. A ver, la verdad es que nunca tengo «algo».

—Joder ya —mascullo antes de darle unas cuantas cajas de bolígrafos—. Voy a Los Angeles con Lola para no sé qué cosa que hay esta noche.

El silencio de tres segundos que se produce transmite muchísima incredulidad.

—¿Es una cita?

Niego con la cabeza.

—¿Estás seguro de que no es una cita?

Levanto el brazo y dejo una caja con tarjetas de visita en el mostrador.

—Segurísimo.

—Porque de un tiempo a esta parte te mira como si quisiera...

Lo interrumpo.

—No es una cita, Joe.

Oigo la campanilla de la puerta y entra una persona, acompañada por el taconeo de sus zapatos sobre el suelo de linóleo.

—Es la última vez que te lo pregunto —susurra Joe—. ¿Estás seguro de que no es una cita?

Abro la boca para cantarle las cuarenta, pero me callo al oír que Lola pregunta:

—¿Dónde está Oliver?

—De rodillas aquí abajo, detrás del mostrador —contesta Joe con voz jadeante, y cuando levanto la vista, me lo veo sonriéndome.

Lo miro con cara de mosqueo.

—Aquí abajo —le digo a Lola, y agito un rollo de cinta para la caja registradora por encima de la cabeza—. Estoy guardando unas cosillas.

—Ajá —dice ella, que se asoma por el mostrador, de modo que solo le veo la cara.

De repente, me doy cuenta de que lo llevo crudo esta noche si creo que voy a poder mantener las distancias. Está guapísima.

—Hola —me saluda.

Guardo el último rollo de papel y casi me trago la lengua cuando me levanto y por fin veo el resto de su persona. Lleva unos pantalones de cuero que deberían ser ilegales. ¿Y unos zapatos en cuyos tacones me empalaría gustoso, y un top a través del que se intuye todo pero no revela nada? Es imposible que no me ponga en ridículo de una forma u otra esa noche.

—Estás increíble —le digo, y sin pensar, rodeo el mostrador, me acerco a

ella y le doy un beso en la mejilla.

Lola no reacciona como si acabara de hacer algo fuera de lugar, se limita a sonreír y a replicar en voz baja:

—Gracias.

Desvía la mirada hacia el mostrador, donde están mis llaves y mi cartera, pero todavía no he terminado de mirarla. Tiene el pelo recogido en una coleta alta, liso y negro. Lleva el flequillo recto a media frente y poco maquillaje, aunque me doy cuenta de que se ha arreglado. Tiene los ojos perfilados con dos delgadas rayas negras; las mejillas, sonrosadas; y los labios, de un rojo casi pecaminoso.

—¿Oliver?

Consigo hablar con voz temblorosa:

—Estás guapísima.

Esta vez se echa a reír.

—Gracias —dice, y luego añade—: De nuevo. London me ha echado una mano. De verdad, darnos maquillaje a las dos es como darle un martillo a un mono.

Cuando me aparto para coger mis cosas, me mira de arriba abajo de forma exagerada. Sigo su mirada mientras examina lo que llevo puesto: pantalones ceñidos, una camisa oscura muy sencilla. Incluso he abrigado los zapatos por ella.

—Joder —dice, con aprobación. Y me doy cuenta de que siempre hemos hecho eso, que siempre hemos flirteado y hablado con segundas, pero nunca ha habido tanta tensión en el ambiente.

—Me alegra que me des el visto bueno —repongo—. He aparcado a la vuelta de la esquina.

Me sigue a la calle tras despedirse de Joe. Y luego se coge de mi brazo y me sonrío.

—Ah, claro que te lo doy.

Sí, lo llevo crudísimo.

Sé desde siempre que Lola se queda callada cuando piensa en algo que la

inquieta. Supongo que si no habla de sus problemas, tal como Harlow e incluso Ansel hacen, es porque antes quiere darle vueltas al asunto ella sola. Pero cuando saca a colación la conversación con Austin, y me pide que le detalle los pros de algunas de sus ideas, me quedo de piedra y me pregunto si tal vez tarda tanto en hablar de las cosas porque no siempre se fía de su propio criterio.

—No me veo capaz de defender los méritos de ninguna de las dos sugerencias —digo para ganar tiempo cuando me incorporo a la 5 North.

—Hazlo aunque no lo tengas claro —insiste ella—. ¿En qué le beneficiaría a Navaja ser de otro planeta?

Me quedo callado mientras pienso la respuesta. Sin embargo, mi mente se rebela de forma instintiva. Una mierda es lo que son esas ideas. No deberían sexualizar a Quinn. Navaja no es un alienígena. No hay motivo para cambiar nada de eso.

El coche avanza tranquilo por la carretera y Lola mira el paisaje por la ventanilla mientras le da vueltas al asunto. Es en estos momentos cuando creo que me enamoro todavía más de ella.

—Tal vez les permitiría hacer algo visualmente más potente —sugiere ella tras unos minutos de silencio—. Una forma más creativa de mostrar recuerdos de su vida, algo más que un cambio de viñeta.

Me encojo de hombros y replico:

—Supongo, pero en la novela el universo paralelo de Navaja es tan visualmente distinto en sus recuerdos como lo sería cualquier otro planeta. A ver, lo haces de una forma muy particular, pero los cambios temporales también se hacen en más sitios. El Multiverso hace que todas las líneas temporales paralelas converjan en el Hipertiempos.

—Lo sé, pero a lo mejor eso defiende la sugerencia de Austin. El Multiverso hace que todas las líneas temporales de DC converjan para explicar cómo pueden existir a la vez. A lo mejor la idea de una línea temporal paralela es más fácil de asimilar porque la gente quiere una forma de aunar todas las variantes de un mismo personaje.

—Yo creo que tu forma es más sencilla —le aseguro, y añado—: Me refiero a que es más elegante. Porque empieza con la idea de una dimensión

paralela. No la usa para explicar las cosas en retrospectiva.

Lola murmura algo y asiente con la cabeza.

—Supongo que tendré que esperar a ver qué me cuenta. Es muy fácil hacer algo cuando solo estoy yo con mi novela y mis ideas. Es distinto cuando lo expongo todo para que haya consenso.

Sus palabras nos afectan a los dos. ¿Va a dejar que Austin y el guionista intenten convencerla? A lo mejor debería hacerlo. Pero tengo la sensación de que yo no lo permitiría. La sensación de que si un hombre estuviera en su lugar, a lo mejor no lo permitiría.

—No será porque te agobia un poco, ¿no? —le pregunto.

Lola ladea la cabeza.

—No es mi especialidad —contesta, antes de añadir—: El cine, digo.

—Pero la historia sí lo es. Navaja lo es. Quinn lo es. —«Quinn eres tú», quiero añadir. «No permitas que te cambie. No permitas que sexualice tu viaje desde el abismo a la cima.»

Asiente con la cabeza y vuelve a clavar la vista en el paisaje.

—Lo sé. Solo estoy pensando en cómo quiero llevar las cosas.

—¿Y si insiste en que Quinn tenga dieciocho años? —le pregunto—. ¿Y si te dice que sin una historia de amor, la película no triunfará en Hollywood?

Lola vuelve la cara y me mira, y atisbo un brillo furioso en sus ojos antes de que tenga que clavar los ojos en la carretera una vez más.

—Puede que tenga razón —responde—. Y eso es lo que me jode. Que puede que necesite una historia de amor para que sea comercial. No hemos vendido la novela a una productora independiente. La hemos vendido a un estudio de cine de los grandes. El beneficio es fundamental. Y ya sabía dónde me estaba metiendo.

Entiendo lo que me dice, pero me sienta mal, fatal.

—¿No vas a intentar defender tu postura?

—Claro que lo voy a intentar —contesta—. Y entiendo lo que me estás diciendo, pero supongo que quiero asegurarme de hacerlo bien. Deberías haber estado en la reunión. Angela y Royá apenas consiguieron decir tres palabras y media, y eso que son productoras ejecutivas. Y por contrato, yo tampoco tengo tanto poder de decisión.

—¿En serio? —Soy muy consciente del debate en el mundo del cómic acerca de la presencia de mujeres en el proceso creativo y editorial, pero todavía me sorprende la idea de que la película de Lola no vaya a ser suya.

Asiente con la cabeza.

—Tengo veintitrés años. Soy la primera dibujante de novela gráfica en conseguir que adapten su obra en una gran producción y también soy de las pocas personas que escriben e ilustran a la vez. Si fuera Stan Lee o Geoff Johns, o incluso un don nadie de mi edad y experiencia, podría entrar en la sala de reuniones y decirles qué coño hacer, y encima me harían caso. Un hombre que es vehemente en sus opiniones y que las defiende es considerado alguien con «gran olfato empresarial». Si yo, Lola Castle, entro y me pongo firme, me dicen que soy una borde y que cuesta mucho trabajar conmigo. Incluso puede que alguien use la palabra «zorra».

Me doy cuenta de que estoy apretando los dientes. Sé que tiene razón, pero...

—Es una puta mierda.

—Así funcionan las cosas —replica ella—. La primera pregunta que me hacen en todas partes es qué se siente al ser mujer y trabajar en la industria del cómic. En todas las entrevistas, no falla una. La segunda pregunta es si alguna de mis amigas lee cómics.

«Joder.» Nunca me había parado a pensar en las entrevistas de esa forma. Parecían preguntas de lo más normales, pero puestas en perspectiva, me doy cuenta de que son gilipolleces.

—¿Crees que alguien se atrevería a preguntarle a Brian Michael si alguno de sus amigos lee sus cómics? —siguió ella.

Me echo a reír.

—Lo dudo.

—Nos enfrentamos a estos prejuicios reunión a reunión, pero por eso quiero escoger muy bien las batallas que libro —dice—. Tengo que convencerme primero de que los cambios son totalmente inaceptables, porque estoy segura de que habrá algo más adelante que me dejará muy tocada y no quiero que se desentiendan de mí antes de que se discuta el asunto.



Y en este momento, en este preciso instante, quiero pedirle que se case conmigo.

Quiero pararme en el arcén, salir del coche e hincar una rodilla en el polvoriento y estrecho arcén de la autovía. Porque Lola sabe que son gilipolleces, sabe que tiene que andarse con cuidado. Y está decidiendo cuál es la mejor forma de luchar por lo que ha creado.

Vemos las mansiones millonarias al otro lado de las verjas de entrada, entre los frondosos árboles, antes de enfilear Sunset Boulevard y aparcar en un lujoso aparcamiento subterráneo.

Los ascensores están limpiísimos y los suelos de mármol relucen. Estamos en una lista en el vestíbulo, y luego comprueban nuestros nombres otra vez en la planta superior. Lola me coge de la mano, pero no es un gesto romántico. Estoy seguro de que los dos lo tenemos claro. Es lo que haríamos antes de salir de nuestro mundo y pasar a otro distinto. Se trata de tener un punto de apoyo.

Es la clase de fiesta en la que todo el mundo viste de negro, y en la que los camareros, que seguramente serán modelos o actores, se abren paso por la estancia con bandejas plateadas llenas de entrantes y copas de champán. La música está muy alta, así que la gente tiene que gritar para hacerse oír. Aunque la habitación no está llena de personas con ganas de juerga, lo parece.

Un tío nos ve desde la barra y levanta la mano para que Lola se acerque a él.

Es unos cuantos centímetros más bajo que yo y lleva una ropa tan informal —una camiseta y unos vaqueros—, en una estancia llena de gente tan arreglada, que me parece un poco dejado.

—¡Loles! —exclama y se acerca para abrazarla con fuerza... y un buen rato. Joder. Si no me fallan las cuentas, es la segunda vez que se ven—. ¡Me alegro mucho de que hayas podido venir!

Lola le agradece la invitación y se vuelve hacia mí.

—Austin, te presento a un amigo, Oliver.

—Oliver —dice con cierta sorpresa.

Me complace, y mucho, que tenga que echar la cabeza hacia atrás para mirarme a la cara. Por la mueca ladina que tiene, me doy cuenta de que tenía pensado tirarse a Lola esta noche, y ojalá que esté recalculando las probabilidades de que eso suceda. Puede que no sepa si el corazón de Lola me pertenece, pero tengo claro de cojones que este tío no va a tocarle ni un pelo.

«Lo siento, colega.»

Me tiende la mano y me la estrecha con fuerza.

—Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo.

No tenemos nada más que decir, la verdad, y después de unos segundos de prolongado contacto visual, se vuelve hacia Lola.

—Quiero presentarte a varias personas. —Echa un vistazo por la estancia y señala a unas cuantas mientras dice los nombres de quienes tal vez reconozcamos sin movernos.

El tío con camisa y pantalones negros es un guionista. El otro con camisa y pantalones negros es un director. La mujer del vestido negro de cóctel es vicepresidenta de un estudio de cine.

Y Lola encaja a la perfección. Las chicas siempre bromean diciendo que Lola parece una superheroína de armas tomar, y es verdad. Exuda fuerza, una serena confianza que proviene de proponerse algo y hacerlo.

—Ven —le dice Austin, y ella me coge la mano. Tiene la palma sudorosa y le tiemblan los dedos—. Vamos en busca de Langdon.

Me quedo donde estoy, y dado que estamos cogidos de la mano, Lola se sacude cuando intenta avanzar y me mira.

—Ve a tu rollo —le digo en voz baja—. Yo voy a coger una copa y a comer algo. No te preocupes.

—¿Seguro? —me pregunta.

—Claro. —Y ahora caigo en que vamos a terminar muy tarde y que a lo mejor ninguno de los dos está en condiciones de conducir de vuelta a casa—. Pero debería reservar un par de habitaciones cerca en...

—Ya está arreglado —me tranquiliza con una sonrisa.

El corazón se me acelera y Lola no se da la vuelta enseguida.

—Gracias por ocuparte del tema.

Me parece normal inclinarme hacia ella y besarla en el mentón, casi en el cuello, así que lo hago.

Tal vez haya cruzado una línea, pero a juzgar por cómo me sonrío y por el apretón que me da en la mano, me doy cuenta de que no le importa.

En la barra, bebo, como y observo a la gente.

Es un estudio fascinante, y la escena es totalmente distinta de mi día a día. Tengo una clientela de lo más informal, y siempre me he rodeado de personas que están más cómodas con el sudor que con el perfume. De hecho, ninguno de mis conocidos, salvo Harlow, Ansel y ahora Lola, encajaría en este sitio. Pero como es la nueva realidad de Lola, en cierto sentido también se ha convertido en la mía.

Se reúne conmigo media hora después y se sienta a mi lado.

—¿Qué haces?

—Aquí estoy. —Suelto el vaso y le cojo la mano para darle un apretón. Me alivia tenerla de vuelta. Aunque estoy convencido de que Lola nunca se largaría con alguien como Austin, no me hacía gracia estar separado de ella —. ¿Cómo ha ido?

Sonríe y señala con la cabeza a alguien que hay al otro lado de la estancia.

—Ha ido bien —dice con una sonrisa, sin perder la expresión—. Creo. Tienen un montón de ideas. Se puede decir que he intentado escucharlas. — Me mira antes de añadir—: Sin prejuicios.

—Mal, ¿no?

Menea la cabeza y dice:

—No todo ha sido malo. Es que me resulta raro que algo tan personal ya no sea solo mío. Supongo que Langdon ya tiene mucho escrito. Intento no saltar por cualquier cosa.

—¿Quieres que hablemos luego del tema? —le pregunto.

Asiente con la cabeza, y cuando el camarero se acerca para preguntar qué quiere, se inclina sobre la barra para hacerse escuchar por encima del bullicio. El camarero le prepara el cóctel mientras ella lo observa en silencio, con cara de necesitar, y mucho, la bebida. Acepta el vaso con una sonrisa, gesto que el

camarero le devuelve con un entusiasmo que no me gusta ni un pelo, y luego Lola se vuelve hacia mí.

—¿Y de qué quieres hablar? —le pregunto.

—Estamos en un fiestón y tú te quedas en la barra media hora mientras unas quince ejecutivas te miran de arriba abajo y te llevan mentalmente a sus lúgubres mazmorras sexuales de Los Angeles.

Me echo a reír.

—Eso es mentira.

—De mentira nada —replica, y se inclina con una mueca traviesa—. ¿Qué frasecita tienes para ligar?

—Pues no tengo. Me siento más o menos así. —Separo las piernas y la miro con expresión intensa, como la de Ben Stiller en *Zoolander*.

—Despatarrado —dice con una sonrisa—. Me gusta lo que eso les dice a los demás.

Me coloco bien las gafas con mucha ceremonia y me señalo el pecho.

—A ver, si pones miel, acabas atrapando alguna abeja.

Lola me da una palmada en el hombro y suelta una carcajada.

Asiento con la cabeza y le guiño un ojo con expresión sensual antes de decir:

—Nena, sé que vamos a follar, solo queda por saber cómo vamos a llegar a tu casa. —Me inclino hacia delante y susurro para añadirle más dramatismo—. No tengo coche.

Cuando Lola ríe a carcajadas, echa la cabeza hacia atrás y deja a la vista su esbelta y preciosa garganta, y el sonido es mucho más agudo de lo que cabría esperar al oír su voz, con cierto tono infantil y ronco. Su risa, cuando está a gusto, es preciosa, más de lo que a ella le gustaría admitir.

—Esa va a ser mi frase favorita a partir de ahora —dice cuando deja de reírse.

Me encanta cuando dice la palabra «favorita». Me encanta cómo sus labios forman esa efe. Besa el aire. Me hace pensar en estar sobre ella, en ella, y capturar sus labios con los míos cuando me pida entre jadeos: «Fóllame».

Me mira a los ojos con expresión risueña, sin saber cómo han volado mis pensamientos.

—¿Cómo iba alguien a rechazar semejante proposición?

—No me lo explico, la verdad —contesto con sorna.

—¿Qué te parece todo esto? —me pregunta antes de echar un vistazo a nuestro alrededor.

Me encojo de hombros y la imito.

—Raro, supongo. Pero tampoco tanto. No se aleja mucho de lo que me esperaba. Supongo que es como lo contrario a la tienda.

Me mira con una sonrisa.

—Eres el mayor friki que conozco. —Cuando lo dice, detecto el deje orgulloso en su voz. Para Lola, es el mayor halago que pueda hacer.

El camarero me deja otro whisky delante y se lo agradezco con un gesto de cabeza.

—Es verdad —le aseguro con un deje burlón más pronunciado—. Pero aquí estás, disfrutando de la noche conmigo.

—Seguro que es por el alcohol —replica ella al tiempo que bebe un sorbito a través de la pajita.

Señalo su bebida con un gesto.

—Es tu primera copa.

Sonríe.

—Eres observador. Me gusta.

—Una de mis numerosas cualidades. Junto con la de ser un buen trabajador, de que se me den bien las matemáticas y de que siempre llegue puntual a las citas.

Menea la cabeza y traga deprisa para poder llevarme la contraria:

—Oye, que lo primero de la lista debería ser el acento.

—¿Estás diciendo que mi acento es más importante que ser capaz de multiplicar mentalmente?

Lola se echa a reír y, si no me equivoco, se acerca un poquito más.

—¿Por qué no sales más a menudo?

Titubeo con el vaso junto a los labios y luego bebo un sorbo antes de soltarlo. Parece que Lola está coqueteando conmigo, pero también detecto un deje raro en su voz, como si se acercara a algo que la asustara un poco.

—Eso debería preguntártelo yo. —Ladeo la cabeza mientras pienso—.

Austin parecía interesado.

Lola hace una mueca, apoya los brazos en la barra y me mira.

—No me has respondido.

—Tú tampoco.

—¿Por qué no? —pregunta, sin apartar la vista.

—Seguramente por el mismo motivo que tú.

Lola agita la bebida con la pajita y clava en ella los trocitos de lima uno a uno. Justo a mi lado, alguien abre una puerta que da a un patio y deja entrar una corriente helada.

—¿Quieres irte? —me pregunta, mirándome de nuevo—. ¿A algún sitio que sea más de nuestro rollo?

Abro la boca y el aire frío me golpea la lengua como una corriente eléctrica.

—Claro.

Me pregunto cómo es posible que los latidos de mi corazón resuenen con más fuerza que la música que nos rodea.

Lola me tiende la mano y me mira con esa sonrisilla tan suya.

—Bueno, pues... vámonos de aquí.

# 7

## Lola

Dejamos el coche de Oliver en el hotel y luego recorremos a pie las dos manzanas hasta lo que el conserje nos ha asegurado que es un local de lo más normalito. Y tiene razón: está oscuro y es muy corriente, con una barra ovalada en el centro, algunas mesas altas a un lado y espacio para un grupo y algunos fans. Pero esa noche no hay ni grupo ni fans. Casi no hay nadie.

Solo he bebido una copa en la fiesta, pero me siento tonta, torpe, distraída por el bum bum de mi corazón detrás de las costillas, y sé que es por la sensación de compartir unas minivacaciones con Oliver. Alejarse de casa, de la rutina, tiene algo especial, y de repente parece que cualquier cosa es posible.

Podríamos estar aquí una semana.

Podríamos fingir que no tenemos responsabilidades, ni aquí ni en casa.

Podríamos cambiar lo que hay entre nosotros.

«La viñeta muestra a la chica cayendo de espaldas, con los brazos extendidos y los ojos cerrados.»

Oliver se decide por dos taburetes junto a la barra y me ayuda a quitarme el abrigo y el bolso antes de sentarme. La forma en la que me toca hace que el corazón me lata a mil por hora; sus manos son fuertes y seguras, sus dedos no tiemblan cuando buscan el cuello de mi abrigo y me lo quitan con cuidado.

Me toca un hombro desnudo al preguntar:

—¿Te parece bien aquí?

—Estupendo.

Llama la atención del camarero, le hace un gesto para que se acerque y nos sentamos en silencio mientras el hombre seca un vaso, lo coloca en su sitio y se acerca a nosotros.

Es como si fuera una cita.

—¿Quieres un manhattan? —me pregunta Oliver.

—Sí, por favor.

Pide por los dos, le da las gracias al camarero y me mira de nuevo. Mi corazón quiere escapar, quiere salir volando de mi cuerpo y meterse en el suyo. ¡Dios! ¿Esto es lo que se siente al estar colada por otro? El corazón se convierte en algo híbrido, mitad tuyo y mitad de la otra persona. El mío late así porque quiere salir. Me duele el pecho por las ganas de dejar que su corazón entre.

—¿Qué te parece todo esto? —me pregunta Oliver.

Los latidos de mi corazón se aceleran todavía más y su movimiento pendular, la alegría que me produce, trae otra sensación mucho menos placentera: el miedo.

Cuando huelo pan recién hecho, se me hace la boca agua.

Cuando veo un lápiz, lo cojo.

Cuando deseo a alguien, me preocupo.

¿Qué pasa si el cerebro decide alejarse de todo? ¿Se marchita el corazón híbrido y nos deja con la mitad de lo que necesitamos?

Oliver ha debido de darse cuenta del cambio en mi estado de ánimo, porque me toca la mandíbula con un dedo y me insta a mirarlo a la cara mientras dice:

—Me refería a la película, *Lola Love*. A la novela. A esta noche.

—Ah. —Soy imbécil. El pánico desaparece y esbozo una sonrisilla que se transforma en algo que le arranca una carcajada a Oliver—. Creo que es todo alucinante.

—Te vi muy poco antes de que todo empezara —me dice—. *Pez Navaja* salió al mercado poco después de lo de Las Vegas y ha sido un torbellino



desde el primer momento. Al principio, no parecías convencida de que fuera a salir bien. Me habría encantado conocer a la Lola de antes de que pasara todo esto. Antes de que se vendiera la novela.

—Era una universitaria —le recuerdo— preocupada por los exámenes finales y por cómo pagar el alquiler.

Asiente con la cabeza y clava su atención en mis labios. Sin complejos, lo hace adrede.

—A veces se me olvida que eres muy joven.

No sé por qué, pero me encanta que lo haya dicho. Tiene mucho morbo, pero en plan bien, como si me estuviera corrompiendo un poquito.

—No me siento tan joven.

Suelta el aire muy despacio por la nariz.

—Tuviste que crecer deprisa.

—Tú también, ¿verdad?

Sé muy poco de su vida antes de que fuera a la universidad. Nunca habla de sus hermanos, ni de sus padres. Ha mencionado a sus abuelos un par de veces, pero ninguno de los dos somos de meter los dedos. Al menos, así ha sido hasta el momento. Quiero hacer añicos ese patrón con un ladrillo.

Oliver me mira a los ojos, pero los dos nos volvemos hacia el camarero cuando deja las bebidas en la barra, delante de nosotros.

—¿Queréis que os abra una cuenta? —nos pregunta.

—Sí, claro —contesta Oliver, que se saca la cartera y le da su tarjeta.

El camarero se va y entonces caigo en el asunto.

—¿Cómo? Espera. —Busco el bolso a mi espalda—. Espera. ¡Debería pagar yo! Me estás haciendo un favor al acompañarme.

—Lola —dice él al tiempo que me coge la mano y le hace un gesto al camarero para indicarle que paga él—. Ya vale. Da igual quién pague.

—¡Qué va a dar igual! Pero gracias.

Oliver sonrío.

—De nada.

Cuelgo el bolso de nuevo en el respaldo del taburete y sonrío con cierta culpa.

—¿Es raro que me olvide de que ya puedo permitirte pagar las copas?

—No creo. —Pasa un dedo por el borde de su vaso—. Dios, recuerdo cuánto me costó librarme de la mentalidad de estudiante muerto de hambre. Mi padre murió hace cinco años y me dejó todo lo que tenía. —Sus largos dedos rodean el vaso antes de llevárselo a los labios y beber un sorbo. Quiero saborear el whisky de sus labios—. Un montón de acciones. No lo había visto desde los siete años. Vivía con mis abuelos. Me pasé casi toda la niñez convencido de que mi padre se estaba chutando heroína en alguna parte.

Parpadeo y salgo de mi Nebulosa de Lujuria Oliveriana.

—¿Cómo?

Asiente con la cabeza.

—Cuando su abogado se puso en contacto conmigo y me dijo que mi padre había muerto, pero que ¡buenas noticias!, me había dejado dinero, me cabreé. Había rehecho su vida lo suficiente para ganar dinero, para ahorrar, pero no se había molestado en venir a buscarme.

Siento que las lágrimas se agolpan en mi cabeza, siento el hormigueo y el nudo que se me forma en la garganta cuando miro su expresión apenada.

—No lo sabía.

—En fin, da igual. —Me da mi bebida y me invita a brindar con suavidad—. Por encontrar a tu familia —dice.

Asiento con la cabeza y bebo cuando él lo hace, pero ni siquiera noto la quemazón del whisky. Su padre también lo abandonó. Incluso su madre lo hizo. Tengo la sensación de que somos dos cables, enroscados el uno sobre el otro, propagando electricidad.

—¿Lola? —dice.

Lo miro e intento sonreír.

—Dime.

—¿Bailamos?

Estoy a punto de atragantarme porque el corazón se me sube a la garganta.

—¿Qué?

Oliver se echa a reír.

—Que si bailamos. Venga, suéltate el pelo.

Me tiende la mano, pero después de lo que me ha contado, ¿qué puedo decir que no sea «Vale»?

—No hay música —le digo.

Se encoge de hombros.

—Da igual.

Pero cuando empieza a sonar la música, demasiado fuerte al principio, los dos nos encogemos. El camarero ha encendido el equipo y, después de ajustar el volumen, Aerosmith empieza a sonar en la pista de baile.

—Ay, por favor —digo con una carcajada.

Oliver se disculpa con una sonrisa juguetona.

—Tendremos que apañarnos con esto.

—Es tan malo que casi resulta bueno —le digo, y contengo el aliento cuando me desliza una mano por la cintura, cuando siento sus dedos en la columna. Me pone la otra mano justo por debajo, en la base de la espalda, el punto que de repente concentra todas mis terminaciones nerviosas. Me abraza, me pega a su cuerpo. Siento el botón de sus pantalones en el estómago, siento cómo mis pechos se pegan a su torso.

Le pongo las manos en los bíceps y lo miro a la cara. Las cejas oscuras, los ojos brillantes, el asomo de barba... De alguna manera, todo eso confluye hasta crear mi lugar favorito del mundo. Los labios de Oliver se separan un poquito cuando me mira, y me doy cuenta de que aprieta un poco los dientes, de que sus dedos se me clavan un poco en la espalda. Esto es tensión. Esto, ahora mismo, es lujuria, y jamás he deseado nada en la vida como deseo que me bese. Es un deseo casi doloroso, un anhelo lacerante que me dice que no se marchará hasta conseguir lo que quiere. Soy rehén de mi propio corazón.

Empezamos a bailar, moviendo los pies y girando muy, muy despacio.

—Me gusta —dice—. Hace siglos que no bailo.

Sigo esperando que la incomodidad aparezca, que aparezca la sensación de que lo que estamos haciendo es raro, pero no pasa nada. Es como si estuviera conteniendo el aliento a la espera de estornudar.

—Respira, Lola Love —me susurra, y algo en mi interior da un vuelco.

No he estado respirando. He estado aquí plantada, conteniendo la respiración, a la espera de que me besara y de que mi cuerpo se relajara y de que el tiempo se detuviera y de que, de repente, por fin supiera qué es estar enamorada de alguien.

—Me muero de miedo —le confieso. Estamos tan pegados que no puedo verle bien la cara, pero siento su aliento y casi puedo saborear el whisky que ha bebido.

Sus ojos no se apartan de los míos; su voz es una caricia tranquilizadora:

—Lo sé, preciosa.

—Nunca se me han dado bien las relaciones. Quiero que se me den bien — me apresuro a añadir—, pero me da miedo.

—Lo sé —repite al tiempo que se inclina para darme un beso en la sien. Desliza una de las manos por mi espalda hasta enterrar los dedos en el pelo de mi nuca—. Pero yo solo te deseo a ti. No me hace falta que sea fácil o perfecto. No me hace falta acelerar nada.

Y ahí está, totalmente desnudo, totalmente al descubierto entre ambos, el tema en cuestión. Su sinceridad rompe un dique en mi interior y siento que mi verdad sale a borbotones, sin orden ni concierto.

—La primera vez que lo hice fue con un porrero —le digo de sopetón con los ojos cerrados, y casi grito cuando él vuelve la cara y pega la mejilla a la mía. Su oreja está junto a mi boca, puedo susurrarle como en un confesionario—. Trabajaba en un 7-Eleven y solo quería colocarse y sexo. Ni siquiera hablamos. —Trago saliva y continúo—. Yo solo tenía catorce años. Él tenía veinte. —Siento que Oliver se tensa contra mí—. No le he hablado a nadie de él, ni siquiera a Harlow o a Mia. Creen que perdí la virginidad en mi último año de instituto. Pero mi padre trabajaba hasta después de la cena y yo me pasaba mucho por allí después de clase, en busca de algún tipo de... — Meneo la cabeza—. De algún tipo de distracción o... no sé. Después de que mi madre se fuera, no se me daba bien eso de tomar decisiones.

—¿Cómo se te iba a dar bien? —me pregunta al tiempo que me besa la barbilla. Sus labios me dejan un reguero ardiente en la piel.

—Pero ¿no es espantoso admitir que esa relación fue la más sencilla que he tenido? Todos los chicos con los que he salido han acabado cabreados conmigo. —Me aparto un poco para mirarlo a los ojos y digo—: Es que siempre que las cosas se ponen serias, empiezo a... No sé. Me cortocircuito o algo. No quiero que sea así entre nosotros.

Me está mirando los labios cuando me pregunta:

—¿No quieres que sea serio o no quieres cortocircuitarte?

—No quiero echarlo a perder —contesto—. Nuestra amistad es demasiado importante para mí. Y si... ¿Y si hacemos esto y todo cambia?

Oliver asiente con la cabeza, se inclina y pega su mejilla a la mía una vez más.

—No me queda más remedio que querer hacer esto, Lola, porque estoy enamorado de ti.

Sus palabras me derriten los pulmones y me quedo sin respiración otra vez. No hay palabra para describir lo que siento. Es el filo, duro y cortante, del éxtasis y del terror.

—Tranquila —susurra—. Controla el pánico, ¿vale? Solo me estoy sincerando. Te quiero. Te deseo. —Suelta el aire y es como un torrente trémulo contra el cuello—. Joder, te deseo. Pero entiendo que no es sencillo y no espero que lo sea. Solo quiero que lo intentes. A ver, que si...

Asiento con la cabeza a toda prisa, con el corazón en la boca, latiendo como un loco, desahogado, por lo mucho que lo necesito, y él me abraza con más fuerza, con un evidente alivio. No creía posible que nuestros cuerpos pudieran estar más cerca, pero sí lo es. Solo hacía falta que los relajáramos, que expulsáramos todo el aire de los pulmones.

Nos quedamos callados y me doy cuenta de que he estado bailando sin saberlo. No se me da bien bailar, pero no me he parado a pensar en lo que hacen mis pies, en cómo se mueven mis brazos, mis manos o mis caderas. Pero ahora que lo hago, me imagino cómo sería estar con Oliver: cómo se pegaría a mí, sobre mí. Es más alto y más fuerte, pero sus caderas se me clavarían de todas formas en los muslos. Sus manos no saben lo que es titubear; me las imagino recorriéndome la piel. Quiero que la mano que tengo en la nuca me agarre del pelo y me eche la cabeza hacia atrás. Aunque Oliver no lo haría en este sitio, la promesa de que lo haga está presente, en la tensión de sus dedos, en su inmovilidad. Ha encontrado un sitio y se ha adueñado de él.

—Vi a los Aerosmith cuando tenía catorce años —dice Oliver, y me pregunto si está pensando en lo joven que se es a esa edad, si está pensando en mí a los catorce, sola en un apartamento con un drogata. O si está

hablando para recordarme que esto va de nosotros. Esto es lo que hacemos, con o sin un «Te quiero» de por medio—. Fue después de que sacaran la balada esa para la banda sonora de *Armageddon*...

—¿«I don't want to miss a thing»?

—Sí, esa —contesta con una carcajada—. Fuimos solos y nos sentíamos los putos amos. Cogimos un autobús a Sídney, que está como a doscientos kilómetros, y mis abuelos se pusieron en plan «Sí, claro, hazlo». Te juro que todos los chiflados del mundo se reúnen en los autobuses.

—Uf.

—Ya, ya —conviene—. Éramos unos críos, cierto, pero sigo creyendo que fue la mejor noche de mi vida hasta entonces. Mi colega consiguió las entradas a través de un primo suyo. Ni siquiera me sabía las canciones de Aerosmith... Bueno, sí me las sabía, pero ni idea de que eran tuyas —dice—. Pero fue genial. A lo mejor fue el momento en el que decidí que quería viajar. A lo mejor lo decidí antes, no sé. Creo que aprendí a ser un poco temerario en aquel autobús. Me dije que si era capaz de irme a Sídney a pasar el fin de semana, sería capaz de ir a cualquier parte.

—El primer concierto al que fui fue de Britney Spears.

Suelta una carcajada y se aparta un poco para mirarme con una sonrisa.

—Qué mal.

—Qué bien —lo contradigo—. Fue genial, de verdad. Harlow, Mia y Luke, que es el ex de Mia, y yo. —Meneo la cabeza al recordar cómo nos entregamos al máximo bailando mientras Luke sonreía entre dientes, aguantando el tipo—. Pobre Luke.

—¿Por llevar a tres chicas a un concierto? Podría haber sido peor.

—Solo se estaba beneficiando a una. Bueno, por aquel entonces —me corrijo al pensarlo mejor—. Creo que Luke moja más ahora que Steven Tyler en 1979.

Oliver se echa a reír al oírme, pero la canción termina y se para, apartándose de mí.

—Lo has hecho —dice al tiempo que me mira con una sonrisilla—. Has bailado con un australiano en un bar vacío y el mundo no se ha acabado. Táchalo de tu lista.

—Y hemos... —empiezo.

Hemos hablado. Hemos admitido lo que hay. Hemos dado ese aterrador paso al frente.

Espera en silencio a que yo termine la frase, con expresión cálida pero neutral.

—Sí, lo hemos hecho —dice a la postre al tiempo que señala la barra con la cabeza—. Vamos a bebernos las copas.

Y, una vez más, todo vuelve a ser muy fácil.

Me despierto sola en una enorme cama blanca, en mitad de un brillante rayo de sol.

He viajado tanto durante los últimos meses que las paredes de azul empolvado y el mullido sillón del rincón no me proporcionan un contexto de forma inmediata. Me doy la vuelta y veo los pantalones de cuero plegaditos en el sillón, con el top y el sujetador encima bien dobladitos.

Evidentemente, Oliver está al otro lado del pasillo, en su propia habitación.

Siento que tengo el estómago encogido, en los pies, de tanto echarlo de menos. De tanto desear tenerlo cerca.

En la segunda copa nos deshicimos por completo de la tensión que había provocado la admisión «Estamos colados el uno por el otro». Nos interrumpió una llamada de Joe No, que tiene un sorprendente don de la oportunidad, para decirnos que su cita se había quedado dormida en el sofá y que solo después de marcharse de su casa se dio cuenta de que al móvil se le había muerto la batería y de que se había dejado la cartera en la tienda, así que había tenido que darle el reloj al taxista para que lo llevara a su casa.

A eso de la una de la madrugada, salimos del bar, cogidos de la mano, y caminamos las dos manzanas de vuelta al hotel. Tenía cinco llamadas perdidas de Austin, ninguna con mensajes de voz, así que pasé de ellas. Solo quería tener a Oliver en la cabeza. Me indicó cuál era su habitación cuando pasamos por delante de la puerta de camino a la mía, pero antes de que pudiera tartamudear una invitación para que entrara, se inclinó y me besó en la mejilla.

—Vamos a ir despacio —dijo—. Nos vemos por la mañana.

Las palabras se formaron en mi cabeza a la velocidad del rayo, pero fui incapaz de pronunciarlas: «¿No podemos acostarnos ahora e ir despacio con todo lo demás?»

Al despertarme por la mañana ruedo sobre el colchón, desenchufo el móvil, que tengo en la mesilla de noche, y compruebo el correo electrónico. Me apoyo sobre un codo y entrecierro los ojos para leer las palabras que aparecen de repente.

—¡Me cago en la puta!

Me incorporo de golpe y me cruzo de piernas mientras me concentro por completo en la pantalla para asegurarme de que no me estoy imaginando lo que veo. Parece que mientras Oliver y yo estábamos flirteando, brindando y evitando hablar de citas, ColumbiaTouchstone anunció los protagonistas para la película *Pez Navaja*. Tengo más de trescientos mensajes de correo electrónico, y al menos diez mensajes de voz de medios de comunicación que querían mi opinión.

Intenté hablar contigo anoche después de que te fueras. Hay un guion. Lo escribió Langdon la semana pasada. Pero no te estreses, que se hizo para poder elegir deprisa el reparto principal y tú pulirás todos los detalles.

Eso me dice Austin en un mensaje de correo electrónico. Menos mal que había creado una regla de mensajes con su nombre, porque de lo contrario a saber cuándo lo habría visto.

¿No se le pasó por la cabeza contármelo anoche? Me dijo que Langdon había empezado a escribir, no que hubiera terminado.

También me han ingresado el cheque en la cuenta y ver semejante cantidad de dinero me provoca ganas de vomitar. Me provoca un pánico instintivo, como si tuviera que convertirlo en lingotes de oro y esconderlos bajo el colchón.

Alguien llama a la puerta y salgo a trompicones de la cama para ponerme un albornoz. En el pasillo, Oliver parece un poco desgredado, un poco nervioso.

Lo veo enseguida en su cara, una felicidad tierna y vulnerable que asoma



en la comisura de sus labios, en la expresión de sus ojos entrecerrados, un segundo, antes de que lo oculte con rapidez.

Aunque estuve con él anoche, tengo la sensación de que ha pasado una semana y lo veo distinto. No es tanto la maravillosa cara de un amigo como un hombre con un cuerpo bajo la ropa que me muero por ver, que me muero por tocar.

Ninguno de los dos habla y me da miedo que la noche anterior lo haya cambiado todo. No quiero que haya incomodidad entre nosotros.

—¿Cómo está mi dueño de tienda de cómics preferido llamado Oliver Lore?

Sonríe, una sonrisa lo bastante grande como para que se le muevan las gafas y yo pueda ver cómo le salen arruguitas alrededor de los ojos.

—Ojalá pudiera contestar con un emoticono. Pondría el del huevo frito.

Vale, eso ha sido algo así como perfecto.

—¿Quieres que vayamos a desayunar? —le pregunto—. ¿O mejor... pedimos el servicio de habitaciones?

La última opción parece muchísimo más íntima, y Oliver es de la misma opinión.

—Quita —contesta—. Mejor bajamos al restaurante. Tienen bufet libre. Creo que soy capaz de arrasar con todo.

—Vamos —le digo, y corro a mi bolsa de equipaje para coger la ropa—. Dame cinco minutos. Tengo que llamar a Benny un momento.

Oliver entra en la habitación y me doy cuenta de que mira de reojo la ropa que llevaba puesta anoche, tan bien colocadita en el sillón. Me pregunto si está pensando lo mismo que yo, que de haber pasado la noche conmigo, los pantalones de cuero igual habrían sido sacrificados en el altar de los dioses del sexo.

—¡Lola! —Benny contesta con un grito a través del manos libres y doy un respingo, con la vista clavada en la pantalla como si me quemara. No son ni las nueve, ¿cómo puede sonar tan alegre?

—Hola, Benny.

—Ya sé por qué llamas —canturrea—. El hombre vivo más sexy del mundo según la revista *People* va a interpretar a Navaja y quieres venir a

Hollywood para celebrarlo esta noche.

Oliver me mira con los ojos como platos. Levanto un dedo para indicarle que lo pondré al día enseguida.

—Ya estoy en Hollywood —le digo—. Pero me vuelvo a casa. Austin no me dijo lo del guion anoche cuando hablé con él.

—Seguramente porque sabía que le pedirías leerlo allí mismo y después le pedirías que se editara antes de que se terminara, pero ya estaba terminado.

Me muerdo el labio para contener la sonrisa.

—Y ahora ¿qué?

—Hago un comunicado de prensa en tu nombre —contesta—. ¿Qué te parece algo así? «Podemos confirmar que Lorelei Castle está encantada con la noticia del reparto.»

Espero que siga hablando, pero me doy cuenta de que eso es todo. Al otro lado de la habitación, Oliver parece procesarlo de la misma manera, porque ladea la cabeza en plan «Pues no está mal del todo». Desde luego, muestra el verdadero grado de mi implicación en el aspecto mediático.

—Es perfecto, sí —le contesto—. Estoy encantada con la noticia. Y tampoco creo que tengan que entrevistarme. Pero, Benny, ¿podrías insistir para que me enviaran hoy mismo el guion? Si quieren que lo pule, y ojalá que sea su forma de decir que puedo atacarlo con saña, debería ponerme manos a la obra ya. Tengo otras cosas pendientes y debo organizarme bien el tiempo.

—Ya estoy en ello. Ve a hacer tus cosas. Las siguientes firmas de libros van a estar petadas. Solo te pido que lo bordes cuando te toque hacerlo.

Le doy las gracias, le mando un beso por teléfono y dejo el móvil en la cama. Me tiembla la mano.

—No estaba segura de querer a Benny —le digo a Oliver—. Pero lo quiero. No sé qué haría sin él ahora mismo.

—¿Ya hay reparto? —me pregunta Oliver—. ¿Y Austin no te lo dijo anoche?

Después de que nos fuéramos de la fiesta, se puede decir que nos olvidamos del tema de la película.

—Austin me comentó que estaban en conversaciones con algunas personas. Langdon dijo que estaba trabajando en un primer guion. Supongo que cuando

se trata de este tipo de conversaciones, la cosa va rápida. O —añado al repasar todo el asunto— directamente no me lo contaron todo.

Levanto las manos por delante de la cara y me las miro: me tiemblan como hojas. Parece que mi cerebro necesita un momento para asimilarlo todo.

—Vamos —me dice Oliver con una sonrisa tranquilizadora—. Vístete y hablemos del tema abajo. Me muero de hambre.

Cojo la muda de ropa y me meto en el cuarto de baño, donde me recojo el pelo en un moño y me pongo unos vaqueros y una camiseta blanca.

Cuando salgo, Oliver está de pie junto a la ventana, mirando el paisaje. Lleva una camiseta azul oscuro desgastada por el tiempo, de modo que se amolda a su espalda. Puedo ver los definidos músculos de sus hombros, puedo ver las líneas de su torso. El corazón me hace un triple tirabuzón carpado que casi me atraganta.

Oliver se vuelve al oír mi tos y sonrío mientras se me acerca.

—¿Lista?

Lo miro, pero soy incapaz de sostenerle la mirada mucho rato. Se ha afeitado esta mañana, pero ya puedo ver la barba incipiente en su mentón. Me saca más de quince centímetros, así que tengo una perspectiva estupenda de su garganta y de la curva de su labio inferior.

—Lista.

Recorremos el pasillo enmoquetado en silencio y Oliver extiende el brazo para llamar al ascensor antes de retroceder un paso, momento en el que me pone una mano en la base de la espalda. Tiene unos gestos tiernísimos.

—¿Tienes a alguien que te lleve las cuentas? —le pregunto—. Necesito ayuda.

—Sí, pero creo que está especializado en empresas. Supongo que eso te valdría —dice al tiempo que me indica con un gesto que entre primero en el ascensor cuando las puertas se abren.

—Ya me han ingresado el dinero del estudio.

Asiente con la cabeza y observa cómo van pasando los números de los pisos.

—Recuerdo esa sensación, de cuando mi padre murió. Es algo bueno, pero también aterrador. Fue como si tuviera que pasar de ser la rémora que vivía

con mis abuelos y que comía alubias de lata a ser un adulto de pleno derecho. No tenía el seso necesario para saber cómo planificar un presupuesto o ahorrar.

—Ajá —digo, dándole la razón, y me dejo caer contra él un poquito. Oliver hace que me sienta muy... segura.

—Así que no lo toqué hasta que estuve preparado. Hasta que supe lo que quería hacer con el dinero.

—¿La tienda?

Asiente con la cabeza.

—Ya sabrás qué quieres hacer. Tú no lo toques hasta que lo sepas.

El ascensor se para en la tercera planta y salimos para seguir la flecha que indica dónde está el restaurante.

—Seguramente debería comprarme un coche nuevo —le digo.

Oliver se echa a reír.

—Y sé que quiero vivir por mi cuenta.

Oliver se queda callado un ratito y luego pregunta:

—¿Quieres una casa?

—Creo que sí.

Y mi cerebro se queda de piedra al decirlo en voz alta, porque Oliver tiene una casa, y si pasa algo entre nosotros y llega a algo más, ¿viviríamos juntos? ¿Queríamos tener dos casas?

—Puedo echarte una mano en la búsqueda —me dice, y pincha el globo de mis pensamientos que se iba inflando cada vez más.

Entramos en el restaurante y nos sentamos a una mesa con vistas al Boulevard de Santa Mónica. Oliver y yo hemos comido juntos un montón de veces, pero ahora es distinto, y se me dan tan mal este tipo de situaciones que no sé si me lo estoy imaginando todo. A lo mejor por el hecho de que me esté rebozando en esta marea de «sentimientos» todo parece cargado de significado y especial.

¿Qué haría Harlow?, me pregunto. Preguntaría. Diría algo como «¿Va todo bien?».

¿Es tan sencillo como eso?

—¿Va todo bien? —pregunto, porque por intentarlo... Oliver levanta la

vista y me mira, con el ceño fruncido por la pregunta—. A ver, que después de anoche...

Sonríe y suelta la carta.

—Todo va genial.

Harlow añadiría algo más. Harlow explicaría por qué lo ha preguntado. Joder, Harlow seguramente ya se le habría subido encima.

—Vale, estupendo —digo, y bajo la vista para leer la larga lista de gofres.

Me doy cuenta de que me mira un poco más antes de volver a coger la carta.

Suelto la mía.

—Ya es distinto —suelto.

—No lo es —replica sin pérdida de tiempo, y cuando levanto la vista, veo que está sonriendo. Estaba esperando que me dejara llevar por el pánico de esta forma.

Me echo a reír.

—Sí que lo es.

Menea la cabeza y clava la vista en la carta antes de mascullar:

—Estás pirada.

—Y tú eres un capullo —replico.

La camarera se acerca y nos llena las tazas de café. Oliver me observa con una sonrisa mientras yo paso del bufé y pido tortitas. Él pide tortitas y huevos.

La camarera se va y Oliver apoya los codos en la mesa y se inclina hacia delante.

—¿Qué quieres, Lola?

«Así se empieza, guapo.»

—¿Que qué quiero? —repito al tiempo que me acerco la taza de café.

Quiero dibujar todas y cada una de las historias que tengo almacenadas en el cerebro.

Quiero tener a Oliver y no perderlo.

—No lo sé. —Le echo triple ración de nata al café.

Oliver suelta el aire, un suspiro escéptico, y asiente con la cabeza.

—No lo sabes.

Levanto la vista cuando oigo que se rasca el mentón, cuando oigo que sus uñas se traban en su barba incipiente.

En fin...

Quiero que nos enrollemos hasta que se me irriten los labios por ese asomo de barba.

Quiero que me folle como un poseso.

Quiero que su polla me despierte en mitad de la noche.

—Bueno, Lola Love, avísame cuando lo sepas —dice. La punta de su lengua asoma entre sus húmedos labios y me pilla mirándolo.

Lo sabe.

¿Es tan fácil?

—¿Sin más?

—Sin más.

Me doy cuenta de que se ha plantado en mi lado del campo y me ha dejado la pelota justo en el centro.

—Eres un petardo —repito en voz baja, aunque tengo que contener la sonrisa.

Lo quiero, con locura. Es como un sentimiento enorme que no deja de crecer y que hace que me ponga colorada y que un millar de mariposas revoloteen en mi estómago. No sé cómo voy a apañármelas cuando suelte la cuerda y me aleje flotando.

«La viñeta muestra a la chica con un meteorito brillante en las manos.»

Oliver se lleva la taza de café a los labios, sin dejar de sonreír.

Me quedo dormida en algún punto cerca de Long Beach y Oliver me despierta con cuidado cuando aparca delante de la tienda.

—Gracias por el paseo —digo cuando él saca mi bolsa de viaje del maletero. La deja en la acera y se mete una mano en un bolsillo de los vaqueros, bajándose la cinturilla.

Hoy lleva bóxers rojos. Abdomen plano. Caderas definidas.

—Gracias por acompañarme —añado, y aparto la vista con poca sutileza para no clavarla en ese sendero tan bonito—. No me lo habría pasado tan bien

estando yo sola.

—El placer ha sido mío —replica, y añade con guasa—: Creo que eres maravillosa, Lorelei.

Lo miro con una sonrisa.

—Yo también creo que eres maravilloso, Oliver.

Me sorprende al cogermela cara con las manos y besarme en la mejilla. Está demasiado cerca de mi boca para ser un gesto inocente, pero no llega a tocarme los labios. No se puede considerar un beso. ¿Verdad? Se me desboca el pulso en el cuello y tengo que contener la respiración para no gemir. Sin moverse de donde está, Oliver suelta el aire muy despacio y después se aparta.

—Bueno —digo—, a lo mejor podemos vernos luego...

—Oye, ¿acabáis de besaros?

Por instinto, nos separamos de un salto y nos volvemos para ver cómo Joe No nos mira con los ojos entrecerrados. Tiene el pelo hecho un desastre, se parece más a un cactus que a una cresta, y lleva la camiseta del revés.

—No —contesto—, solo estábamos...

Vale, a lo mejor estábamos a punto de besarnos. Puto Joe No.

—Joder —dice, a caballo entre un grito y un gemido—, si no vais a enrollaros, quitaos de en medio para que pueda entrar. Tengo que acostarme.

Es lunes, el único día de la semana que cierra la tienda, de modo que Oliver abre la puerta y vemos cómo Joe No se acerca dando tumbos al rincón de lectura.

—Tengo que empezar a usar la misma nomenclatura que usan para los huracanes con mis resacas —masculla al tiempo que se tumba en el sofá—. Esta se va a llamar Abby. Menuda hija de puta.

Oliver mira a Joe No con una inquietud comprensible: apuesto ocho a uno a que Joe No va a vomitar sobre el sofá.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto—. ¿Por qué no estás en casa?

—Creo que alguien necesita su cartera. —Oliver la recoge de detrás del mostrador y la lanza contra el pecho de Joe No—. Ahí la tienes, campeón.

—No grites —gime Joe No—. Apaga la luz. Creo que esto es lo que sienten los autistas.

Oliver suelta una carcajada espantada antes de decir:

—¡Me cago en la leche, Joe, no puedes ir por ahí diciendo esas cosas!

—No sabes si lo que he dicho es verdad o no.

Oliver menea la cabeza, exasperado, y rodea el mostrador para poner música. Journey empieza a sonar por los altavoces y Oliver hace como que empieza a tocar la guitarra.

—¡Sí! —Yo empiezo a tocar la batería sobre el mostrador.

—Joder, tío... —Joe No se da la vuelta y entierra la cara en el sofá.

Oliver se acerca al rincón de lectura.

—¡Hora del rock and roll! —le grita a Joe No junto a la cabeza. Este se encoge en posición fetal y yo me echo a reír.

—¿Es «Revelation»? —le pregunto a Oliver.

Asiente con la cabeza y se lanza a un solo de guitarra, con la punta de la lengua asomada entre los dientes.

—¿Te has parado a pensarlo? —le pregunto, y Oliver se acerca al mostrador para bajar un poco el volumen.

—¿El qué?

Cuando lo miro, con esa sonrisa deslumbrante, haciendo como que toca la guitarra, y con esa mueca de rockero, me doy cuenta de que las gafas matizan su aspecto, lo rebajan un poco, son como un cubito de hielo en un vaso. Sin ellas, es todo estructura ósea y color: brillantes ojos azules, labios cálidos, asomo de barba castaña.

—Steve Perry contra Arnel Pineda. —Al ver la confusión en su cara, añado —: El tío de YouTube que se hizo famoso por sus versiones de las canciones de Journey... y que luego se convirtió en el nuevo cantante del grupo.

Oliver asiente con la cabeza, entusiasmado, mientras sigue el ritmo de la música.

—Ah, ya. Creo que lo recuerdo.

—A ver, ¿prefieres ver el original o el mejor grupo homenaje?

—Espera, creía que Arnel Pineda era el original.

Tuerzo el gesto, exasperada.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Se encoge de hombros.



—Según de quién estemos hablando.

—¿Dylan?

Desde el sofá, Joe No gimotea un poquito y abre un ojo. Nos mira un segundo, parpadeando despacio, y acabamos compartiendo la mirada y el silencio a tres más incómodos de la historia moderna. Al cabo de un rato, vuelve a enterrar la cara en el sofá y se concentra de nuevo en su resaca.

—Ah, por favor —dice Oliver, que menea la cabeza y retoma el debate—. Bob Dylan es una leyenda. Además, todo el mundo es un homenaje a Dylan.

—Vale, vale —replico—. ¿Qué me dices de Heart? Tienes a adolescentes berreando «Barracuda» o a las Wilson Sisters con sesenta años...

Oliver pone cara de espanto.

—Eres una feminista horrorosa.

—No estamos hablando de feminismo —le digo con una carcajada—. Es un ejemplo como otro cualquiera. Imagínate un concurso en el que el grupo original se enfrenta al que lo homenajea. ¿No odiarías tener una fabulosa carrera de cuarenta años y verte obligado a competir con el grupo que te homenajea?

Se acerca y me revuelve el pelo.

—Por esto mismo nunca podría dejarte.

Me quedo helada y la respiración se me atasca en la garganta en cuanto mi cerebro se pone en alerta de nuevo.

Seguro que se me nota en la cara, porque Oliver se da cuenta enseguida de lo que ha hecho.

—Joder, Lola. —Me echa un brazo por encima de los hombros y me invita a pegar la cara contra su cuello—. Me refería a que eres muy dulce. Pues claro que nunca podría dejarte.

Y es verdad, me digo. Oliver está hablando en serio.

—¿Por qué no os dais un revolcón de una vez y os dejáis de tonterías? —protesta Joe No desde el sofá—. Por el amor de Dios, alguien tiene que bautizar la trastienda.

Nos separamos, pero algo ha cambiado. Nuestras manos se separan más despacio: primero las palmas y luego la parte inferior de los dedos y luego las puntas.

—Tengo que hacer unas llamadas —le digo—. ¿Qué vas a hacer luego?  
Se encoge de hombros y me mira los labios.

—Todavía no lo sé.

Echo a andar de espaldas hacia la puerta, observando cómo la sonrisa aparece lentamente en su boca. En mi interior, las piezas encajan con un clic. Me inclino y recojo la pelota del centro del campo.

—Vale, te llamo dentro de un rato.

## 8

### Oliver

He aprendido que Lola no hace nada por impulso. Dejando a un lado nuestra boda en Las Vegas, se toma su tiempo, ya sean segundos o días, para sopesar todos los ángulos de una situación. Nunca he conocido a una persona más concienzuda que ella.

La primera vez que me percaté del asunto estábamos en la playa, una noche de agosto perfecta. Acababan de publicarle la novela gráfica y ya era número uno en ventas en todas las listas de su género. Borracho, corrí hacia el agua, me quité los zapatos con un par de puntapiés y me lancé al mar completamente vestido.

Lola estaba más borracha que yo, pero se acercó a la orilla dando traspiés y titubeó de puntillas, antes de dejarse caer de culo a la arena.

—No tengo una muda de ropa para cambiarme —explicó con lengua de trapo. Se tumbó de espaldas y estiró los brazos sobre la arena—. Acabaré mojada y llena de arena.

—Ya estás llena de arena —señalé yo al tiempo que me apartaba el pelo de la frente.

—Pero no estoy mojada. Y no tengo ropa en tu casa.

Mis planes eran celebrarlo con cerveza, una declaración y un buen polvo. Tenía ganas de decirle: «Joder, Lola, ponte mi ropa. O no te pongas nada».

Pero no lo hice, y no lo hice porque sabía que no debía presionarla. Lola no quería meterse en el agua, no quería volver a casa mojada y vestida con una ropa que parecía pesar cuarenta kilos.

Es esta particularidad la que me facilita la labor de dejarla salir de la tienda después de que me pregunte con marcado interés por mis planes para esta noche. De todas formas, tengo que colocarme detrás del mostrador para dejar que mi cuerpo se aplaque. Y me ayuda a entender por qué todos los encuentros que se han producido entre nosotros durante las últimas semanas me parecen una especie de dos pasos hacia delante y uno hacia atrás. Pero un cuarto de hora después me manda un mensaje de texto preguntándome si puede venir a verme más tarde.... Y el corazón se me acelera y me dice que Lola ha tomado una decisión. Solo espero que sea la que yo quiero.

Le contesto el mensaje con un simple: «Claro».

Tres horas después alguien llama al timbre mientras Ansel coge sus llaves.

—¿Esperas a alguien? —me pregunta, y mira hacia la puerta antes de mirarme a mí. Ha venido en busca de mi aspiradora porque están limpiando la casa nueva y al final se ha quedado una hora, contándome maravillas de la casa, diciendo que quiere ver embarazada a Mia, y el resto de utopías con las que sueña.

La silueta de Lola se aprecia claramente a través de la ventana, y ese es el motivo por el que he estado intentando que se largara antes de que ella apareciese.

—He quedado con Lola para cenar —contesto.

—He quedado con Lola para cenar —repite con un rictus burlón en los labios.

—Vete a casa, Ansel.

—Me voy —anuncia y se larga por el pasillo sin dejar de reírse.

Abro la puerta y el corazón me da un vuelco al verla allí vestida como si acabara de volver de alguna especie de entrevista con la prensa o de una fiesta.

—Oliver está un poco cascarrabias esta noche —le dice Ansel.

—¿Ah, sí? —replica ella—. Iba a sugerirle una partida de póquer, pero ahora no sé si querrá con lo competitivo que es.

—Emborráchalo y déjalo sin blanca. Es lo que merece.

Me mira con una sonrisa en los labios, encantada con la idea.

—Eso planeaba hacer.

Le devuelvo la sonrisa.

—Que tengas suerte.

—Aunque me encantaría quedarme y presenciar lo que estoy seguro de que va a ser una masacre, he quedado con Mia para cenar. Adiós, amigos —se despide y se agacha para darle un beso a Lola en la mejilla.

Estoy seguro de oírle decir: «A por él» antes de salir al porche y de que nos quedemos a solas. Otra vez.

Lola entra en la casa y percibo algo en su forma de moverse. Algo más femenino, más... premeditado.

—¿Todo bien? —le pregunto.

Cerca de la cocina, se da media vuelta y me mira.

—Todo bien. —Se coloca el pelo detrás de las orejas, aunque no le dura mucho porque vuelve otra vez a su sitio. Me sonrío y parece más joven de lo que es—. ¿Has disfrutado de la visita de Ansel?

Esbozo una sonrisa confundida.

—¿De la visita? Sí, he disfrutado.

Sus ojos no abandonan los míos en ningún momento.

—Me alegro de que os hayáis visto hoy.

—¿Qué te pasa? Eres peor que mi tía Rita de Brisbane a la hora de entablar conversación.

Suelta una carcajada y se vuelve para entrar en la cocina. Oigo que abre el frigorífico, el tintineo de las botellas, y que lo cierra de nuevo.

—A lo mejor estoy nerviosa —confiesa, alzando la voz.

Siento el pulso a toda velocidad en el cuello.

—Nerviosa ¿por qué?

Más ruidos en la cocina, el tintineo del cristal y el sonido de un líquido al echarlo en un vaso, y después regresa.

Lola se acerca a mí con esas zancadas tan suyas y el contoneo de sus

caderas, me ofrece una cerveza y un chupito de tequila, y me mira a la cara.

—Esta noche tenemos mucho de lo que hablar —anuncia.

Trago saliva, deseando fundirme con ella. Sonrío de forma pensativa, disfrutando de su cercanía, y pregunto:

—¿Ah, sí?

Ella asiente con la cabeza y se aparta de los labios un mechón de pelo con el meñique.

—En Los Angeles dijiste un montón de cosas interesantes.

—Nada que no sospecharas, ¿verdad? —le pregunto en voz baja.

—Tal vez no me pillara por sorpresa —responde, también hablando en voz baja como yo y mirándome los labios por un instante antes de parpadear y mirarme de nuevo a los ojos—. Pero llevaba mucho tiempo deseando oírlas.

Abro la boca para replicar, pero ella me interrumpe con voz alegre.

—Pero bueno, la regla número uno de esta noche: nada de enrollarnos. — Se bebe el chupito de tequila y tuerce el gesto, tras lo cual bebe un trago de cerveza.

Yo me bebo mi chupito, me atraganto y toso.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído —responde.

Bebo un sorbo de cerveza y trago al tiempo que hago una mueca.

—Nada de enrollarnos ¿cuándo?

—Cuando nos emborrachemos —contesta—. Quiero hablar.

Tengo la sensación de que no me queda espacio en el pecho para nada más. Los pulmones, el corazón y las emociones que no dejan de crecer no me dejan sitio para respirar. ¿Por fin? ¿Ha llegado el momento?

Extiendo un brazo para acariciarle un mechón de pelo y le pregunto:

—¿Cuál es la regla número dos, por si acaso nos saltamos la primera?

Su sonrisa es mágica, como un hechizo que cobrara vida despacio.

—Nada de engatusarme con tu encanto.

Le devuelvo la sonrisa y susurro:

—Lo intentaré. —La sangre se me ha revolucionado. «¡Por fin, joder!»—. ¿Qué vamos a hacer entonces, Lola Love?

Se encoge de hombros con gesto inocente.

—Vamos a jugar al póquer.

—Voy a desplumarte —le advierto antes de llevarme la botella a los labios y beber otro sorbo.

Ella me observa mientras trago.

—Cuidadín a ver si el desplumado vas a ser tú, porque vamos a jugar al strip póquer.

Suelto una carcajada sorprendida y digo:

—Pues sí que vamos a tener que hablar mucho si jugamos al strip póquer pero no podemos enrollarnos.

Lola regresa a la cocina y saca una baraja de cartas de un cajón. Acto seguido, me hace un gesto para que me acerque y me sienta a la mesa.

Todo esto me resulta muy... repentino, pero al mismo tiempo tengo la impresión de haber esperado una eternidad para que suceda. Quiero que se diluya la barrera de la amistad. Quiero dar un paso más, y el siguiente. Lola ha entrado en mi casa como una apisonadora y, aunque es la primera vez que la veo así, no pienso detenerla ni de coña.

Una Lola decidida es un espectáculo visual.

Le da unos golpecitos a la mesa para llamar mi atención y parpadeo, tras lo cual me acerco a ella con la cerveza en la mano. Me siento enfrente y nuestras miradas se encuentran, aunque ninguno de los dos rompe el contacto para acabar con la tensión. Llevamos tanto tiempo evitándonos que juraría que me arde la piel y que el cerebro me echa humo mientras me pregunto cómo se desarrollará la noche.

—Pon luz —susurra y se lleva las manos a las orejas para quitarse los pendientes, que deja en el centro de la mesa como bote inicial. Me mira con gesto expectante.

Miro lo que llevo puesto. Un reloj. Vaqueros, camisa, cinturón y gafas. Ni siquiera llevo calcetines o zapatos.

—Me parece que no estamos muy igualados.

—Qué suerte la mía.

No tiene ni idea de que el afortunado soy yo. Por haberme ganado su confianza. Por haberme ganado su afecto. Por contemplar esta actitud repentina de tomar el control. Le sonrío, deseando poder decirle sin más: «Te

quiero».

En cambio, me quito el reloj y lo dejo en la mesa mientras ella empieza a repartir cinco cartas para cada uno.

Miramos las cartas, las colocamos en el orden que más nos gusta y, ¡joder!, tengo dobles parejas, de jotas y treses, y un siete.

—No sabes poner cara de póquer —comenta Lola, riéndose—. Acabas de llevarte la sorpresa del siglo.

—Es posible que te desnude con esta mano —digo al tiempo que agito mis cartas en el aire y de repente me invade una súbita tensión al ver que ha captado el doble sentido del comentario—. Empiezo yo. —Me desabrocho el cinturón y me lo quito muy despacio, tras lo cual lo enrolló y lo coloco en el centro de la mesa—. ¿Vas o no vas, Castle?

—¿Sabes que si hubiésemos seguidos casados sería Lorelei Lore?

Asiento con la cabeza.

—Lo he pensado un par de veces, pero siempre he supuesto que conservarías tu apellido.

—Soy tradicional en algunos aspectos de lo más extraños —confiesa mientras deja sus cartas bocabajo.

Justo cuando creo que no va, veo que aferra el borde del jersey y que se lo levanta para sacárselo por la cabeza. No lleva nada debajo, salvo el sujetador.

—Sube o ve —me dice, y me doy cuenta de que la estoy mirando.

Ojeo mis cartas y sé que ahora mismo podría quitarle casi toda la ropa, pero necesito saborear este momento al máximo.

—Voy.

Dejo las siete cartas bocabajo y ella me da una carta nueva. La miro. Tres de corazones. Tengo un full.

Ella coge tres cartas nuevas, el máximo, y hace una mueca.

—Uf.

—Tú tampoco sabes poner cara de póquer.

Lola me mira y dice:

—Sube si quieres.

Me quito la camisa y la dejo en el centro de la mesa.

—Puedes retirarte si quieres.



Se quita el sujetador, que aterriza encima de mi camisa y balbuceo algo sin pensar mientras extendiendo el brazo para coger la cerveza con mano temblorosa. Apenas soy capaz de asimilar la imagen de sus pechos desnudos. Son muy voluptuosos y firmes. Se me hace la boca agua y me llevo la botella a la boca, aunque no soy capaz de empinarla lo suficiente como para darle un trago.

—Me estás mirando —susurra.

—No puedo evitarlo. Acabas de quitarte el sujetador.

—Vamos a ver tus cartas.

«¿Qué cartas?»

Parpadeo con fuerza, cierro los ojos y después miro de nuevo mis cartas antes de dejarlas en la mesa. Ella gime, me enseña una pareja de cuatros y tres cartas sueltas, una jota, un as y un seis. Apoya la cabeza en los brazos, muerta de la risa, y no me mira de nuevo hasta que me oye arrastrar el montón de ropa que descansa en la mesa. Me pongo la camisa, el cinturón y el reloj. Acto seguido, me coloco su sujetador en la cabeza, me echo su jersey sobre los hombros y dejo los pendientes al lado de la cerveza.

Cuando se endereza, el pelo le cae por delante de los hombros, cubriéndole el pecho. Es el contraste del negro contra esa piel tan blanca, la forma en la que las puntas le cubren justo los pezones. Ahora sé por qué han pintado esa imagen de la mujer miles de millones de veces.

Su voz me saca del trance.

—Otra vez me estás mirando.

—Es que sigues sin sujetador.

—Te mentí —me dice al tiempo que se frota el labio inferior con un dedo de forma distraída.

Su tono de voz me deja claro que está jugando, al menos en parte.

—¿Cuándo?

—Cuando fingí que no quería besarte.

Frunzo el ceño.

—¿Lo de la regla de no enrollarnos?

—Eso. —Baja la mirada y la clava en sus dedos, que están trazando círculos sobre la mesa—. Y cada vez que te veo.

Mis arterias son incapaces de dilatarse lo suficiente como para albergar mi torrente sanguíneo y empiezo a marearme.

—Ven aquí.

Ella niega con la cabeza y me acerca la baraja de cartas por encima de la mesa antes de levantarse en busca de otras dos cervezas.

—Repartes tú.

Después de otra mano cargada de insinuaciones y tensión, Lola pierde, pero en esa ocasión lo hace mejor y solo apuesta inicialmente los zapatos. En la siguiente mano recupera los pendientes y gana mi reloj, pero después de esa lo pierde todo y también pierde los calcetines.

—Solo te quedan dos prendas, si no me fallan los cálculos —le digo mientras la observo barajar—. Los pantalones y lo que lleves debajo.

Ella se ríe.

—Los pantalones me da igual perderlos. Pero me niego a quedarme sin la ropa interior.

—Pues lo llevas crudo, porque empiezo yo una vez que repartas.

Lola reflexiona al respecto con una mirada suave debido al efecto de la cerveza, ya que llevamos dos en muy poco tiempo.

—Mándale un mensaje a Harlow. Que nos diga cuáles son las consecuencias para el perdedor. Pero no le digas quién está perdiendo.

Asiento con la cabeza mientras saco mi móvil para mandarle el mensaje a Harlow.

Necesitamos un castigo concreto por perder al póquer. Uno de nosotros está en pelotas.

No han pasado ni treinta segundos cuando recibo su respuesta.

Hazle un bailecito erótico, chaval.

Se lo comento a Lola entre carcajadas.

—Cree que el castigo es para mí, no para ti.

—¿Qué ha dicho?

—Te lo diré cuando pierdas.

Lola suelta la mano perdedora en el centro de la mesa y me mira con miedo.

—Espera. Necesito otra cerveza antes de que me lo digas. Ay, Dios.

—También vas a necesitar música.

Abre los ojos de par en par mientras coge otra cerveza de la mesa, se la bebe y después mira mi móvil. Sabe mi código, así que lo introduce sin pensar.

Se queda boquiabierta cuando lee el mensaje de Harlow.

—No pienso hacerlo.

—Pues dame la ropa interior.

—Joder, no.

Me río mientras me pongo de pie y echo a andar hacia el equipo de música.

—¿Prefieres rock and roll o algo más bailongo?

Ella gime.

—Oliver, en la vida he hecho un bailecito erótico.

—Bailongo entonces —decido, triunfal mientras pulso el *play*. De vuelta hacia la mesa, estoy a punto de tropezarme al ver a Lola de pie. Mientras estábamos sentados no podía verla de cintura para abajo, pero... ¡Señor!

Lola está desnuda salvo por las bragas. De seda negra. ¡Minúsculas! Tiene un cuerpazo. Estoy deseando darle un mordisco en la suave carne de la parte superior de un muslo.

Me arde la piel.

Siento el pulso en la garganta mientras me siento.

Ella me da un guantazo en un brazo al ver que me siento encima de las manos.

—¡Si sabes hasta cómo va esto!

—Y tú también, por lo que veo.

Lola se acerca sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Por qué no has sido tú el perdedor? —Sus rodillas rozan las mías y siento que el contacto reverbera por mis piernas.

—Porque el resultado no habría sido tan estupendo, ¿no te parece?

—¿Te resulta raro verme medio desnuda? —me pregunta mientras coloca sus piernas junto a las mías y se acerca, para sentarse a horcajadas sobre mí.

Me resulta difícil respirar y apenas puedo pensar.

La miro de abajo arriba y de arriba abajo. Su cintura es estrecha y tiene unas caderas perfectas. Descubro un tatuaje en un costado, pero no puedo leer lo que dice porque no hay suficiente luz, ya lo leeré después. En este momento estoy a punto de plantarle la cara entre las tetas.

—Estoy en el paraíso, qué quieres que te diga, joder.

La música nos envuelve y poco a poco se adueña de mi pulso, y lo mismo parece sucederle a Lola, de manera que empieza a mover las caderas poco a poco hacia delante y hacia atrás. Coloca las manos en mis hombros, para sostenerse.

—Lola... —susurro—. No hagas nada que te resulte incómodo.

Ella se inclina hacia delante y me mira a los ojos con intensidad, como si estuviera buscando una pestaña caída para pedir un deseo. Tiene la mirada un tanto velada, pero me gusta así, cuando está achispada. Porque sale de su caparazón y observa el mundo que la rodea. En este momento quiero ser ese mundo. Quiero ser lo único que vea.

—¿Qué dice el tatuaje? —le pregunto.

Ella se humedece los labios con los ojos clavados en los míos mientras contesta:

—Más vale encender una vela que maldecir la oscuridad.

Me estrujo el cerebro en busca del autor del aforismo, pero con su cuerpo desnudo tan cerca del mío, el olor de su champú, su piel y lo que parece ser su deseo... me quedo en blanco.

—¿De quién es?

—De la diosa de la inteligencia, de la mujer que ha logrado que varias generaciones de mujeres maduraran: Eleanor Roosevelt. —Lola se aferra al respaldo de la silla y ladea la cabeza mientras se mueve.

El calor de su cuerpo tan cerca del mío hace que mi voz suene ronca.

—¿Con cuántos años te lo hiciste?

—Con diecisiete.

El pelo se le desliza por delante del hombro y me roza el brazo. Sus ojos me miran y siento una opresión en el pecho al ver que se le ha corrido el delineador y que eso le da un aspecto de desaliñada, como si ya me la hubiera

tirado. La simple idea despierta en mí un deseo voraz y desesperado.

—¿Te resulta incómodo esto? —susurra.

Mis palabras salen propulsadas por un resoplido.

—Joder, no.

Frunce el ceño.

—¿Lo dices porque estás acostumbrado a tener amigas medio desnudas bailándote en el regazo?

—Creo que te falta por lo menos una prenda para que pueda decirse que estás «medio desnuda» y que lo de «amiga» en tu caso se queda corto — bromeo.

Ella me mira y se muerde el labio inferior.

—Lola Love, no me resulta incómodo porque eres tú. Y medio desnuda estás espectacular.

Nos sumimos en un largo silencio mientras me mira. Sus ojos no se separan de los míos. Pero no es un momento estático. Se produce una increíble transición en su expresión, que pasa de ser juguetona a ser sincera, y observar ese cambio paso a paso me provoca una emoción vibrante e impetuosa en el pecho.

—¿Te has empalmado? —Baja las caderas y se frota contra mí, solo una vez.

«Joder.»

Me deja sin aliento porque se me sube el corazón a la garganta. Sabe que sí. Sabe que la tengo dura porque la tiene justo debajo.

—¿Tú estás mojada? —contraataco.

Sé que lo está. Porque cuando se frota otra vez, lo noto.

Ella suelta una carcajada y sus ojos abandonan los míos para posarse en mis labios. Aunque está muy cerca, no es un gesto rápido, es algo deliberado que hace con gran lentitud. Su mirada se desliza sobre mi nariz y mis mejillas hasta llegar a mis labios, donde se detiene. Si mira un poco más abajo, estoy seguro de que verá cómo me late el pulso en el cuello.

—¿Estás pensando en besarme? —me pregunta.

Yo también la miro a los labios y me humedezco los míos.

—¿Estás pensando en que te bese?

—¿Vas a responder alguna de mis preguntas?

—Sí, pero solo a esta.

Me regala la carcajada que más me gusta, la que apenas está acompañada de sonido y es solo una especie de resoplido. Estoy seguro de que ni siquiera es consciente de ella. Y, al cabo de un momento, se inclina hacia delante; el tiempo se detiene y, tras un brevísimo titubeo durante el cual contiene el aliento, me besa en la boca.

Sus labios son cálidos, suaves, y están un poco húmedos. Es el primer beso más tierno que me han dado en la vida. Me da unos cuantos besos más a modo de introducción antes de separar los labios para capturar entre ellos mi labio inferior.

Me derrito cuando me lo chupa, me lo mordisquea con delicadeza y suelta un gemidito.

El roce de su lengua contra la mía hace que el corazón esté a punto de salirseme del pecho.

Me ha matado del todo.

Apenas soy capaz de mantener las manos debajo de los muslos cuando se separa y la veo humedecerse los labios.

—Te he besado —susurra.

Me tiembla la voz cuando digo:

—Creía que no lo teníamos permitido.

Con un brevísimo encogimiento de hombros, murmura:

—Creo que voy a hacerlo otra vez.

El corazón me late tan rápido y tan fuerte que apenas consigo decir un «Vale».

Cuando se acerca de nuevo, gimo y libero las manos, porque estoy tan desesperado por saborearla que me inclino hacia delante para recibirla a medio camino mientras le tomo la cara entre las manos. Es un momento explosivo. Ese simple contacto. Percibo el beso en todos los rincones de mi cuerpo, me llena con su dulzura, con su sensualidad y con su abandono. Quiero devorarla, pero estos primeros besos rezuman ternura. No tienen un propósito definido. La tensión solo se percibe en nuestros músculos: en mis cuádriceps, sobre los que ella está sentada; y en mis manos, que siguen en su

cara. En sus manos, que me aferran la camisa a la altura de los hombros, en el temblor de sus piernas sobre las mías. Sus besos son como el acto sexual en sí, por la forma en la que su lengua se desliza sobre la mía, pero mucho más lentos y muchísimo más inocentes.

—No me acabo de creer que estés haciendo esto —murmuro contra sus labios—. Llevo mucho tiempo deseándolo.

Mis palabras hacen que se tense y que se aleje de mí mientras parpadea despacio.

—¿Va a estropear esto las cosas?

Aparto las manos de su cara y las coloco, con cuidado, en la cara externa de sus muslos.

—Puede mejorarlas. Podemos hacer lo que quieras. —Me inclino hacia ella para besarla de nuevo mientras repito—: Lo que quieras. Podemos poner una peli y relajarnos. Podemos quedarnos aquí y seguir besándonos. Podemos seguir jugando a las cartas.

Un centenar de segundos han debido de pasar en el reloj del pasillo mientras Lola se decide a hablar.

—No quiero quedarme aquí ni seguir jugando a las cartas.

Los pulmones se me desintegran.

—Vale —replico.

—Ni ver una película.

Asiento con la cabeza, incapaz de respirar.

—Lo que quieras, preciosa.

—Y quiero algo más que besos. —Se pone de pie y me invita a hacer lo mismo. Estamos tan cerca que mi aliento le agita el pelo mientras ella me mira con los ojos como platos.

Me desliza una mano por el brazo hasta que llega a la mía, tras lo cual entrelaza nuestros dedos y tira de mí en dirección al pasillo.

## 9

### Lola

He estado una sola vez en el dormitorio de Oliver, un día que él estaba arreglando algo en el garaje y me pidió que le cogiera el móvil, que se había dejado en la cómoda, pero no me tomé la molestia de echar un vistazo para ver cómo había decorado un espacio tan íntimo. En aquella ocasión me pareció muy personal estar en su santuario, de modo que cogí el móvil y salí corriendo. Aquella vez tampoco me permití analizar en profundidad mis sentimientos. Seguíamos siendo «solo amigos». No era algo intenso porque fuese una estancia donde él se desnudara o durmiera. Pero sí me pareció algo de índole personal, a un nivel que Lola + Oliver no llegaban.

Ahora mismo, después del beso perfecto, después de haberlo sentido tan duro bajo mi cuerpo y a sabiendas de lo que estamos a punto de hacer en esta habitación, el corazón me atruena los oídos.

Va a pasar de verdad.

No estoy soñando.

Oliver me coge una mano, el recuerdo de sus labios sigue hormigueándome en los míos y su cama está a unos pasos de nosotros. Está al otro lado de la estancia, cerca de la ventana con vistas al océano, que se encuentra a unas dos manzanas. La ventana está abierta, de modo que huele a salitre y a mar, y también al olor a pino de su detergente para la ropa.



Lo llevo hasta la cama y, con mano temblorosa, aparto la colcha y me tumbo. Las sábanas están limpias y siento el frescor del algodón bajo la espalda, y es como si una corriente eléctrica me recorriera la piel. Oliver me observa mientras me tumbo y espera un segundo antes de moverse, antes de acercarse muy despacio y colocarse entre mis piernas. Me mira con tal asombro que el poder se me sube a la cabeza. Lo desea tanto como yo. Lo sabía, porque me lo había dicho, pero hasta esta misma noche no me lo había terminado de creer.

Las frías sábanas desaparecen en cuestión de segundos y yo estoy ardiendo, excitadísima, presa del frenesí. El sudor me empapa el cuello y el pecho. Tengo los pezones endurecidos y muy sensibles, y el calor de su piel cuando me froto contra él me arranca un gemido.

—Lola.

Mi nombre es un susurro urgente en sus labios, de modo que levanto los brazos y le quito las gafas. Él me las quita de las manos y las deja en la mesilla de noche con tanto cuidado que me pregunto si también siente que debe moverse con premeditación, como si avanzara por el agua.

—Ven —le digo, cuando se vuelve hacia mí otra vez.

Mientras me adapto a la oscuridad de la habitación, dejo que mis dedos le recorran la cara, que le acaricien la línea del mentón. Es todo ángulos y curvas. Su piel es muy suave en las mejillas, pero áspera en la barbilla. Me pego a él, aplastando mi pecho contra su torso, y Oliver suelta un gemido entrecortado al tiempo que me desliza una mano por el costado, bajando por el muslo hasta llegar a la rodilla, y una vez allí, me sujeta de la corva y me insta a colocar la pierna sobre su cadera. Bajo los vaqueros, siento su dura polla, y noto su contorno mientras nos frotamos, adelante y atrás, meciéndonos.

—¿Estás segura? —me pregunta en un susurro.

—Segurísima.

«La viñeta los muestra a ambos tumbados, abrazados, ardiendo.»

Respiro con jadeos violentos, inspirando por necesidad y espirando gracias a la salvaje bestia de mi pecho. Estoy totalmente desnuda salvo por la ropa interior de algodón, y me encanta el roce de la tela vaquera en los muslos,

pero quiero sentirlo. Quiero sentir la calidez, la piel, el roce de su vello. Mientras me deja un reguero de besos en la garganta, en la clavícula y justo por encima de un pecho, deslizo una mano entre nuestros cuerpos y le desabrocho los vaqueros para bajárselos por las caderas todo lo que puedo. Siento el gemido en su pecho antes de que brote de su garganta. Mueve las caderas hacia delante, arrancándome un jadeo cuando se pega, solo cubierto por los calzoncillos, contra mi clítoris.

Oliver se mueve para subir por mi cuello, dejando un reguero abrasador con sus dientes y sus labios.

—Joder, Lola...

Deja la frase a la mitad cuando sus labios buscan los míos y los encuentran entreabiertos, ansiosos, y nada más saborearlo sé que nos vamos a saltar la lenta exploración. Sus labios son dulces y fuertes, y se mueven sobre los míos con tanta urgencia que pronto nos dejamos arrastrar por la pasión, usando los dientes para acariciar, sujetándonos la cara.

El deseo me golpea como un latigazo, impulsado por la adrenalina. Lo agarro de la nuca y lo insto a besarme con más pasión, a tocarme. El sonido que emito cuando me acaricia un pezón con el pulgar raya en el dolor; me despierta todas las terminaciones nerviosas y las concentra en un solo punto, me hace arder, y Oliver repite la caricia, una y otra vez, en pequeños círculos. El corazón me late con fuerza bajo su mano mientras me sujeta para usar los labios y se inclina, succionando... mordiéndome... al tiempo que sus caderas se mecen incesantemente hacia delante y hacia atrás, frotándome el clítoris hasta que empiezo a arañarle los hombros en un intento porque me inmovilice sobre el colchón, me separe las piernas y me penetre.

Le acaricio el abdomen con los dedos, frenética y aterrada a la vez.

—Sí, tócame —me suplica contra los labios.

Metó la mano bajo sus calzoncillos y jadeo al sentir la calidez. Siento su peso sobre los dedos y es justo como me lo había imaginado: piel sedosa alrededor de una ardiente dureza. La cara de Oliver refleja su alivio mientras se la acaricio, jugando con su prepucio, arriba y abajo, y él empieza a moverse, adelante y atrás, mientras me besa con labios distraídos y ansiosos.

Los últimos ocho meses han sido los preliminares más lentos y tortuosos

del mundo, y siento la piel enfebrecida, una sensación que me impacienta, que me permite soltarlo el tiempo justo para bajarle los calzoncillos y que él se los quite a toda prisa con los vaqueros.

Oliver es incapaz de permanecer quieto sobre mí, me frota la sensible piel de los pezones con su áspero mentón y me deja un reguero de besos por las costillas, bajo el brazo, y luego me mordisquea el brazo mientras se mece contra mi mano.

Mete una mano entre nuestros cuerpos para bajarme la ropa interior y que pueda liberar una pierna, y luego siento sus dedos ahí, acariciándome, penetrándome, y es como si me enchufaran al sistema solar, todo en mi interior es luz y fuego, y me retuerzo bajo su cuerpo para llegar a la cima, porque ya estoy muy cerca. Quiero saber lo que se siente al tenerlo dentro, lo que él siente cuando me toca y yo también me toco, con un dedo enroscado alrededor de los suyos, y él se echa a reír mientras me besa y me dice lo increíble que es todo. ¿Cómo es capaz de hablar cuando yo me he quedado muda? Me roza el clítoris con el pulgar una y otra vez, y me siento desesperada mientras levanto las caderas de la cama para que pueda llegarme más adentro con sus largos dedos. Su polla se roza con nuestras manos y luego cambia de postura y saca nuestros dedos, y lo tengo ahí, muy cerca, y con un jadeo sincronizado, mueve las caderas y me penetra.

—Ah, joder —dice... y...—. Lola, joder. ¡Fóllame!

Y se convierte en un frenesí.

Y empieza a moverse... pero no solo se mueve... sino que me está follando... y... y es Oliver y ya lo tengo dentro... y me penetra una y otra vez, gimiendo mi nombre contra mi cuello.

Oliver apoya las rodillas en el colchón y se mueve... y no hay nada más que el sonido en la oscuridad que nos rodea: el cabecero golpea la pared, los muelles del colchón chirrían en protesta. Gruñe contra mi oído porque cuesta follarme así: rápido y fuerte. Me pasa los dedos por la barbilla y la boca, y después sigue ese sendero con la lengua para lamer mi propio sabor sobre mi piel.

Nos reímos entre besos porque es genial, es maravilloso, y mis manos se mueven por todas partes: su torso, sus caderas, su estómago y la base de su

polla. En un remoto rincón de mi mente siempre he sabido que sería así, de verdad. En ese rinconcito en el que me permitía imaginar estar tan cerca de alguien, siempre era él. La fantasía siempre contaba con una cabeza de pelo oscuro contra mi cuello, con unos largos dedos que me sujetaban las caderas, con su boca esbozando una sonrisa elocuente cuando yo me corro...

—Dios, Dios...

El placer me deja sin habla. El fuego corre por mis venas, ardiente y liviano hasta que tengo la sensación de estar flotando, y me agarro a él con las uñas mientras le suplico con gemidos ininteligibles que siga haciendo lo que está haciendo, porque es genial, genial, y por favor... Grito bajo su cuerpo, tan fuerte que oigo el eco que me devuelven las paredes.

El placer me inunda por completo hasta que mi cerebro deja de funcionar y me derribo, abrasada, presa del alivio.

El ritmo de Oliver es frenético mientras me corro, pero en cuanto me quedo callada, jadeando en busca de aire, él se aparta de repente y sale tan deprisa de mí que siento un vacío enorme.

—¡Joder! —exclama, entre jadeos, sentado sobre los talones mientras el pecho le sube y le baja por la respiración agitada y se seca el sudor de la cara. Agacha la cabeza hasta pegar la barbilla al pecho mientras toma unas entrecortadas bocanadas de aire.

El pánico y el éxtasis me corren por las venas, haciendo estragos, y casi no encuentro las palabras para preguntar:

—¿Qué pasa?

Me pone una temblorosa mano en el muslo.

—No me he puesto condón. Casi me corro.

Tengo el corazón desbocado y la piel sudorosa, y la cabeza me da vueltas por lo que acaba de pasar.

Acabamos de hacerlo.

Nos hemos tirado a su cama y en cuestión de minutos estábamos follando como locos.

De forma instintiva, le toco los brazos cuando empieza a acariciarme los muslos separados.

—¿Te has corrido? —me pregunta en voz baja.

Sigo sin encontrar las palabras necesarias, así que asiento con la cabeza y consigo susurrar:

—Sí, Dios.

De hecho, creo que casi he perdido el conocimiento.

Me acaricia una cadera y el abdomen con una mano, que luego me pone sobre un pecho.

—No me lo creo. —Traga saliva y cierra los ojos—. No me creo que hayamos...

Ahora que me he adaptado a la oscuridad, puedo ver su cuerpo. Una cosa es verlo en ropa interior a plena luz del día en mi salón, pero eso no tiene comparación con su cuerpo sobre mí en la penumbra, arrodillado entre mis piernas abiertas. Admiro su amplio torso, las líneas de su abdomen, la pronunciada curva de sus caderas que conducen hasta su húmeda e impresionante polla.

Me acaricia el pezón con un pulgar, presionando.

—Creía que iría despacio la primera vez que... si alguna vez lo hacíamos.

Los pensamientos coherentes son como mosquitas revoloteando a lo lejos.

—Te deseo demasiado como para que vayamos despacio ahora mismo.

—Ya somos dos —admite él con una carcajada—. Eso está claro.

Quiero volver a tenerlo donde estaba hace veinte segundos, cubriéndome con su cuerpo sudoroso, embistiendo con las caderas entre mis piernas. Me incorporo y le coloco una mano en la nuca para besar sus labios hinchados y húmedos antes de preguntarle:

—¿Tienes condones?

—Sí.

Desliza los dedos entre mis piernas mientras sus labios se mueven contra los míos para besarme con ardor. Extiendo un brazo para cogérsela y descubro que la tiene empapada con mi flujo, y me regodeo con la húmeda caricia de mi mano y con la forma en que gime contra mi boca, casi de dolor. Su mano libre sujeta la mía, no para guiarla, sino para sentir cómo se la rodeo con los dedos, de la misma manera que yo lo he sentido unos momentos antes, durante unas largas caricias, y luego empieza a moverse al compás de mi mano y nuestros besos se vuelven más frenéticos y él se inclina hacia

delante y casi me vuelve a penetrar.

—Date prisa —le susurro, y él me silencia con su boca.

—Espera, espera —me pide al tiempo que se aparta—. Espera. Es... Quiero ir más despacio y sentirlo todo. —Los besos apasionados se convierten en fugaces caricias sobre mis labios—. Sé que voy a correrme deprisa si empezamos a follar así de nuevo y no quiero.

No sé cómo es posible que el sexo con Oliver sea tranquilo ahora que sé lo que se siente cuando pierde el control. A partir de este momento, cuando intente ser dulce, no se lo permitiré. «No», me digo. «Sé muy bien lo que se siente cuando me follas como un loco.»

Extiende un brazo hacia la mesilla de noche en busca de una caja que, me doy cuenta, con alegría, está sin abrir. Tras coger la caja, la deja en el colchón, a mi lado. Cuando hago ademán de cogerlo, me sujeta la mano y luego me besa mientras sonrío.

—Espera. —Se echa a reír mientras nos besamos—. Espera.

Pega su cuerpo al mío y me besa de nuevo, atemperando las caricias, excitándome, demostrándome lo que implica ir despacio.

Los labios carnosos, los hombros y los fuertes y fibrosos brazos.

Los músculos de su espalda, la forma en la que sus glúteos se tensan bajo mis manos mientras se frota, húmedo, contra mí, follándome sin llegar a penetrarme.

La suave franja de vello oscuro que siento contra el ombligo.

Todavía no estamos en plena faena, pero sí que lo estamos; la penetración es un tecnicismo a estas alturas, y su mirada me dice algo con cada beso, con cada roce de su piel contra la mía.

Me observa de tal forma que tengo la sensación de que ve mucho más que mi cara, devolviéndole la mirada, o que mis pechos, que se agitan con sus movimientos. Me está viendo de verdad. La pasión que me provoca me enloquece, como si me quemara la piel, como si me hiciera arder la sangre.

—Tengo la sensación de que tenemos una eternidad para «tomarnos nuestro tiempo» —protesto en voz baja—. No...

Coge el condón y me lo pone en la mano antes de arrodillarse entre mis piernas.

—Lo sé.

Abro el paquetito y lo tanteo para ubicarme. De repente, me pongo muy nerviosa y sé que mis manos se mueven con torpeza, que mis dedos no están acostumbrados a hacer esto.

—Hace mucho que no lo hago.

Oliver sonrío, pero no dice nada mientras contiene el aliento y me observa cubrirle el glande con el condón, que sujeto con una mano para desenrollarlo con la otra. Quedan unos cuantos centímetros sin cubrir y acaricio esa piel, recreándome, hasta que él se inclina hacia delante y coloca las manos a ambos lados de mi cabeza.

Soy consciente de que quiere decir algo, pero también tengo la sensación de que cuesta mucho articular las palabras sin que suene ñoño o tonto. Seguramente por eso yo tampoco digo mucho.

Cuando se inclina sobre mí, besándome con dulzura, dice:

—¿Me quieres así?

Supongo que se refiere a la postura, a tenerlo de nuevo encima.

—Sí.

Su polla parece más caliente que cualquier otra parte de su cuerpo, como si ardiera con un fuego apenas contenido. Tenerla en la mano hace que me derrita por dentro, que se me funda el cerebro. Cierro los ojos y me muerdo el labio mientras lo guío hacia mi interior; me desentiendo de algunos sentidos para concentrarme en qué siento al tenerlo dentro, al sentir que me dilata por dentro cuando por fin me penetra. Su dureza me deja de piedra, porque es el contrapunto a mi suavidad, y también me electrifica el cuerpo, me enloquece, me lleva a preguntarme si puedo tenerlo en cualquier parte, si me la puede meter en otro sitio.

Masculla un taco y pega los labios a la piel que hay justo debajo de mi oreja.

—Joder —repite.

Cuando muevo las caderas bajo su cuerpo, haciendo que me penetre todavía más, me sujeta con fuerza, poniéndome una mano en la cadera.

—Espera. Soy demasiado...

Me quedo quieta bajo su cuerpo, salvo por mis díscolas manos, que le

recorren la espalda, mientras él se incorpora sobre las manos. Es la sensación más increíble del mundo, sentirse unida a otra persona de esta forma. No solo follar o movernos juntos, sino estar conectados de verdad.

Con un suave suspiro, sale un poquito de mí y luego me vuelve a penetrar, y con un gemido se vuelve a dejar llevar por la pasión, porque empieza a moverse.

Y me doy cuenta de que me he equivocado: hacerlo despacio es tan perfecto como tener a un Oliver desenfrenado.

Me maravilla su aspecto mientras se mueve sobre mí. Lo he visto desde todos los ángulos desde los que se puede ver a un amigo: de pie a mi lado, sentado al otro lado de la mesa, en mi coche o en el suyo, tirado en mi alfombra mientras lo dibujo. Incluso he tenido la cabeza en su regazo mientras lo miraba y lo he visto salir de debajo de mi coche después de inspeccionar una pérdida sospechosa. Pero nunca lo he visto así. Desnudo, sudoroso, con las manos a ambos lados de mi cuello mientras mira nuestros cuerpos, mientras se mira. Con los brazos flexionados y mordiéndose un labio... disfrutando con solo mirar, disfrutando de la sensación de mecerse adelante y atrás.

Cierro los ojos, suelto un suspiro entrecortado y me penetra hasta el fondo.

—Lola. Joder...

Le sujeto las caderas y lo guío cuando pierde el ritmo y yo me muero por tenerlo más cerca, por sentir toda su piel contra la mía, deslizándose sobre mi cuerpo una y otra vez, envolviéndome. Le acaricio el costado con una mano y subo hasta su cuello, donde le rodeo la nuca y lo insto a agacharse.

Se inclina hacia delante y su pelo me acaricia la frente.

—No puedo. No puedo creerlo. No puedo dejar de mirarte.

Lo siento muy duro dentro de mí, siento que se detiene para recuperar el aliento, y sé que fue la emoción lo que le hizo perder la cabeza la primera vez. Ahora no estamos follando a lo bestia. Es tan lento que casi resulta vergonzoso por lo íntimo que parece.

De todas formas, no me imaginaba capaz de mirarlo a la cara mientras lo tengo dentro. Parece mucho más desnudo sin las gafas. Pero no es raro, en absoluto, y con una explosión emotiva, descubro que lo quiero tanto que casi



me duele. Es el hombre con el que he pasado casi todos los días, riendo, bromeando, hablando, compartiendo mis triunfos y mis miedos. Sin previo aviso, mi cuerpo lo rodea, necesítándolo, y Oliver gime antes de doblar los codos y, por fin, pegar nuestros cuerpos por completo.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo deseándolo? —me pregunta.

Sonrío contra su cuello antes de darle un lametón.

—No. Harlow dice que estoy tan perdida que doy pena.

Se echa a reír y, cuando yo hago lo mismo, jadea y aparta las caderas hasta casi salir de mi cuerpo antes de volver a penetrarme. Muy hondo.

—Creía que yo no te interesaba —admito—. Aquella noche te propuse que nos acostáramos, que no se te olvide.

Se queda muy quieto y me besa un hombro.

—Cuando te conocí, no pensé que fueras una chica de la que pudiera enamorarme, por lo de Las Vegas. Pero luego resultó que sí lo eras. —Me deja un reguero de besos por el cuello hasta llegar a mi oreja—. Y luego eras la chica de la que me estaba enamorando. No quería que lo nuestro se fuera a la mierda por esa chorrada de Las Vegas. No quería follar contigo aquella noche en una habitación de hotel cutre. La forma más rápida de estropear algo es hacer las cosas sin pensar.

—No en nuestro grupo.

Suelta una carcajada, casi un gruñido.

—Cierto.

Le beso el cuello y le doy un chupetón. Me encanta su sabor, y su carne es cálida y firme, me imagino mordiendo su fuerte piel.

—Llevo un tiempo enamorado de ti —sigue. Sin rodeos. Dios, lo dice con tanta claridad y sencillez que me anima a ser valiente.

Me aterra la idea de quererlo.

Claro que tampoco sé cómo evitarlo.

—No tienes que decírmelo —añade en voz baja antes de besarme la comisura de los labios, y me doy cuenta de que lo dice de verdad.

—Yo también llevo sintiendo algo un tiempo —digo, y aunque parece una admisión chorra, la siento como algo muy gordo. Lo quiero por un montón de razones, pero no estoy segura de que mi corazón esté preparado todavía para

esta clase de amor. El amor más grande.

—¿Has estado enamorada alguna vez? —me pregunta.

Trago saliva con fuerza antes de admitir:

—No.

Murmulla algo contra mi cuello y me da un chupetón. Quiero que se mueva, pero al mismo tiempo quiero que no lo haga. Nunca he tenido una conversación como esta en una cafetería o en un coche, mucho menos cuando tengo a alguien encima, dentro de mí, moviéndose de una forma que me provoca ganas de suplicar.

—¿Puedo hacer que te corras de nuevo? —susurra al tiempo que se inclina para besarme, y capto el deje risueño de su voz. Sus labios se mueven sobre los míos y luego se deslizan hacia abajo para succionarme la barbilla—. ¿Y después seguimos hablando?

Asiento con la cabeza y Oliver empieza a moverse, adelante y atrás, me besa la mejilla y luego la boca, y me entierra una mano en el pelo mientras me sujeta la cadera con la otra para embestir con más fuerza, con más ganas. Estoy viendo una faceta de su carácter más obscuro y oculto: sus fuertes manos, las fuertes embestidas de su cuerpo al penetrarme, la boca que se apodera de la mía sin pedir permiso. Un día de estos estaremos con nuestros amigos, hablando de tonterías, y me pasaré todo el tiempo recordando cómo Oliver mueve las caderas, penetrándome con frenesí, mientras mete una mano entre nuestros cuerpos para acariciarme, mientras habla con voz más ronca y un acento más marcado por el placer al decirme que lo folle, que le gusta tanto que a lo mejor me tiene toda la noche abierta de piernas.

Me dice lo suaves que siente mis muslos, lo cálida y mojada que estoy.

Se pone de costado, follándome como un loco, con una de mis piernas sobre su cadera, y gruñe con cada embestida. Me mordisquea el cuello y se pregunta cómo es posible que la sensación de mi coño sea incluso mejor que su sabor.

Siento que la piel me arde, que el deseo y la conmoción confluyen en mi interior al oír sus palabras.

Me frota el clítoris una y otra y otra vez, cada vez con más fuerza, y me doy cuenta de que sabe muy bien lo cerca que estoy cuando se aparta para

observarme, con nuestros ojos muy cerca, con los dientes contra mi barbilla mientras gruñe, animándome.

Cierro los ojos por la inmensidad de la explosión que se acerca, pero Oliver me da un mordisco en el mentón y masculla:

—Ábrelos.

Y luego me pone las manos en el culo y me aprieta contra él.

Jadeo, con los ojos abiertos de par en par, clavados en su mirada lúcida y elocuente, mientras una tormenta eléctrica crece en mi interior, recorriéndome la espalda y obligándome a separar más las piernas. Gime cuando siente que estallo a su alrededor. Un millón de diminutas eternidades transcurre con sus dientes contra mi mentón, mientras mi cuerpo se derrite bajo él.

«La viñeta muestra a la chica disolviéndose en un cielo cuajado de estrellas.»

—Lola —jadea, y sus caderas se paran un momento antes de embestir con más frenesí, y si alguna vez consigue mantener ese acento, me muero.

Gruñe contra mi garganta mientras su mano asciende por mi cuerpo y me la pone en un pecho, apretando con mucha fuerza, con la fuerza justa, y luego empieza a gemir.

—Me corro... Joder, me corro.

Y siento cómo se estremece sobre mí, cómo me la mete hasta el fondo. El sonido que emite cuando se corre, mi nombre pronunciado con un largo y ronco jadeo, se me graba a fuego en el corazón.

Oigo las olas en el silencio que se hace en el dormitorio. Oigo el rumor del tráfico, el roce de una palmera contra la fachada de la casa a causa del viento. El aliento de Oliver me roza, cálido y superficial, la piel del cuello. Su mano me suelta el pecho y baja por mi cintura para llegar a la curva de mi cadera y más allá, al muslo y a la rodilla, antes de ascender de nuevo y volver a empezar, como si estuviera midiéndome con las largas pasadas de su mano.

—No necesito que me quieras ahora mismo, Lola, pero lo nuestro no puede ser algo casual —susurra cuando abro los ojos y regreso a la Tierra—. Estoy coladito por ti y si esto solo es...

El corazón casi se me sale por la boca y se me atraganta hasta el punto de

que tengo que toser.

—No lo es. No es casual.

Los ojos de Oliver se clavan en mis labios y sonrío, aliviado, antes de besarme una vez, con mucha ternura, y salir de mí, apartando la ropa de cama y quitándose el condón. Coge un pañuelo de papel mientras yo no me pierdo detalle. Sus movimientos son absolutamente masculinos: la comodidad que demuestra al tocarse la polla, su seguridad a la hora de librarse del condón, el vello oscuro de su torso, la fuerte línea de sus hombros cuando se vuelve y se mete de nuevo en la cama conmigo. Me desliza una mano por el torso hasta colocarla entre mis piernas, donde sigo ardiente por la fricción de sus movimientos. Me encanta el gesto posesivo de su mano, cómo su palma se pega a mi cuerpo, cómo sus dedos se muestran seguros al tocarme.

—¿Estás bien? —murmura contra mi garganta.

—Sí.

Sin embargo, mis caderas se apartan de forma instintiva cuando me mete un dedo.

Oliver aparta la mano de mi entrepierna y la sube por mi cuerpo hasta rozarme los pechos con los nudillos.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con un tío?

Tal vez la pregunta, hecha nada más haberte acostado con un nuevo amante, pudiera resultar rara o invasiva, pero con él me da igual. Quiero desahogarme. Quiero contarle todo, todo lo que ha sucedido antes de conocerlo. Hemos compartido las anécdotas cotidianas, pero esto no: lo más sagrado, lo más íntimo.

Vuelve la mano y me acaricia los pechos con el dorso de los dedos antes de pellizcarme el pezón con el índice y el corazón. Agacha la cabeza y me lo lame. Cierro los ojos y me cuesta recordar mientras él me hace eso.

—Mmm... ¿En marzo?

—¿En marzo del año pasado? —Me desliza los dedos por las costillas y no hay ni rastro de celos cuando me pregunta—: ¿Quién era?

—Un tío al que conocía de mi clase de cine digital.

—¿Estuvo bien?

Le acaricio el mentón desde la oreja a la barbilla.

—Una de las veces supongo que sí, que estuvo bien —contesto—. Las otras... no fueron para tanto. —Cierro los ojos mientras hago acopio de valor—. ¿Y tú qué me dices?

—Me acosté con una en el viaje en bici.

—¿En el último? ¿En junio del año pasado?

Asiente con la cabeza y me besa una clavícula.

—Fue a finales de mayo, la verdad, pero sí, en ese viaje.

—¿Antes de conocerme?

Tengo clara la respuesta. Por supuesto que fue antes de conocerme. Nos conocimos en Las Vegas, al final de ese viaje. Pero supongo que quiero que admita que, después de conocerme, no ha estado con otra.

—Ajá. Albuquerque. Trabajaba en el restaurante del hotel.

—¿Estuvo bien? —le pregunto, repitiendo sus palabras.

—Nada del otro mundo —contesta él, repitiendo también lo que yo he dicho—. Y creo que tampoco para ella. Estábamos para el arrastre. —Se echa a reír cuando admite—: Creo que yo estaba tan borracho que ni me corrí.

No les hemos puesto nombre a esas personas. Ya casi no me acuerdo de la cara del último tío con el que me acosté ni de cómo era su cuerpo bajo mis manos. Con cada posesiva caricia, Oliver borra el rastro de cualquier otro hombre sobre mi piel.

—¿Nadie desde entonces? —le pregunto.

Sonríe y me besa.

—Nadie desde entonces.

—¿Te resulta raro estar tanto tiempo sin hacerlo?

Se encoge de hombros y contesta:

—Deseaba a una tía guapísima llamada Lorelei Castle con tantas ganas que no me apetecía hacerlo con nadie más.

Me aparto lo suficiente para mirarlo a la cara.

—Has tenido oportunidades. —Detecto el malestar en mi voz, los celos por lo que podría haber pasado.

Su sonrisa destierra mi tensión y la disuelve como un terrón de azúcar en un vaso de agua caliente.

—Igual que tú, preciosa.

—Pero menos.

Se echa a reír.

—Lo dudo mucho.

—Tengo como un millón de cosas en el aire ahora mismo, ¿quién quiere lidiar con todo eso?

—Yo. —Oliver se pone serio y se agacha para besarme de nuevo, succionándome los labios. Con un gemido, se me echa encima otra vez y me pega la cara al brazo, mordisqueándomelo, chupándome los dedos y mordisqueando las puntas. Ya la tiene dura, una presencia urgente entre ambos.

Gime cuando se la cojo entre los dedos y se estremece cuando le doy un apretón y empiezo a mover la mano.

De nuevo, así de rápido, se convierte en algo salvaje, visceral. Oliver me pone bocabajo y desliza la polla entre mis glúteos mientras se inclina para chuparme la nuca, mientras sus manos se deslizan por debajo de mi cuerpo para jugar con mis pechos. Sus caricias son frenéticas y certeras al mismo tiempo. No hay preguntas de si puede hacer algo, de si me gusta algo. Un millón de fantasías se esconden en sus dientes sobre mi piel, en las caricias de sus manos.

Oigo cómo abre otro paquetito y también el ruido que hace al ponerse el condón, y después me levanta las caderas, con sus muslos encerrando los míos, y me vuelve a penetrar. Y lo oigo gemir por la calidez, por la suavidad, por la vista que tiene de mi cuerpo.

Con los muslos pegados y abierta por su invasión, me echo hacia atrás, me pego a él con frenesí y emito unos gemidos desesperados con la sensación de que me voy a romper en mil pedazos. Soy como un haz de luz que se refleja en un prisma y se derrama en un millar de direcciones. Oliver me folla, aferrado a mis caderas mientras me embiste con fuerza y me llega a lo más hondo.

Yo grito contra la almohada y me arqueo al sentir su sudor caerme en la espalda, consumida por el deseo de separar las piernas para que me la meta entera, pero me veo obligada a mantenerlas cerradas y a contener el placer en un minúsculo punto.

«Es demasiado.»

«Necesito más.»

Oliver me da un guantazo en el culo y gime, sorprendido, cuando me tenso en torno a él.

—Me gusta —consigue decir—. Me encanta, joder.

Asiento con la cabeza y me pego más a él mientras noto que empiezo a perder los papeles cuando me clava las uñas en el culo y sus caderas se mueven con un ritmo frenético a mi espalda. Extiende los dedos y sus pulgares se acercan, trazando círculos y no sé si... A ver, me gusta, pero...

—Tranquila, tranquila. —Levanta un brazo para tocarme la cara y me insta a volverla para besarme la comisura de los labios—. ¿Nunca has...?

Niego con la cabeza.

—Vale. —Su beso se vuelve más salvaje, como si la urgencia se hubiera apoderado de él.

Pego la cara a su mano, desesperada por tener más: su beso, su peso, el sonido que hace cuando se corre.

—Lo que quieras —me dice, y su cálido aliento me baña la boca—. Te daré lo que quieras.

—Quiero verte.

Oliver sale de mí y me insta a tumbarme de espaldas. Sus manos suben desde mis tobillos a mis rodillas, que me coge por las corvas para doblarlas y llevármelas al pecho. Coloca los brazos por debajo de mis rodillas, manteniéndome bien abierta mientras él me observa a placer antes de volver a penetrarme despacio, con un gemido. El sonido es placer y dolor a partes iguales, y su alivio es tan cortante como el filo de una navaja.

Me folla con ternura y luego con fuerza, trazando círculos con las caderas que me arrancan un grito tras otro antes de que me sujete las manos a ambos lados de la cabeza y llegue al fondo y me provoque unos agujonazos increíbles que me dejan sin aliento y me arrancan el aire de los pulmones en jadeos de placer.

Verlo así me tiene hechizada: mi callado y tierno amigo desatado. Mi amante ya, tan tierno conmigo, tan brutal en su afán por darme placer. Espera hasta que me estremezco, hasta que el orgasmo me deja muda y luego se

permite correrse de nuevo, con la boca abierta, mientras gime mi nombre contra mi piel.

Con el pecho sudoroso y tembloroso, Oliver se deja caer sobre mí.

En cuanto me insta a que me tumbe de costado y se pega a mi espalda, el cansancio me abrumba. Me besa en la nuca y dice con la voz somnolienta:

—Joder, no puedo ni moverme, pero no sé cuánto voy a dormir sabiendo que te tengo en mi cama.

Murmuro algo y sonrío contra el brazo que ha pasado por debajo de mi cuello para abrazarme.

—Me despertaré queriendo más —susurra con un deje extraño en la voz, a caballo entre la disculpa y la advertencia. Su polla sigue semierecta, cálida, contra mi muslo.

—Yo también.

Me duermo mientras mi respiración se acompasa a los movimientos de su pecho, pegado a mi espalda.

El mundo hace acto de presencia primero con el claxon de un coche, después con el viento y, por último, con el lejano rumor de las olas. Abro los ojos y me maravillo con la lenta salida del sol por el este.

Me desperezo entre los brazos de Oliver, muy calentita. De alguna manera, he acabado acurrucada de cara a él. Ha sido como un pulpo mientras dormía, con esos interminables brazos sujetándome cada vez que intentaba separarme, aunque fuera un centímetro.

Me doy cuenta de cuándo se despierta, de ese respingo involuntario de sus brazos a mi alrededor, y espero en silencio a que la situación se vuelva incómoda: anoche no nos guardamos nada. Su dormitorio huele a sexo y seguimos entrelazados, desnudos. Hay un envoltorio de condón cerca de mi pie izquierdo, y veo otro detrás de Oliver, cerca del borde del colchón.

Recuerdos de la noche anterior acuden en tropel a mi mente en forma de retazos de sonidos, de sudor y de sensaciones: el siseo que emitió cuando me penetró; la sacudida de sus hombros mientras se movía sobre mí; la forma en la que su boca se apoderó de la mía, con esa lengua tan habilidosa e



inquisitiva.

Siento cierto escozor entre las piernas. Siento la piel irritada por las caricias de sus manos y de su boca. Sabía que el sexo podía ser así, pero nunca creí que pudiera experimentarlo en primera persona.

Lo siento muy sólido a mi lado, muy vital. La idea de apartarme del círculo de sus brazos me apetece tanto como cortarme un brazo o una pierna.

¿Qué pasa cuando la emoción es demasiado grande, cuando te llena el pecho, las venas y las extremidades? Me imagino que la luz del sol me invade hasta que me hace estallar. Cuento hasta diez y luego hasta veinte, concentrándome en respirar. Nunca volverá a ser como antes. Oliver y yo hemos cambiado para siempre. Algo resuena en mi interior, algo permanente y firme, y es aterrador y emocionante a la vez...

Estoy enamorada hasta las cejas.

Levanta la cabeza, que tenía apoyada en la curva de mi cuello, me besa y susurra:

—Buenos días, Lola Love.

Me cubro la boca con la sábana.

—Buenos días.

Me besa a través de la sábana.

—Te sigo queriendo. —Aparta la sábana, me besa la barbilla y me observa mientras la sonrisa se desdibuja un poco en sus labios, pero no pierde la mirada risueña—. Sea lo que sea lo que estés pensando... eso no ha cambiado por la mañana. Te quise antes de lo de anoche. Te querré mañana. Acabo de decírtelo ahora mismo.

Me muerdo el labio mientras siento que la luz del sol me invade el pecho y me ilumina los ojos.

—Quería follarte mucho antes de anoche —continúa, recuperada la sonrisa juguetona, al tiempo que se pone encima de mí y me separa las piernas con una rodilla—. Y ahora que lo he hecho, te deseo todavía más.

Es algo a lo que puedo corresponder sin problemas.

—Vamos a quedarnos aquí, follando todo el día.

Su carcajada es un sonido feliz, cálido.

—Toda la semana.

—Todo el mes.

—Todo el año.

Lo ha dicho. Es más tiempo del que he pasado con nadie, pero lo ha supuesto sin más. Nos miramos a los ojos, en silencio. Es demasiado pronto, aunque un montón de declaraciones se alcen en el ambiente como volutas de humo. Pero cuanto más me mira Oliver, más sé lo que está pensando.

«Toda la vida.»

—Muy bien —susurra.

Replico contra su boca:

—Muy bien.

# 10

## Oliver

La alarma del móvil de Lola la interrumpe en mitad de la primera taza de café. Intento mantenerla en la cama para cumplir lo convenido, algo que considero un contrato firme, pero al final ambos necesitamos ir al baño, y también una dosis de cafeína y de comida.

—Mierda —dice mientras extiende el brazo para cogerlo y abrir la aplicación del calendario.

Estamos sentados codo con codo a la mesa de la cocina. Yo llevo vaqueros; ella, nada salvo la camisa que yo llevaba ayer. Le queda larga, pero no tanto como para que la cubra por completo, sobre todo con un pie en el suelo, pegado al mío, y el otro en mi regazo. La cafeína devuelve mi cerebro a la vida poco a poco, aunque todavía me siento un poco lento y calentito, como un bloque de arcilla bien trabajado. No me apetece que se vaya todavía.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Supuestamente tengo que hacer una cosa a las once. —Frunce el ceño y le echo un vistazo al reloj. Son casi las diez.

—¿Una cosa?

—Una entrevista con la revista de Arte de la Universidad de California en San Diego. —Las volutas de vapor de su taza ascienden y giran entre nosotros, disolviéndose entre los rayos del sol—. Mierda. Se me había

olvidado por completo —dice, y después añade como si estuviera hablando sola—: Nunca se me olvidan estas cosas.

Dejo mi taza en la mesa y me inclino hacia delante para cogerle una mano entre las mías.

—¿No lo puedes hacer desde aquí? La red inalámbrica no va muy fina a ratos, pero el portátil está en el dormitorio. Puedes usarlo si quieres.

Niega con la cabeza antes de que yo acabe de hablar.

—Es una videoconferencia —me explica al tiempo que se señala el pelo.

El pelo de Lola es liso en su estado natural. Ahora mismo lo tiene tan alborotado que parece un nido de pájaros.

Me río mientras me inclino hacia ella para besarla en la nariz.

—De todas formas, tengo que ir a la tienda para echarle un ojo a Joe. ¿Quedamos más tarde para almorzar?

Lola se acerca más a mí tras interpretar mi expresión, ladea la cabeza para besarme y me dice entre beso y beso:

—No sé cuánto voy a tardar. —Se aleja mientras me acaricia el áspero mentón con el pulgar—. Tengo que ducharme y después de la entrevista tengo que llamar a Benny. Pero te mandaré un mensaje cuando haya acabado, ¿vale?

—Vale. Mándame un mensaje —digo con voz tensa, y me acerco de nuevo a ella para besarla. A estas alturas los besos son más desesperados—. Quédate otra vez esta noche. Necesito...

Necesito beber y beber de ella. No me cansaré nunca.

Suelta el aire de golpe, se levanta de la silla y se sienta en mi regazo para susurrarme contra los labios:

—No quiero irme. —Me acaricia el pecho desnudo con una mano—. Vámonos a la cama otra vez.

Se me han bajado los vaqueros y en lo único que puedo pensar es en lo fácil que sería bajármelos del todo, levantarle la camisa y hacer que se corra aquí mismo, en la mesa de la cocina.

Lola se frota contra mí y me deja un rastro húmedo en la bragueta.

—Siéntate en la mesa —le digo contra los labios, que ha separado—. Voy a comerme ese coñito.

Ella se aparta y se pone colorada. Se está mordiendo el labio inferior.

—Me gusta oírte decir esa palabra.

—Lo sé. Porque te pones tontorróna y colorada... —Le lamo los labios y añado—: No estoy seguro del todo, todavía necesito estudiarlo más a fondo, pero creo que hay una relación directa entre la palabra y lo rápido que te corres cuando la oyes.

Me percató de que no se ha sentado en la mesa. Deslizo una mano por debajo de la camisa y le acaricio la cálida y suave piel de la cintura.

—Sé que estás dolorida —le digo—. Tendré cuidado, te lo prometo. —En ese momento la alarma suena de nuevo y ambos nos quedamos petrificados—. En fin, la vida real nos interrumpe —murmuro.

Lola hace un puchero.

—Odio las entrevistas, de verdad.

—Pero cada vez se te dan mejor. —La ayudo a levantarse, me pongo en pie, le cojo la cara entre las manos y la beso—. Avísame cuando acabes.

Salgo con la bici después de que Lola se marche, y cojo la carretera que lleva hasta la playa, tras lo cual me interno en el camino hasta que ya resulta imposible seguir. Aunque hemos dormido a ratos y nos hemos despertado para echar otros dos polvos sin hablar siquiera, me da la impresión de que tengo una energía inagotable. Voy de Pacific Beach a Carlsbad pedaleando al máximo mientras el corazón bombea sangre a toda velocidad con cada enorme y victorioso latido.

El abandono de mi madre me hizo daño. Estuve enfadado, molesto e irritado con el mundo durante mucho tiempo. Odiaba a mi padre por haberme dejado. No alcanzaba a imaginar que algún día sería capaz de ser feliz o de sentir alegría, pero aquí estoy. La tienda va bien. Casi he pagado la casa. El amor de mi vida durmió anoche entre mis brazos, en mi cama, donde espero que se quede para siempre. No necesito nada más.

Entro en la tienda acompañado por el tintineo de la campanilla de la puerta y me envuelve una extraña serenidad. Apenas son las once y media y los pasillos están llenos de gente para ser un día sin novedades en cuanto a

publicaciones. El sofá del rincón de lectura también está ocupado y un buen grupo se ha arremolinado alrededor de la máquina de *pinball* de la parte trasera. Joe está en la caja registradora y tiene una buena fila de clientes a los que cobrar.

Me saluda con una inclinación de cabeza, pero lo de anoche sigue demasiado fresco en mi cabeza y no sé si estoy poniendo cara de póquer, sobre todo tratándose de Joe. Pese a todas sus gilipolleces, muchas veces me sorprende, porque no se le escapa nada.

Le devuelvo el saludo y rodeo el mostrador para entrar en la oficina de la trastienda y colgar la cazadora en el perchero. Ahora que estoy aquí caigo en la cuenta de que no sé cuáles son las reglas. Si no lo he interpretado mal, Lola y yo estamos juntos. Pero no estoy seguro de quién más debe saberlo. Lola no es la típica persona reservada. Comparte cosas, pero lo hace a cachitos y no siempre de forma inmediata. Es muy posible que quiera esperar a ver a Harlow para contárselo. No es de las que llaman a su mejor amiga en cuanto el tío cierra la puerta y se va.

Lo que me deja en una posición incómoda. Si se lo cuento a Finn y él se lo cuenta a Harlow y ella se entera a través de él antes de que se lo diga Lola, Lola tendrá un problema y yo quizá también. Si se lo cuento a Ansel y él se lo comenta a Mia, algo que seguro que hace, Mia va a llamar a Harlow de inmediato.

Así que no puedo permitir que Joe se entere. Porque si es el primero en enterarse, a Harlow le dará un ataque. Por no mencionar que seguro que publica una entrada en Tumblr titulada: «Joe No nunca se equivoca» y después la ilustra con todas las ocasiones en las que nos ha dicho: «Follad de una vez y dejaos de tonterías ya».

Por suerte, tengo experiencia a la hora de ocultar esto... Aunque, ¿a quién quiero engañar? No hay ni una sola persona, salvo tal vez Lola, que no se haya dado cuenta de que estoy colado por ella.

Salgo a la tienda y empiezo a atender a los clientes. Uno de los habituales está buscando el último número de *Ojo de Halcón*, pero cuando voy a comprobar si lo tenemos, descubro que los hemos vendido todos. Hay un hombre de unos cuarenta años que quiere vender una caja de cómics que ha

conseguido en una venta particular, y después de echarle un vistazo al contenido, compruebo que no hay nada que me interese. Ayudo a una pareja cuyos miembros quieren comprar juntos su primer gran cómic. Les vendo el número 61 de *Capitán América*. Se publicó en 1947 y en él, Cap y Bucky descubren que Cráneo Rojo, al que se había dado por desaparecido, en realidad sigue vivo. Es un clásico.

Todo eso lo hago consciente de la mirada de Joe sobre mí.

La clientela disminuye un poco y echo a andar hacia el mostrador para coger una bayeta con la que limpiar la máquina de *pinball*.

—Esto es una locura últimamente —comenta Joe, que saca de la caja registradora un fajo de billetes de veinte para ordenarlos.

—Sí, estaba pensando en contratar a alguien que nos eche una mano.

Joe se queda quieto y me mira.

—¿Alguien más para trabajar aquí?

—Claro.

Eso parece alegrarlo.

—¿Y yo sería el encargado de formarlo?

Me sigue hacia la parte posterior y lo miro por encima del hombro.

—Claro.

—Así que yo estaría al mando. Sería tu segundo, vamos. Wong y el doctor Extraño.

Suelto una carcajada.

—Por supuesto. Robin y Batman.

—¿Batman? No te pases. Foggy Nelson y Daredevil. Pero la versión cinematográfica.

Me detengo cerca de la puerta y me pongo a enderezar los libros de la colección *Elige tu propia aventura*.

—Claro —digo de nuevo al tiempo que me encojo de hombros.

Joe golpea el mostrador con un puño.

—Vale, ¿qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? —repito—. No me pasa nada.

—¿La película de Ben Affleck? ¿Ese Daredevil? ¿Te digo eso y te quedas tan tranquilo?

Regreso a la parte delantera de la tienda.

—¿Qué pasa? La película no está mal.

—¿Que no está...?

Lo interrumpe el tintineo de la campanilla de la puerta y oigo que uno de los clientes habituales saluda a Lola.

Mi cuerpo se tensa y el corazón se me dispara.

Una cosa es decidir que no voy a contárselo a Joe, a Finn o a Ansel, o incluso mantenerlo todo en secreto, pero ¿se supone que tengo que actuar como si no hubiera pasado nada? ¿Soy capaz de hacerlo? Tengo la impresión de que, con mirarla una vez, todo lo que sucedió anoche se me verá en la cara.

Miro por encima del hombro y veo que Lola se ha recogido el pelo oscuro en una coleta que se mueve tras ella con cada paso que da. Cuando no tiene prisa, anda con paso tranquilo y la coleta le cae hasta la mitad de la espalda. Pero cuando se mueve así, con prisas, se mueve a un lado y a otro, propulsada por el contoneo de su energía.

Viene directa hacia mí y es evidente que lo hace con un propósito determinado.

Me doy media vuelta para mirarla.

—Hola, ¿cómo ha ido la videoconferencia?

Tranquilo, sereno. Nada fuera de lo normal.

Joe la mira mientras pasa a su lado, haciendo caso omiso de mi pregunta, y se detiene justo delante de mí, tras lo cual me aferra la nuca con una mano y tira de mi cabeza. Con un suspiro casi inaudible, sus labios rozan los míos y el mundo que me rodea es succionado de repente por una corriente de aire. El deseo me corre por las venas, estoy excitado y me da vueltas la cabeza.

Lola huele como siempre, al olor dulzón de la miel de su jabón, y sus labios son tan suaves como cuando me despedí de ella con un beso a través de la ventanilla bajada de su coche hace unas horas. Mi cerebro está tan distraído pensando en estas cosas que tarda un momento en comprender que Lola... ¡me está besando! Aquí, en mitad de la tienda.

Joder.

Entierro las manos en su pelo para ladearle la cabeza, le acaricio la lengua



con la mía y tengo la impresión de que es la mejor manera de anunciar lo nuestro. Ojalá estuvieran todos aquí para verlo, para que todos se enteraran a la vez.

Alguien carraspea cerca de nosotros, y cuando Lola se aparta, el resto del mundo recupera la nitidez poco a poco. Joe está apoyado en el mostrador, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y las cejas arqueadas hasta el techo.

Lola sonrío y me mira con la adoración que yo siento por ella reflejada en sus ojos.

—¿Podemos hablar un momento en tu oficina? —me pregunta, sin aliento.

Me sigue hasta la trastienda y su presencia detrás de mí me resulta radiactiva, electrizante. Quiero volverme y besarla mientras andamos. Es un enamoramiento embriagador este deseo de tocarla, tocarla y tocarla hasta que nos duela la piel y se anteponga la necesidad de comida y agua. Necesito tocarla, ¡la necesito a ella!

Una vez dentro de la oficina, cierra la puerta y se apoya en ella mientras me sonrío.

—Hola.

—Hola. —No sé si alguna vez en la vida he sonreído de esta forma. Creo que la sonrisa es demasiado grande para mi cara—. Bonito espectáculo hemos dado.

Ella encoge un hombro.

—Gracias.

—No sé si Joe será capaz de moverse de donde está después de la impresión que acaba de llevarse por tu culpa.

Lola replica entre carcajadas:

—Supongo que tendremos que decírselo a los demás.

Echa un vistazo por la estancia e intento verla a través de sus ojos. Solo ha estado aquí un par de veces y durante los últimos meses se ha convertido en una cueva donde puedo refugiarme. Antes de instalarnos, la tienda era una boutique muy pija, y eso se sigue notando en parte en la oficina de la trastienda. Las paredes están pintadas con un tono crema muy claro y en el techo todavía se ven los ganchos de los que colgaban las arañas de cristal. En

la pared trasera hay una hilera de espejos, tapados en parte por las cajas que todavía tengo que desembalar. De todas formas, gracias a ellos la oficina parece más grande de lo que es. La mesa está alineada con la pared más larga, la que tengo detrás, de frente a la puerta, y un polvoriento rayo de sol entra a través de las ventanitas de la pared opuesta.

Nuestras miradas se encuentran de nuevo y sé que hemos acordado tácitamente hablar de la parte más difícil de todo esto. Porque ahora sentimos una nueva presión. Ansel y Mia están casados. Finn y Harlow están casados. No podemos permitirnos el lujo de estrellarnos y acabar siendo pasto de las llamas de la pasión.

Entre nuestros amigos existe el convencimiento tácito de que Lola y yo somos algo más juntos, por la tienda, por su carrera como escritora de cómics, como si hubiéramos tenido la vida más clara desde mucho antes que ellos. Pero nada más mirar a Lola sé que no tiene nada claro lo que nos está pasando. Aunque percibo perfectamente lo que siente por mí, también sé que preferiría ilustrar un cómic para Frank Miller bajo su estricta mirada antes que adentrarse en territorio emocional al acecho de un grupo de amigos.

Me acerco a ella y la beso con ternura.

—¿Qué te trae hoy por mi oficina, jovencita?

Ella hace una mueca y contesta:

—Me voy a Los Angeles.

El corazón me da un vuelco al oírla.

—¿Hoy?

—Sí. El coche me recoge a las cinco.

—¿Te han enviado un coche?

—Creo que es porque Austin no se fía de que el mío sea capaz de hacer el trayecto.

—Los tienes encandilados —bromeo, y después miro por encima del hombro para ver la hora en el reloj de pared. Son las tres y veinte—. ¿Cuándo vuelves?

—Pasaré allí esta noche, mañana y el jueves. Supongo que estaré de vuelta el viernes por la noche.

Vaya putada.

—¿Quedamos para cenar el viernes?

—He quedado con Greg. ¿Me acompañarás?

Me inclino para besarla otra vez.

—Claro.

Percibo la tensión en sus ojos, de manera que me aparto para mirarla con atención.

—¿Estás bien?

Ella traga saliva y menea la cabeza con vigor, como si quisiera aclararse las ideas.

—Sí. Es que la semana próxima tengo que entregar un libro y acabo de empezarlo. Se supone que esta semana debemos acabar el guion, pero ni siquiera lo he visto. No sé cómo voy a poder hacerlo todo.

—Pues paso a paso.

Se inclina hacia mí y apoya la barbilla en mi pecho mientras me mira.

—Estoy un poco distraída.

—El sentimiento es mutuo.

Ella hace un puchero monísimo.

—Y no me apetece pasar tantos días en Los Angeles.

—A mí no me apetece que mi novia se vaya tantos días a Los Angeles.

Lola se muerde el labio inferior y pregunta:

—¿Novia?

—¿Una follamiga a la que quiero mucho? —corrijo.

Lola me da un guantazo en el pecho mientras se ríe.

Cubro su mano con una de las mías para que la deje ahí, sobre mi esternón.

—Yo prefiero «novia».

Ella me mira en silencio con expresión inescrutable.

—¿Quieres que nos vayamos a tu casa? —le pregunto, y sé que me ha entendido perfectamente cuando la veo ruborizarse.

—Está London.

—London tendrá que acostumbrarse a que me acueste contigo —le recuerdo.

Lola se echa hacia atrás y me mira con ojos risueños.

—Somos un poco escandalosos.

—Pues también tendrá que acostumbrarse al ruido.

—Sobre todo tú.

Me encojo de hombros y le levanto la mano para besarle la palma, intentando asimilar la idea de que es algo que por fin se me permite hacer. Lola me mira con esos ojos azules abiertos como platos mientras le beso la muñeca y la parte interna del codo, donde le doy un delicado chupetón.

—Bueno, si no nos vamos a tu piso...

—London no sale mucho con tíos —me suelta y capto enseguida lo que le pasa. Está parlotando sin ton ni son porque acaba de darse cuenta de que vamos a enrollarnos aquí en la oficina. Es muy raro que Lola se ponga a parlotear de esta manera, de manera que sonrío por la sorpresa—. A ver, que la invitan mucho a salir, pero ella siempre les da la patada.

—¿Por qué? —le pregunto antes de darle un suave mordisco, aunque, para ser sinceros, la vida amorosa de London me importa muy poco ahora mismo. Estoy seguro de que los dos lo tenemos claro.

Lola suelta el aire de golpe.

—La verdad es que no lo sé. Tuvo novio mientras estaba en la universidad. No sé qué pasó. —Hace una pausa—. El caso es que no quiero hablar de ella ahora mismo —añade con el asomo de una sonrisa en los labios.

—¿Ah, no?

Me mira mientras le beso de nuevo el brazo.

—No.

—Y ¿qué prefieres hacer?

Me aparta con delicadeza para acercarse a mi mesa y la sigo. Extiende un brazo, me agarra por la hebilla del cinturón y tira de mí para acercarme.

—No lo sé...

Mis dedos le acarician los costados y juegan con el bajo de su camiseta. Espero a que me detenga, a que me ofrezca alguna señal de que quiere ir despacio hoy. Pero antes de que pueda preguntarle, me quita la prenda de las manos y se la pasa por la cabeza, convertida en un borrón azul que acaba en el suelo, detrás de la mesa.

Lleva un sujetador negro con lunares blancos que le sube el pecho, de manera que se le ven redondos y turgentes. Me quita la camiseta por encima

de la cabeza y después se estira, pegando su torso al mío, y aunque tengo claro lo que está a punto de suceder, jamás habría podido imaginarme lo que se siente cuando baja las manos hasta la bragueta y me acaricia por encima de los vaqueros. Me acaricia la punta con el pulgar una y otra vez, y echo la cabeza hacia delante, apoyando la frente sobre la suya mientras me obligo a estar quieto, a no frotarme contra su mano ni a acelerar las cosas.

Lola acerca mi cabeza a la suya y separa los labios para besarme en la boca. Quiero averiguar cómo ir deprisa y despacio a la vez, cómo pasar una eternidad sintiéndolo todo. Los besos, las caricias húmedas de nuestros labios y nuestras lenguas, las vibraciones de los gemidos, y las diminutas explosiones que se producen en el cerebro cada vez que descubro algo nuevo, como destellos luminosos que se encienden de repente. Estoy amnésico. Todavía no me creo que esto esté sucediendo. Hace veinticuatro horas ni nos besábamos ni nos tocábamos, ni mucho menos nos veíamos desnudos, pero aquí estamos.

Se me acelera el corazón y, cuando me aparto en busca de aire, veo que Lola tiene los labios rojos e hinchados por culpa del roce de mi barba de un día. Me mira mientras baja las manos a la bragueta y empieza a desabrocharla, botón a botón. Siento el tirón que les va dando uno a uno. Me muerdo el labio inferior e intento guardar silencio, consciente de que como haga algún sonido será el pistoletazo de salida para perder el control. La echaré al suelo y me la follaré sin condón y a medio vestir.

Lola se estira para darme un chupetón en el cuello y después se aparta al tiempo que se sube la falda por los muslos. La observo mientras su cuerpo se va revelando poco a poco: esa piel tan blanca, la suave curva de sus caderas... No lleva bragas. Sin embargo, me mira con tal naturalidad, con tal inocencia reflejada en sus ojos, que estoy seguro de que lo ha hecho sin pensar. Nunca he tenido semejante impresión de estar haciendo algo tan guarrillo con alguien tan, tan tierno. Se sienta en mi mesa, separa las piernas y se echa hacia atrás para ofrecerme una panorámica perfecta de su coño.

El deseo me corre por las venas mientras me coloco entre sus piernas, movido por una repentina desesperación. Le acaricio la parte interna de un muslo con una mano y me pregunto, sin ser consciente, con cuántos hombres

habrá estado. Pueden ser uno o cientos, pero no voy a envidiar a ninguno, porque de alguna manera sé que este tipo de relación es algo nuevo para ella. Sé por las conversaciones que han mantenido sus amigas durante los últimos meses que no tiene reservas en lo que al sexo se refiere, que no cree que deba esperar a que se produzca algún tipo de declaración importante y que no ve mal los rollos de una noche. Pero también sé que, en el caso de Lola, es necesario que haya más que simple deseo para permitirle a alguien entrar en un terreno tan secreto y sincero.

Se estremece mientras mis dedos trazan la curva de un pecho y la yema del pulgar pasa sobre el endurecido pezón hasta que arquea la espalda, pidiéndome sin palabras el pellizco que sé que quiere. Me inclino hacia delante y paso la lengua por la tela transparente antes de rodearlo con los dientes. Se arquea todavía más, elevando el pecho hacia mi boca, y aprovecho la oportunidad para pasarle un brazo por la espalda y desabrocharle el sujetador. Aparto la prenda y observo mientras la desenvuelvo como si se tratara de un puto regalo.

Sin dejar de mirarla a los ojos, le paso la punta de la lengua por la piel. Ella contiene el aliento y estira un brazo para separarme la bragueta un poco más y poder bajarme los calzoncillos lo justo para acariciármela. Estoy a punto de morderme el labio cuando me pasa el pulgar por el glande y después se lo lleva a la boca y se lo chupa.

Acto seguido, me acaricia de nuevo con el dedo mojado y bajo la mirada hacia el lugar donde nuestros cuerpos se tocan. Veo la superficie plana de mi abdomen y la suave curva del suyo, y mi polla, dura y grande, con la punta asomando entre nosotros.

Siento una oleada de calor y el sudor me cubre la nuca mientras Lola se inclina para lamerme una oreja.

—¿Tienes condones aquí?

—Sí. En el cajón del centro. Los he comprado hoy.

Me sonrío con cara de «Eres un genio» y después se tumba de nuevo y estira un brazo por detrás de la cabeza para abrir el cajón de la mesa. Sería más fácil que lo hiciera yo, pero ni de coña voy a perderme la oportunidad de verla así estirada y casi desnuda encima de mi mesa.

Cuando se sienta, me pego a ella, le cojo la cara entre las manos y me apodero de sus labios.

—Quiero que te lo pongas —me dice.

—¿Ah, sí?

—Verte en plena noche ponerte un condón creo que ha sido de las cosas más eróticas que he visto en la vida.

Con la polla en una mano y el condón en la otra, me detengo nada más ponérmelo en la punta y alzo la vista para comprobar que está mirando.

Así es. De hecho, no sé siquiera si parpadea o si respira mientras sus ojos observan sin perder detalle cómo voy desenrollando el condón. Me encanta cómo me la mira: con los ojos abiertos de par en par y los labios separados.

Extiendo un brazo para tocarle un pecho.

—Pareces sorprendida.

—Creo que voy a sorprenderme cada vez que te quites los pantalones — replica ella con gesto distraído—. Tu polla es alucinante.

Nunca me cansaré de oírle decir que mi polla es alucinante.

Jamás.

Se acaricia entre los muslos, deslizando los dedos por ambos lados del clítoris, sin tocárselo. Veo y oigo lo que eso le provoca; lo veo en la tensión de su abdomen, que se contrae; en la presión que sus muslos ejercen sobre mis caderas y en los gemidos que se le escapan.

—¿Estás bien mojada para mí?

Asiente con la cabeza y aparta las manos de su cuerpo para acercarlas a mi boca, para pasármelas por los labios. Compruebo lo mojada que está, saboreo su humedad. Casi se me salen los ojos de las órbitas por lo increíble del momento, por las cosas que quiero hacerle, por las guarrerías que quiero que hagamos. Gimo y Lola me saca los dedos de la boca y me mira con un deseo que no he visto nunca antes en ella.

Ojalá pudiera entender por qué esa expresión me llega hasta lo más hondo, por qué me molesta.

No es porque nuestras manos se topan sin querer en el afán por recorrer cada centímetro de nuestros cuerpos, ni por su forma de enterrarme los dedos en el pelo y exhalar cuando siente que le meto la punta. Tampoco es por verla

echar la cabeza hacia atrás, y arquear la espalda ofreciéndome sus pechos al tiempo que separa más las piernas.

Pero a lo mejor sí me molesta que no sea capaz de mantenerme la mirada mucho rato, o que parezca estar conteniendo el aliento. Es lo mismo que hago yo cuando voy a bajar con la bici por una cuesta empinada y cojo velocidad.

Se la meto, la saco antes de metérsela de nuevo un poco más, y ella me sigue el ritmo, lo noto perfectamente en el movimiento de sus caderas, en su forma de agarrarme el pelo, pero esa sensación protectora no me abandona. Cada movimiento que hace me dice claramente que todo esto es una novedad para ella, que este tipo de intimidad es diferente, maravillosa y aterradora.

Me he acostado con muchas mujeres. Con algunas de ellas he hecho el amor de forma tierna e íntima, pero nunca he sentido por ellas lo que siento por Lola. Sin embargo, la intensidad de mis emociones supone un alivio, no una distracción. Lo de anoche fue la combinación perfecta de polvo tierno y desenfrenado, pero aquí no me atrevo a ser demasiado brusco. Es como si tuviera entre mis manos un delicado cristal, y me mira casi como si necesitara saber qué hacer a continuación.

Así que le doy una tarea. Presiono los labios contra su mejilla y susurro:

—No hagas ningún ruido.

Siento que se apoya, aliviada, en mí y que asiente con la cabeza antes de volverla para besarme en la boca, pero me aparto.

—Quédate calladita, sé buena, y te besaré.

Ella asiente rápida y fervientemente con la cabeza y, aunque no debería ser tan simple, sí que lo es. La tensión que parecía consumir su mirada desaparece. Ahora que lo he dicho, no hay nada en este mundo ni en ningún otro que desee más que sentir su boca húmeda contra la mía mientras follamos.

Le agarro las tetas, le chupo el cuello y me froto contra ella hasta que noto su sudor contra los labios y cómo la tensión se apodera de su cuerpo.

Está cada vez más tensa, pero sigue en silencio, respirando de forma superficial y rápida.

—Eso es —le digo—. No te oigo. Solo oigo los ruidos que hacemos al follar.



Me encantan los sonidos que salen de su garganta, pero ahora mismo su silencio significa mucho más. Su silencio y la súplica que veo en sus ojos son la admisión de que me necesita para mantener el equilibrio, para concentrarse en esto, en este momento. Para no pensar en Los Angeles, ni en el libro que tiene que escribir. Siempre he sospechado que me busca para eso, para centrarse, pero tenerlo tan claro en este momento, mientras hacemos el amor, me provoca una especie de tensión en el pecho.

La piel de Lola es blanca y clara, mucho más por el contraste con su pelo negro. Se le ha deshecho la coleta y los mechones le caen por los hombros, le acarician los pezones y le cubren los pechos. Tiene una pátina de sudor sobre el pecho, sobre el labio superior, y su coño me rodea con fuerza. Está muy cerca. La siento respirar más rápido cuando se la meto con más fuerza y le muerdo con delicadeza el mentón al sentir que pierdo el control mientras le digo con voz gutural:

—Ni un ruido. Ni un puto ruido.

Busco sus muñecas, se las coloco detrás de la espalda y se la meto hasta el fondo para frotarme sobre el lugar donde sé que le gusta. Ella abre la boca, como si estuviera dolorida, y después es como darle ese toquecito a la primera ficha de dominó para observar maravillado cómo van cayendo las demás. Cierra los ojos con fuerza, echa la cabeza hacia atrás y aprieta los dientes para contener los gritos. A mi alrededor, su cuerpo se estremece, presa de los espasmos. Se pone muy colorada y su pulso es como un animal salvaje en su cuello. Pero mi chica no suelta ni el aire que tiene en los pulmones.

El orgullo me inunda el pecho mientras la beso en la boca y se la meto cada vez más deprisa. Ella se zafa de mi mano y grita por fin al sentir mi lengua sobre la suya. Me entierra los dedos en el pelo y abre los ojos para verme.

—Me encanta follarte. —Me oigo soltar un gruñido cada vez que se la meto. Los sonidos me ponen más cachondo: el roce de nuestros cuerpos, la humedad y los crujidos de la mesa—. ¡Joder! —grito—. ¡Joder!

Agradezco el tráfico que circula por la calle, el constante bullicio de la tienda que silencia el ruido que debemos de estar haciendo.

—Dame más, más rápido —jadea ella mientras se aferra a mi cuello y me

clava las uñas.

Me ha rodeado la cintura con las piernas, el sudor hace que nuestros cuerpos estén resbaladizos, así que la agarro del culo para pegarla a mí mientras se la meto hasta el fondo y me corro con un grito, entre sacudidas. Veo lucecitas detrás de los párpados cerrados, un placer intenso me recorre la espina dorsal y se extiende en forma de pequeñas explosiones por todo mi cuerpo.

Me desplomo sobre ella y pego la boca a su cuello mientras mis caderas dejan de moverse por fin. Es un milagro que la mesa siga de una pieza.

Lola recobra el aliento debajo de mí, sin dejar de abrazarme. Todavía me está rodeando la cintura con las piernas. No quiere soltarme y, joder, yo no quiero abandonar el calor de su cuerpo en la vida.

La estancia se queda sumida en un repentino silencio y el oxígeno del aire me parece insuficiente. Respiro de manera superficial, demasiado rápido. Lola se apoya en mi torso y la abrazo. Me parece diminuta entre mis brazos, esbelta y delicada. Tengo la impresión de ser solo una amalgama de instintos básicos: follar, respirar, dormir; pero logro mantenerme erguido. El placer se diluye poco a poco y le dejo una lluvia de besos en el cuello, deteniéndome a respirar para poder decirle que el polvo ha sido cojonudo.

Antes de poder articular palabra, me detengo a escuchar.

El silencio que nos rodea me resulta extraño y de repente caigo en la cuenta de un incómodo detalle: la magnitud del silencio es casi distópica, como si el mundo exterior hubiera llegado a su fin mientras nosotros follábamos como posesos.

Lola me mira a los ojos y sé que los dos llegamos a la misma conclusión a la vez.

—Ay, mierd...

De repente, se oye a todo volumen «Pour some sugar on me» de Def Leppard a través del hilo musical de la tienda. Se oye tan alto que parece que estuviera tocando en directo a nuestro lado.

Miro a Lola, que todavía está sonrojada por el orgasmo. Se tapa la boca con una mano para contener una carcajada.

—Ay, por Dios —murmura.

El cabrón de Joe empieza a cantar a pleno pulmón:

—«Mujer demoledora, ¿puedo ser tu hombre?»

Al final salgo de ella, me quito el preservativo y le hago un nudo antes de arrojarlo a la papelera. Ambos nos arreglamos la ropa a la vez. Me subo los vaqueros y me pongo la camiseta. Lola se baja de la mesa, se sacude la falda y coge el sujetador y la camiseta del suelo.

—«¡Amante televisiva! Nena, sigue toda la noche» —canta Joe.

Otras cuatro voces se unen a él para cantar el resto del estribillo.

Lola se abrocha el sujetador, se ajusta los tirantes y después entierra la cara en las manos.

—Ay, por Dios, por Dios, por Dios.

La canción llega a su fin y Joe grita:

—¡Muéstrate, poderoso semental!

Entre carcajadas replico a pleno pulmón:

—¡Cierra la puta boca!

Ayudo a Lola a ponerse la camiseta, acompañado por el coro de carcajadas que se escucha al otro lado de la puerta.

Mientras se recoge el pelo en un moño, Lola dice:

—Creo que eso responde la pregunta.

—¿La de si la oficina está insonorizada? —pregunto.

Ella asiente con la cabeza, se frota la cara con las manos de nuevo, pero veo que está sonriendo.

—¿Hay alguna salida secreta o estamos condenados a pasar la vergüenza de atravesar la tienda?

Su pregunta me arranca una carcajada.

—¿Vergüenza? Yo pienso pavonearme. Hemos estado a punto de cargarnos esa puta mesa follando.

—¿En serio?

Le cojo la cara entre las manos y le doy un beso.

—Lo siento, preciosa, solo podemos escapar por esa puerta de ahí.

Lola asiente con la cabeza entre mis manos, sosteniéndome la mirada.

—¿Te ha gustado? —le pregunto en voz baja—. ¿Te ha gustado intentar guardar silencio?

—Muchísimo —susurra, y se pone de puntillas para besarme de nuevo—. No quiero ir a Los Angeles.

La abrazo y siento el cálido roce de su aliento en el cuello.

—A mí tampoco es que me vuelva loco el plan.

Está temblando y quiero mirarla a la cara, pero la mantiene enterrada firmemente contra mi hombro.

—Mírame —le digo—. Déjame comerte esa boca tan bonita.

Levanta la cara y capturo sus labios. El beso es dulce, lento y húmedo.

—Te quiero —confieso.

Lola cierra los ojos y sus besos toman un cariz más apasionado. No necesito oír las palabras de sus labios para saber que ella corresponde mis palabras, porque su lenguaje corporal, su respuesta cuando me oye e incluso el hecho de haber confirmado a todos los presentes en la tienda que es mía me dicen que siente lo mismo.

Después de pasarme diez segundos debatiendo si la hago mía otra vez o no, pero en esta ocasión en el sofá situado cerca de la ventana, me aparto de ella, la beso en la coronilla y aparto sus brazos de mi cintura. Ha llegado el momento de enfrentarse a lo inevitable.

Atravieso la estancia y la miro por encima del hombro. La veo limpiarse el delineador que se le ha corrido en el párpado inferior y después levanta el pulgar para indicarme que está lista. El chasquido del pomo de la puerta parece reverberar en el silencio. Abro la puerta y entra un soplo de aire fresco.

Se me cae el alma a los pies cuando veo a Harlow. Y luego a Finn, que está detrás de ella. Me esperaba a Joe. No esto.

—Bueno, bueno... —dice Harlow mientras sonrío de oreja a oreja—. Si son mis dos frikis preferidos...

Salgo de la oficina, intentando mantener una expresión neutra.

—Ah, ¿es que conoces a alguno más?

Harlow intenta articular palabra, pero es incapaz. Al cabo de unos segundos, consigue decir:

—¿Cuánto tiempo lleváis...?

Finn la rodea con un brazo y le tapa la boca, milisegundos antes de que

suelte un ensordecedor «¡Follando!» en medio de la tienda.

—Las últimas dieciocho horas, minuto arriba o abajo —contesta Lola, que sale detrás de mí. La miro, sorprendido por el aplomo de su voz. Me pasa un brazo por la cintura—. Aunque nos hemos tomado un descanso entre las diez y las tres para trabajar un poco.

Joe silba desde detrás del mostrador y después clava la vista en el libro que está leyendo, como si no fuera el culpable de esta travesura.

—¿No os parece que podríais haber puesto la música unos minutos antes? —les pregunto con una sonrisa.

Él se ríe sin apartar la mirada del libro.

—Seguramente. Pero ¿habría tenido gracia? Es vuestro castigo por haber tardado tanto en hacerlo.

—¡Y por dejarlo al cargo! —grita alguien desde la zona de lectura.

—Así que Wong y el doctor Extraño... —le recuerdo—. Wong se habría puesto de mi parte.

Joe me mira y finge sentirse insultado.

—Eso me ha dolido, jefe.

Harlow está mirando a Lola con las cejas arqueadas, a la espera.

—¿Tienes un minuto... amiga? —le pregunta mientras intenta contener la sonrisa.

Lola mira con preocupación el reloj de detrás del mostrador. Son casi las cuatro y estoy seguro de que está pensando lo mismo que yo: que una conversación con Harlow sobre este tema probablemente no va a ser rápida.

—Tengo unos cuantos. Pero necesito hacer el equipaje para irme a Los Angeles, así que vente conmigo al piso y me interrogas allí. —Se da media vuelta, me mira con cara de angustia y se pone de puntillas para besarme delante de su mejor amiga, que jadea asombrada, y susurra—: Hasta el viernes.

—Hasta el viernes —repito, sosteniéndole la mano hasta el último momento.

Tras una última mirada por encima del hombro, Lola permite que Harlow se la lleve de la tienda.

Finn las observa salir con una mezcla de sorna y preocupación. Harlow ya

está gritando emocionada en la acera.

—Bueno —me dice una vez que se vuelve hacia mí.

Sonrío.

—Bueno.

Se quita la gorra y se rasca la cabeza.

—¿Lola se va otra vez a Los Angeles?

Mi sonrisa se ensancha. Siempre se puede contar con Finn a la hora de tomarse las cosas con calma.

—Sí, unos días.

—Odio Los Angeles.

—No me digas —replico con deje sarcástico.

Él pasa de mí.

—O te pasas el día en el coche de entrevista en entrevista atravesando la ciudad o te plantas allí y descubres que lo haces todo por teléfono y que para el caso te podrías haber quedado en casa.

—Bueno, creo que van a trabajar en el guion.

Finn asiente con la cabeza.

—En ese caso, seguro que es mejor que vaya. —Rodea el mostrador y echa un vistazo en el minifrigorífico que tenemos en el rincón—. Supongo que Lola se las apañará. —Lo oigo sacar un par de latas, tras lo cual me lanza una cerveza—. Entonces, ¿las cosas van bien?

Le sonrío y guardo silencio unos segundos antes de replicar:

—Finn, ¿acabas de hacerme una pregunta personal?

Me contesta entre carcajadas:

—Olvídalo. —Abre su cerveza.

—Sí, las cosas van bien —contesto mientras abro la mía—. Van genial.

—Entonces, anoche...

Deja la frase en el aire. Finn no va a meterme más los dedos.

—Sí. —La realidad de lo que ha pasado, el hecho de que Lola sea mía, despierta en mí el deseo de salir corriendo de la tienda y marcarme un maratón.

—Joder, ya era hora —dice Finn, que arquea levemente las cejas.

Me río antes de beber un trago.

—¿Te has parado a pensar alguna vez que todo esto es una locura?

Finn alza la barbilla y me pregunta:

—¿Te refieres a lo de casarse?

—Bueno, sí, me refiero a lo que ha pasado desde lo de Las Vegas hasta hoy.

—En parte, sospecho que Harlow ha sido el cerebro que lo ha orquestado todo —confiesa—. No me sorprendería que hubiera sido ella la que nos pasó la información hace años sobre Bike and Build.

—Una estafa a largo plazo —digo, y levanto la lata para brindar por su idea—. ¿Y cómo está la querida señora Roberts?

Sonríe.

—Como una puta cabra. Seguramente esté aplicándole el tercer grado a Lola ahora mismo.

Creo que lo del tercer grado es una exageración, pero si Lola es capaz de manejar a alguien, es a Harlow.

—Es un buen momento para ser hombre —comento, y el tintineo de nuestras latas reverbera por la tienda.

# 11

## Lola

Espero que Harlow me interrogue, pero desde luego no esperaba encontrarme a London y a Mia en el piso. Sigo teniendo el cerebro abotargado por el sexo, por el inminente viaje, por la fecha tope del calendario que cada vez tengo más cerca; no creo que tenga espacio extra en la cabeza para lo que está pasando ahora mismo.

Miro fijamente a mis tres amigas desde la puerta, parpadeando, desconcertada.

—Les he mandado un mensaje de texto —me dice Harlow al tiempo que agita una mano—. Durante el festival de sexo. Después de que tú te corrieras, creo, pero antes de que lo hiciera Oliver.

—¿Has organizado una reunión de emergencia porque me estaba acostando con Oliver? —Me llevo las manos a la cara y suelto una carcajada antes de decir—: Madre del amor hermoso.

Harlow me aparta las manos de la cara y meneá la cabeza.

—Es un alivio que te estén dando bien.

—Harlow —dice Mia, al tiempo que se aparta de ella—, no digas chorradas.

—Lo dice la que no es capaz de andar derecha.

Mia pasa del comentario y me invita a entrar. Es verdad: cojea. Pero no de



su pierna mala. Harlow nunca se burlaría de ella por eso. Mia va andando como una vieja, o una embarazada a punto de dar a luz. Con cuidado, como si se le fuera a partir la espalda.

—¿Qué te pasa, Blanche? —le pregunto con una sonrisa.

—Chitón. —Mia mueve la mano para que me calle.

Las chicas me rodean en el salón: London y Mia se sientan conmigo en el sofá, mientras que Harlow lo hace en la mesita auxiliar, delante de mí.

—Lo que tenemos que hablar —dice Mia con una sinceridad brutal— es de cómo te hemos fallado.

Harlow la mira con sorna.

Me aparto de Mia y las miro a las tres con escepticismo.

—¿Cómo?

—Durante todo este tiempo —sigue Mia, que se lleva una mano a la garganta—, las cosas han ido evolucionando con Oliver, y suponemos que no nos has contado nada porque no estábamos ahí para que lo hicieras. Como amigas tuyas que somos.

La miro con cara de mosqueo.

—¿Te estás comportando como un trol pasivo-agresivo?

London y Harlow asienten con la cabeza.

Mia menea la suya con expresión solemne.

—Hemos estado demasiado ocupadas.

—Te estabas comprando una casa, capulla —le recuerdo.

Me da la razón con una sonrisa.

—He estado tan ocupada durante tantos días que ni he podido contestar el teléfono, capulla.

Me repantingo en el sofá con una carcajada.

—Ha pasado sin más.

—Pero sin pensar, vamos —dice Harlow con retintín.

Mia asiente con la cabeza y añade:

—Eso es típico de nuestra Lola. Impulsiva como es.

—No, a ver, que anoche... —empiezo.

—¿Anoche fue la primera vez que tonteasteis y sonó la flauta? ¡Bum! ¿Os acostáis? —pregunta Harlow mientras asiente con la cabeza como si lo

hubiera adivinado.

—Las tres sois unas petardas de lo peor —digo con una sonrisa—. Y tengo que hacer el equipaje.

Me levanto del sofá y echo a andar por el pasillo hacia mi dormitorio.

—Pero queremos detalles —me grita Mia antes de seguirme.

«Detalles.»

La cabeza me da vueltas de tantos que tengo. Me sigo sintiendo llena de Oliver. Quiero tatuarme todos los detalles en la piel: la curva de sus labios cuando se corre; la dulce caricia de sus dedos en mis hombros cuando va a tocarme el pelo; sus hombros sobre mí, moviéndose arriba y abajo, arriba y abajo, mientras me penetra.

—Ha estado bien.

Harlow resopla desde la puerta y observa cómo London y Mia se sientan en mi cama.

—Te ha reventado la vagina y casi ha reventado algún que otro mueble, o eso parece, ¿y solo ha estado «bien»?

Levanto la vista y dejo de coger ropa de la cómoda.

—¿Te importa no decir «vagina»?

—Es una palabra estupenda —replica—. Deberías sentirte orgullosa de...

—Dios, estoy convencida de que mis partes son la leche —la interrumpo, y vuelvo a ocuparme de la ropa—, pero no es una palabra estupenda. Es una cosa estupenda, pero es una palabra espantosa.

—Necesitamos una mejor —conviene London—. A mí me gusta «coño».

—Pero es que nosotras no hablamos de nuestros coños tan alegremente como los tíos hablan de sus penes.

—¿Eso es malo? —pregunta Mia—. ¿Tenemos que hablar alegremente de ellos?

Harlow parece tomárselo a pecho.

—Mmm, ¿qué tal... «jardín»? —London se señala la entrepierna con ambas manos y nos mira en busca de aprobación—. Este es mi «jardín».

—Sería mejor una palabra que no designara algo y un sitio en el que no fuera problemático meterse... —sugiero.

—Oh. —London se queda chafada—. Visto así, suena raro. No se me había

ocurrido. Salta a la vista que llevo mucho tiempo sin pensar en pollas.

—¿Qué tal la casa nueva? —le pregunto a Mia para cambiar de tema. Cierro el macuto y lo dejo junto al escritorio.

Mia se encoge de hombros, pero esboza una sonrisa deslumbrante.

—Maravillosa. Nos dieron las llaves ayer.

—¿Pasasteis allí la noche? —le pregunto.

Asiente con la cabeza.

—Sin muebles, sin electricidad, y con una temperatura de menos quince dentro, pero Ansel se puso a correr desnudo por toda la casa antes de tirarme al suelo de madera del salón. —Se toca la base de la espalda con una mueca—. ¿Se es demasiado vieja a los veintitrés para hacerlo en el suelo sin que te importe? Creía que íbamos a durar más.

—En fin, eso explica la espalda de vieja que tienes ahora mismo —replico. London suspira.

—Pues yo lo haría ahora mismo en lo alto de un pino.

Choco los cinco con ella, pero London me restriega la palma con su mano.

—Para el carro. Devuélveme esos cinco. Anoche te follaron a lo bestia. Y hoy también.

—¡Llevaba casi un año sin hacerlo! —protesto—. Y ahora me voy a Los Angeles y voy a estar tres días sin hacerlo. Quiero mis cinco otra vez.

London pasa la mano por encima de la mía a desgana y las cuatro nos quedamos calladas por lo de Los Angeles. El silencio me dice que se han acabado las chorradas. Pero que sigan aquí también me indica que no van a irse hasta que les dé más detalles.

Así que les doy lo que puedo.

Les hablo de cuando lo dibujé, de la tensión que pareció aumentar después de aquel momento, de cómo mis sentimientos parecieron crecer exponencialmente en cuanto les di un poquito de oxígeno. Les hablo de la noche en su casa, acurrucados, de la fiesta en Los Angeles, del bar de después y de la admisión sin rodeos de Oliver de que está enamorado de mí.

Siento que el corazón se me hincha hasta que me cuesta respirar.

Harlow se lleva una mano al pecho.

—¿Te dijo eso?

Asiento con la cabeza y contesto mientras me muerdo una uña:

—Lo dijo.

—¿Y no te lo tiraste aquella misma noche? —me pregunta Mia.

—En una habitación de hotel —añade Harlow, espantada por la oportunidad perdida.

Es demasiado, y siento que los meses de anhelo chocan con todo lo que está pasando en mi vida ahora mismo.

—Es algo muy gordo para mí —digo. Y por una razón que se me escapa, se me llenan los ojos de lágrimas.

Paso corriendo junto a una anonadada Harlow para meterme en el cuarto de baño y cerrar la puerta.

—¿Qué...? —oigo que pregunta London.

La serena voz de Harlow dice:

—Ya me encargo yo.

Oigo que llama a la puerta con suavidad mientras cojo agua con las manos y me mojo la cara antes de secármela con una toalla.

«Respira. Es que se ha juntado todo», me digo. «Tú respira.»

—¿Lola?

—Un segundo.

No sé por qué, pero tengo un presentimiento malísimo. Se me hiela la sangre por el miedo y luego me hierve por la emoción, y voy de un extremo a otro sin parar. Es algo bueno. Todo va bien. ¿Por qué tengo la sensación de que intento contener un huracán en la palma de la mano?

Me tomo unos minutos para peinarme y hacerme una coleta alta. Me maquillo un poco. Me miro en el espejo e intento no preocuparme de que la mujer que me devuelve la mirada vaya a cagarla, en todo.

—Lola —susurra Harlow al otro lado de la puerta—. Lola, no pasa nada si es intenso. Oliver no se va a mover.

El coche se detiene delante del Four Seasons de Beverly Hills y el conductor saca mi triste macuto del maletero y luego me mira con una sonrisa forzada cuando le doy una propina ridícula, porque solo llevo diez dólares en

efectivo.

Doy un respingo cuando el botones hace ademán de coger el macuto antes de que yo pueda hacerlo y los dos nos disculpamos. Me mira con una sonrisa compasiva y señala con la cabeza la opulenta entrada al hotel. Seguro que parezco recién salida de una cueva: casi no he pegado ojo en toda la noche y he dormido como un recién nacido que acabara de comer durante todo el viaje desde San Diego. Pero, aunque el cielo está oscureciendo a mi alrededor y me espera la promesa de una cómoda cama, por desgracia sé que voy a estar levantada muchas horas.

La habitación ya está pagada y, llave en mano, subo a mi planta. Es una suite muy lujosa, decorada con colores neutros y flores alegres, dispuestas en un jarrón en el escritorio. Una enorme cama doble ocupa gran parte del dormitorio y justo al otro lado hay unas cristaleras que dan a un balcón con vistas al horizonte de Los Angeles.

Es precioso, y la semana promete ser alucinante, pero me parece que el estómago se me ha caído a los pies. Por muy desesperado que suene, no me gusta la idea de estar separada de Oliver estos días. Lo nuestro es demasiado nuevo; no es el momento de hacer un parón.

Cojo el móvil para llamarlo y veo que, en las últimas tres horas, tengo dos llamadas perdidas de mi editor, tres de Benny y una de Oliver.

Oigo primero el mensaje de voz de Oliver mientras entro en el cuarto de baño y me desnudo, ya que necesito una ducha, algo de comer y una buena noche de descanso.

«Hola, preciosa. Te echo de menos. Espero que hayas tenido un buen viaje. Esta noche salgo a cenar con el grupo. Te echaré de menos en la cena, y también después.» Baja la voz hasta convertirla en un murmullo. «No quiero dormir solo esta noche. Quiero tenerte en mi cama, sobre mí. Lola, estoy obsesionado. Llámame cuando llegues para poder jugar contigo. Te quiero.»

Un coche me recoge en la puerta del hotel a las nueve de la mañana siguiente y miro por la ventanilla mientras sorteamos el tráfico del centro de Los Angeles. Llamé a Oliver anoche después de ducharme y estuvimos

hablando tres horas antes de que el cansancio nos venciera. De repente, quiero ver una foto suya, de los dos, algo que mirar que no sea el monótono paisaje de coches que se incorporan a nuestro carril, la interminable sucesión de aceras y luces de frenos.

Pero cuando saco el móvil para repasar las fotos que pueda tener, veo la pantalla iluminada por otra llamada perdida de Benny.

—Joder —mascullo, y con la punta del dedo me doy cuenta de que he tenido el móvil en silencio desde que salí ayer de San Diego—. Joder, joder, ¡joder! —Se me ha olvidado que había llamado. No llegué a oír sus mensajes de voz.

«Lola, soy Benny, llámame.»

«Lola, cariño, acabo de hablar con Erik. Necesita que le confirmemos cuándo vas a entregar el manuscrito.»

¿Mi editor? ¿Cómo?

«Lola, ¿qué tal? Soy Erik. Llámame cuando puedas. Quería saber cómo vas con *Escarabajo* y si necesitas más tiempo.»

—¿Más tiempo? —repito en voz alta. El conductor me mira a través del espejo retrovisor. Me tiemblan las manos cuando abro el calendario.

Es imposible que me haya liado.

Lo miro y parpadeo. Sé que la fecha tope para mi nuevo libro es la semana que viene, me he estado comiendo las uñas por la idea de retrasarme al pasar tanto tiempo fuera de casa, pero no está en el calendario. Busco en la semana siguiente, dos semanas más, tres... Nada. Busco en esta misma semana y en la semana pasada... Tampoco hay rastro de la nota.

El conductor se detiene delante de las oficinas del estudio y salgo a trompicones de la parte trasera mientras le doy las gracias de forma distraída. Siento los dedos sudorosos contra la pantalla, fríos. Con un nudo en el estómago provocado por el pánico, abro el calendario y retrocedo dos semanas. En el miércoles de dicha semana encuentro las palabras.

Entrega *Escarabajo* para Erik

La fecha tope pasó hace dos semanas.

Tengo diecisiete viñetas para mi nueva novela y tenía que haberla entregado hace dos semanas. Ahora entiendo por qué Erik me ha mandado dos mensajes de correo electrónico para preguntarme «cómo iba». Ahora entiendo por qué Benny se pone nervioso cada vez que habla de *Escarabajo*. En la vida me he retrasado para entregar un proyecto, ni siquiera para entregar el trabajo más insignificante de matemáticas.

Empiezo a andar de un lado para otro delante del edificio, por lo que voy a llegar tarde a la reunión con Austin y con Langdon, pero esto no es algo que pueda dejar pasar. Benny no contesta cuando lo llamo y le dejo un mensaje de voz histérico y atolondrado, con el que intento explicarle qué ha pasado, que lo anoté en el calendario pero que de alguna manera se me metió en la cabeza que era en marzo, no en febrero, y que si por favor puede llamar a Erik y explicárselo, y decirle que necesito una prórroga y que no volveré a pedírsela jamás en la vida, que es todo culpa mía.

La pantalla del móvil se ilumina con un mensaje de Oliver: «¡Buena suerte hoy!». Y el pánico aumenta. No tengo ni idea de cómo voy a concentrarme sabiendo que he metido la pata hasta el corvejón.

—¡Buenos días, Loles! —me saluda Austin desde algún punto a mi espalda, y, cuando me vuelvo, lo veo saliendo de un edificio de aparcamientos que hay junto al estudio. Sonríe de oreja a oreja y yo guardo el móvil en el bolso, muy afectada.

—Buenos días.

Cuando se acerca y me ve la cara, que seguro que la tengo más blanca que un fantasma, presa del pánico, frunce el ceño y finge mirarme con cara gruñona:

—¡No pareces una tía a punto de comerse el mundo!

—Es que acabo de darme cuenta de que me he saltado la...

A Austin le da igual. Ya ha pasado junto a mí y me hace una señal para que lo siga.

Me pellizco la camisa por encima de la clavícula y me abanico la piel mientras entro tras él. Joder, la camisa azul de seda ya tiene unas enormes manchas de sudor bajo las axilas. La cosa solo puede ir de mal en peor. El instinto me pide que llame a Oliver, que se lo cuente todo y me desahogue

mientras él me explica con absoluta tranquilidad que es normal y me dice cómo voy a conseguir hacerlo todo.

—Langdon viene de camino —me dice Austin—. ¿Qué decías? ¿Qué te has saltado?

—Ah —digo mientras acelero el paso para mantenerme a la altura de sus zancadas cuando entra en el ascensor—. Tenía que mandarle una cosa a mi editor.

La cabeza me da vueltas y saco de nuevo el móvil por si Benny me ha devuelto la llamada.

—¡Ay, no, nada de eso! —exclama Austin al tiempo que le da unos golpecitos a mi móvil con el dedo—. Tenemos muchas cosas que hacer hoy. —Se inclina hacia mí y añade—: Nada es más importante que esto, ¿verdad?

Austin me conduce a una sala de reuniones y me da una copia impresa del guion, la primera noticia que tengo de él, antes de decirme que tengo media hora para echarle un vistazo mientras esperamos a que llegue Langdon.

—Está en un atasco —dice Austin, mirando con el ceño fruncido su móvil.

—Ni siquiera he podido leer...

—No te preocupes —me interrumpe con suavidad. Rodea la mesa para sentarse a mi lado y su mueca sincera me indica que sabe lo abrumador que es todo esto para mí. El problema es que no sé si está de mi parte o no—. Tenemos todo el día para repasarlo. Te lo juro, Lola, vas a pasar tanto tiempo con este guion que te entrarán ganas de prenderle fuego.

Cuando Langdon aparece por fin y los tres nos sentamos, las notas que tengo acerca de las primeras escenas son un amasijo de letras y están desorganizadas. El documento que tengo delante es una de las cosas más emocionantes que me han pasado en la vida, pero no consigo involucrarme del todo. Mis pensamientos van de *Escarabajo* a Oliver, de la ansiedad al alivio, una y otra vez. Sin embargo, Langdon y Austin ya se conocen el guion de pe a pa, e incluso dejando a un lado el pánico por lo de la fecha tope y la obsesión por Oliver en la cabeza, tengo la sensación de que corro detrás de un coche mientras intento seguir la conversación. Tengo que concentrarme. No



puedo comprobar si Erik o Benny me han devuelto la llamada. Tengo que sobrevivir a este día.

«Sobrevive al día. Tú sobrevive al día y ya...»

—Bueno, Lola —dice Austin, e interrumpe mi esfuerzo mientras se rasca la cabeza con la punta del bolígrafo.

El roce del bolígrafo resuena con fuerza en la habitación. Me froto los brazos desnudos, preguntándome por qué está el aire acondicionado tan fuerte.

—Estábamos pensando en la escena inicial —continúa Austin—. Quinn podría estar volviendo de la biblioteca en vez de despertarse en la cama.

Repaso la sección a la que se refiere y me doy cuenta de que no he escrito nada al margen. Porque me gustaba la escena inicial.

—En fin, es menos aterrador encontrarse a Navaja por primera vez en la calle a que se despierte y se lo encuentre en su dormitorio —protesto.

—Es que no tengo claro que a la audiencia le guste mucho que Navaja se meta en el dormitorio de una chica de dieciocho años —dice Langdon.

Los miro a ambos fijamente.

—Sobre todo porque Quinn tiene quince.

Austin mira a Langdon y me percato del leve movimiento que hace con la cabeza.

—Vamos a centrarnos primero en lo del dormitorio o la biblioteca.

—Navaja no tiene por qué gustarle a la audiencia al principio. —¿De verdad tengo que explicárselo? Noto cómo el estrés por todo lo demás desaparece, porque el estrés que me provoca esta situación me abrasa el pecho—. Es un hombre deforme con escamas y dientes tan afilados como cuchillos. No parece un héroe porque, al principio, no lo es.

Austin se lanza de lleno a hablarme de la confianza de la audiencia y de las primeras impresiones, y suelta tanta jerga que después de unos minutos mi cerebro empieza a desconectar y se pone a pensar en Oliver, en su oficina.

En cómo me dijo que guardara silencio.

En cómo me pareció que se percataba de que me estaba dejando llevar por el pánico al pensar en irme tres insignificantes días.

En cómo lo necesito ahora mismo a mi lado, para que su mirada se haga

con la mía, para que me ayude a sobrevivir minuto a minuto.

—... así que el asunto es captar su atención desde el primer minuto, agarrarlos del cuello y gritarles sin miramientos que adorarán a Navaja — sigue Austin—, sin importar lo que haga.

Desde el principio, en la primera escena. Así se le perdonarán los desmanes que tenga más adelante.

Asiento con la cabeza mientras me da vueltas. Lo que dice tiene sentido.

Y al mismo tiempo no lo tiene, ¿verdad?

Y, joder, sé que me he perdido casi todo el sermón, pero no puedo evitar oponerme, aunque sea un poco más.

—Es que creo que...

Langdon suelta un hondo suspiro y mira a Austin, exasperado.

—No tenemos tiempo para esto.

—No, no —lo contradice Austin, que se desentiende de Langdon con un gesto de la mano y me mira con una sonrisa deslumbrante—. Deja que hable.

Las palabras se amontonan en mi cabeza y durante unos larguísimos y dolorosos segundos olvido la escena de la que estamos hablando.

—Esto...

—¿La escena inicial...? —dice Austin para instarme a hablar con paciencia desmedida.

Asiento con la cabeza a toda prisa y digo:

—Prefiero que suceda tal como está en la novela.

Langdon masculla con retintín:

—Qué sorpresa.

Me vuelvo hacia él como un resorte.

—¿Perdona? —le suelto, y el corazón me late tan deprisa que estoy temblando—. ¿No es una adaptación de la novela? Estuve editando esa escena durante semanas hasta conseguir que fuera perfecta.

Una sonrisa sarcástica aparece en la cara de Langdon.

—¿Cuántos años tienes? —me pregunta al tiempo que apoya los codos en la mesa y se inclina hacia delante.

Enderezo la espalda en la silla.

«La viñeta muestra a una chica con una bombona de propano y una

cerilla.»

—Veintitrés.

—Veintitrés y has escrito una novela y le ha gustado a algunas personas y por eso ya entiendes cómo funciona Hollywood. —Chasquea los dedos delante de él y se repantinga en el asiento—. La verdad, ni sé por qué estoy aquí.

Empieza a hervirme la sangre. ¿De verdad se ha atrevido a decir eso?

—Supongo que yo tampoco lo sé —consigo decir a la postre, con voz temblorosa—. Tienes cuarenta y cinco años y solo has escrito un guion para un estudio de cine de los grandes, que se adaptó para una película que consiguió menos de once millones en taquilla. Nuestro presupuesto es diez veces mayor.

Langdon sisea y toma una honda bocanada de aire, lo que le confiere el aire de un dragón a punto de soltar una bocanada de fuego.

—Me he concentrado en el cine independiente, lo que me da una perspectiva muy concreta que me permite...

Austin intenta soltar una carcajada, pero le sale más como un chillido.

—Langdon, ya vale. No vayas de diva. Lola solo nos está haciendo saber cómo se siente. Todo esto es nuevo para ella. —Me mira con gesto conciliador—. Parte del proceso, aunque sé que será difícil, consiste en que confíes en nosotros. Que confíes en mí. Que confíes en Langdon. Que confíes en el proceso en sí. ¿Crees que podrás hacerlo? —Se pone a asentir con la cabeza, a sonreír, como si ya hubiera accedido a hacerlo.

Lo miro, absolutamente desconcertada.

—Genial —dice—. Cambiaremos la escena inicial una chispa de nada y luego ¡zas! ¡Tu mundo cobrará vida en la gran pantalla!

El resto de la reunión es igual de deprimente. Langdon acaba por superar su berrinche, pero mi historia acaba descuartizada, reorganizada. Algunas partes de diálogo que me encantan se pierden, escenas que nunca se me habrían ocurrido incluir en el libro se cuelan de alguna forma en el guion. No es que sea especialmente celosa de mi trabajo, pero es que muchos de sus cambios

no tienen el menor sentido. Y tenemos que repetir el proceso mañana. Y pasado mañana también.

Pido comida al servicio de habitaciones y me pongo el pijama antes de las ocho de la noche. Erik ha llamado durante el breve descanso para el almuerzo y hemos organizado una conferencia para el viernes por la tarde, mientras vuelvo a San Diego. Al menos, no parecía querer asesinarme, pero sé que, cuando vuelva a casa, me tengo que encerrar en mi cueva de escritora.

Tengo el móvil en mitad de la mullida cama, negro e inerte. Quiero llamar a Oliver, suplicarle que me cuente lo que sea y me saque de este gélido estupor, pero cada vez que inspiro, parece que el aire se me queda a medio camino, en la tráquea, antes de salir de nuevo.

Quiero que esté aquí. Tengo que hacer una lista kilométrica de tareas pendientes, pero me siento muy inquieta aquí sola, en esta habitación. Parece una locura, como si necesitarlo de esta forma tan pronto en nuestra relación fuera una exageración. Me he pasado gran parte del día deseando estar de vuelta en San Diego en vez de en esa mesa, trabajando con el guion.

Sin embargo, no quiero hablar por teléfono con Oliver porque el miedo que me atenaza por lo nuestro, por la novela, por la película, me deja sin palabras... y tampoco quiero mandarle un mensaje de texto porque es ridículo poner semejante enormidad en una diminuta pantalla. Lo echo de menos de una forma rara y frenética. Quiero volver a casa esta misma noche para estar con él. Lo necesito en la habitación del hotel conmigo y sé que, sin sopesar siquiera los pros y los contras para él, se subiría al coche en un abrir y cerrar de ojos si se lo pidiera. Me tranquilizaría, me haría reír, convertiría mi locura en otra cosa. Un peluchito que poner en la punta del bolígrafo. Un muelle espiral de un rosa brillante. Una tontería de usar y tirar.

Pero para plantarse en el hotel, tendría que conducir solo, de noche. La gente se emborracha. La gente comete imprudencias. La gente manda mensajes mientras conduce, y San Diego está a más de doscientos kilómetros de distancia.

El móvil me vibra, y cuando lo miro veo su nombre en la pantalla.

«¿Cómo te ha ido?»

Cojo el móvil y empiezo a teclear una decena de respuestas distintas, pero

acabo por borrar todas y cada una de ellas. Al final, lo suelto en la cama, enciendo la tele y me voy a la ducha. Saco un cuaderno y me paso las siguientes horas haciendo los peores bocetos que he dibujado jamás. ¿Y si con *Pez Navaja* me sonó la flauta? Lo empecé con quince años y tardé tres en terminarlo, dos más en editarlo y otros dos en conseguir que lo publicaran. ¿Cómo se me ocurrió que podría escribir una secuela en cuestión de meses mientras hacía una gira, trabajaba en la película y encima me enamoraba?

«La viñeta muestra a un monstruo comiéndose los muebles.»

Estoy agotada, pero mi cerebro no desconecta. Meto la mano en el bolso y saco una pastilla para dormir. Me mira, diminuta y blanca, desafiante.

Ni siquiera la siento al deslizarse por mi garganta.

El mundo se reduce de una amplia franja blanca al diminuto punto que tengo delante: mi mano con un lápiz. La línea se alarga, saliéndose por el margen, y mis párpados son pesados árboles que caen en mitad del bosque.

Austin me espera de nuevo delante del edificio a la mañana siguiente y me da una enorme taza de café.

—Supuse que te haría falta, ¿no? —me dice, y después bebe un sorbo de su diminuto expreso.

Sonrío y le doy las gracias mientras la acepto. Tengo la cabeza hecha un lío: ¿Está insinuando que el día de hoy va a ser más largo y duro que el de ayer? ¿O en realidad me está diciendo que tengo que concentrarme más y me ha traído un café para ayudarme?

Lo sigo a los ascensores y lo oigo mantener una rápida y vociferante conversación por el móvil. Cuelga justo cuando nos subimos al ascensor y nos apretujamos con un montón de gente.

—Quiero que sepas que Langdon comprende muy bien el espíritu de tu novela —dice en voz demasiado alta para un sitio tan cerrado y atestado.

—Seguro que sí. —Quiero hablar con él del tema, claro, así como asegurarme de que vamos a acabar el trabajo a tiempo y de que podré volver a casa para ponerme manos a la obra, pero no quiero hacerlo en un ascensor lleno de gente.

—Y entiendo que lo de la edad se te atravesase...

—Ya te digo —le aseguro en voz baja.

—Pero Langdon tiene la sensibilidad necesaria para saber lo que va a funcionar y lo que no. No vamos a atraer a la audiencia masculina que necesitamos con una protagonista de quince años.

Me doy cuenta de que todos los del ascensor están muy atentos, a la espera de lo que voy a decir.

—Pues es una pena —replico, y alguien a mi espalda resuella. El sonido no me deja saber si me apoya o se ríe de mí—. Aunque Natalie Portman tenía solo doce años en *El profesional* y gran parte de la relación entre Quinn y Navaja se basa en la película.

Las puertas se abren en nuestra planta.

—En fin, también hubo mucha discusión acerca de la dinámica sexual en esa película —comenta Austin.

Abro la boca para decirle lo que pienso, que la película va de personas destrozadas que encuentran un nexo y que nunca se dejó entrever que hubiera una relación sexual entre Mathilde y Léon, pero se abren las puertas y Austin sale del ascensor.

—El sexo vende —me dice por encima del hombro—. No hay más vuelta de hoja.

—Lobezno también vende —le replico en voz lo bastante alta como para estar segura de que me oye, aunque vaya por delante de mí mientras repasa los mensajes de correo electrónico en el móvil—. Es mentor de niñas, pero nunca se ve nada morboso.

Austin pasa de mi comentario y echamos a andar hacia la misma sala de reuniones de ayer. A través de la puerta de cristal veo que Langdon ya está sentado mientras se ríe con otro hombre, uno algo mayor que él, pero con cuerpo atlético, sienes canosas y gafas de gruesa montura de carey.

—Ah, genial, ya han llegado los dos —dice Austin al tiempo que abre la puerta con la palma de la mano—. Lola, te presento a Gregory Saint Jude.

El hombre se pone en pie y se vuelve al tiempo que me mira con expresión recelosa.

—Nuestro director —añade Austin.

Extiendo el brazo para estrecharle la mano. Es más bajo que yo, pero me saluda con un apretón firme y un gesto amigable de la cabeza antes de volver a sentarse junto a Langdon.

—Mi padre también se llama Greg —digo con lo que espero que sea una sonrisa afable.

Me responde con cierta tensión en la mirada:

—La verdad es que prefiero que me llamen Gregory.

—Claro, claro. —¡Uf! Ya estoy muy alterada por la discusión con Austin, y de repente me siento como Navaja al llegar a una versión totalmente distinta del mismo mundo. Es evidente que empiezo a desmoronarme, porque tengo que contener una carcajada al pensarlo.

Dejo el móvil en la mesa y me asalta la necesidad de llamar a Oliver y decírselo. De oír su voz, de saborear un poco de normalidad.

Y de esa manera tan sencilla es como si hubiera roto la presa que contenía la marea de pensamientos.

No llegué a mandarle un mensaje anoche, de modo que esta mañana le he mandado un montón de emoticonos de corazones y un mensaje que decía «SOS Los Angeles raro», pero su respuesta, un «He dormido como un tronco. ¿Crees que no he pegado ojo? Llámame cuando termines», no me bastó. Reconsideraré la idea de que viniera a Los Angeles en coche y que pasara las dos noches siguientes conmigo, pero ¿sería capaz de concentrarme sabiendo que estaba a pocos kilómetros? Y aunque pudiera, ¿cuándo iba a trabajar?

—¿Lola? —dice Austin, y parpadeo antes de mirarlo, momento en el que me doy cuenta de que he tenido la vista clavada en el móvil y que seguramente no sea la primera vez que pronuncia mi nombre.

—Lo siento. Es que... —Apago el móvil y le sonrío—. Ya. Lo siento. ¿Por dónde empezamos?

Esboza una sonrisa deslustrada.

—Página sesenta.

# 12

## Lola

Oliver me está esperando delante de mi edificio el viernes por la tarde cuando el coche negro se detiene junto a la acera. El conductor me abre la puerta, saca mi bolsa de viaje del maletero y rehúsa mi propina.

—Todo está arreglado —me dice con una sonrisa.

Me rindo. Esta vez estaba preparada. Me meto el billete de veinte en el bolsillo y alzo la vista.

Muda por la noche y frenética por contribuir de forma significativa en el guion durante el día, solo he hablado con Oliver dos veces durante los últimos dos días, diez minutos en total como mucho, y mi reacción al verlo ahora mismo es justo la que me esperaba que fuese. Lleva vaqueros oscuros, una camiseta de manga corta de color rojo y las Converse azul marino. Se ha peinado, pero le cae el pelo sobre la frente. Las gafas no logran ocultar el intenso brillo de sus ojos azules. Cuando me sonrío y se muerde el labio inferior, dejando a la vista esa hilera de dientes blancos y derechos, es como tomar diez bocanadas de aire fresco.

Da un paso hacia mí y me arrojo a sus brazos, pegándome a él cuando me abraza y me deja sin aire. Siento sus labios en la sien, en la mejilla y en la boca, dejándome una lluvia de besos. Separo los míos y me mete la lengua para reclamarme. Aunque estamos en la acera, sus manos me recorren la



cintura, las caderas y el culo mientras murmura contra mis labios y me dice que me ha echado mucho de menos, mucho, mucho.

Quiero subir, hacer el amor y perderme en él. Pero son casi las siete y hemos quedado para cenar con mi padre. Oliver se aparta con un gemido y señala su coche con un gesto de la cabeza. Entrelaza los dedos con los míos y me acompaña hasta el asiento del copiloto.

—¿Preparada?

Asiento con la cabeza.

—No.

Se ríe y me abre la puerta.

—Vámonos.

Por imposible que parezca, nunca he tenido un momento incómodo con mi padre. Ni siquiera después de que volviera de la guerra y nos sentáramos el uno frente al otro a la mesa de la cocina, incapaces de pensar en otra cosa que no fueran sus alaridos de madrugada por culpa de las pesadillas, cuando lo torturaban las imágenes que llevaba grabadas a fuego detrás de los párpados. Ni siquiera cuando mi madre se fue y él perdió la razón empujando el codo y tomando pastillas, y yo tenía que llevarlo a rastras a la cama, darle agua y escuchar sus sollozos. Ni siquiera cuando entró en mi dormitorio mientras yo hacía mis deberes y admitió en voz baja que necesitaba ayuda. Hemos pasado por momentos duros, brutales incluso, pero nunca incómodos.

Una circunstancia que cambia en cuanto aparcamos en la acera y veo que mi padre me está esperando en el porche, sonriendo de oreja a oreja.

Hasta este momento ni siquiera se me ha pasado por la cabeza que tengo veintitrés años y nunca he traído un novio a casa.

En cuanto entremos por la puerta, sé que mi padre va a convertir esto en un sufrimiento. Sin perder la enorme sonrisa, le da una palmada a Oliver en la espalda que resuena por la estancia.

Oliver sonrío de forma amigable y lo mira con sorna.

—Hola, Greg.

—¡Hijo! —exclama mi padre.

Se me revuelve el estómago.

—Papá, no —le advierto.

Él se ríe.

—¿No? ¿A qué te refieres, Lorelei?

—No hagas que sea un momento incómodo.

Antes de que acabe de hablar, él ya está meneando la cabeza.

—¿Incómodo? ¿Por qué iba a ser incómodo? Solo os estoy saludando a ti y a tu amigo. A tu novio. A tu...

Lo interrumpo con un gruñido.

Se agacha para coger algo de detrás del sofá y saca un CD de Barry White y una cubitera con una botella de champán dentro.

—¡Por la nueva pareja!

Oliver se ríe, una carcajada genuina, esa que siempre resulta tan agradable y con la que consigue que nadie se sienta incómodo, y acepta la botella de champán.

—Un placer.

—Creo que no voy a opinar al respecto —bromea mi padre.

Cierro los ojos y los aprieto con fuerza. Que se lleven tan bien es algo bueno y malo a la vez.

«La viñeta muestra a la chica, arrojando una sartén al aire mientras espera en silencio a que le caiga encima.»

Les doy unas palmaditas a los dos en un hombro mientras paso junto a ellos.

—Si alguien me necesita para que participe en el festival del humor, estaré en el patio.

Mi padre me pregunta a voz en grito mientras me alejo:

—Lola, ¿no quieres una copa de Champán Nuevo Noviazgo?

Pero yo ya estoy en la cocina y no tardo en salir en busca del fresco del exterior.

Fuera encuentro un panorama precioso. La valla que separa nuestra propiedad de la de los Blunt está cuajada por las pasifloras, cuyos frutos pesan tanto que están combando la antigua madera. En verano hay tantas abejas entre las hojas que de pequeña imaginaba que si quisieran ponerse de

acuerdo, podrían levantar las hojas, la valla, el patio y nuestra casa del suelo y llevarnos volando a otro lado, como el que despegaba una pegatina de un papel. Cuando la fruta de la pasión madura, se suelta del tallo y cae con un golpecito sordo al suelo. Cierro los ojos y recuerdo el zumbido de las abejas mientras me metía a gatas debajo de las hojas en busca de la fruta madura que había caído al suelo.

Me siento como si llevara días sin respirar, pero ahora que ya estoy lejos de Los Angeles por fin puedo hacerlo. Soy consciente de que tengo un nudo en la garganta y de cómo se va disolviendo, de que abro el puño. Todavía siento la tensión en el estómago. Tengo muchas cosas que hacer.

El guion no está terminado todavía. Austin y Langdon se han comprometido a permitirme retocar la versión que hemos hecho, con la condición de que no altere ninguno de los cambios que ya han quedado acordados. Erik me ha concedido dos semanas para que acabe *Escarabajo*, algo bueno, porque después de eso me marché para hacer una nueva promoción del libro y volveré una semana más tarde para asistir al primer día de rodaje en el estudio. Nunca he tenido tantas cosas que hacer a la vez, y siempre que paso de la película *Pez Navaja* al libro *Pez Navaja* o a *Escarabajo* es como si estuviera aprendiendo a escribir de nuevo. Soy un pantano que pierde agua poco a poco.

La voz de Oliver me llega desde el interior de la casa y después las carcajadas de mi padre, seguidas por el estallido de la botella de champán al descorcharla. Pese a los temores que me consumen, me muerdo el labio y sonrío mientras lo oigo hablar, aunque no distingo sus palabras, pero sí el tono de voz alegre y relajado. Son un poco exagerados cuando están juntos, pero ya sabía cómo iba a reaccionar mi padre y de todos modos he traído a Oliver a cenar. Se tienen mucho cariño, y esa idea me alivia y me aterra a partes iguales.

Las voces del interior se callan y después oigo el chirrido de la mosquitera a mi espalda y unos pasos que bajan despacio la escalera trasera. Acto seguido, siento el calor que irradia un cuerpo grande cuando se sienta a mi lado en el césped.

Me acurruco contra él, cierro los ojos y pienso que me encantaría ponerme

encima y disfrutar de su cercanía.

—¿Dónde está mi padre? —le pregunto.

Oliver me pasa un brazo por la cintura. Inclina la cabeza para besarme en el cuello y murmura contra mi piel:

—Dándole los últimos toques a la cena con la que vamos a celebrar que hemos salido del armario.

Me río, cierro los ojos y respiro hondo.

—¿No te gusta cómo se está tomando esto?

—Sí... —Contesto con una evasiva—. Es como cuando te haces un nuevo corte de pelo. Quieres gustarle a todo el mundo, pero no te gusta que hagan tantos aspavientos.

Se inclina y me besa en la comisura del labio.

—Odias convertirte en el centro de atención, ¿verdad? Quieres que lo nuestro, «Loliver» —añade con una risilla—, sea algo normal. Que lo acepten sin más. Que no llame la atención.

Le sonrío y siento el aleteo de un millar de mariposas en el corazón.

—O a lo mejor quiero que sonría y que lo acepte en silencio, para poder ser yo la que dé saltos de alegría por «Loliver».

—Eso es un poco egoísta —bromea—. Y, por cierto, no sabía que tu padre fuera capaz de aceptar algo en silencio.

Me muerdo el labio y lo miro. Tiene una sonrisa torcida y sé que está bromeando, pero al mismo tiempo no es una broma.

—Lo sé.

Se vuelve hacia mí y me acaricia el labio inferior con la yema de un pulgar.

—Greg se alegra por ti. —Guarda silencio y me mira mientras yo respiro de forma superficial varias veces bajo el intenso escrutinio. Después, añade en voz baja—: Tengo la impresión de que no has traído muchos novios a casa.

—Más bien ninguno —replico, y su mirada se posa en mis labios—. Eres el primero.

—Pero has tenido otras relaciones más o menos serias, ¿no?

Levanto un brazo y le acaricio la barbilla.

—Yo no llamaría todavía a lo nuestro una relación seria...

Se ríe.

—Supongo que es algo subjetivo. Desde luego que llevamos tiempo mareando la perdiz. Me refiero a alguien con quien hayas estado el tiempo suficiente como para traerlo a casa.

—¿Me estás preguntando que con cuántos tíos he salido?

En sus labios aparece una sonrisa.

—De forma indirecta.

Me río y le contesto:

—Cinco contigo. —Lo veo hacer una mueca disgustada que no le he visto nunca antes y le pregunto—: ¿Quieres que te pregunte lo mismo?

—Si quieres... —me reta, mirándome a los ojos, y tal vez a sabiendas de que no se lo voy a preguntar. Espero y al final suelta una carcajada y hace otra mueca—. Aunque en realidad no lo sé. Hubo muchas noches locas en la universidad. Supongo que unas treinta.

Asiento con la cabeza y miro de nuevo hacia la valla mientras contengo el aliento hasta que el pinchazo que me ha atravesado los pulmones desaparece.

—No te ha gustado la respuesta —me dice.

—¿A ti te ha gustado la mía?

Se ríe y responde:

—No mucho. En mi mundo ideal, yo fui quien te robó la virginidad la otra noche.

Pongo los ojos en blanco.

—Qué ridículos sois los tíos con eso.

—Bueno, está claro que no es solo cosa nuestra —me rebate—. A ti tampoco te ha gustado que yo haya estado con otras.

—No me gusta la idea de que hayas querido a otras.

Es incapaz de contener la sonrisa ufana que aparece en sus labios. Se acerca a mí y su boca asciende desde el cuello hasta la oreja.

—Bueno, no creo haber querido a nadie como te quiero a ti. De esta forma tan desquiciante, vertiginosa y transmutadora. De una forma en la que me veo contigo durante el resto de mi vida.

Esto me resulta tan novedoso, tan sincero, tan descarnado que me pregunto si Oliver es consciente de lo aterrador que es para mí haberlo traído a casa,

admitir lo importante que es para mí que me quiera, aunque yo no sea capaz de pronunciar esas dos palabras. En cuanto abrimos nuestros corazones al amor, le enseñamos al universo la mejor manera de destrozarnos.

Treinta mujeres. No es que sea una sorpresa ni especialmente hiriente, no después de la puñalada inicial en cualquier caso. El problema es la novedad que supone hablar del tema después de haber pasado meses sin haber tratado estas cosas. No sé si me gusta o si detesto la idea de que a medida que descubro cosas sobre él, tengo la impresión de no conocerlo en absoluto. Sé qué tipo de arte lo deja boquiabierto, qué películas aborrece y cuáles le gustan. Sé qué pedirle para beber si llega tarde cuando todos quedamos en el Regal Beagle. Sé que es hijo único y que no le gusta el ketchup. Pero desconozco la parte emocional de su corazón: a quién imaginaba que podría amar, de qué manera le han hecho daño y qué tipo de novio ha sido para esas mujeres. Qué puede espantarlo.

Me pone una mano en la espalda y empieza a acariciarme despacio, trazando círculos.

—Te he echado de menos —susurra.

Dios, mi corazón.

—Yo a ti también.

—¿Por qué no me has llamado más?

Me encojo de hombros y apoyo la cabeza en el suyo.

—No sabía qué decirte. Las reuniones eran difíciles. Me he saltado una fecha de entrega muy importante. No estaba en mi mejor momento.

—¿Qué fecha de entrega? —me pregunta, apartándose de él para mirarme a los ojos.

—La de *Escarabajo* —contesto, y siento las náuseas que siempre me acompañan al pensarlo—. Tenía que haberlo entregado hace dos semanas.

—Hace... —repite, con los ojos como platos—. No sabía que...

Asiento con la cabeza.

—Lo sé. Tenía la fecha anotada en el calendario, pero me había hecho a la idea de que era la semana próxima. Aunque hubiera sido así, no habría llegado a tiempo para entregarlo.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Es raro, aunque maravilloso, oírlo hacerme esa pregunta. Raro porque le sale con tanta naturalidad, con tan buena disposición, que por primera vez entiendo de verdad lo que Harlow dice de mi despiste absoluto. Este tipo de pregunta es habitual en Oliver desde que lo conozco.

—No lo sé. Voy a ponerme a saco mañana por la mañana. —Cierro los ojos con fuerza con el deseo de olvidarme del tema durante un par de horas más—. De todas formas, siento mucho no haberte llamado. No me ha gustado estar lejos. Y tampoco me ha gustado que no me guste estar lejos.

Se ríe con suavidad.

—Todo muy lógico, sí.

—He tenido que tomar pastillas para dormir un par de veces.

Siento que se vuelve para mirarme.

—¿Ah, sí? ¿Lo sueles hacer?

—No. Pero el trabajo me provocaba mucho estrés y me convertí en Lola la muda.

—Otra versión de la Lola a la que quiero —replica, y me besa la cabeza—. La conozco muy bien.

Lejos de él me he sentido desquiciada. A su lado, es fácil desahogarme y no me parece tan raro. ¿Cómo he sido capaz de pasar tres días lejos de él?

Desliza la mano por debajo de mi pelo.

—¿Te quedarás esta noche?

Debería decirle que no, pero de todas formas esta noche tampoco es que vaya a trabajar mucho. Esta noche necesito esto. Necesito el Reinicio Oliver. Mañana me pondré a currar en serio.

Asiento con la cabeza y lo miro justo cuando él se inclina para besarme en los labios. Entreabiertos. Un poco húmedos. Me roza la punta de la lengua con la suya y es como si acabara de encender una cerilla contra la acera.

Me abalanzo sobre él y lo pego a mi cuerpo, ansiosa por aliviar el deseo que abrumba en cierta parte. En ciertas partes, mejor dicho. Entre los muslos, debajo de las costillas. Quiero creer que soy capaz de respirar sin él, pero no estoy segura y no sé qué me resulta más aterrador, si el hecho de pensar que nunca volveré a estar sola o el de intentarlo.

Oigo el sollozo que escapa de mi garganta.

—Te he echado de menos.

Él me besa de nuevo y susurra:

—Yo a ti también. Ven, Lola Love.

Me pasa la lengua por los labios, animándome a separarlos de nuevo. Oigo su ronco gemido, percibo la urgencia de sus caricias cuando me levanta la cara y me la ladea para colocarme en el ángulo ideal. El deseo me corre por las venas también y me hace mover las caderas de forma instintiva. El calor me abrasa la piel al recordar el sexo con él. Quiero que cada caricia se transforme en algo más profundo y desenfrenado. Oliver gruñe y me muerde el labio mientras yo me froto contra él para comprobar si ya está empalmado, si está tan desesperado como yo.

Sin embargo, me aparta, algo razonable, y caigo en la cuenta de que el jardín trasero de la casa de mi padre no es el lugar adecuado para esto. El problema es que todavía soy incapaz de tomarlo en pequeñas dosis. Aún no me he acostumbrado lo bastante a besarlo como para ser capaz de contenerme.

Apoyo la frente en la suya mientras recupero el aliento. En vez de tener cinco sentidos, ahora parece que tuviera veinte. Todo mi cuerpo vibra a causa de la sobredosis sensorial.

—Lo siento —susurro.

—Todavía no me creo que estés así conmigo. —Me acaricia los costados—. ¿Sabes cuántas veces me he tocado imaginándome que te tenía sentada en el regazo y me follabas mientras te chupaba estas tetas tan perfectas que tienes?

Suelto una carcajada y me tapo la boca con una mano al tiempo que miro hacia la mosquitera.

Me besa la barbilla y su serena sonrisa desaparece poco a poco. De repente, parece tener treinta años más que yo. Qué bien controla este enamoramiento.

—Luego seguimos con esto.

Después de que yo asienta en silencio con la cabeza, me ayuda a levantarme de su regazo y nos tumbamos en el césped, hombro contra hombro para mirar el cielo. Parece que hubiera un enorme océano sobre nosotros, cuajado de estrellas. Oliver me coge la mano y entrelaza esos dedos



largos con los míos.

—Cuéntame más cosas de Los Angeles —dice.

Gimo y respiro varias veces mientras recopilo mis pensamientos.

—Hace tanto tiempo que empecé *Pez Navaja* que no creo recordar lo mucho que titubeé al principio. Pero ir a Los Angeles ha sido como si me tiraran un jarro de agua helada por la cabeza. Me he sentido como una niña inútil en las reuniones, en las que hablábamos de una historia que es mía, y después cuando me iba a la habitación para trabajar en *Escarabajo* era como si me resultara imposible empezar.

Oliver me entiende y murmura algo mientras levanta nuestras manos y se las lleva a los labios para besar el dorso de la mía.

—Te he echado de menos y me he pasado el día obsesionada con lo nuestro y sin poder dejar de pensar en la impresión que estaba dando durante las reuniones. —Lo miro—. Había tres. Gregory, ni se te ocurra llamarlo Greg; Austin y Langdon.

—¿Gregory Saint Jude? —me pregunta—. El año pasado dirigió *Metadatos*, ¿no?

Es evidente que reconoce esos nombres mejor que yo, que el otro día tuve que hacer una búsqueda rápida en IMDb, y la vergüenza me asalta de nuevo.

—Sí, y no lo hace mal. No tuve mucho trato directo con él, pero Langdon es un gilipollas. Al principio, Austin me dijo que Langdon había conectado con la historia, pero que quede una cosa clara: es mentira. O a lo mejor sí lo ha hecho, pero su visión es la de un cuarentón que quiere tirarse a Quinn.

Oliver gime.

—¿Acabasteis de editar el guion, entonces? —me pregunta, y siento que vuelve la cabeza para mirarme, siento el peso de su mirada.

—No, hemos repasado el texto completo, pero me han dado dos semanas «para que lo pula», que no sé exactamente qué significa —contesto—. Hay muchas cosas que no puedo cambiar y las cosas que sí puedo cambiar son detalles que no me importan. La ropa de Quinn no me interesa.

Él suspira y vuelve de nuevo la cara para mirar hacia el cielo.

—Siento mucho que haya sido tan frustrante, preciosa. Vaya mierda.

Asiento con la cabeza.

—No pasa nada. Ya lo solucionaré. Ahora mismo me alegro mucho de estar otra vez contigo.

—Lo mismo digo. —Me besa de nuevo la mano y después de unos minutos mirando en silencio las estrellas, se oye el chirrido de la mosquitera y siento la presencia de mi padre, mirándonos desde la puerta.

Sé lo que está viendo: a su hija tumbada en el césped, cogida de la mano de un hombre por primera vez en la vida delante de él. No me imagino lo que siente, si es algo agrisulce o solo dulce, o tan aterrador como lo es para mí.

—A cenar —dice en voz baja.

Dentro, ha puesto la mesa con los manteles individuales y los servilleteros de latón. Ha encendido una vela que ha colocado en el centro, y cuando lo miro con el ceño fruncido, su expresión me parece más ansiosa que burlona. Es evidente que sabe que se ha pasado un poco de la raya, así que le regalo una sonrisa renuente.

Oliver se sienta a mi lado, enfrente de mi padre, y nos servimos en silencio. Si yo no estuviera aquí, estarían riéndose y comiendo tranquilamente. Sin Oliver aquí, mi padre y yo estaríamos riéndonos y comiendo tranquilamente. En este caso, dos no son mejor que uno.

Mi padre carraspea, incómodo, y nos mira.

—Estoy muy contento por vosotros dos —afirma.

Abro la boca para suplicarle que cambie de tema, ¡por el amor de Dios!, pero Oliver se percata de algo que yo no veo y me cubre la rodilla con una mano por debajo de la mesa para darme un apretón.

—Gracias. De momento nos va genial. —Le sonrío a mi padre antes de llevarse a la boca un poco de ensalada.

—Amigos antes que nada —replica mi padre.

—Amigos antes que nada —repite Oliver.

Mi padre bebe un sorbo de agua y luego me mira, y veo lo que Oliver ha debido de captar: mi padre normalmente se escuda detrás de su sentido del humor, pero ahora mismo está mostrando una emoción extraña.

—La madre de Lola y yo nos conocimos en un bar. —Ladea la cabeza y sonrío—. Nos lanzamos de cabeza a la piscina sin pensar. Y descubrimos que se nos daba mejor ser enemigos, claro que cuando éramos amigos, tampoco

estaba mal. Quiero que estés con alguien con quien se te dé mejor ser amigos.

Arqueo las cejas y lo miro con cara de: «¿De verdad vamos a hablar de esto ahora mismo?», y él se ríe. Ya no hablamos de mi madre cuando estamos los dos solos, mucho menos si hay alguien más. Porque no hay muchas cosas que queden sin decir. Cuando llegue el verano, habrán pasado un año más separados del total de años que estuvieron juntos. Sé lo básico que sabe cualquier niño: tuvieron un matrimonio decente, no uno estupendo, pero no pasaron mucho tiempo juntos porque a él lo destinaron a distintas misiones. Cuando por fin regresaba a casa, a mi madre le resultaba duro. Como adulta, he deducido que mi padre la perdonó hace mucho y que cree que se odia tanto por haberme abandonado que ni siquiera ha intentado hablar conmigo de nuevo.

Yo creo que es una cobarde y espero que ni se moleste.

Tom Petty canta «Free Falling» en el salón y la melodía tiene el poder de hacerme sentir que hay un bucle temporal en esta línea argumental que avanza poco a poco. Giramos y giramos y giramos, y parte de mí se quedará siempre en los doce años mientras el resto envejece y se abre paso por el mundo con un padre que me quiere tanto como para encargarse de hacer la labor de dos.

La gratitud que siento por mi padre crece en mi interior hasta que siento un nudo en la garganta.

Cubro la mano de Oliver con la mía, agradecida por el respiro que me ha obligado a tomar, por el paso atrás para captar mejor la perspectiva, y le pregunto a mi padre:

—¿Dónde está Ellen hoy?

Sé que le alegra que la haya mencionado. Esboza una sonrisa y me explica con pelos y señales su horario de trabajo y que ha quedado para cenar tarde con unos amigos. La mano de Oliver supone una cálida distracción debajo de la mía. Tendones, huesos, piel suave, poco vello. Quiero levantarla de debajo de la mesa y llevármela a la cara.

Oliver me acaricia trazando pequeños círculos sobre el muslo mientras

regresamos en el coche a casa. Si no lo conociera, diría que lo está haciendo sin pensar, pero estoy descubriendo que hace pocas cosas sin pensar. Es callado pero firme, tranquilo pero siempre está atento a todo.

—¿Dónde quieres que lo hagamos? —me pregunta sin desviar la vista siquiera.

Me vuelvo para sonreírle.

—¿Ahora mismo?

Él se ríe y dice:

—No, me refiero a algún lugar disparatado donde quieras hacerlo algún día. Ahora mismo estoy conduciendo para volver a casa y echar un polvo.

Murmuro mientras pienso.

—En Small World en Disneylandia.

Me mira de reojo y luego sigue mirando la carretera.

—¿No está un poco trillado? Además de que supongo que también es delito.

—Probablemente. Pero siempre que me subo, acabo pensando en lo divertido que tiene que ser colarse dentro para hacerlo en algún rincón oscuro.

—Por la noche, quizá —añade—. Lejos de todo el mundo. Nos desnudamos lo justo para que pueda metértela.

Trago saliva y me subo su mano por el muslo mientras me lo imagino con los pantalones bajados, enseñando esa tableta de chocolate de anuncio, y lo rápido que me la metería.

—¿Te gustaría que la atracción estuviera abierta mientras te follo? —me pregunta como si tal cosa mientras pone el intermitente derecho.

Se me pone la carne de gallina en los brazos al escuchar esa voz tan ronca.

—Solo si estoy segura de que no pueden vernos y acordamos guardar silencio.

—De todas formas, no para de sonar el coñazo ese de canción. —No me mira, pero sonrío—. Me gustaría hacer el ruido justo para que tú me oyeras —dice mientras enfila su calle.

En cuanto lo dice, recuerdo el sonido de sus embestidas, sus gruñidos y sus exhalaciones mientras me follaba fuerte.

Aparca junto a la acera, apaga el motor y me mira. El zumbido del ventilador resuena un instante en el interior del coche hasta que se para, y siento que el corazón se me desboca en el pecho y se me sube a la garganta cuando él se inclina hacia mí poco a poco sin dejar de mirarme los labios.

La casa está justo al lado, solo tenemos que dar veinte pasos para entrar, pero estamos aquí, besándonos como si lleváramos un año sin estar solos. Oliver me besa unos interminables minutos, días, hasta que me duelen los labios por culpa de esa barba que no quiero que se afeite. Es todo boca, dientes y gruñidos mientras me presiona contra la puerta. Siento su deseo voraz en su modo de estirarse hacia mi asiento para cogerme la cara entre las manos. Lo siento en los ruidos que se le escapan cada vez que cambia el ángulo del beso, cada vez que succiono su lengua, que lo muerdo, que le chupo los labios.

—Vamos dentro.

—Dentro te la voy a meter, sí —replica entre carcajadas, y abre la puerta que tengo detrás, de manera que salgo del coche casi de espaldas y él tiene que arrastrarse sobre mi asiento para salir también por mi lado, dejándome prácticamente tumbada sobre la acera. Cualquiera que nos vea pensará que estamos borrachos.

¿Esto es lo que creo que es?

Es química, lo sé a ciencia cierta, algo que me entumece y me pincha a la vez, algo que me hace sentir viva por primera vez y muerta en cierto modo; los recuerdos asesinados de lo que sentí con los demás antes de conocer a este hombre. Los recuerdos asesinados de lo que he sentido al estar a más de ciento cincuenta kilómetros de él.

Conozco el peso de sus manos y de su cuerpo, que su sabor es igual que el mío después de dos besos con lengua, que su risa se transforma en gemidos y que mira mis manos cuando lo acaricio.

Me ayuda a incorporarme para ponerme de pie y después me echa sobre su hombro para enfilarse el camino hasta la puerta y entrar en tromba en su casa. Me baja deslizándose por su cuerpo y siento su torso, su abdomen y su polla por debajo de los vaqueros. Siento el roce de sus dedos en la cintura mientras me sonrío y me quita la camiseta por la cabeza, seguida del sujetador.

Una ráfaga de aire abre la puerta, que sigue de par en par, y la aldaba con forma de R2-D2 golpea la madera. El aire fresco me envuelve la piel y me provoca un escalofrío que me pone la carne de gallina. Cierro la puerta de un puntapié para bloquear la entrada de ese viento que alguien ha dejado de repente a su bola. El silencio nos rodea al instante y lo único que oigo es el ruido que hace Oliver mientras me besa el cuello.

Sus manos exploran mis pechos, mi cintura y mis caderas. Me desabrochan los pantalones y me los bajan por las piernas con delicadeza.

No quiero que me desnude, porque cada vez que me quita una prenda me besa más abajo, murmura cosas sobre mi piel y me da mordisquitos. Es como descorchar una botella de lujuria y echarme su burbujeante contenido por todo el cuerpo.

—Eres suave donde tienes que serlo. —Su voz es como una voluta de humo contra mi piel mientras se agacha para bajarme las bragas, centímetro a centímetro—. Más dulce que suave, diría yo.

Su boca atrapa un pezón, que mordisquea y sopla mientras sigue bajándome las bragas. La luz del vestíbulo está encendida y alza la vista para mirarme a la cara al tiempo que me pregunta:

—¿Te gusta que te chupen las tetas?

Asiento con la cabeza y me apoyo en sus hombros, aquí mismo, casi al lado de la puerta de la calle. Echo el cuerpo hacia delante para pegarme más a su boca y me pregunto por qué estoy aquí desnuda y él está completamente vestido. De repente, tengo la sensación de que no puedo moverme, porque no quiero que deje de hacer lo que está haciendo... pero también quiero más. La languidez se adueña de mí, el deseo se apodera de mi cuerpo hasta que no puedo contener las súplicas. Oliver sonrío mientras me besa y pasa al otro pecho que hasta entonces ha estado desatendido y que lame hasta que me da lo que de verdad quiero: toma el pezón entre los labios y lo chupa por fin.

Bajo la mirada y me fijo en su pelo alborotado, que me acaricia la piel, y en esos labios hinchados por los besos que torturan mi pecho.

—¿Esto está pasando de verdad?

Oliver asiente con la cabeza, lamiéndome el pezón como si estuviera disfrutando de un cucurucho de helado, y después lo succiona con tanta

fuerza que me pregunto si acabará consumiéndome por entero. Me coge los pechos y empieza a lamer y a morder lo que sus manos no pueden abarcar. Es un frenesí. Mi cuerpo lleva días sin esto y se le ha acabado la paciencia.

—Joder. —Le entierro los dedos en el pelo y se aparta para mirarme a la cara al tiempo que me acaricia la parte interna de un muslo.

Le agarro la camiseta y se la paso por la cabeza para poder acariciar a placer esos hombros tan anchos mientras él me besa el ombligo y una cadera.

No quiero hacer esto aquí.

Retrocedo un paso y luego otro. Él se levanta y me sigue por el pasillo con las manos en mis caderas y su boca sobre la mía, repitiéndome que estoy buenísima y que me desea.

El mundo se ladea de repente y me descubro tumbada de espaldas en su cama.

«La viñeta lo muestra mirándola. Está totalmente abierta: el primer día con estos nuevos ojos. Si pudiera, le daría un bocado.»

Oliver se quita las gafas y las deja en la mesa situada cerca de la cama. Me coloca una mano en la cadera y baja la vista, tras lo cual me recorre a placer con la mirada. Veo con el rabillo del ojo cómo sube y baja mi pecho cada vez que respiro, pero soy incapaz de apartar la vista de su cara.

Recuerdo el día que me hizo reír tanto que acabé espurreándole la Coca-Cola encima de su camiseta de *Hellraiser*.

Recuerdo el día que llegó corriendo a mi piso para enseñarme el número 31 de *Detective Comics* que le había vendido alguien.

Recuerdo cuando dijo «Sí, quiero», aunque era mentira.

Recuerdo el día que me apoyé en la encimera mientras me tomaba un café y lo observaba dormir en el sofá.

—¿Qué está pasando por esa cabeza tuya?

«Estoy intentando mantener el pánico a raya, no obsesionarme, no caer con todo el equipo.»

—Estoy sintiendo cosas —susurro.

Él se inclina hacia delante para besarme el abdomen y me pregunta sin apartar los labios:

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas que provocan pánico.

Siento su sonrisa.

—Pues olvídalas.

Cierro los ojos y le entierro una mano en el pelo. ¿Cómo es posible que una felicidad tan grande me provoque un dolor tan intenso en los pulmones?

—Todo va bien —me asegura, besándome una cadera—. Llevo meses deseando esto. Y sé que tú también. Te quiero. Percibo que tú también sientes lo mismo cada vez que te lo digo, y lo percibo por el afán de tus manos de aferrarse a mí.

Sus dedos buscan mi sexo y pasan por encima del clítoris, rozándome apenas. Es un lujo hacer esto, sentir lo que siento, estar aquí. Es un lujo disponer de toda la noche, no tener otra preocupación que no sea lo nuestro. Me acaricia, con delicadeza al principio, lentamente, y después aumenta el ritmo a medida que mi respiración se acelera, y abro más las piernas mientras él deja un reguero de besos ascendentes por mi cuerpo hasta llegar a mis labios y preguntarme en voz baja si me gusta, si me gusta que me acaricie de esa forma. Asiento con la cabeza y arqueo la espalda para acercarme más a sus dedos mientras deseo que se quite los pantalones para poder acariciársela con la mano antes de que me la meta.

No sé lo que está haciendo con los dedos, pero los mueve con rapidez y ya los tiene muy mojados. Estoy muy cerca, al borde del orgasmo, todo me parece transparente y...

Aparta la mano un segundo y después siento el repentino dolor de un guantazo... ¡ahí mismo!

«La viñeta muestra el planeta Tierra, partido por la mitad.»

Me da un beso que ahoga mi grito de asombro y su boca se apodera de la mía entre gemidos porque el dolor del guantazo se ha transformado en un deseo enloquecedor y me siente elevar el cuerpo bajo el suyo mientras me estremezco.

«Oh, Dios.»

Lo oigo exhalar algo que parece un suspiro o una pregunta sobre mis labios y vuelve a acariciarme con delicadeza al tiempo que me besa con ternura, tras lo cual recibo otros tres guantazos rápidos y fuertes.



En cuanto sus dedos me tocan el clítoris otra vez, grito, abrumada por una emoción cálida y plateada que sale de mí, se desliza por mi piel y me abrasa. En ese momento sus caricias se vuelven más agresivas, lo que me satisface, y me observa con atención mientras me corro. Cuando cierro los ojos y me derrito sobre el colchón, él se inclina para besarme el cuello y su mano se traslada hasta uno de mis muslos para separarme las piernas todavía más.

—Te ha gustado —dice al tiempo que me besa el mentón—. Te he pegado en el coño y te ha gustado.

Gimo, deseando que me bese en los labios porque necesito la extraña confianza que eso me ofrece.

—Eres una guarrilla —añade, a modo de halago, mientras me lame el labio inferior—. Eres la leche.

Me incorporo hasta sentarme y tiro de él para colocarlo entre mis piernas y poder desabrocharle el cinturón y la bragueta, tras lo cual le bajo los pantalones por las caderas con impaciencia. Se me hace la boca agua al sentir que apoya las manos en mis hombros. Tengo su polla justo delante, tan grande que me parece demasiado, y lo siento estremecerse cuando le bajo el prepucio antes de inclinarme para lamerle el glande y después chupárselo.

Solo he hecho un par de mamadas en toda mi vida y siempre me ha supuesto un esfuerzo cargado de reflexiones...

«¿Le gustará?»

«¡Por Dios, me duele la mandíbula!»

«¿Tengo que tragármelo?»

Nada de eso sucede ahora. Solo puedo pensar en que necesito más, en lo tirante que siento su piel, en que prácticamente siento lo mismo que él cuando lo lamo con la lengua húmeda, cuando succiono justo en la punta para limpiar la gota de líquido preseminal antes de metérmela entera en la boca, hasta donde puedo llegar. Le acaricio los testículos, los exploro, me dejo llevar por las sensaciones. Su cuerpo es mío y quiero conocerlo a fondo, quiero tocarlo a placer, y él me ayuda a moverme, me ayuda a encontrar el ritmo y empieza a mover las caderas al compás que yo marco mientras me anima con gemidos y gruñidos, y me encanta ver lo dura que se le pone, más dura cuanto más se la chupo, y sé que está cerca, joder, muy cerca, tanto que

me enloquece. Quiero que se corra dentro de mí, encima de mí, y en ese momento, cuando está a punto de correrse y empieza a moverse con más frenesí, me agarra la cabeza para advertirme de que pare y también me lo advierte con voz entrecortada y ronca, casi ininteligible, pero no quiero pararme, lo quiero así: moviendo las caderas para correrse en mi boca y gruñendo mientras me lo trago todo. Se inclina para darme un beso en la coronilla y gime, asaltado por los últimos estremecimientos del orgasmo, y el roce de sus labios es como si un millón de relámpagos diminutos me atravesara el cráneo.

Me mira fijamente mientras recobra el aliento y yo le beso la polla de arriba abajo.

Nunca me ha gustado hacer esto, pero, joder, ahora parece que estoy obsesionada. Me desplomo sobre el colchón y me muerdo el labio inferior mientras esbozo una enorme sonrisa.

Oliver se inclina hacia delante y se apoya en el colchón con los puños plantados a ambos lados de mis caderas.

—Me has dejado seco.

Me coloco de costado entre carcajadas, muy orgullosa de la mamada que acabo de hacerle, porque con solo mirarlo me queda bien claro que ha sido espectacular. Se quita los pantalones sacudiendo las piernas, me coloca de espaldas sobre el colchón para ponerse encima y me besa los pechos, el abdomen y sigue bajando. Pese al aturdimiento, caigo en la cuenta de sus intenciones.

—No —le digo con un hilo de voz, y me apresuro a añadir—: No hace falta. —Le coloco los dedos bajo la barbilla y lo insto a subir de nuevo para que me bese en los labios.

Él guarda silencio y me besa una vez nada más. Después me mira en silencio con una mirada penetrante.

Algo me envuelve el corazón, atenazándolo cada vez más cuanto más lo miro. Ese pelo castaño alborotado y esos ojos azules de mirada satisfecha, pero con algo más, una especie de certeza... Tengo que cerrar los ojos para aliviar el dolor que me produce, porque todo era perfecto hasta que le he dicho que parara.

—Mírame. —Espera en silencio y después añade con apremio—: Lola.

Abro los ojos y clavo la mirada en sus labios. En ese suave labio inferior, en la barba de un día que le oscurece el mentón.

—No quieres que te bese aquí —añade al tiempo que me acaricia con los dedos entre los muslos.

—Sí quiero...

—Entonces, ¿por qué me has detenido?

—Es que...

—¿Qué?

—Es un... problema.

—¿Un problema? —Se aparta un poco, un respingo involuntario que me deja bien claro que no sabe si lo que estoy diciendo le gusta o no—. No te entiendo.

Dios, qué mala soy para explicar las cosas.

—Por tu pasado y tal.

—¿Cómo dices?

Suspiro, me tapo la cara con un brazo y le agradezco que no me lo aparte de inmediato.

—Ya sabes. La época aquella de tus compañeras de piso y sus amigas. La historia de cómo te convertiste en una leyenda del sexo oral. Significa que lo has hecho con un montón de mujeres.

Aparto el brazo y veo que me mira con expresión risueña.

—Acabas de hacerme la mejor mamada de mi vida.

—Yo estoy tan sorprendida como tú —confieso con sinceridad—. Me has inspirado. Nadie me ha enseñado.

Oliver suspira.

—No sabía si era algo que te molestaba o si te estabas quedando conmigo.

Extiendo un brazo y sigo el contorno de sus labios con la yema de un dedo.

—No me molesta ni me pone celosa. Pero sí tengo la impresión de que es algo obligado, no sé si me explico. No me gusta el sexo oral, pero contigo, si no me corro, es por mi culpa. —Oliver abre la boca para decir algo, pero se lo impido presionándole los labios con los dedos para poder acabar mi reflexión—: No se me da muy bien lo de relajarme cuando me hacen eso. Nunca he

podido hacerlo. Mi mente empieza a divagar y me pongo a pensar en otras cosas y... Sé que soy rara, pero esa es la verdad.

Lo veo cerrar los ojos.

—¿Conmigo sientes lo mismo que sentías con los demás?

Me descojono.

—No. Por supuesto que no.

—¿Te has parado a pensar que a lo mejor no te gustaba porque no sabían hacerlo?

—Sí, pero también es posible que no me gustara porque a ellos no les gustaba tampoco.

Me mira con la cabeza ladeada y una expresión inescrutable hasta que susurra:

—¿Es posible que necesites sentirte cómoda con tu pareja para poder disfrutar de la experiencia?

—No... Bueno, a ver... —murmuro y, por primera vez durante la noche, me siento totalmente desnuda—, ¿y si no te gusta conmigo?

Su mirada se suaviza.

—¿Cómo va a pasar eso?

Al ver que no respondo, susurra:

—Lola. Te he tocado. Te he probado.

—Lo sé.

—En mis dedos. En los tuyos. ¿Recuerdas cómo reaccioné?

Cierro los ojos y asiento con la cabeza. Recuerdo sus gemidos, la impresión de que quería más.

Se lleva mi mano a la boca y me besa la palma.

—Tendré mucho cuidado.

—Confío en...

—Empezaré muy despacio —me interrumpe y me besa de nuevo—. Al principio, solo te besaré ahí.

Contengo una sonrisa, pero acaba desapareciendo del todo cuando me lame la palma y traza un círculo húmedo sobre ella. Después, empieza a chuparme las puntas de los dedos, una a una.

—No chuparé con fuerza. Ni te lameré rápido. —Sigue trazando círculos

con la lengua en la palma de mi mano, círculos cada vez más pequeños hasta que siento la piel húmeda y caliente, y el deseo es tan intenso que me cuesta respirar—. Además, seré yo, Oliver. No otro tío.

Sonrío y libero la mano lo justo para acariciar su áspera barbilla.

—Círculos, creo —murmura—. Muchos, muchos, muchos círculos, despacio y con suavidad hasta que estés empapada y abierta de piernas al máximo, aferrada a las sábanas y gimiendo que quieres correrte en mis labios. Quiero que me supliques que te lo coma cada vez que estemos solos. —Me mira a los ojos—. Y te complaceré, Lola —afirma en voz baja y con sinceridad—. Te lo comeré hasta que te corras, no jugaré contigo. Si consigo convencerte, lo haré siempre que te apetezca. —Desliza la lengua por mi dedo índice, desde la base hasta la punta—. Quiero ser tan bueno que nunca pienses en dejarme.

Suelto un gemido suplicante y ronco. Ya soy incapaz de imaginar la vida sin él.

—Pero después de hacer eso, tendría que sentirte.

—¿Ah, sí?

Guía mi mano entre nuestros cuerpos para que se la acaricie.

—¿Lo ves? La simple idea me la pone dura y eso que acabo de correrme. Has conseguido que se me levante otra vez.

Después de mirarlo a la cara mientras tomo tres hondas bocanadas de aire, asiento con la cabeza y él vuelve a moverse, en esta ocasión para arrodillarse entre mis piernas, a un lado de la cama.

Clava la vista allí donde me está tocando y tengo que luchar contra el impulso de taparme, así que cierro los ojos. Siento el roce de su pelo en los muslos cuando se agacha y su aliento cuando exhala. Y después siento un delicado beso y otro más antes de que separe los labios y me cubra con ellos, y me acaricie con la lengua muy despacio.

—Joder —masculla y noto que le tiemblan las manos mientras me separa los muslos y me invita a apoyar los pies en el colchón—. Joder, Lola.

Ya no quiero que sea cuidadoso.

Ya no quiero que sea delicado.

Quiero que se saque de la manga todos los trucos que ha aprendido para

follar porque si es capaz de hacerme sentir lo que siento solo con un beso, me muero por saber lo que va a pasar cuando pise el acelerador.

Una vez que me coloca las piernas, sigue lamiéndome, intentando ir despacio. Me está observando, no deja de mirarme a la cara, y se me encoge el corazón al comprobar lo ansioso que está por complacerme. Apoyo la cabeza en el colchón y levanto las caderas mientras susurro:

—Me gusta, me gusta, me gusta... —Y eso desata algo en él. Ya no sé lo que está haciendo. No sé siquiera si yo tengo los mismos músculos que él está usando, pero es más rápido y más perfecto que cualquier juguete sexual que haya usado en la vida.

«¡Joder!»

Quiero mirar, pero hay mucho que sentir. Las húmedas caricias de su lengua, la vibración de sus gemidos, el temblor de mis muslos, la tensión de mi abdomen, el placer que me sube hasta el torso...

Pero ¡oh! Me encanta ver su cabeza entre mis muslos. Sus brazos aferrados a mis muslos, esos músculos duros que me obligan a mantener las piernas separadas. Esa espalda tan larga, ese culo cuyo reflejo veo en el espejo, esos muslos tan musculosos que se mueven al compás de su lengua sin que se dé cuenta, amándome con todo su cuerpo, pero provocándome placer solo con...

Las sensaciones borran el hilo de mis pensamientos. Es algo abrasador, casi irreal, pero al cabo de un momento no solo me gusta... Es algo... increíble.

La unión de sus gemidos y de su aliento sobre mí, y el placer que va extendiéndose sobre mi piel e introduciéndose hasta mis entrañas, aumentando por momentos hasta que soy incapaz de procesar otra cosa.

«Estoy a punto...»

«Por fin estoy a punto...»

—Me corro —grito mientras suelto el aire de golpe.

Y, joder, vaya si me corro.

Sus gemidos me animan a seguir disfrutando y me mira mientras lo repito una y otra vez, con una nota de asombro en la voz y el orgasmo sigue y sigue mucho después de mi grito de advertencia. Parece alargarse eternamente, como si no llegara nunca al punto álgido y lo digo tantas veces que lo siento reírse con orgullo sobre mí, sin romper el ritmo y dándome más y mucho

mejor y... ¡joder! Me da tiempo hasta de preguntarme si esto es algo nuevo que hace ahora mi cuerpo, si todos los orgasmos que he experimentado hasta ahora han sido los primos tristes de este, que parece no acabar nunca.

—Vale —logro decir por fin en voz alta mientras él sube por mi cuerpo dejando una lluvia de besos a su paso. Está sin aliento y empalmado—. Lo admito: tú ganas.

Se ríe mientras me besa en los labios.

—Diría que hemos ganados los dos.

Cuando el sol aparece por el horizonte, iluminando poco a poco el dormitorio de Oliver, seguimos despiertos. Las sábanas están en el suelo, los cuadrantes aplastados entre el colchón y el cabecero de la cama, pero yo estoy en el centro de esta enorme cama, cubierta por la suave e interminable piel desnuda de Oliver.

—¿Podrás trabajar? —le pregunto mientras intento levantar la cabeza para ver la hora en el reloj.

Él murmura contra mi hombro:

—Lo más importante es si tú vas a poder andar.

Buena pregunta.

Entre carcajadas, consigo salir de debajo de él y me bajo de la cama para ir al baño del pasillo con paso inestable. Me siento dolorida por todos lados. Quiero quedarme en la cama y dormir todo el día acurrucada contra él. No quiero pensar en otra cosa. En nada más. Quiero que el resto se evapore.

Por primera vez en la vida, me siento molesta con mi trabajo.

Oliver se mete conmigo en la ducha. Después de haber pasado toda la noche sin dormir y de acabar sudorosos haciendo el amor de forma desenfrenada, supongo que estamos demasiado cansados como para hacer algo más que besarnos. Pero aquí en la ducha, rodeados por el vapor y el agua caliente, sintiendo el roce resbaladizo de su piel contra la mía y esos dedos que pasan sobre mi culo y se introducen entre los glúteos, acabo suplicándole algo que jamás creí que suplicaría.

Lo miro.

—Quiero sentirte ahí.

El agua le cae por la frente. Esas pestañas tan espesas, apelmazadas por el agua, rodean sus ojos azules que me miran con intensidad.

—¿Estás segura?

—Pues sí. —Me pongo de puntillas para mordisquearle el mentón.

Oliver me pone de cara a la pared y me besa el cuello mientras sus dedos me acarician la espalda y el culo, hasta que, de repente, me mete un dedo y lo saca. Luego son dos, con delicadeza para que me acostumbre a la invasión. Mientras susurra, gime y me asegura que irá con cuidado y me dice lo mucho que me quiere, me penetra por fin centímetro a centímetro.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza. Sí lo estoy, pero no lo estoy. Me siento abrumada, como si me fuera a partir en dos, pero al mismo tiempo deseo más de él, lo quiero todo y a la vez.

No se ha puesto protección. Sus dedos se deslizan hacia delante para acariciarme, pero percibo la intensidad del momento para él y una vez que empieza a moverse, no dura mucho. La satisfacción que me provocan sus gemidos, sus estremecimientos y sus embestidas arrítmicas, sumado al grito que suelta cuando se corre y que reverbera en el cuarto de baño, libera el temor que he estado conteniendo. El temor de que ahora lo tengo, pero puedo perderlo.

De que todas las cosas buenas que tengo en la vida pueden desvanecerse y de que él me puede dejar.

De que podemos construir una vida juntos y nos la pueden arrebatar de repente.

De que acabaré destrozada, de que nada más importa salvo esto.

Ahora mismo, él lo es todo.

Oliver me lava con expresión somnolienta y sus labios me dan las gracias con cada beso.

—¿Cómo está mi chica?

Respondo la pregunta que acaba de hacerme, y no la más grande, la más enorme, porque existencialmente, en este momento no estoy bien. Me estoy ahogando en lo que siento por él.



Pero físicamente no me encuentro mal.

—Estoy bien.

Su boca encuentra la mía y me besa con desesperación, bajo el agua.

Sé que está muy trillado, pero todo cambia para mí después de la ducha. Creo que jamás podré querer a un hombre como quiero a Oliver.

Mientras nos vestimos en silencio, me mira con una mezcla de asombro y alivio.

—¿De verdad estás bien? —me pregunta otra vez desde el otro extremo del dormitorio al tiempo que saca ropa de un cajón.

Asiento en silencio con la cabeza.

Lo quiero. Lo quiero más que a nada en el mundo y ese sentimiento está aniquilando el resto de las cosas que me rodean.

Se acerca a mí y me mira tras cogerme la cara entre las manos.

—Lola Love, no estás bien. ¿Es por mi culpa? ¿Por lo que acabamos de hacer? —Su expresión se tensa.

Niego con la cabeza, me desperezo, le echo los brazos al cuello y entierro los labios en esa piel limpia y cálida. Él se inclina para estrecharme con fuerza. Quiero que me abrace todo el día. Quiero mantener alejado el resto del mundo y quedarme aquí, con Oliver, hasta que llegue la hora de meternos de nuevo en la cama.

Estoy aturdida, borracha. Subo la escalera de mi piso despacio, agotada de la mejor manera.

El piso está en silencio, London seguro que está surfeando, y me preparo un café antes de ir al dormitorio para empezar a trabajar en mi creciente lista de tareas pendientes con fecha de entrega. Llevo un día sin mirar el buzón de correo electrónico, y no quiero hacerlo todavía. Me gusta la burbuja.

Además, apenas he dormido. Clavo la vista en el ordenador, en el lápiz que descansa tan inocente sobre la tableta gráfica, y sé que tengo que hacer muchas cosas hoy, pero también sé que una siestecilla me ayudará.

Me tumbo en la cama, cierro los ojos e intento concentrarme en el desarrollo de la historia de *Escarabajo*, en quién es. Pero en cambio, mi

mente insiste en repasar todas las zonas sensibles de mi cuerpo, solo para recordar. Oigo la voz de Oliver en el oído, y recuerdo cada uno de sus besos.

Me despierto cuando fuera ha oscurecido y mi estómago protesta por el hambre.

Levanto el teléfono y parpadeo por la sorpresa al ver el número de notificaciones que aparece en la pantalla.

Tengo cuatro llamadas perdidas de números desconocidos y dos más de uno que sí conozco: el de mi publicista, Samantha. Deslizo el dedo por la pantalla y la llamo sin pérdida de tiempo.

—Sam —digo sin más—. ¿Qué pasa? Me he quedado dormida.

Percibo la sonrisa en su voz, el esfuerzo que está haciendo para mantener la calma a fin de que yo también la mantenga. Jamás la he visto estresada, hasta ahora mismo.

—Ah, vale, programaré de nuevo las llamadas. No te preocupes.

—¿Qué llamadas? —le pregunto al tiempo que me siento en la cama y me llevo una mano a la frente—. Mierda, Sam, ¿qué llamadas?

—El *Sun* —contesta y añade—: el *Post* y el *Wall Street Journal* habían concertado entrevistas para hoy. Sabía que al ser sábado iba a ser problemático, lo siento, pero es que me pareció más sencillo agruparlas todas hoy para que las publiquen el lunes. Las programaré para la próxima semana.

Algo estalla en mi interior, un pánico embotellado que se derrama por todas partes.

Me disculpo, corto la llamada y me quedo con la vista clavada en la pared, horrorizada. Me he saltado tres entrevistas hoy. Llevo un retraso de dos semanas para entregar un libro. Ya no sé ni quién soy y lo único que siempre he sabido hacer es escribir, dibujar y trabajar.

Me llaman por teléfono y, al mirar el móvil, que tengo en las manos, veo la foto de Oliver en la pantalla. Mi primer instinto es contestar, ir hasta la cama, tumbarme y dejar que la miel de su voz me envuelva.

En cambio, contengo el aliento y me odio muchísimo mientras le doy la vuelta al teléfono para dejarlo sobre la mesa y no tirarlo al suelo. Tengo que trabajar. Tengo que zambullirme en el trabajo y acabarlo todo. Estoy dejando las cosas de lado, no... las estoy abandonando directamente. Solo necesito

dibujar una línea y después otra, y otra, y otra más hasta terminar.

Lo único que puedo hacer ahora mismo es unir palabras e imágenes para ir desarrollando una historia y todo saldrá bien.

Todo saldrá bien.

# 13

## Oliver

Las horas se confunden unas con otras después de que Lola se vaya y los detalles que me rodean son lo bastante difusos como para pasar de ellos. El sol entra directamente en la cocina, atraviesa el parabrisas mientras conduzco, atraviesa los escaparates de la tienda, lo barre todo a mi alrededor, elimina todo rastro de color. No quiero hacer nada salvo estar con Lola, en mi cama.

En lo que se refiere a fines de semana, este es bastante tranquilo. WonderCon, que se celebra en Anaheim, ha hecho que la mayoría de los frikis de la ciudad se vaya. Y lo agradezco: nunca me han faltado las ganas de trabajar en la tienda, pero nuestra relación está en un punto —con el ansia, la obsesión y el doloroso deseo de recibir caricias, de follar, de correrme— que me provoca una deliciosa distracción. Me permito un montón de fantasías. Me escondo en la oficina para no hablar con Joe y así poder mirar la pared mientras recuerdo haberme despertado besando los cálidos pechos de Lola antes de seguirla a la ducha.

Intenté ser dulce, tierno. Estaba temblando, empalmado y medio ido cuando me di cuenta de lo que ella me pedía. Se corrió en mis dedos, me aseguró que había sido genial, pero no creo que sea consciente de hasta qué punto eso ha cambiado la cosas para mí.

Porque ahora es como si lo nuestro fuera algo ya asentado, como si

lleváramos años juntos en vez de unos pocos días. Es la definitiva, ella es mi vida; mi corazón ya lo ha decidido.

La llamo para asegurarme de que se siente mejor ahora que está en casa, centrada en el trabajo, pero me salta el buzón de voz. Sé que el trabajo la está sobrepasando, que lo de Los Angeles ha ido fatal. No me sorprende que se esté encerrando en su mundo para concentrarse.

Sin embargo, la comprensión se vuelve inquietud al ver que no me contesta en todo el día ni me manda mensajes. La noche de sábado pasa tranquila mientras veo pelis de serie B con la tele en silencio e intento leer un montón de novedades del miércoles.

Intento, pero no lo consigo, tomármelo bien, me digo que no tenemos que pasar juntos todas las noches, que no pasa nada si ella no corresponde mi enamoramiento.

Cuando me despierto el domingo, ni siquiera tengo un mensaje de texto suyo y no desayuno, porque tengo el estómago un poco revuelto. Consigo trabajar cuatro horas seguidas en la tienda, empaquetando excedentes de stock, limpiando el mostrador y haciendo pedidos, antes de rendirme, entrar en la oficina y llamar a Finn.

—Tengo que pedirte un favor —le digo—. Hoy vas a tener que ejercer de barómetro, porque quiero medir si ciertas reacciones son adecuadas.

—Ostras —replica—, espera que voy a... ¡Ya! Tenía que anotar la hora de esta conversación.

En circunstancias normales, el comentario me haría reír, pero ahora mismo la tensión me come.

—Me despedí de Lola el sábado por la mañana, después de no haberla visto en toda la semana. Se quedó a dormir el viernes. Pero ya estamos a domingo por la noche y no he hablado con ella desde entonces. La he llamado y le he mandado mensajes, pero nada. —Hago girar un bolígrafo sobre la mesa—. Es raro, ¿verdad?

—Es rarísimo, sí. —Oigo que tapa el auricular con la mano y que murmura algo—. Sí, a ver, Harlow dice que Lola está en casa, trabajando. —Harlow dice algo que no consigo entender y Finn lo repite—: Si te sirve de consuelo, Lola tampoco ha contestado sus llamadas.

Le doy las gracias y cuelgo, dividido entre el dolor y la confusión. Entiendo que quiera encerrarse en su cueva para trabajar este fin de semana; joder, incluso entiendo lo de la semana pasada en Los Angeles. Pero es raro de cojones que no sea capaz ni de contestar mis mensajes, y si esto es lo normal siempre que se enfrenta a una fecha de entrega, vamos a tener que llegar a un compromiso de algún tipo o, al menos, tendrá que avisarme de lo que va a pasar. Cuando se fue el sábado por la mañana, estaba ansiosa por ponerse a trabajar, pero... tenía el cuerpo relajadísimo por la satisfacción y una sonrisa deslumbrante en la cara.

Subo al piso por las escaleras en vez de por el ascensor en un intento por rebajar el estrés. Una vez que llego a su planta, recorro el estrecho pasillo que lleva a su puerta y me paro delante para inspirar hondo.

«No ha pasado nada. Todo va bien.»

Y una mierda que todo va bien. Conozco a Lola. Conozco cada una de sus expresiones. Tengo un puto máster avanzado en las reacciones de esta mujer, en sus miedos y en sus ataques de pánico. Aunque no tenga nada que ver conmigo, algo le pasa.

London abre poco después de que llame a la puerta, con un regaliz rojo entre los dientes y el mando de la consola en la mano.

—*Titanfall* —me dice al tiempo que me saluda con un gesto de la cabeza y se vuelve hacia el sofá—. ¿Quieres jugar? Lola está encerrada en su cueva.

Meneo la cabeza y consigo esbozar una sonrisa temblorosa.

—Solo quería pasarme a saludar. ¿Está en su dormitorio?

London asiente con la cabeza de forma distraída.

—Solo ha salido en busca de café y cereales en todo el día.

Enfilo el pasillo con la esperanza de que mis pasos sobre el suelo de madera la alerten de mi llegada. Llamo con suavidad a su puerta antes de girar el pomo y entrar.

He visto su dormitorio unas cuantas veces y se parece a lo que recuerdo: un lío organizado. El suelo está limpiísimo y la cama, pulcramente hecha. Pero las demás superficies están cubiertas por lo que parece casi un caos. Hay un enorme escritorio en un rincón, con la tableta gráfica y el ordenador en un extremo. El resto de la mesa está lleno de lápices, botes de pintura, montones

de dibujos y varios cuadernos. Hay trozos de papel, servilletas e incluso envoltorios de chicles desperdigados por encima, ideas que se le han ido ocurriendo mientras estaba fuera. La pared que hay por encima del escritorio y la de al lado están prácticamente empapeladas con bocetos y viñetas, algunos poco más que bocetos en carboncillo, mientras que otros están tan llenos de color que no sé cómo pueden ser reales. Una hilera de luces recorre el techo y me imagino lo relajante que tiene que ser por la noche. El refugio que supone para ella. Hay una cómoda bajo la ventana y las dos mesillas de noche, a ambos lados de la cama, están llenas de fotos enmarcadas.

Me tomo mi tiempo echando un vistazo a mi alrededor y me doy cuenta de que, básicamente, estoy dentro de la cabeza de Lola. Focos de organización rodeados por una interminable y abrumadora fuente de ideas.

—Está un poco desordenado —susurra ella a modo de saludo, y cierro la puerta a mi espalda.

—Está bien —le digo. «Te quiero» es lo que quiero decir, pero ¿cuántas veces debería decirlo sin que ella me lo diga a su vez? Así que me inclino para besarla en la boca tal como llevo deseando hacer desde la última vez que me besó.

Sin embargo, Lola se aparta tras el roce más liviano y se quita las gafas para mirarme. Está desaliñada, salta a la vista que está estresada, y ahora reparo en las cuatro tazas de café vacías que hay junto a su silla, y también en la expresión aterrada y perdida de sus ojos.

—No he tenido noticias tuyas —sigo—. Empezaba a preocuparme.

Asiente con la cabeza y se frota los ojos.

—Es que estoy intentando ponerme al día. He entrado en modo pánico y... En fin —dice y me mira de nuevo—. Supongo que estoy así porque nunca antes me había retrasado en un proyecto.

Le froto el brazo.

—Todo saldrá bien, preciosa. Date tiempo para pensar en todo.

Hace una mueca y se vuelve hacia el escritorio.

—Pues ahora mismo no está nada bien. No puedo permitirme el lujo de dejar que las ideas fluyan por sí solas. Así soy yo cuando me salto una fecha de entrega.

—Si quieres salir un poco de tu dormitorio, puedes trabajar en mi casa —le digo al tiempo que echo un vistazo a mi alrededor y me pregunto si un lugar de trabajo más ordenado la ayudará en su estado—. Puedo prepararte la cena y tú solo tendrás que sentarte a la mesa y trabajar.

Lola menea la cabeza.

—No puedo trasladar todas mis cosas allí. Tengo que aguantar el tirón y ya está.

Asiento con la cabeza y me vuelvo para sentarme en la cama.

—Dime cómo puedo ayudarte.

Lola se queda callada, con la vista clavada en el dibujo a medio hacer que tiene en la pantalla del ordenador. Parece que ni parpadea.

—Lola, dime cómo puedo ayudarte.

Cierra los ojos y toma una rápida bocanada de aire, como si acabara de recordar que estoy en el dormitorio.

—Antes era más fácil —dice en voz baja—. Antes era capaz de desentenderme de todo y ni me preocupaba de si estaba perdiéndome algo.

Me inclino hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Perdiéndote algo? ¿Qué quieres decir?

Señala con desgana la pantalla del ordenador.

—Llevo trabajando en esto horas y no está ni a la mitad. Tengo que hacer veintiséis páginas más y de momento todo lo que tengo es una porquería. — Se da la vuelta y me mira por encima del hombro—. Antes era capaz de perderme en el trabajo. Ahora sé que estás en la tienda, o en casa, o en la cama. Y no pienso en otra cosa.

Sonrío, me levanto y me acerco a ella para besarla en la nuca. Se tensa y luego se relaja, de modo que dejo un reguero de besos hacia su oreja.

—Ahora estoy aquí. Ya encontraremos el equilibrio. También a mí me cuesta ir a trabajar.

—Ojalá pudiera ponerlo en pausa, eso es todo —dice, como si no me hubiera escuchado.

—¿En pausa?

Asiento con la cabeza y se aparta del escritorio al tiempo que se pone en pie, lo que me obliga a retroceder un paso.



—Solo para... para poder terminar esto. Sé que vamos a estar juntos. Quiero que estemos juntos, de verdad que sí. Es que...

Un escalofrío me recorre por entero y me deja helado.

—Lola, esta obsesión no va a ser tan fuerte siempre.

Menea la cabeza.

—Creo que para mí... sí lo será. Pero no puedo meter la pata con esto, Oliver. Es muy importante para mí. Soy consciente de que algo así no pasa todos los días y si meto la pata, me muero.

—Lo sé, cariño, yo... —Dejo la frase en el aire y el corazón se me encoge de la vergüenza cuando caigo en la cuenta de una cosa: no está hablando de lo nuestro, está señalando la pantalla del ordenador.

—Llevo trabajando en este sueño desde los quince años —susurra—. Casi ni me acuerdo de cómo es la vida sin él, y ayer por la mañana solo quería alejarme un rato para poder dormir porque nos pasamos la noche despiertos. Odio trabajar con Austin y con Langdon. Odio haberme saltado la fecha de entrega. Pero esto es lo que siempre he querido hacer. Tengo que hacerlo ahora y estoy dejando que se vaya todo al traste.

Los nervios me provocan un nudo en el pecho.

—No tenemos que pasar todas las noches juntos. Nunca se me ocurriría pedirte que bajaras el ritmo. Solo he venido porque me ha parecido raro no saber de ti, después de cómo nos despedimos el sábado por la mañana. Me tenías preocupado.

Lola se sienta en el borde de la cama.

—Lo sé. Lo siento.

Me siento junto a ella y la cojo de la mano.

—No tienes que disculparte por nada. Es que me preocupo porque estás muy estresada.

Asiente con la cabeza una y otra vez. Es un gesto lento, continuo, casi derrotado. Y luego me mira. Tiene los ojos enrojecidos, hinchados.

—¿Deberíamos ponerlo en pausa?

Mi cerebro no atina a procesar las palabras.

—¿Cómo?

Traga saliva y lo intenta de nuevo:

—¿Deberíamos darnos un poco de espacio?

Yo también tengo que tragar saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta antes de hablar, y me cuesta varios intentos.

—No sé muy bien a qué te refieres.

—Me refiero a que quiero estar contigo, pero no creo poder hacerlo ahora mismo.

No lo entiendo.

—¿«Ahora mismo»?

Asiente con la cabeza.

Frunzo el ceño mientras intento descifrar lo que me está diciendo.

—Eso quiere decir que... necesitas una semana para trabajar tranquila, ¿es eso? Por mí, de acuerdo.

Lola se mira las manos fijamente.

—No lo sé. Creo que deberíamos volver a como estábamos hace un par de semanas y luego ver cómo están las cosas en verano.

La miro, boquiabierto, con la sensación de que el corazón se me está deshaciendo en ácido.

—Lola, estamos en marzo.

—Lo sé. —Vuelve a asentir una y otra vez mientras contiene las lágrimas—. Lo sé. Es que las dos cosas se me dan de pena. Se me da de pena de verdad, y no quiero meter la pata en esto, ni tampoco en lo otro —dice al tiempo que señala la pantalla del ordenador—, y creo que tengo que hacer la novela sin nada más. Sin que estés tan... disponible.

—Entiendo que lo de Los Angeles fue espantoso y que el trabajo te tiene muy estresada, pero esta no es la manera de enfrentarse a la situación. Sientes algo por mí —le digo, con un deje urgente y frustrado en la voz, sé que es verdad—. Sientes algo muy fuerte por mí. No me estoy imaginando lo que hay entre nosotros, Lola.

—Claro que siento algo por ti —admite, y me mira con los ojos brillantes por las lágrimas—. Estoy loca por ti. Pero ahora mismo esto es más importante. No estaba preparada. No debería haber ido a tu casa, no debería haber jugado al póquer. Debería haber esperado hasta terminar con todo esto.

Me pongo de pie y me froto la cara.

—Lola, es una idea malísima. La gente no se «da un poco de espacio» en una relación para ponerse al día con el trabajo.

Cierra los ojos.

—No hay opción buena. —Vuelve la cara hacia mí—. ¿Me esperarías? Solo... —Menea la cabeza—. ¿Esperarías hasta que lo haya solucionado?

—¿Durante tres meses? —le pregunto.

—O algo menos. No... —Aparta la vista—. Ni siquiera sé lo que necesito.

Me doy la vuelta y clavo la mirada en su caótico escritorio mientras la rabia, el dolor y la confusión hierven en mi pecho.

—Por favor, no te enfades —susurra—. No iba a decirte nada, pero ahora estás aquí y yo no voy a desaparecer, de verdad que no, solo digo que tengo que terminar esto.

Asiento con la cabeza mientras deseo poder convertirme en piedra.

—Oliver, di algo.

Hablo con voz dolida, ronca:

—Podrías haber dicho que necesitas esta semana para estar sola, sin más. Eso habría tenido sentido.

Se frota la cara y me mira con expresión suplicante.

—Necesito ocuparme de esto, sin pensar en nada más. Necesito que esto sea lo único en mi cabeza.

Echo a andar hacia la puerta y me vuelvo para mirarla mientras apoyo la espalda en la madera.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? ¿Quieres darle a la pausa? ¿Quieres que nos demos un poco de espacio?

«Una viñeta lo muestra rompiendo el cristal, encabronado y con el pecho en llamas.»

Asiente con la cabeza.

—Necesito la certeza de que no tengo otras obligaciones. Que estar contigo no es una opción cuando tengo que trabajar.

—Así que ya no estamos juntos porque es demasiado bueno —digo con voz inexpresiva— y te distrae demasiado.

—Pero lo estaremos —me asegura.

—¿Pero tú te estás escuchando? Las cosas no funcionan así, Lola.

—Solo tenemos que...

—Darle a la pausa —la interrumpo—. Ya lo pillo. —Suelto una carcajada seca—. Lola, te quiero. Lo sabes. Y quieres que yo... que te espere, durante meses, a que estés lista de nuevo, ¿es eso?

Me mira con impotencia.

—Tengo que priorizar esto.

—Si eres mi mejor amiga, creo que no deberías desearme eso —le digo—. De hecho, creo que es una chorrada. Creo que el trabajo te tiene muy estresada, pero también creo que ahora mismo estás haciendo el gilipollas.

Parece apenada, pero también aliviada, como si yo hubiera accedido a aceptar la puta mierda que acaba de interponer entre nosotros.

—Así que se ha acabado —digo.

—¿Podemos hablar dentro de un par de días? —me pregunta cuando abro la puerta.

Se le quiebra la voz al pronunciar la última palabra, pero me importa una mierda. Nunca me he creído merecedor de nada. Nunca he sido la persona más importante para nadie. Pero antes de Lola, nunca había necesitado serlo. ¡A la mierda con todo!

—A lo mejor solo necesito...

Cierro la puerta antes de oír cómo acaba la frase.

# 14

## Lola

—¿Tendré que sacarte a rastras a desayunar para hablar del tema?

Me despierto sobresaltada después de haberme quedado frita con la cabeza apoyada en la mesa y me encuentro a Harlow en la puerta del dormitorio, con los brazos cruzados por delante del pecho. Me mira echando fuego por los ojos y su postura es agresiva. Cuando Harlow se cabrea, es un arma de destrucción masiva.

El reluciente sol del lunes por la mañana ilumina mi dormitorio.

—Iba a llamar —le digo con un hilo de voz y los ojos entrecerrados. Echo un vistazo a mi alrededor mientras trato de ubicarme. Salvo por los terribles diez minutos que pasé ayer con Oliver, llevo trabajando sin parar desde el sábado por la noche. La pantalla está apagada, en modo de suspensión. He dormido con el lápiz pegado a la cara otra vez y tengo un taco de notas adhesivas pegado al brazo—. ¿Te has enterado?

—Sí —me contesta con brusquedad—. Me he enterado. —Se acerca a mi armario y empieza a sacar ropa—. Vamos.

Me apoyo en una mano.

—Harlow, tengo muchas cosas que hacer.

—Por una hora no pasa nada. Y el cuerpo necesita comida. Vamos, Lola.

En circunstancias normales, me metería en la cama y pasaría de ella. Hoy

no se me ocurre hacerlo. Ayer acabé unas cuantas viñetas y el resto de la historia, pero tengo la impresión de llevar la cabeza llena de algodón, y el corazón sigue latiendo de forma automática. Tras alejar a Oliver de esa manera, he dejado de ser una cabeza hueca enamorada y distraída y me he convertido en un robot productivo e insensible. La verdad, no sé qué versión prefiero. Me remuerde la conciencia por la expresión dolida que vi en su cara, y cierro los ojos mientras respiro hondo y lucho contra el impulso de llamarlo y disculparme.

Harlow conduce en silencio, con los dientes apretados. Todos sabemos lo que significan sus silencios. Pero en este caso no sé si significa que está enfadada conmigo o con otra persona.

«Pero ¿tú te estás escuchando?»

«Creo que no deberías desearme eso.»

«Creo que estás haciendo el gilipollas.»

Cuando recuerdo a Oliver diciendo eso, se me rompe el corazón y los trocitos caen a la caverna de mi estómago.

Sí, lo más probable es que esté cabreada conmigo.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras avanzamos por Washington Boulevard.

La respuesta es sencilla: no. *Escarabajo* sigue sin terminar, y no sé cómo voy a llegar al meollo de la historia estando tan desesperada. Además, tengo la sensación de haber tomado la decisión adecuada y de haber metido la pata hasta el fondo al mismo tiempo en lo referente a Oliver. ¿Cuándo van a inventar los científicos la pastilla de la sabiduría? O a implantarnos un chip en la cabeza que nos permita saber si hemos tomado la decisión acertada en una situación crítica a la hora de elegir entre el amor y el trabajo.

Además, soy incapaz de pasar por esta avenida sin que el estómago se me encoja porque recuerdo a Mia, herida y ensangrentada, debajo del camión durante casi una hora.

Logro contestar con un hilo de voz:

—Estoy bien.

Harlow me mira de reojo mientras conduce y siento las preguntas acumulándose dentro de su cabeza como si estuviera subiendo la presión

atmosférica en el coche. Entra en el aparcamiento de Great Harvest, apaga el motor y me mira.

—¿Prefieres hablar del tema aquí o dentro, con las demás?

Suelto una carcajada que más bien es una tos.

—Vamos a entrar. Solo tengo una hora.

Harlow asiente con la cabeza con decisión, abre la puerta y echa a andar por el aparcamiento.

Mia y London ya están sentadas cuando entramos y me sonríen con alegría. La expresión de Mia me deja claro que está intentando pasar por alto mi aspecto. Solo me he echado un vistazo en el espejo del cuarto de baño antes de salir y no exagero si digo que parece que me han caracterizado para hacer de zombi en alguna película de miedo.

—Bueno, hola —digo mientras me siento y me coloco la servilleta en el regazo—. ¿Qué tal?

London resopla, se ve que le ha hecho gracia, pero su expresión se vuelve seria al instante en cuanto Harlow la mira ceñuda con cara de: «No vamos a permitirle que se lo tome a broma».

—Oliver vino anoche a cenar —dice Mia, que pasa de preámbulos y se inclina hacia delante para hablar en voz baja—. Dice que has cortado con él.

—No he cortado con él. —Le sonrío a la camarera mientras me sirve una taza de café, pero no sé si en realidad me habrá salido más bien una mueca desagradable. Parpadeo, me humedezco los labios y me los muerdo para evitar preguntarle a Mia por lo que Oliver dijo, por el aspecto que tenía. Por cómo le va.

—Pues te aseguro que eso es lo que él cree —replica Mia—. Que has cortado con él.

Bebo un sorbo de café y experimento la extraña sensación de tener un trozo de mármol en el pecho. No entendió lo que le estaba diciendo. Para ser justa, ni siquiera yo estoy segura de haber entendido lo que le decía. No planeé que me saliera de esa manera. Pero me pareció adecuado pedirle un poco de tiempo para asegurarme de que tenía la cabeza enfocada en la dirección correcta. Hasta ahora ha entendido todo lo que he necesitado hacer, ¿por qué esto no lo entiende? Cuando mi madre se fue, mi padre se derrumbó y las

pasamos canutas. Los amigos nos traían comida y actuaban como si no le dieran importancia al asunto, pero lo cierto es que fue una etapa muy chunga. No quiero tener que preocuparme por llegar a fin de mes. No quiero tener que preocuparme por la idea de no poder mantenerme. No quiero sentir que estoy abandonando algo que es importante para mí, y si Oliver no puede esperar a que me sienta más segura, significa que tenemos un problema importante.

—Entonces ¿no has cortado con él? —me pregunta Harlow.

Sé que está intentando decidir qué postura tomar en todo esto. ¿Me está protegiendo a mí y a mis intereses o se está preparando para darme un par de leches y espabilarme?

—Solo le dije que necesitaba un poco de tiempo.

—¿En serio? —replica Harlow, y sé que pasaría el brazo por encima de la mesa para darme un pellizco si creyera que no iba a llamar la atención.

—A ver, no sé por qué le dais tanta importancia. —Respiro hondo con la vista clavada en las vetas de la madera de la mesa—. Me he saltado la fecha de entrega de un proyecto porque se me ha ido el santo al cielo, la verdad. Tengo una semana y media para retocar el guion y me he pasado la mitad del tiempo en Los Angeles discutiendo con el payaso del guionista. Se supone que también tengo que aportar ideas para el libro que se publicará después de *Escarabajo*, y querían las primeras páginas una semana después de que entregara *Escarabajo...*, algo que tenía que haber hecho hace dos semanas. Es que... —Me quito un padrastro diminuto del pulgar—. Ya estaba muy liada con los viajes y escribiendo, y en cuanto me dejé llevar por la idea de estar con Oliver, me pegué el batacazo. No he conseguido organizarme mientras estaba en Los Angeles, me he saltado las fechas de entrega. Me he dado cuenta de lo rápido que puedo perderlo todo. —Por fin las miro a la cara—. Quiero intentar acabar unas cuantas cosas y después me permitiré... disfrutarlo.

Soy consciente de las miradas preocupadas que intercambian, pero ninguna sabe muy bien cómo responder.

—Tienes muchas cosas ahora mismo entre manos —dice London—. A ver, que lo entiendo.

—Pero estamos hablando de Oliver —añade Mia—. No es que... —Deja la



frase en el aire y sé lo que quiere decir, lo sé, lo sé.

Es Oliver. No va a presionarme. No se va a interponer en mi camino.

La que se interponía en mi camino era yo.

—Aunque estés ocupada, siempre sacas tiempo para hablar con nosotras. ¿Por qué no puedes hacer lo mismo con él? —me pregunta Mia.

No puedo responder esa pregunta. No puedo, porque tengo la impresión de que no debería verme en la necesidad de explicarle a una recién casada que está enamoradísima de su flamante marido que no es lo mismo estar enamorada que hablar con tus amigas. Necesito estar cerca de Oliver a todas horas. No me veo capaz de encontrar el equilibrio ahora mismo, porque quiero que me toque y tocarlo cada segundo de cada día.

—¿Cómo te las arreglaste cuando Ansel estaba en París trabajando a todas horas?

Se encoge de hombros y golpea los cubitos de hielo del vaso de agua con una pajita.

—Lo dejaba solo por las noches para que trabajara.

«Pero, ¡por Dios!, ¿cómo se hace eso?», quiero preguntarle. Para mí es tan misterioso que me dan ganas de arrancarme la piel. Si Oliver estuviera en la misma habitación que yo, o incluso aunque estuviera en la tienda, pero fuera mío de todas formas, sería incapaz de funcionar. Dejaría que *Pez Navaja*, *Escarabajo* y todo lo demás, incluyendo mis seres queridos, se fueran al cuerno. Lo he demostrado.

—Es que tengo la impresión de que estás siendo muy dura contigo misma —murmura London—. ¿Es posible que te estés castigando?

Sí, tiene razón. Lo estoy haciendo. Sé que no podemos detener lo que sentimos. Lo tengo claro. Percibo que mis amigas me miran como si fuera un bicho fascinante metido en un frasco de cristal porque, al menos en el caso de Harlow y de Mia, ellas no se preocuparían en la vida por mantener el equilibrio entre el amor y el trabajo. Mia ya ha superado la prueba y Harlow se limitaría a transformar el mundo para que cupiera en la palma de su mano.

No soy tan tonta como para no saber que lo que pido no es habitual.

Quiero gritar a los cuatro vientos que sé que le he pedido mucho a Oliver, que le he pedido algo incluso irrazonable, pero tampoco estoy segura de

poder disculparme y sé que, al final, acabará entendiéndolo. No quiero echar por tierra mi carrera profesional. No me gusta la facilidad con la que me he desentendido de las cosas en cuanto me he acostado con Oliver. Tengo la impresión de que debo escalar esta pequeña pendiente y de que después lograré sentirme más segura, más firme. Seré mejor para él y también lo seré para mí.

Saco un lápiz del bolso y un tíquet arrugado y empiezo a dibujar.

«La viñeta muestra a la chica inclinada sobre su mesa. El suelo está lleno de papeles. La mesa está cubierta de virutas del lápiz.»

—Bueno, ¿creéis que ha pasado página? —pregunto con la cabeza gacha y el corazón hecho trizas.

Todas me miran sin moverse y, mientras apoyo el lápiz en el papel, siento que mi caparazón protector se estremece y amenaza con salir rodando por la mesa hasta estrellarse contra el suelo. Quiero que Oliver sea mi amigo. Necesito que sea mi amigo porque lo quiero. ¿Soy idiota? No creo que lo que le he pedido sea para tanto, solo quiero rebobinar un poco. No sé cómo voy a superarlo en caso de que me digan que todo se ha acabado entre nosotros.

—A ver, anoche estaba muy cabreado —contesta Mia mientras se encoge de hombros—. No quería hablar mucho del tema. Nos pasamos casi toda la noche paseando de un lado para otro de la casa mientras Ansel y Oliver hablaban de las remodelaciones que pueden hacer sin ayuda.

Por regla general, me habría llamado después para contármelo todo. No, por regla general, yo lo habría acompañado. Ha pasado meses siendo mi acompañante predeterminado y yo la suya.

Y ahora, además de haberme quedado sin sexo, también me he quedado sin sus llamadas telefónicas.

—¿La gente no hace esto? —pregunto al tiempo que aferro la taza de café—. ¿La gente no hace pausas en su relación, aunque les vaya bien?

—Lola, eso se llama «cortar» —responde Harlow, que habla despacio.

—¿Es una pregunta tonta, entonces? —replico a la defensiva por culpa de su tono de voz.

Ella pone los ojos en blanco, exasperada.

—A ver, ¿por qué no le dices que vas de cráneo esta semana y que lo

llamarás cuando tengas una noche libre?

—Porque mi creatividad se evapora cuando tengo esa opción —respondo—. No quiero trabajar cuando estoy con él. Y eso no me ha pasado nunca. Lo siento, pero el trabajo tiene que ser lo primero. Porque estaba antes. No puedo dejarlo porque empiece a salir con alguien y las cosas se pongan difíciles por la carga que supone.

Y en este momento, justo ahora, es cuando me queda claro que Harlow quiere darme un guantazo, pero no lo hace. Se limita a asentir con la cabeza y a extender el brazo por encima de la mesa para cogerme la mano.

Le mando un mensaje de texto a Oliver después de desayunar, un simple: «Hola, ¿estás bien?», pero no me contesta. A la mañana siguiente, directamente apago el móvil para dejar de mirarlo. Para dejar de desear.

No salgo de la cueva hasta el miércoles por la noche, momento en el que me rindo y bajo a Downtown Graffick. El camino entre el piso y la tienda está lleno de pisadas mías y siento una extraña nostalgia cuando llego a la puerta. Hace menos de una semana estaba bajando de un coche y arrojándome a los brazos de Oliver. Ahora me tiembla todo solo de pensar en entrar en la tienda como si nada y en actuar con normalidad.

A lo largo de los últimos días he llegado a la conclusión de que a lo mejor soy la idiota más grande del mundo.

A lo mejor alejar la tentación no ayuda. A lo mejor lo peor es comprender poco a poco que hacer una pausa significa que ya no es mío.

Cuando suena la campanilla de la puerta, unos cuantos clientes alzan la vista y sonrían antes de seguir con lo que estaban haciendo. Joe No me sonrío desde detrás del mostrador, aunque el gesto se desvanece poco a poco.

—Hola —me saluda mientras suelta el libro que está leyendo.

—Hola.

Y ahora ¿qué hago? ¿Finjo que he venido para comprar un par de libros?

—¿Está Oliver? —pregunto, pasando de disimulos.

Joe No parece incómodo mientras mira hacia la puerta.

—Acaba de irse.

«Mierda.»

—Vale, gracias. —Me doy media vuelta y enfilo el pasillo de los mangas mientras intento decidir si lo llamo o si voy directamente a su casa y le digo que soy imbécil y que, en realidad, no quiero cortar con él ni tomarme un descanso, y que si por favor podemos olvidar lo que ha pasado.

Estoy hojeando un libro, distraída, cuando siento una presencia detrás de mí.

—Vale —me dice Joe No en voz baja—. ¿Qué coño está pasando?

Dejo el libro en la estantería y me vuelvo para mirarlo.

—¿A qué te refieres?

Él ladea la cabeza y frunce el ceño.

—Venga ya.

—¿Te refieres a Oliver y a mí? —le pregunto. A ver... en realidad no es asunto suyo, pero ¿desde cuándo lo ha frenado eso? Asiente con la cabeza—. No lo sé —confieso—. Hemos discutido y quiero intentar hablar con él.

—El motivo de que te lo pregunte... —me dice, ceñudo—. No, el motivo por el que estoy confuso —se corrige— es porque acaba de irse con Hard Rock Allison.

Lo miro en silencio.

—Han ido a cenar.

Vuelvo a casa en plan zombi, me como unos cuantos Rice Krispies directamente de la caja y después de ponerme los auriculares, trabajo como una loca hasta las tres de la mañana.

Es como si hubiera pulsado un interruptor que me ayuda a no pensar siquiera en lo que Joe No me ha dicho porque, de lo contrario, acabaré hecha polvo.

Me despierto sobre las siete y echo a andar a trompicones hasta el ordenador. Miro la pantalla, cierro los ojos con fuerza y los vuelvo a abrir en un intento por despejarme.

Nada. No se me ocurre nada. Necesito comida. Necesito aire fresco.

London está en la cocina, preparando café, y cuando me ve entrar, me sirve

una taza sin mediar palabra.

—Gracias —murmuro.

El móvil me vibra en la mano y cuando lo miro, me encuentro un mensaje de London en el grupo que tenemos ella, Harlow, Mia y yo.

Se ha levantado.

Miro a London.

—Son las siete y media. ¿Habéis estado esperando a que me levantara?

—Más o menos —contesta London con una sonrisa agradable.

Harlow contesta:

Lola, hemos quedado esta noche en el Regal Beagle.

Miro el teléfono y después lo dejo en la mesita auxiliar para coger la taza de café. Ahora mismo no puedo enfrentarme a Harlow.

London rodea la encimera y entra en el salón.

—¿Vas a venir?

Me siento.

—No creo.

—¿Eso es un sí?

—Eso seguramente sea un no. —Hago una mueca a modo de disculpa—. Tengo que trabajar.

London se sienta a mi lado en el sofá y, por primera vez desde que la conozco, no me mira con expresión risueña.

—Desde el sábado por la noche has salido de esta habitación un total de una hora y media. Estamos a jueves.

Asiento con la cabeza y bebo un sorbo de café.

—Estoy adelantando mucho. Voy bien.

—A ver —me dice—, no vas a fingir que estás bien y no vas a seguir sin hablar con nadie. Si estás triste, dime que me quede en casa contigo para desahogarte y llorar en mi hombro. Si no quieres hablar con nosotras, sigue fingiendo que ser una ermitaña obsesionada por el trabajo es normal, pero por lo menos baja una puta noche al bar.

—¿Oliver también va?

—Sí —responde—. Tu amigo Oliver también vendrá.

Me apoyo en el respaldo del sofá y cierro los ojos. El corazón me late a doscientos por hora.

Esta noche he tardado un siglo en arreglarme. ¿Estoy enfadada o me siento culpable? No tengo ni idea.

Sé que tengo el armario lleno de ropa nueva que he comprado para las firmas de libros, las entrevistas y demás chorradas, pero lo odio todo. Un vestido es demasiado corto, otro es demasiado largo, otro es demasiado estrecho. ¿Enseño canalillo o me tapo? ¿Voy hecha un desastre para que vea que me importa una mierda con quién salga o hago un esfuerzo y me presento estupenda?

Al final, me pongo un jersey con cuello de pico, para enseñar un poco el canalillo, mis vaqueros preferidos y unas botas. Tengo el pelo más largo que nunca, me llega a la mitad de la espalda, y en vez de hacerme una coleta o un recogido desenfadado en la coronilla, me lo dejo suelto y liso. Lo llevo apartado detrás de las orejas, pero así al menos podré ocultarme la cara si lo necesito. Nunca he sido de maquillarme mucho, no necesito una base cubriente ni polvos sueltos, así que solo me pongo brillo de labios.

Odio besar cuando lo llevo. Es como el cinturón de castidad que me asegurará como mucho besos castos con ese hombre al que quiero, pero que a lo mejor salió con otra anoche.

Cuando llego, el grupo ya está en el reservado de siempre, situado en el fondo. Veo a Ansel, a Mia, a Finn, a Joe No, a London y a Oliver, que me está dando la espalda y cuyos anchos hombros supongo que me impiden ver a Harlow, porque sí que oigo su risa desde el otro lado del local.

Siento el estómago en la garganta. Saludo con la mano a Fred y me detengo al llegar al reservado, a la espera de que Oliver se percate de mi presencia y se aparte para hacerme sitio y así poder sentarme. Todos me miran y el momento me recuerda un poco a las fichas del dominó que van cayendo unas tras otras, me sonrían de forma instintiva antes de recordar, con lo que el

gesto desaparece mientras miran a Oliver.

Juro que se me va a salir el corazón del pecho.

¡Por Dios! Oliver contiene el aliento cuando me ve aquí de pie y se limita a mirarme a la cara durante lo que me parece una eternidad de segundos.

Y solo con eso tengo la impresión de que acaban de abofetearme. No solo lo echo de menos, también lo necesito. No quiero este distanciamiento. No quiero que lo nuestro se acabe. No quiero perderlo. Me cago en la leche, ¿cómo lo compagino todo?

Al final, se aparta para dejarme sitio y sonrío sin mirarme.

—Siéntate.

Lleva una camiseta verde oscura de manga corta de *Preacher* y los mismos vaqueros oscuros que llevaba la otra noche, cuando lo desnudé y le hice la primera mamada.

Todavía siento el roce de su piel en los labios, sus manos temblorosas en el pelo.

Todavía recuerdo sus gemidos en la ducha. Lo que hizo.

«La viñeta muestra a la chica de pie delante del espejo, rodeada por las palabras: NO ESTOY PREPARADA PARA ESTO. NO ESTOY PREPARADA PARA ESTO NI DE LEJOS.»

—Hola —consigo decir.

—Hola. —Oliver traga saliva y sus ojos se detienen un segundo en mis labios antes de que controle su expresión y ponga cara de póquer como solo él sabe hacer.

Es la primera vez que lo veo desde el domingo por la tarde, y tengo la impresión de que alguien me ha colocado el corazón del revés.

Dios, si este momento es difícil para mí, no quiero imaginarme cómo será para él. Terrible. Y míralo, ahí tan campante y tranquilo, tan compuesto. Creo que nunca he admirado a nadie tanto como lo admiro a él.

—Hola, Lola —me saluda Ansel con una sonrisa tan grande que solo se le ven hoyuelos.

Le devuelto la sonrisa.

—Bueno, ¿cómo va el libro? —me pregunta Harlow levantando la voz un poco, tirando a demasiado.

La miro con cara de «¿En serio? ¿Vamos a hablar de esto aquí y ahora?», y me limito a contestar:

—Bien.

—Todo va bien —murmura, y veo que Finn le da un codazo con suavidad.

Es el momento más incómodo de la historia del mundo y me siento mientras me cuestiono con ferocidad la decisión que he tomado y los demás empiezan a hablar a mi alrededor poco a poco. Reacciono de forma instintiva. Saco un lápiz del bolso y empiezo a dibujar en una servilleta. Percibo que Oliver ha vuelto la cabeza y que sus ojos están clavados en mí. Ese es su instinto, y me derrite que siempre haga lo mismo. Que se incline hacia mí, que quiera formar parte del momento.

Es como si entre nosotros hubiera una capa de plástico que nos separara, pero que desapareció después de que nos besáramos. Antes yo sentía algo por él, él sentía algo por mí, pero éramos capaces de seguir cada uno por nuestro lado, de respirar, de hablar, de bromear, de ver. Ahora solo soy... un cable pelado que está demasiado cerca de una chispa. Quiero darle un puñetazo por haber salido con Allison, quiero acariciarlo y suplicarle que me perdone. Entre nosotros el aire está cargado y la temperatura sube. Casi siento su mano, tan cálida, en su muslo, que está al lado del mío. Con el rabillo del ojo veo cómo mueve el pulgar.

«Yo también», le digo en silencio.

Creía que estaba tomando una decisión difícil, pero acertada, y ahora que examino a la Lola del domingo pasado tengo la impresión de que se comportó como una pánfila. No sé qué hacer, no sé si mirarlo y decirle directamente que me perdone... porque ahora mismo, sentada aquí a su lado, no recuerdo siquiera cómo se me ocurrió pensar que sería capaz de hacer esto. Dejar a un lado el estrés por una noche, estar tan cerca de él, oliendo su suavizante, con la proximidad de sus manos, de sus piernas, de ese cuello tan suave, con esa risa tan serena... tiene razón. Las cosas no funcionan así. Lo quiero. Quiero estar con él. Pedirle una pausa fue una gilipollez.

Dios, qué tonta soy.

Oliver se endereza de repente, respira hondo y al parecer decide salvar a la mesa de la ruina del silencio.



—Joe, ¿qué estás viendo?

Joe No se aparta el pelo de la cara.

—Vídeos de vacas mientras las ordeñan.

Alzo la vista. Todos están mirando a Joe, ceñudos y pasmados.

Harlow levanta una mano para evitar cualquier tipo de discusión.

—No quiero saberlo. —Le hace un gesto a Fred, que está en la barra—. Tres noticias importantes por mi parte. La primera, estoy hasta el gorro de los aviones. La segunda, estoy hasta el gorro de los barcos.

Le agradezco al universo la habilidad de Harlow para derribar el muro del silencio.

—Y tercera, una choni ha intentado tirarse a mi marido hoy.

Todos jadeamos y miramos a Finn mientras susurra con los labios pegados a la jarra de cerveza:

—Falso.

Harlow lo mira, alucinada.

—¿Te puso o no te puso la mano en el brazo mientras se reía como un zorrón?

—Sí —reconoce él entre carcajadas.

—¿Te dio o no te dio un apretón en ese bíceps tan grande que tienes?

Finn asiente con la cabeza.

—Me lo dio.

Harlow se acerca más a él y mascula:

—Y ¿te dio o no te dio la llave de su habitación?

—Que le devolví de inmediato —le recuerda él—. Así que no ha sido un intento de nada. Ha sido un fracaso. —Finn levanta una mano y choca los cinco con Ansel.

—Menuda guarra —dice Harlow, que bebe un sorbo de vino—. Tenía las tetas de silicona más grandes que he visto en la vida —añade, una vez superado el cabreo—. Lo que me recuerda una cosa. —Levanta un dedo que coloca cerca de la cara de su marido y él se lo muerde en actitud juguetona—. Eso de que te quites la camiseta en el rodaje... no me gusta un pelo.

—Se te está yendo la pinza —le dice Mia.

—¿No te gusta verme descamisado? —replica Finn con una sonrisa

traviesa.

Harlow suelta la copa de vino y parte del contenido se derrama por el borde.

—¡No cuando hay gente comiéndote con los ojos!

—Se le ha ido del todo —conviene Oliver mientras asiente con la cabeza mirando a Mia.

—Sabías que iba a ser difícil —le recuerda Ansel a Harlow.

—¡Por supuesto que se me ha ido la pinza! —grita ella—. ¡Todo el mundo quiere tirarse a mi marido!

Un grupo de gente que está en la barra se vuelve para mirarnos, pero Harlow se limita a devolverles la mirada con el ceño fruncido hasta que se dan la vuelta de nuevo.

—Yo no —le recuerdo.

Finn levanta la cerveza en señal de agradecimiento.

Mia se lleva su bebida a los labios y luego dice:

—Yo tampoco.

—Finn, me gustas —añade Oliver—, pero yo tampoco quiero echarte un polvo.

La tensión se disipa poco a poco y casi me dan ganas de cantar. La voz de Oliver, tan grave, tan hipnótica, me provoca un hormigueo en la piel.

—Yo sí me lo tiraría —dice Joe No, mirando el móvil, ya que sigue con los vídeos de vacas.

Todos lo miramos en silencio un instante y decidimos tácitamente pasar de él.

—Harlow —dice Ansel—, estás casada con uno de los hombres más fieles del mundo. Yo me tiro a Mia. Finn se tira a Harlow. Oliver se tira a Lola. Ese es el orden del mundo.

El corazón se me para de repente y Oliver se queda totalmente inmóvil a mi lado.

—¡Oye! —exclama London, que finge estar indignada por la exclusión.

De momento, solo nosotros parecemos ser conscientes del desliz. Oliver empieza a hacer trizas una servilleta.

—Puedes tirarte a Joe No —sugiere Ansel.

London mira al aludido y después se echa a reír mientras meneaba la cabeza.

—¿Suena raro si digo que no estoy segura de poder controlarlo en la cama?

El silencio se impone en la mesa lentamente y el primero que nos mira es Finn, luego Mia y después Harlow. Ansel por fin se da cuenta de lo que ha dicho y se tapa la boca con una mano.

—*Merde*. No quería...

—No pasa nada —lo interrumpe Oliver con una nota tensa en la voz—. Es mi pie para ir al baño.

Murmura unas disculpas y hace una mueca al ver que tengo que levantarme para que él pueda salir del reservado y pasar por delante de mí. Su mano roza la mía de forma accidental y la aparta de golpe, disculpándose de nuevo.

Siento como si me hubiera quemado.

Lo observamos mientras se aleja y una vez que nos aseguramos de que no nos oye, me inclino y apoyo la frente en las manos.

—¿Por qué estoy aquí? Me estoy cargando la noche.

—Soy un imbécil —gime Ansel—. Lo siento, Lola.

—No —le digo—. No debería haber venido. Oliver se lo estaría pasando bien si yo no estuviera aquí.

—Eso no es verdad —me contradice Finn con voz seria—. Tenéis que arreglar esto. Es una gilipollez como una casa.

—Qué tonta eres —me suelta Harlow.

—Su forma de mirarte —susurra Mia— es como si quisiera comerte.

—Siempre lo ha hecho —asegura Harlow, que bebe un sorbo de vino—. Te mira como si pensara que, al mirarte fijamente, puedes oír sus pensamientos y él los tuyos, y así no tenéis que decíroslos en voz alta. Como si quisiera meterse en tu cabeza y que tú te metas en la suya.

—No es verdad —replico.

—Sí es verdad —porfía ella.

—¿El qué es verdad? —pregunta Joe No, que aparta la vista del móvil.

—Le estaba diciendo a Lola que Oliver siempre la mira como si quisiera devorarla.

—Devorarla no —la corrige Joe No con delicadeza—. Solo quiere una parte suya que nadie más tiene. Y él sí, claro. —Me señala con la barbilla

como si quisiera demostrar sus palabras. Veo el gesto por los pelos, porque estaba mirando hacia el lugar por el que tiene que regresar Oliver.

Todos nos sumimos en un silencio contemplativo, un poco pasmados por lo que está pasando.

—A ver, que no es Pícara precisamente —murmura Joe No al tiempo que levanta una mano para tocarle el brazo a Mia y finge absorber su fuerza como si fuera Pícara, tras lo cual vuelve a mirar el móvil—. Así que dile que ya tiene esa parte de ti. Arregla lo que esté roto.

Ansel y Finn tienen la mirada clavada en los posavasos, con los que están jugueteando, pero Mia, Harlow y London me miran fijamente.

—¿Qué? —pregunto.

—Estoy de acuerdo con Joe No, algo que es... una novedad —contesta Mia mientras hace una mueca de disculpa—. Tienes que hacer algo. Los dos lo estáis pasando mal. Ve a hablar con él. Dile lo que sientes, aunque no sepas cómo hacerlo.

—Seguramente no sea el mejor momento —replico. No me imagino nada que me apetezca menos que hablar con Oliver en un bar sobre lo que le dije y sobre su cena con Allison. Solo la idea de mantener esa conversación en un sitio público me provoca un nudo en el estómago.

Miro hacia los cuartos de baño, con la esperanza de ver salir a Oliver y también con el temor por lo que sentiré cuando lo vea. Pero algo me llama la atención... una cara que no veo desde hace siglos.

Mi cerebro tarda unos segundos en reconocer a la persona que estoy viendo. Miro a Harlow, que está sonriendo por algo que le ha dicho Finn. Miro a Mia, que está leyendo algo en el móvil de London que esta le ha enseñado. Sin embargo, la mirada de Ansel va de mi cara a la de la persona que yo acabo de ver en la barra. Ansel sabe que pasa algo... pero no entiende por qué he puesto los ojos como platos. Porque no tiene por qué reconocer de inmediato a Luke Sutter.

Luke me ve desde el otro extremo del bar y se le descompone la cara. Casi percibo su desgana de mirar al resto del grupo, su renuencia. Pero no puede evitarlo. Sus ojos recorren el reservado con su banco curvo y pasan por encima de Joe No, de London, de Harlow, de Finn... y acaban posándose en

Mia. Por un instante, no más largo que un latido del corazón, es como si alguien lo hubiera matado.

—¿Quién es ese tío? —pregunta Oliver cuando vuelve a la mesa con un deje brusco por culpa de los celos.

Me sobresalto al oírlo y al captar la calidez de su cuerpo tan cerca de mí antes de ponerme en pie para dejarlo pasar. Al escuchar su pregunta, Mia levanta la cabeza, sigue su mirada hacia el lugar donde está Luke y se queda blanca. No recuerdo la última vez que vio a Luke, pero sé que todavía le resulta duro, le sigue pareciendo extraño lo mucho que han cambiado las cosas. Luke ya no es la misma persona.

—Mmm... es Luke —digo, y Ansel se tensa al oírme—. El ex de Mia.

No sé hasta qué punto Ansel sabe la historia de Luke, si Mia le ha contado que fueron inseparables desde que tenían once años, que todos pensamos que estarían juntos siempre. ¿Le habrá contado Mia la horrible discusión que tuvieron? ¿Cuando Luke le dijo al oído y llorando que tenía la impresión de que había muerto aplastada por el camión que la atropelló?

Luke lleva unos años sin parecerse en absoluto al chico que yo conocía, pero siempre lo querré, aunque parezca un payaso insoportable. El accidente acabó con dos sueños, el de Mia de bailar y el de Luke de estar con ella para siempre. Lo superó de la única manera que parecía saber: acostándose con toda la que se le ponía a tiro.

Miro a Ansel y a Mia, y veo algo que no he visto nunca: a Ansel cabreado, pero es fácil reconocer lo que está sintiendo. Tiene la cara roja y una mirada furiosa. Mia le pasa una mano por el brazo mientras le susurra algo al oído y le pone la otra mano en la cara para obligarlo a mirarla. Al principio, se resiste y sigue mirando a Luke con gesto asesino, pero después asiente con la cabeza, cierra los ojos y se vuelve hacia ella para darle un beso en la boca.

—*Je t'aime* —susurra—. Te quiero tanto que a veces se me olvida que no eres tan frágil.

Aparto la vista para darles un poco de intimidad. Cuando localizo a Luke en la otra punta del bar, está apretando los dientes mientras los ve besarse, pero no tarda en recuperar la sonrisa y en darnos la espalda para tontear con un par de chicas que hay en la barra.

—Así que ese es Luke —dice Oliver, muy cerca de mi oreja. Siento un escalofrío en los brazos—. El que te llevaba a los conciertos.

Asiento con la cabeza y estoy a punto de echarme a llorar por el esfuerzo que está haciendo para hablar conmigo.

—Mia y él estaban juntos en el instituto y siguieron un poco después de...

—¿Te refieres al accidente? —me pregunta en voz baja.

—Sí. No fue una época buena para Mia, y Luke estaba hecho polvo porque después de aquello ella no volvió a ser la misma de siempre.

—¿Te caía bien?

Miro a Oliver, me enfrento a su mirada, a esos ojos que tengo tan cerca, por primera vez en toda la noche. Esa emoción que parezco haber resguardado envuelta en plástico de burbujas amenaza con liberarse al ver lo compuesto que parece. Quiero arrojarme a sus brazos para sacudirlo, pero también para besarlo, todo a la vez. Soy consciente del dolor que asoma de vez en cuando en esos ojos azules, pero salvo por eso sigue siendo el mismo Oliver de siempre. El hombre tranquilo y sereno que conozco desde hace meses. Y lo odio porque también conozco al otro Oliver, al que me provocó un placer tan intenso que acabé viendo estrellitas, y quiero algún tipo de confirmación de que algún día volveré a verlo. De que me permitirá ver esa faceta suya otra vez.

—Me caía bien —respondo—. Dijo unas cuantas burradas y la cagó más veces de las que recuerdo, pero es un buen tío.

Recibo una mirada ceñuda y sarcástica por mis palabras, pero antes de que pueda hablar, Ansel dice:

—Bueno, chicos, hemos pasado un rato agradable, pero siento la necesidad de irme a casa y dejar embarazada a mi mujer con diecisiete de mis robustos vástagos varones.

Oliver coge su cartera de la mesa y se inclina hacia mí mientras se la guarda en el bolsillo trasero.

—¿Tú también te vas? —le pregunto—. Si acabo de llegar.

Asiente con la cabeza.

—Lo sé. Lo siento. Ha sido un buen experimento, pero prefiero irme a casa y limpiar los cuartos de baño.

Me echo a reír, aunque no estoy preparada para que se vaya todavía.

—Creo que te entiendo.

Una vez que me levanto para que él pueda salir del reservado, evito que se vaya rápido agarrándolo de un brazo. Él mira mi mano, sorprendido, pero me sigue sin resistirse mientras lo alejo un poco de la mesa y me interno en la penumbra.

Le suelto el brazo y me aparto de él al tiempo que respiro hondo varias veces. No planeaba hablar de esto hoy con él. No se me da bien improvisar, pero no puedo dejar que se vaya sin decirle algo, sin ofrecerle algo más.

—Vale, bueno... —digo, con la voz un poco temblorosa mientras él guarda silencio—. Esto es una mierda.

—Un poco, sí —conviene sin protestar, y no se me pasa por alto que sus ojos se clavan un instante en mis labios.

«¡Sí, sí, sí!»

—Lo siento mucho —me disculpo—. Sé que esto es difícil...

Oliver se encoge de hombros y asiente una vez con la cabeza. Dios, qué difícil es esto. Estoy tratando de encontrar la manera de decirle que, aunque no sé cómo hacerlo, quiero intentar compaginar el hecho de acostarme con él, de usarlo como amplificador, con todas las obligaciones del trabajo. Me parece imposible decirle todo esto en voz alta, sobre todo estando tan cerca de él, porque el deseo de tocarlo me impide encontrar las palabras adecuadas.

Por fin, logro decir:

—Anoche fui a verte a la tienda.

Su expresión se tensa un poco.

—¿Ah, sí?

—¿Saliste con Allison?

Se frota el mentón, pero no parece sorprendido por la pregunta.

—Sí.

«La viñeta muestra un charco en el suelo con forma de chica.»

Me escuecen los ojos por las lágrimas.

—¿Estás...? —Joder. Aparto la mirada con la sensación de que me estoy derrumbando, de que estoy temblando—. ¿Estás con ella?

Cuando lo miro, lo veo observándome como si no me entendiera.

—Mejor dicho —empiezo de nuevo—. ¿Eso es lo que vas a hacer de ahora en adelante?

—¿Que si voy a salir con Allison? —me pregunta, tergiversando un poco mis palabras—. Lola, ¿lo dices en serio?

—No sé exactamente qué tienes con ella y sé que no tengo derecho a preguntar...

—No lo tienes, no.

—Lo sé —me apresuro a añadir—, pero me mata la idea de que tontees con ella.

No dice ni pío, pero lo veo apretar los dientes y mi cerebro se queda pillado.

Al ver que no hablo, masculla:

—¿No es eso lo que se supone que tengo que hacer ahora? ¿Intentar distraerme con algo hasta que tú estés preparada para darle al *play*?

Todavía no ha respondido mi pregunta. Soy consciente de que le he hecho daño, de que está muy dolido y de que esta actitud es la consecuencia, pero nunca he visto esta faceta tan sarcástica y desagradable de Oliver. Ahora mismo, me odio y también lo odio un poco a él, porque tengo la impresión de que me ha puesto los cuernos, aunque haya sido yo quien lo ha empujado a hacerlo.

Siento una opresión cada vez más fuerte en el pecho hasta el punto de verme obligada a respirar hondo y, al hacerlo, me percató del ardor de las lágrimas en la garganta. Asiento con la cabeza, intentando sonreír, pero soy incapaz de disimular y acabo volviendo la cabeza antes de que él se dé cuenta.

Atravieso casi a la carrera el pasillo en dirección al baño de señoras y me trago un sollozo, pero oigo unos pasos detrás de mí que se acercan rápido y una mano me agarra un hombro.

—Joder. No. Lola, no te vayas. Soy un imbécil.

No me vuelvo para mirarlo, porque estoy tratando de limpiarme las lágrimas que me han mojado las mejillas. Qué vergüenza. Odio llorar sola y lo odio todavía más cuando me ve alguien, y en este momento es como si me estuvieran apuntando a la cara con una manguera. En cuestión de segundos,



me he puesto a llorar como una Magdalena.

—La imbécil soy yo, no tú —replico, y mi voz delata que estoy llorando—. Es que tengo mucho miedo de que las cosas con los libros salgan mal y ahora lo he estropeado todo contigo.

Me obliga a volverme con delicadeza y lo miro. Lo imagino en mi dormitorio, desnudándose, enloqueciéndome y recuperando lo nuestro.

—No la besé —admite—. Cenamos, pero al final no traspasé la línea.

Asiento con la cabeza y me trago un sollozo aliviado.

—Pero ¿esperas que no intente pasar página? —me pregunta en voz baja—. Me dijiste que me limitara a esperar tranquilamente mientras tú organizas tu vida sin mí. Lola, es muy fuerte pedir algo así.

Le coloco una mano en el pecho y suelto sin pensar:

—Creo que hemos interpretado las cosas de forma diferente —balbuceo—. Creo que no quise decir lo que tú has interpretado, ¿me entiendes? Lo siento mucho.

Él se separa un poco de mí.

—No creo que esta ruptura fuera solo un... malentendido. A mí me quedó muy claro lo que estabas diciendo.

—Quiero hablar de esto contigo —le digo. Intento organizar mis pensamientos, ponerles un poco de orden, pero la música está muy alta y siento las miradas de nuestros amigos encima—. Pero aquí no, así no. ¿Pronto?

Él asiente con la cabeza y me mira los labios. Pero después lo veo menear la cabeza mientras dice:

—No sé, Lola. No sé. Esto es un puto desastre.

El pánico me atenaza la garganta.

—No quiero dejarlo y...

Oliver me interrumpe con delicadeza al levantar una mano y colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja. Mira su mano como si se hubiera movido por instinto antes de dejarla caer al lado del cuerpo.

Mi corazón es un tambor en la jungla de mi pecho, y no para de latir con fuerza por él. Sé que jamás dejará de hacerlo. No existe un reloj que podamos atrasar, es imposible que detengamos el tiempo.

—Te echo de menos —le digo.

Él sonríe con la cabeza gacha, con esos ojos azules brillantes detrás de las gafas.

—Yo también te echo de menos, Lola Love.

Me siento abrumada por una mezcla de angustia y de alivio. Al oír ese «Lola Love» me pregunto si existe al menos la posibilidad de una amistad después de todo esto y si eso será una maravilla o una tortura.

—Pensaba que ibas a decirme que habías besado a Hard Rock Allison.

Oliver me mira con una expresión que es a la vez triste y dulce.

—Ni hablar. No siento nada por ella. —Se pasa una mano por el mentón y desvía la mirada—. Estaba enfadado y quería distraerme, pero no puedo traicionar así mis sentimientos. —Suelta una carcajada irónica—. Llevo tu amor grabado en el cerebro y los únicos besos que quiero son los tuyos.

El peso de mis sentimientos vuelca algo en mi interior y antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, le propongo:

—¿Quieres venir esta noche?

Oliver cierra los ojos un instante e intenta sonreír, pero no lo consigue del todo.

—No creo que...

Ay, Dios. El horror me licua las entrañas.

—Mierda, da igual. Lo siento. Claro que no quieres.

Oliver retrocede un paso y mira a su alrededor como si estuviera perdido, tras lo cual se frota la cara y me mira de nuevo.

—No juegues conmigo. —Me mira con expresión intensa—. Por favor. Tus ojos me dicen que todavía estás hecha un lío. Sé que no te gusta lo que has hecho. Pero... que aparezcas ahora, días después, tan sentida y asustada..., no sé, me da la impresión de que es un poco tarde y de que lo haces porque te han contado lo de Allison.

—¡No! Oliver, no es...

Me interrumpe mientras niega con la cabeza con énfasis.

—No sé si de verdad te asustaba que esta relación interfiriera con tu carrera profesional o si esperabas frenarla antes de quererme. Sea lo que sea, no sé qué pensar. Las dos opciones son una putada. —Se inclina, me besa justo

debajo de una oreja y sigue hablando en voz baja, con los labios casi pegados a mi piel—: Lola, estoy enamorado de ti, pero me acojona que me destroces.

# 15

## Oliver

No sé cómo comportarme con Lola. Y es evidente que Joe tampoco.

Hace más de una semana que no pisa la tienda, y cuando por fin entra la mañana posterior a la incómoda conversación en Fred's, se va derecha a la sección de Marvel tras saludarme con un gesto de la mano y Joe ni siquiera le grita algo ni le hace proposiciones en mitad de la tienda. Me doy cuenta de que Joe me está mirando, de que está midiendo mi reacción.

—Lola ha venido —dice al final, y señala con la barbilla el pasillo por el que ha desaparecido.

Tengo el corazón ensartado en el pecho.

—Ya.

Me invitó a pasar la noche en su casa y, joder, la idea de olvidarme de todo e irnos a la cama, de regodearnos con el sexo, fue muy tentadora, pero ni de coña iba a decir que sí. Casi podía palpar su sentimiento de culpa, su arrepentimiento por lo que me dijo, pero no tiene ni idea de lo que quiere ahora mismo. Es una mina emocional, y no estoy preparado para pisarla a conciencia.

Joe rodea el mostrador para colocarse a mi lado.

—¿No vas a acercarte?

—Aunque no es asunto tuyo, Joe, no, no voy a acercarme. A lo mejor

dentro de un rato, pero me parece que ha venido a buscar libros.

—De verdad que no os entiendo —masculla.

—No pienso tener en cuenta la opinión de un tío que se pasó casi toda una noche viendo vídeos de vacas mientras las ordeñaban y después de tíos que arrastraban camiones con cuerdas atadas a la polla. —Es más fácil bromear, porque ¿qué puedo decir? Ahora mismo supongo que yo tampoco lo entiendo.

Una parte de mí, la que está loca por Lola y cree desde hace mucho que es incapaz de hacer algo mal, quiere responsabilizarse de todo lo que ha pasado, porque siente que debería haber previsto el pánico que le provocaría compaginar el trabajo con nuestra relación, que debería haberle dado cuartelillo por lo que dijo, que debería haber visto que salir a cenar con Allison no era buena idea. Pero la conversación en su dormitorio, cuando me dijo que quería que fuéramos simples amigos mientras terminaba el trabajo, me demostró lo joven que es. Incluso algo ingenua. Ya lo sabía, de verdad que sí, pero nunca creí que se volvería en mi contra.

Supongo que yo también soy un poco ingenuo.

Quiero que Lola tenga todo el éxito del mundo, pero sigo alucinado por el hecho de que creyera que yo me iba a interponer en su camino de alguna manera.

Y también bastante dolido. He sido el fan más incondicional de Lola, su más ferviente animador... Joder, si hasta me pongo la camiseta de *Navaja* cuando la tengo limpia. También he sido su más devoto amante... aunque solo duró una semana. Me duele que me descarte con tanta facilidad.

Aun así, con ella cerca, soy consciente de que nunca he necesitado ni deseado a nadie como la necesito y la deseo a ella. Es un impulso, una atracción casi física, de estar cerca de ella. Me basta con saber que está en la tienda para que un enjambre de abejas se me meta en el pecho hasta que tengo la sensación de que voy a explotar. Lleva el pelo suelto, y los labios carnosos sin pintar. Recuerdo la forma en la que ladea la cabeza, adormilada, mientras me observa bajar por su cuerpo dejando un reguero de besos; la sensación de sus muslos en los hombros; la dulzura de su coño en mi lengua.

Lola levanta la vista del cómic, me pilla mirándola y me saluda con la

mano sin muchas ganas. Le devuelvo el gesto y, cuando me vuelvo, me encuentro con Joe justo detrás, mirando de uno a otro mientras meneaba la cabeza.

—Que sepas que es una puta mierda —dice.

—No pasa nada. —Abro un paquete de centavos y lo meto en su correspondiente cajón de la caja registradora.

—¿Nada? —repite—. Hace una semana entró en la tienda y se te subió encima como si fuera un mono, y hoy te trata como si fueras el bibliotecario de turno.

—Las cosas son... complicadas. —Suspiro. La quiero, pero no me apetece estar con ella ahora mismo. Quiero que ella lo haga mejor.

—Sigue colada por ti, que lo sepas.

Cierro el cajón de la caja registradora y lo miro con gesto elocuente, exasperado, dejándole claro que no es asunto suyo.

—Lo sé, Joe.

Claro que él no se da por enterado.

—¿Y qué?

—Que empiezo a preguntarme si no tenía razón al preocuparse por joderlo todo —contesto—. Tal vez se nos da mejor lo de ser amigos.

Saludo a un cliente que se acerca al mostrador y Joe se aparta mientras le cobro. Con la compra en la bolsa, le sonrío al cliente y se la entrego. Joe sigue mirándome con desaprobación.

—A lo mejor se te olvida la parte de que estás enamorado de ella —me dice.

Me apoyo en el mostrador y me paso las manos por la cara.

—No se me ha olvidado.

—¿Y qué coño haces aquí cuando ella está allí?

Meneo la cabeza y clavo mis ojos cansados en el lugar donde ella hojea un cómic, mientras atiende una llamada de teléfono.

—Joe, no es asunto tuyo y tampoco es sencillo.

—¿Vas a salir de nuevo con Allison? —me pregunta.

Se me revuelve el estómago.

—Solo salimos a cenar.

Asiente con la cabeza, un gesto comprensivo.

—Es como cuando creces comiendo chocolatinas Hershey y te dices «Es un chocolate buenísimo», pero luego pruebas el Sprüngli y piensas «Tío, el Hershey es una mierda».

Lo miro.

—¿Sprüngli?

—Una chocolatería suiza —contesta con un vago gesto de la mano—. Mis padres tienen una casa en los Alpes suizos.

Me vuelvo para mirarlo fijamente.

—¿Quién coño eres?

—Un tío que desde luego no se llama Joe —me dice con una carcajada.

—No me lo cuentes —replico al tiempo que levanto una mano—. Te cargarás el misterio.

Se encoge de hombros y echa a andar hacia la oficina. La campanilla de la puerta suena y veo que entran Finn y Ansel.

—Buenos días, Finnigan —saludo—. No sabía que ibas a venir hoy a vernos.

Me mira con una mezcla de paciencia y agresividad al oír el apodo mientras se quita la chaqueta.

—Tengo el resto de la semana libre.

Ansel corta en seco la cháchara.

—¿Nos vamos a comer? Me muero de hambre. —Finn y yo nos miramos con sorna: solo el hambre consigue que nuestro Ansel se ponga borde.

—Sí, voy a que... —empiezo a decir, pero Lola elige ese preciso momento para acercarse a la parte trasera de la tienda.

—Hola —los saluda antes de mirarme a la cara. Se pone colorada y su sonrisa se hace más patente—. Hola.

—Hola —replico con el corazón a mil, un nudo en la garganta y todos los músculos en tensión.

«Joder, te quiero.»

Finn se vuelve hacia Lola.

—Por casualidad no habrás hablado con mi mujer en la última hora, ¿verdad?

—Nunca dejará de parecerme raro que te refieras a ella de esa manera —dice Lola, meneando la cabeza—. Mia es la mujer de alguien. Harlow es la mujer de alguien.

Y Lola fue la mía, durante doce horas. Y luego fue algo infinitamente mejor, pero durante muy pocos días.

Finn la mira fijamente, con los labios apretados, mientras espera que responda la pregunta que le ha hecho.

—La verdad es que sí —contesta ella al tiempo que le da una palmadita en la cabeza. Finn me mira como si yo la hubiera instado a hacerlo—. Iba de camino a Del Mar para conseguir la firma de... alguien... y ya sabes la mala cobertura que hay por allí.

Finn asiente con la cabeza y se estira sobre el mostrador para coger una barrita Snicker del alijo que guardo debajo de la caja registradora.

Ansel se da cuenta y casi lo tira al suelo para coger otra.

—Lola —dice Finn mientras abre el envoltorio—, quiero preguntarte una cosa.

Ella arquea las cejas, expectante, y pone una cara tan dulce que tengo que apartar la vista para no acercarme a ella.

—Estoy pensando en llevar a Harlow a Sequoia para pasar el fin de semana. Hacer acampada, disfrutar de la tranquilidad, ya sabes. ¿Sabes por casualidad si tiene que trabajar?

Lola mira a Finn con sorna al tiempo que yo pongo los ojos como platos.

—¿Conduces tú?

Él asiente con la cabeza.

Lola me mira un instante y, olvidada la incomodidad entre nosotros, estamos en el mismo equipo.

—Vas a conducir seis horas para llevar a Harlow de acampada al bosque todo un fin de semana —dice ella.

Finn frunce el ceño y se vuelve para mirarme.

—En resumen, sí.

—¿Conoces a tu mujer? —le pregunta Lola.

Finn esboza una sonrisa ufana.

—Ya le cogerá gustillo.



—Si tú lo dices... —replica Lola con un guiño.

Joder, el pecho me da un vuelco dolorosísimo al ver su lado juguetón.

—Y creo que no trabaja —continúa ella—, que tiene el fin de semana libre.

—Lola, sigues aquí —dice Joe, que sale de la trastienda con un plátano, que pela de forma sugerente—. ¿Ya estás lista para fugarte conmigo?

—Todavía no —contesta ella con una sonrisa.

—Por cierto, ¿qué has estado haciendo ahí detrás? —le pregunta Joe.

Lola lo mira antes de desviar la vista hacia mí.

—Echando un vistazo. Y luego Benny me ha llamado. Tengo algo gordo la semana que viene. Así que... voy a retrasar una semana el viaje que tenía a Los Angeles.

Me guardo esa información. Ni siquiera sabía que Lola tenía previsto un viaje, mucho menos que lo hubiera tenido que retrasar. Detesto la distancia que hay entre nosotros, lo inútil y lo absurda que es; detesto cómo nuestras vidas han seguido su curso sin que ninguno comparta las novedades de forma compulsiva. La echo de menos.

Joder, tengo que superarlo.

—Bueno, me alegra verte por aquí —dice Joe—, porque quería enseñarte algo. —Se coloca donde estaba hace un momento y dirige la atención de Lola hacia la estantería—. Mira lo que acaba de llegar.

—¡Ay, Dios! —exclama ella, que se acerca para ver mejor.

Desde donde estoy, no veo qué están mirando, pero Lola añade con emoción:

—¿Puedes dármelo?

Joe me sonrío.

—¿Oliver? ¿Puedes coger lo que acaba de llegar?

—Ya lo hago yo —se ofrece Finn, que da un paso hacia la escalera, pero Joe le pone una mano en el pecho para detenerlo.

—Creo que Oliver sabe lo que necesito.

Lo miro de forma penetrante porque sé que trama algo. Pero en cuanto me subo a la escalera y levanto la vista, descubro de qué están hablando. Joe se las ha apañado para encontrar un juego de figuritas basado en la novela gráfica de Lola y lo ha colocado en el estante para ella. Empiezo a decirle que

ni siquiera había conseguido localizarlas todavía, pero cuando me vuelvo para darle las figuritas, me doy cuenta de que Lola no está mirando la caja, sino mi abdomen desnudo, porque se me ha levantado la camiseta.

Carraspeo y Lola vuelve a mirarme a la cara antes de ponerse colorada como un tomate. Joe se está riendo a carcajadas, con la expresión más ufana jamás vista en un ser humano.

—Qué gilipollas eres —le dice Lola a Joe en voz baja, pero se ríe y le da un puñetazo en el hombro antes de aceptar la caja que le ofrezco.

Me debato entre la irritación y la sorna por la insistencia de Joe.

—¿Dónde las has conseguido? —me pregunta Lola sin mirarme a los ojos.

Meneo la cabeza, ya que no las había visto en persona hasta el momento. Ni siquiera están disponibles online.

—No sabía que teníamos una caja.

—La he comprado hoy mismo —explica Joe, orgulloso—. Es la primera que he visto.

—¿Alguien la estaba vendiendo? —pregunto, y me doy cuenta de que hasta Finn, un tío que parece Superman pero que seguramente no sería capaz de distinguir a Catwoman de Batgirl, se ha acercado para echar un buen vistazo. Incluso Ansel está interesado.

Joe se encoge de hombros como si no fuera nada del otro mundo y le da un mordisco al plátano.

—Ajá.

—¿Las han hecho para el libro? —pregunta Ansel, que se asoma por encima del hombro de Lola para ver mejor.

Ella asiente con la cabeza.

—Es parte de la campaña promocional para la edición de bolsillo que saldrá dentro de unos meses. Ni siquiera yo las tengo. Llevo semanas queriendo conseguir una.

Me encanta verla así, y me encanta todavía más que yo pueda compartir este momento, porque el trabajo ha sido una putada para ella últimamente y necesita esa pequeña victoria. Extiendo una mano para quitarle la caja y meterla en una bolsa de tela con el logo de la tienda.

—Ahora es tuya.

Se queda boquiabierta.

—No puedo quedármela.

Joe menea la cabeza.

—El tío ha traído un montón de cosas. Me ha dado la impresión de que ha cogido al tuntún material de promoción que le han mandado al trabajo y no tenía ni idea de que todavía no estaba a la venta. No he pagado mucho por la caja.

—Chicos, os comería a besos ahora mismo —dice Lola, que mira la bolsa antes de darse cuenta de lo que ha dicho. Se muerde el labio inferior y clava la vista en el suelo.

Pese a lo mal que ha llevado el asunto, algo visceral cobra vida en mi interior y tengo que apartar la vista.

—Pues yo me dejaba —replica Joe—, pero tengo una cita. Eso sí, dejo que Oliver se quede con mi parte.

Joe acaba de soltar el tema tabú y, de repente, todos nos ponemos a observar algo con mucho interés.

Joe gime.

—Por favor... —protesta—. No sé por qué os resistís tanto. Nunca vais a ser solo amigos.

Y tras decir eso, estira el brazo para coger su llavero de Greenpeace, que está detrás de la caja registradora, y se va.

Nadie dice una sola palabra durante lo que deben de ser los diez segundos más incómodos de la historia.

Al final, Ansel carraspea.

—Bueno... comida. Lola, ¿te apetece acompañarnos? —le pregunta con una sonrisa dulce.

Ella pone los ojos como platos y me mira en busca de mi opinión. Hago una mueca con la esperanza de que parezca una sonrisa, porque por dentro soy un manojo de nervios. Quiero tenerla cerca, pero también quiero que antes solucione sus mierdas.

El móvil de Lola suena y lo mira mientras lee la pantalla. Todos vemos cómo encorva los hombros y masculla un «¡Joder!».

—¿Qué pasa? —le pregunto, y el afán protector se me despierta de golpe.

—Es Greg —contesta ella, que apaga la pantalla con un suspiro—. Ellen lo ha dejado. —Mira a Ansel y dice—: Muchas gracias por la invitación, pero tengo que hacer un par de llamadas y luego ir a casa de mi padre.

—Espero que esté bien —digo, y Finn y Ansel repiten mis palabras en voz baja.

Lola me mira con una sonrisilla tímida y levanta la bolsa.

—Gracias otra vez, Oliver. Significa mucho para mí.

La campanilla de la puerta vuelve a sonar cuando ella se marcha y los tres la observamos mientras echa a andar por la acera.

Estoy hecho un lío por dentro, porque detesto verla marcharse y deseo estar con ella aunque siga cabreado; pero, al mismo tiempo, tengo la sensación de que necesito encerrar mi corazón en una jaula.

Me vuelvo hacia mis amigos y digo:

—Recordadme que despida a Joe la próxima vez que lo vea —digo al tiempo que me rasco el cuello.

La tienda está vacía, esta tarde todo está muerto. Cojo las llaves y el letrero de CERRADO, y les hago un gesto para que salgan delante de mí.

Recorremos a pie las pocas manzanas que hay hasta Bub's, cerca de Petco Park, y nos acompañan a una mesa cerca del patio.

—¿Cómo van las cosas con Lola? —me pregunta Finn, mirándome por encima de su bebida—. Parece que...

—Os estáis tanteando —termina Ansel por él—. Algo muy raro de ver, que lo sepas.

—Pues están más o menos igual. —Empiezo a mover los cubitos de hielo de mi vaso de agua con la pajita. No he tenido muchas ganas de hablar del tema desde nuestra conversación, pero les he contado lo suficiente para que sepan que las cosas con Lola no van bien—. Seguimos «en pausa». —Titubeo—. Pero creo que quería ponerlo todo en marcha de nuevo. Anoche, en Fred's, me pidió que me fuera con ella.

La camarera aparece y los tres pedimos una hamburguesa y aros de cebolla. Cuando se marcha, Ansel y Finn me miran, expectantes.

—A ver, claro que me negué —les digo.

El silencio vibra en la mesa.

—Porque es evidente que tiene que solucionar sus mierdas —sigo.

—¿No puede hacerlo mientras te la chupa? —me pregunta Ansel, y Finn le da un puñetazo en el hombro—. ¿Qué pasa? Lo pregunto en serio.

Finn levanta la barbilla antes de preguntar:

—¿No se le ha pasado por la cabeza que a lo mejor está más liada todavía dentro de cuatro meses? Ni siquiera han empezado a rodar la película. A ver, que yo me paso a veces una semana entera sin ver a Harlow y es una putada, pero sé que no siempre va a ser así.

—No sé —replico—. Soy incapaz de descifrar lo que tiene en la cabeza ahora mismo.

—Siempre me ha parecido que vosotros dos teníais un lenguaje secreto —comenta Ansel.

—A mí también me lo parecía —admito. La camarera nos trae una cesta enorme de aros de cebolla y la deja en el centro de la mesa—. Y como soy un gilipollas, empeoré las cosas al salir con Allison el miércoles por la noche.

Ansel pone los ojos como platos.

—¿Hard Rock Allison? —Asiento con la cabeza y él suelta un largo suspiro mientras coge su cerveza—. ¿Por qué coño lo hiciste?

Me encojo de hombros y admito:

—Fue un impulso. Vino a la tienda y me preguntó si quería cenar algo. Estaba cabreado con Lola, así que acepté.

—¿Se lo tomó como una cita? —pregunta Finn.

—Sí, eso pensó que era.

Finn me observa con atención.

—No te la tiraste.

—No —me apresuro a decir—. Le dejé muy clara mi situación en cuanto nos sentamos. Pero sigo con la sensación de que le he puesto los cuernos a Lola porque sabía que se pondría celosa si se enteraba. Cuando llegué a casa me habría arrancado la piel a tiras.

—¿Y si Lola hubiera hecho lo mismo? —me pregunta Finn.

Siento que me arde la piel al pensar en Lola con otro tío.

—Le habría arrancado la piel a tiras al que fuera.

—¿Lo sabe Lola? —pregunta Ansel con una mueca.

—Sí, fue a la tienda a buscarme. Se lo dijo el cabrón de Joe, que no tiene dos dedos de frente.

—Deberías habérselo dicho tú —sugiere Ansel, pero luego frunce el ceño—. ¿No?

—Pues claro —respondo, y lo miro con exasperación—. Estuve a punto de llamarla de madrugada por lo culpable que me sentía. Pero no lo hice porque pensé: ¿Y si está trabajando y se cabrea conmigo por llamarla para confesarle que he tenido una cena platónica con otra mujer? —Me paso una mano por la boca—. Menudo follón. Es evidente que a mí me preocupa más todo esto que a ella. Ya no sé cómo comportarme con Lola, y eso me parece... mal.

—Sois imbéciles, los dos —dice Finn—. Si te sirve de consuelo, Lola también está fatal.

—Pero eso es lo que pasa cuando te enamoras, ¿no? —añade Ansel con una sonrisa—. Yo soy un imbécil feliz por Mia.

—Yo... —empiezo, y siento cómo una carcajada sale de mi garganta. Pese a todo, es imposible que Ansel no te levante el ánimo—. Lola es, sin lugar a dudas, una de las personas más inteligentes que conozco, pero me temo que también es, parafraseando a Harlow, una inútil en las relaciones sentimentales.

—Mia me comentó que Lola suele priorizar todo lo que tiene que ver con su cómic —dice Ansel, que se cruza de brazos—. Parece que ha sido así desde que eran adolescentes.

El afán protector me atenaza el pecho y salto en su defensa:

—Lo ha pasado mal. Es que no lo ha tenido fácil, la verdad.

—Joder, Oliver, igual ese es el problema —replica Finn—. Igual necesita saber que esto... que esto que tenéis no es un asunto de todo o nada. Que no le vas a dar la espalda solo porque ella sigue intentando encontrarle sentido.

Cojo un aro de cebolla y lo miro con sorna.

—Es agradable oír que dices algo tan sensato de este tema, Finn.

Él levanta la barbilla y me devuelve la sonrisa.

—Es agradable ver cómo vosotros también metéis la pata, Oliver.

Está oscureciendo cuando por fin consigo cerrar la tienda y poner rumbo al piso. Me alegro al ver el coche de Lola casi enseguida, porque eso quiere decir que todavía no se ha ido a casa de su padre, y aparco en el primer espacio libre para visitas que encuentro antes de bajarme del coche y dirigirme al portal.

El vestíbulo suele ser un bullicio a esa hora, con los ascensores llenos de gente que sale del trabajo o que se va a tomar una copa, pero esta noche está todo muy tranquilo para variar. Subo solo en el ascensor mientras las plantas se van sucediendo en la pantalla digital, estoy solo mientras intento averiguar cómo afrontar la conversación.

Todavía no tengo muy claro qué voy a decir. Solo quiero verla. A lo mejor me disculpo de nuevo por lo de Allison; ha sido un golpe bajo, sobre todo porque estaba casi seguro de que Lola iba a enterarse de una forma o de otra. A lo mejor solo le digo, ahora que me he tranquilizado un poco, lo brutal que fue que me apartara de repente, como una distracción o un obstáculo, aunque esa no fuera su intención.

No creo que estemos preparados para volver al punto donde lo dejamos antes de que se fuera todo al traste. Solo necesito que hable conmigo. Por espantoso que suene, fue maravilloso verla tan alterada en Fred's, porque me di cuenta de que para ella también es duro. Antes siempre me sentía completamente a salvo con Lola; aunque no habláramos de nuestros sentimientos, sabía qué puesto ocupaba en su vida por cómo buscaba mi compañía, mi opinión o incluso un simple contacto visual. Fue la primera norteamericana a la que no me costó entender. Lola siempre ha sido muy directa cuando toma decisiones, y eso no ha cambiado en lo que se refiere a lo nuestro. Así que no me esperaba que acabase con esa nota histérica justo cuando yo creía que todo encajaba a la perfección.

Sé que no soy el único que estaba enamorado hasta las trancas la última noche en mi casa.

Sé que la intimidad que compartimos en la cama, durante toda la noche, y en la ducha no fue producto de mi imaginación.

Ando con paso ligero por el pasillo de cemento y me detengo al oír la voz de Lola a través de la puerta corredera de acero. Saco el móvil para mirar la

hora. No he visto el coche de London fuera y es lo bastante tarde para que ella esté trabajando. Se supone que Harlow va a estar todo el día en Del Mar y, puede que me equivoque, pero creo que Mia da clases a esta hora. Así que ¿con quién está hablando? ¿Con su padre? ¿Con Benny?

Me detengo delante de la puerta e intento decidir si llamo y me arriesgo a interrumpirla con alguien o si, cuando la oigo alzar la voz, entro sin más.

—Lo sé —dice ella con un deje afilado—. Y hablamos del tema la semana pasada. Ya te dije entonces que tengo fechas de entrega que no puedo posponer. Siento que creas que esto va a afectar a tu calendario. Pero si Langdon y tú hubierais aceptado hablar del tema cada vez que intenté sacarlo a colación durante las reuniones, para las que, por cierto, tuve que cogerme una semana entera, habrías descubierto que te estaba diciendo exactamente lo mismo que te digo ahora.

No doy crédito. Nunca he oído a Lola hablarle así a... En fin, a nadie. La parte racional de mi cerebro me dice que me dé la vuelta y que la llame más tarde, que nadie se ha enterado de nada bueno pegando la oreja a la puerta. Pero otra parte de mí, una mucho mayor, se muere por saber con quién está hablando y se siente fascinada por esta faceta de Lola.

Oigo un golpeteo rítmico al otro lado de la puerta, el sonido de sus botas mientras se pasea de un lado para otro por la cocina. Estoy a punto de darme la vuelta cuando el sonido se detiene de repente.

—No, entiendo perfectamente lo que dices. Pero lo que yo te digo es que Navaja nunca haría algo así. Sé que quieres lograr cierto efecto, pero es totalmente contrario a lo que haría el protagonista.

Pongo los ojos como platos y el estómago se me encoge tanto que desaparece. Está hablando con Austin. La leche. Hay un minuto de silencio, solo interrumpido por un coro de «Ajá», «Sí» y «Entiendo», y contengo la respiración mientras me pregunto si se va a mantener en sus trece o va a dejar que él le dé la vuelta a la conversación hasta manipularla para conseguir que haga lo que él quiere. El corazón me late tan deprisa que hasta me da miedo que ella pueda oírlo desde el otro lado de la puerta.

Hasta el momento, no me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba ver cómo recuperaba las riendas de su carrera profesional. Se la estaba



comiendo viva. La estaba cambiando.

—Oye —dice ella, y oigo el deje de calma forzada en su voz—, creo que me he mostrado más que comprensiva con el montón de cambios que has pedido y, como ya te he dicho, entiendo tu postura, de verdad que sí. Tú haces películas. Yo no. Pero lo que sí hago es escribir historias y crear personajes y mundos, y los dos personajes de este mundo no se aman. No hay romance que valga, no hay tensión sexual. Si lo cambias, lo que motiva a Navaja, y también cada uno de sus actos, quedará en entredicho. Hace lo que hace porque ve en lo que puede convertirse Quinn, no porque esté enamorado de ella.

Apoyo la mano en el marco de la puerta y siento que la opresión del pecho desaparece. Y pese a todo lo que ha pasado entre nosotros los últimos días, sonrío, a sabiendas de que Lola está luchando por lo que quiere. Es capaz de valerse por sí misma. Si es capaz de enfrentarse a un estudio lleno de directivos, es capaz de encontrar el camino que la traiga de vuelta a mis brazos.

Recuerdo las palabras de Finn y, aunque ha apuntado algunas verdades, conozco a Lola. Tal vez no tenga experiencia en cuanto a relaciones sentimentales, pero cuando quiere algo, sabe cómo luchar por conseguirlo. No necesita que la salven. Si entro ahora e intento hablar con ella de lo que hay entre nosotros, siempre me quedará la duda de si habría vuelto conmigo por su propia voluntad o no.

Tengo que creer que luchará por nosotros, que no me equivoco con ella. Tengo que creer que quiero estar ahí para ella, siempre, pero que ella no me necesita.

Me aparto de la puerta y regreso al ascensor, mientras su voz se va perdiendo en la distancia con cada paso que doy.

# 16

## Lola

Hace tanto tiempo que no duermo en la cama de mi infancia que tardo cinco segundos en recordar dónde estoy cuando me despierto.

Es el pomo de cristal del armario lo que me da la pista. Todas las puertas de esta casa tienen unos pomos gigantescos de cristal. Fue un capricho de mi madre mientras mi padre estaba en una de sus misiones en el extranjero, y se pasó un fin de semana entero cambiando los normales de latón por estos. Son macizos y parecen brillar como si fueran un ojo situado casi en el borde de las puertas. Es una de las cosas que siempre me han encantado de esta antigua casa de estilo Craftman: todo parece macizo, aunque los humanos que la habitan parezcan derrumbarse con la más leve brisa.

Alguien llama con suavidad a la puerta.

—¿Lorelei?

—¿Qué quieres, papá?

Hace una pausa antes de girar el pomo y asomar la cabeza por la puerta entreabierta.

—Anoche no te oí llegar.

—Vine para ver cómo estabas, pero te encontré dormido como un tronco. No me sorprende que no me oyeras.

Se echa a reír mientras entra y veo que trae dos tazas de café en una mano.

—No recuerdo la última vez que dormiste aquí.

—Yo tampoco. —Me incorporo para sentarme y me aparto el pelo de la cara. Un vistazo al reloj me dice que solo son las seis. Mi padre siempre ha sido madrugador, desde sus días en los marines. Despertarme a las seis para él es tardísimo...

—No hacía falta que vinieras.

Acepto la taza de café que me ofrece y le digo:

—Quería venir. Hace mucho que no te gustaba alguien tanto como te gusta Ellen. Quiero verte feliz.

Mi padre me mira con escepticismo.

—La odias.

—Vale, a lo mejor no me gusta, pero a lo mejor también quiero estar a tu lado, tontorrón.

—Estoy bien. —Sonríe—. A lo mejor necesitabas un cambio de aires.

Inspiro el vapor del café y dejo que me espabile el cerebro.

—A lo mejor.

Mi padre se sienta en el pico del colchón, cerca de mis pies, y bebe un sorbo de café con la vista clavada en la pared. Presiento el inicio de una conversación, como cuando habla de Ellen o me pregunta cómo me va el trabajo, cómo me va en general. Me siento inquieta, como si no supiera muy bien qué hago aquí, pero tampoco quiero irme a casa.

Para ser sincera, así es como me siento con todas las cosas que están pasando ahora mismo en mi vida. Quiero la carrera profesional que he creado, pero también quiero que sea más sencilla, más pequeña, más manejable. Quiero a Oliver, pero no quiero necesitarlo tanto. Quiero poder respirar sin sentir que tengo el pecho oprimido por unas cuerdas, pero todo parece pasado de rosca ahora mismo. Y, sobre todo, quiero descubrir cómo puedo arreglar lo que he hecho. La tarea me resulta abrumadora.

La mirada de mi padre se clava en mi macuto, que es evidente que llené a la carrera y que está abierto en un rincón.

—A ver, sé que hablamos, pero en el fondo no hablamos —empieza con voz débil, como si lo hubiera preparado, y esto es lo que pasa siempre que se pone sentimental. Ninguno de los dos sabemos cómo enfrentarnos bien a

esto. Es como subir a un niño en una bici por primera vez. Se limita a mirar los pedales y después te mira como diciendo: «¿Y ahora qué tengo que hacer?».

Pues así somos nosotros cuando hablamos de nuestros sentimientos.

—Hablamos casi todos los días —le recuerdo.

—Sé todo lo que haces, pero no sé mucho de lo que sientes.

Gimo mientras me llevo la taza a los labios.

—Creía que estábamos aquí para hablar de lo tuyo con Ellen.

Mi padre hace oídos sordos a mis palabras.

—Llevas unos días trabajando sin parar —aventura, y se vuelve para mirarme—. Lo digo en serio. Quiero hablar contigo. Estás hecha un desastre.

Mi padre conoce cuáles han sido mis mejores y mis peores decisiones. Conoce toda mi historia, así que siempre he pensado que también conoce mis sentimientos, simplemente por el hecho de conocerme. Pero tiene razón, no profundizamos en nuestros sentimientos. Nunca lo hemos hecho. Bromeamos y recurrimos al sarcasmo para hacernos reír, pero no etiquetamos emociones. No sé si me siento mejor o peor al caer en la cuenta de que eso es lo que hago también con Oliver.

—Vamos a la cocina a desayunar. Hablaremos mientras comemos.

Echo un vistazo por el dormitorio para ver dónde solté mis cosas antes de tirarme en plancha anoche a la cama.

—Si estás seguro de que te encuentras bien, debería irme a mi casa. Tengo una montaña de trabajo. —Cierro los ojos y me trago la burbuja de pánico que ya me estaba subiendo por la tráquea.

—No —replica mi padre con una voz brusca y severa que creo que no le he oído desde que era una niña desobediente.

El tono de voz me provoca un hormigueo en el cerebro, me hace desear salir en busca de aire fresco y poner más distancia con mi padre.

Dejo la taza en la mesilla y salgo de la cama.

—A la cocina —repite mi padre—. Tienes diez minutos.

—Niña, estás hecha un desastre.

—Ya me lo has dicho. —Paso a su lado para poner otra vez la cafetera—. Es que ahora mismo estoy muy liada con el trabajo. Dime qué ha pasado con Ellen.

Se sienta en un taburete y lo hace girar mientras habla.

—Al parecer, ha empezado a salir con un compañero del trabajo.

—¿Te refieres a «salir» como amigos? —le pregunto al tiempo que me inclino sobre la encimera, mirándolo.

—Diré que sí por respeto a la delicada sensibilidad de mi hija. Pero para ser más exactos, se estaba tirando a un tío que trabaja en el bar.

Hago una mueca.

—¿Te lo ha dicho ella?

Mi padre suelta una carcajada y contesta al mismo tiempo, alargando el monosílabo.

—No. La vi con él cuando fui a recogerla para darle una sorpresa después de que acabara su turno. Estaba en la barra y le estaba metiendo la lengua al otro hasta la campanilla. Parecían conocerse bien.

—¿Quieres que le dé un puñetazo?

Niega con la cabeza entre carcajadas.

—Quiero que me prepares tus huevos especiales y que me cuentes algo bueno.

Me vuelvo hacia el frigorífico para sacar un cartón de huevos y la mantequilla.

—No tengo nada que contarte.

—¿Nada? —Se ríe—. ¿Cómo está Oliver?

Me encojo de hombros, agradecida por el hecho de estar dándole la espalda mientras cojo el pan.

—Estamos más o menos igual que Ellen y tú ahora.

—¿Oliver te ha puesto los cuernos? —pregunta con voz chillona.

—No —me apresuro a contestar, y me pongo a la defensiva al instante—. No es eso, es... es... Bueno, es una historia un poco larga.

—Supongo que te habrás dado cuenta de que ahora mismo estoy sin novia. Tengo tiempo de sobra.

Me observa sacar dos rebanadas de pan de la bolsa y hacerles dos agujeros

en el centro, que es donde se harán los huevos, su desayuno preferido. Siempre me observa prepararlos con gesto asombrado, como si fuera un ritual vudú o algo así. Es muy tierno. El secreto es, ni más ni menos, preparar a la vez los huevos y las tostadas en la sartén. A veces, me sorprende que haya logrado sobrevivir solo.

—¿Qué está pasando? —me presiona—. La otra noche cuando vinisteis no podíais quitaros las manos de encima. Y ahora te presentas de repente y duermes en tu cama por primera vez desde hace años. Ya puedes contármelo.

Dejo los huevos y las tostadas en la encimera y saco una sartén.

—No quiero hablar de Oliver —le digo, y empiezo a ver borroso por culpa de las lágrimas que han salido de la nada. Sé que mi padre me ve limpiármelas, así que murmuro—: Lo siento, es que no puedo más. Lo he echado todo a perder. La película, la nueva saga. Oliver. Todo.

—Eso no es típico de ti, sobre todo en lo que se refiere a Oliver.

Me río mientras enciendo el fuego.

—¿Qué no parece típico de mí? ¿Recuerdas la primera vez que vino Oliver? Lo mirabas como si fuera una especie en peligro de extinción.

—Fue algo nuevo —replica en su defensa—. Era la primera vez que traías a un chico a casa.

—Me entró el pánico por culpa del trabajo y le dije que quería espacio. Así que salió con otra —confieso mientras me limpio las lágrimas—. Está enfadado y supongo que pensó que eso lo ayudaría. —Pongo un poco de mantequilla en la sartén y veo cómo se derrite—. Ahora me arrepiento de lo que le dije y no sé cómo arreglarlo.

—Pero acabas de... —Guarda silencio y menea la cabeza—. Lola, tengo que admitir que esto me molesta más que lo de Ellen.

Y, ahora, alivio. Una diminuta parte de mi cerebro seguía atascada con la imagen de mi padre cuando mi madre se marchó, preocupada por la posibilidad de que volviera a este estado tan terrible de nuevo si Ellen lo abandonaba alguna vez. Menos mal que las cosas no son así.

—Bueno, retomando el tema —sigue—. ¿Qué ha pasado con el trabajo?

—No he llegado a una fecha de entrega. Por no mencionar que me quedé dormida y no pude hacer tres entrevistas ya concertadas.

Mi padre levanta las cejas hasta el techo.

—En la vida me he saltado una fecha de entrega, pero estoy tan distraída que entrego libros fuera de plazo y soy incapaz de concentrarme...

Paso el pan sobre la mantequilla derretida y le doy la vuelta a la rebanada para cubrir las dos caras.

—Pero, y no te mosquees conmigo —me dice, levantando las manos— porque solo intento entender qué ha pasado, ¿qué tiene eso que ver con Oliver?

Siento un nudo en el estómago por la incomodidad de estar hablando de este tema con mi padre, pero ya he pisado el acelerador.

—Últimamente me siento y de repente me doy cuenta de que se me ha ido el santo al cielo pensando en lo que estará haciendo o en algo que ha dicho. Estaba tan distraída que creía que me faltaba una semana entera para entregar *Escarabajo*.

—Supongo que no lo has entregado.

—Llevo tres semanas de retraso. Creo que le he echado la culpa a lo que estaba pasando con Oliver en vez de... No sé...

Mi padre espera a que termine, pero al ver que no lo hago, dice con delicadeza:

—¿En vez de admitir que estabas totalmente agobiada, algo comprensible? —Su tono de voz insinúa que sabe muy bien dónde se encuentra la raíz de mis problemas—. Lola, cariño, tu vida está patas arriba, ya lo estaba antes de que empezaras con Oliver.

Casco dos huevos y los echo a la sartén, bajando el fuego para que no salten. Su comprensión hace que se me llenen los ojos de lágrimas otra vez.

—Lo sé.

—Durante los últimos meses te has subido en más aviones que mi vecino el piloto.

—Lo sé.

—¿Recuerdas cuando empezaste a dibujar? —me pregunta.

Hago memoria un instante mientras me limpio los ojos y después contesto:

—No.

—Eso es porque siempre lo has hecho. Garabatos por todos lados, los

concursos de dibujo del supermercado. Pero cuando tu madre se fue, cambiaste. En vez de dibujar por diversión, se convirtió en lo único que hacías. Era una compulsión. Yo no dormía mucho y, cuando entraba en tu dormitorio por las noches, te encontraba inclinada sobre el escritorio, trabajando. Era tu refugio. En aquel entonces, yo no era la persona más comunicativa del mundo y lo que hacías era volcar tus ideas y tus sentimientos, todo lo que querías decir, en el papel.

No digo nada y me limito a observar cómo se cuajan los huevos mientras espero a que siga hablando. Las yemas son de un amarillo brillante, como el sol. Las claras son muy blancas y poco a poco se van cuajando dentro del agujero que he hecho en las rebanadas de pan. Casi veo el calor de la sartén, lo distingo en las volutas de aire que suben, agitándose.

—Necesitabas el mundo de *Pez Navaja*. Porque lo controlabas y no tenías que decir nada, ni te arriesgabas a estropear las cosas porque los personajes eran tuyos. Decían las cosas que tú no podías decir. No les importaba si algo salía mal. Navaja nunca se iría. Forma parte de tu familia. —Hace una pausa —. Estoy seguro de que es aterrador querer a alguien como quieres a Oliver.

Lo miro con cara inexpresiva.

—Papá...

Él me devuelve la mirada, pero la suya es tierna porque tiene experiencia. Porque sabe de esto más que yo.

—Estoy seguro de que te aterra lo agobiante que resulta todo. Estoy seguro de que te aterra sentir que debes dividir tu atención entre dos cosas que amas. Pero no tienes por qué perderlas. No tienes por qué renunciar a una de las dos. A Navaja lo conoces desde hace mucho más tiempo.

Miro de nuevo la sartén y le doy la vuelta al pan y a los huevos sin problemas.

—Has hecho una tontería y Oliver, en vez de comportarse como el ancla fuerte que siempre ha sido para ti, te ha hecho caso y ha aceptado darte espacio. Y salió con otra para demostrar algo.

Siento que se acerca a mí, que apoya los codos en la encimera.

—¿He captado bien la situación?

Golpeo las tostadas con el extremo de la espátula, haciendo caso omiso de



la que sé que es una sonrisa ufana en los labios de mi padre, y detestando cómo la conversación se introduce entre las grietas descarnadas que me provocó la discusión con Oliver en el bar.

—Ajá.

Se pone de pie y se acerca al armario para sacar un plato.

—Pero al menos lo ha hecho cuando tú se lo has pedido, así que no te ha sorprendido.

Suelto una carcajada incrédula que más bien parece una tos.

—¿Estás insinuando que he saboteado lo mío con Oliver?

Mi padre niega con la cabeza.

—Solo digo que eres complicada. Tienes un trauma en lo referente a las relaciones de pareja y, por más que creas que lo tienes todo controlado, no es así. Siempre me ha preocupado que el abandono de tu madre te haya causado un trauma importante, como así ha sido. —Lo miro con la boca abierta mientras me devano los sesos en busca de una réplica que lo deje boquiabierto para los restos, pero él sigue—: El asunto es que creo que no te asusta que te abandonen, Lola, lo que te asusta es verte obligada a abandonar las cosas que quieres.

Algo se agita y se libera en mi interior.

—Papá...

—Así que lo que haces es abandonarlas de forma preventiva. O, si te conozco como creo conocerte, más bien intentas no profundizar demasiado en ellas desde el principio.

Intento tragar el enorme nudo que siento en la garganta mientras saco su desayuno de la sartén con la ayuda de la espátula y lo coloco en el plato que él me ha puesto delante.

Un simple vistazo a su cara y sus ojos me atrapan.

—Nena, no eres tu madre —susurra.

El nudo empeora.

—Lo sé.

—No —me contradice, y sostiene el plato con una mano para poder acariciarme una mejilla con la otra. Me obliga a mirarlo a los ojos de nuevo—. Escúchame. No eres tu madre.

Asiento con la cabeza, deprisa y sin hablar, mientras parpadeo para librarme de las lágrimas.

—Busca la manera de compaginar a Oliver con esa carrera profesional que has querido toda la vida —me aconseja—. Porque si tienes que elegir, acabarás sin ninguna de las dos cosas.

Salgo del ascensor y me encuentro a London en el extremo del pasillo. Lleva unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, y sé que debajo lleva un bikini porque le veo los tirantes atados detrás del cuello.

Una vez que cierra la puerta, se endereza y en ese momento me ve.

—Hola, forastera. He intentado hablar contigo, pero no me has cogido el teléfono.

—Lo siento —me disculpo—. Estaba en casa de Greg.

Asiente con la cabeza y guarda las llaves en su bolsito.

—Me lo imaginaba. Falta tu cepillo de dientes y no estabas con Oliver.

Asiento con la cabeza mientras me subo la correa del bolso por el hombro.

—Ellen cortó con él, así que he ido para ver cómo estaba.

—¿Y está bien?

—Sí. —Me muerdo el labio intentando asegurarme de que no parezco loca ni celosa ni... nada al preguntar—: ¿Cómo sabías que no estaba con Oliver?

Los hoyuelos de London son los más monos del mundo, y cuando me sonrío para tranquilizarme, me dan ganas de abrazarla.

—Es que me lo encontré en el Regal Beagle.

¿Oliver sin mí en el bar de Fred? Se me cae el alma a los pies al instante.

—¿Ah, sí?

—Fui a hablar con Fred por temas de trabajo —me explica London—. Y cuando salí de su oficina, vi a Oliver sentado en la barra.

Evito mirarla a los ojos mientras busco mis llaves.

—¿Estaba con Finn, con Ansel... con alguien?

London me mira con una sonrisa cómplice, cruza los brazos por delante del pecho y se apoya en la pared.

—No. Estaba solo, así tristón y patético. Estuve hablando un rato con él y

cuando le dije que ibas a pasar la noche fuera, me preguntó si me apetecía tomarme algo.

—Ah. —Imaginar a Oliver buscando compañía me provoca tristeza. Menos mal que London estaba allí con él, con su buen humor y su capacidad para disipar la tristeza. London tiene recubrimiento de teflón para la tristeza.

Se ha apartado el pelo de la cara recogidoselo en la coronilla. Cuando asiente con la cabeza, algunos mechones, que se le han soltado, se mueven también.

—Creo que solo necesitaba compañía y no quería beber solo. Que no me importó, la verdad, porque tenía planes. —Suelta una carcajada y hace un gesto con la cabeza en dirección al piso—. Por cierto, sigue ahí.

Siento un repentino calor en la piel mientras miro hacia la puerta.

—¿Que está dónde?

—Ese tío no aguanta nada, te lo aseguro. Un par de cervezas y tres episodios seguidos de *The Walking Dead* y se quedó frito. —Señala el piso con el hombro—. En el sofá.

Miro las llaves que tengo en la mano. Había pensado llamar a Oliver cuando llegara a casa, o tal vez pasarme por la tienda, pero creía que contaría con un poco más de tiempo para pensar.

—Gracias por hacerle compañía.

—No hay de qué. Es un tío gracioso. Si no fuera tuyo y yo no hubiera jurado pasar de los tíos hasta la menopausia... —dice, riéndose mientras se aleja de la pared—. En fin, que me voy.

—¿A la playa?

—Marea alta dentro de cuarenta y cinco minutos. Volveré para la cena, por si quieres hablar un rato y eso.

Asiento con la cabeza y la veo alejarse.

—Vale, esta noche tengo que trabajar, pero nos vemos un rato.

London baja por las escaleras y espero hasta que se ha ido para volverme hacia la puerta y meter por fin la llave en la cerradura.

El interior está silencioso, y todavía es temprano, de manera que con las cortinas corridas el piso está fresco y oscuro. Cierro la puerta haciendo el menor ruido posible y espero a que mis ojos se adapten a la penumbra. El

sonido suave de la respiración de Oliver me llega desde el sofá. Suelto mis cosas antes de entrar en la cocina en busca de un vaso de agua y quizá de un chupito de tequila.

El cubo de la basura para reciclar está lleno de botellas de cerveza, y siento una sensación cálida en el estómago provocada por el anhelo. Oliver está monísimo con dos copas de más, risueño y feliz. Me entristece habérmelo perdido. Pero luego recuerdo por qué está aquí, porque necesitaba compañía, y la emoción desaparece al instante, reemplazada por esa sensación desagradable que me acompaña desde hace días.

Cojo un vaso, lo lleno de agua fría y me la bebo de un par de sorbos.

Es raro lo familiar que me resulta todo. Oliver está otra vez en el sofá, con un pie colgando por el borde y el otro doblado en un ángulo raro por debajo de la otra pierna. Está boca arriba, con un brazo estirado por encima de la cabeza y el otro, sobre el pecho. Se le ha torcido la camiseta, que tiene enrollada en el pecho, de manera que se le ven el abdomen y las caderas. Ha dejado las gafas en la mesa, junto al móvil, y hay una manta arrugada en el suelo.

Una noche en el sofá significa que seguramente se levantará dolorido, y no sé si debería despertarlo o seguir mirándolo. Mirarlo es mucho más fácil, desde luego, y mis ojos están hambrientos después de haber pasado días sin verlo.

Echo de menos sus manos, lo fuertes y ávidas que son. Echo de menos su abdomen, con esa piel firme y el suave vello. Echo de menos esas piernas interminables, esas caderas, su...

—¿Lola? —dice, sobresaltándome, de manera que parpadeo con rapidez y devuelvo la mirada a su cara.

—Hola.

Se pasa una mano por el pelo y echa un vistazo por el piso.

—Hola, lo siento. He pasado la noche aquí. Ni siquiera te he oído entrar.

—Soy un *ninja* —le digo, y él me regala una sonrisa tristonaa—. Sabes que puedes quedarte cuando quieras.

La invitación queda suspendida entre nosotros y su significado va cambiando a medida que el silencio se alarga. Lo veo frotarse los ojos antes

de inclinarse para coger las gafas y ponérselas. Nunca nos hemos sentido tan incómodos como nos sentimos de un tiempo a esta parte. Duele. Sí, porque esta rigidez entre nosotros hace que algo se me retuerza por detrás de las costillas.

—Me encontré a London en Fred's —me explica mientras recoge la manta del suelo—. Me preguntó si me apetecía echar un rato, ya sabes, tomarnos algo y hablar y eso. Insistió mucho, la verdad...

—No pasa nada —lo interrumpo mientras contengo una sonrisa. La sensación es como si tuviera agua templada corriendo por las venas: alivio al ver que se siente en la obligación de explicarme por qué se ha ido a casa con otra mujer, aunque se trate de mi compañera de piso—. La he visto mientras salía para ir a la playa. Me ha dicho que os encontrasteis anoche.

Asiente despacio con la cabeza.

—No viniste a casa anoche.

«¿Se le ha olvidado que...?», pienso.

—Me fui a casa de Greg.

Él hace una mueca y frunce el ceño.

—Joder, es verdad. —El alivio que percibo en su voz lo es todo para mí—. Ellen y él ya no están juntos. —Me mira a los ojos y me pregunta—: ¿Está bien?

Asiento con la cabeza.

—Eso parece, la verdad. Creo que Ellen solo ha sido la conveniencia de tener cerca un par de buenas tetas de silicona.

Se ríe y se rasca la parte posterior de la cabeza, mientras me pregunta con delicadeza:

—Y tú, ¿estás bien?

Dios, vaya pregunta...

—Sí y no.

El silencio se prolonga y me pregunto si está harto de llevarme de la mano, si esta es su manera de obligarme a hablar.

—Ayer le dije a Austin que había ciertas cosas que no podía cambiar, sobre todo el tipo de relación que existe entre los protagonistas.

Oliver se inclina hacia delante y apoya los codos en los muslos.

—Y ¿cómo se lo tomó?

—No muy bien. Dice que tenemos que hablar más a fondo del tema, pero no pienso cambiar de opinión. Si quieren mi aportación, esa es mi postura.

Él asiente con la cabeza.

—Me alegro, me siento orgulloso de ti. Y si te sirve de algo, creo que tienes razón.

—También he estado pensando mucho. En nosotros.

El silencio que sigue a mis palabras es un abismo terrorífico, pero me limito a esperar porque necesito que me confirme que podemos hablar de esto otra vez.

—Vale —dice por fin—. ¿Qué has estado pensando?

—Que estoy arrepentidísima de lo de la otra noche —contesto—. Me asusté.

Él ladea la cabeza para observarme con los ojos entrecerrados. Está cansado, sin afeitarse, y parece que los últimos días tampoco han sido fáciles para él.

—No hace falta que te disculpes por haberte asustado, Lola.

Niego con la cabeza.

—Metí la pata.

Oliver se pone de pie, coge la cazadora del brazo del sofá y se la pone. Después se pone los zapatos y coge el móvil.

—Llevas toda la vida trabajando para conseguir esto. Es normal que te niegues a verlo derrumbarse. —Se acerca a mí, lo suficiente para que tenga que levantar la barbilla para mirarlo—. Lo que me dolió —sigue, en voz más baja— fue que pensaras que sería fácil dejarme. Lo sencillo que te resultó tomar esa decisión, así de repente.

Siento el escozor de las lágrimas en los ojos.

—No es tan fácil. Es espantoso.

Él asiente con la cabeza.

—Yo también he metido la pata —reconoce, mirándome a los ojos—. Detesto haber salido con otra, aunque no tuviera la menor intención de tocarla.

Se me parte el corazón.

—Quiero recuperar lo que teníamos —susurro, intentando no sollozar.

—No creo que podamos hacerlo —replica Oliver, que se mira la mano mientras me acaricia con gesto distraído un mechón de pelo. Siento más lágrimas en la garganta y en los ojos, y una opresión en el pecho—. No sé si debemos hacerlo.

—Oliver, no. —Levanto una mano para secarme los ojos, pero él me la agarra y entrelaza los dedos con los míos.

—No —se apresura a decir con ternura—. Me refiero a que la próxima vez tenemos que ser más sinceros. —Me acaricia la palma de la mano—. Creo que tenemos que partir de la base de que seas tú quien me cuente las cosas en vez de dejar que yo te pregunte.

Trago saliva y vuelvo a tragar, mientras intento asimilar lo que creo que está diciendo.

—¿Eso quiere decir que podemos intentarlo de nuevo? —Él alza la vista y esos ojos azules me atraviesan—. ¿Sigues queriendo estar conmigo?

Sus labios esbozan una sonrisilla.

—Nunca he dejado de quererlo. Solo necesitaba que tú te serenaras.

Suelto una carcajada que más bien es un resoplido mientras lloro. El alivio hace que me sienta un poco temblorosa e histérica. Me apresuro a asentir con la cabeza y me seco las lágrimas, intentando mostrarme serena delante de él.

—Para —me ordena en voz baja—. No me refería a esto. No quiero que me ocultes tus sentimientos. Me refería a que quiero que entiendas que soy el tío que quiere ver tus sentimientos. Que quiere oírlos.

Suelto un hipido y consigo decir con voz ronca:

—Me siento aliviada. Muchísimo.

Él se muerde el labio y sigue con los ojos el movimiento de su pulgar, que me está acariciando la mejilla.

—Lola, cuando te dije que no necesitaba que las cosas fueran fáciles ni perfectas, lo decía en serio. Pero necesito saber... —Deja la frase en el aire y frunce el ceño—. Necesito saber que no vas a hacerlo otra vez. Porque casi me matas.

—No lo haré. —La simple idea me tensa y me pone los pelos como escarpas. Levanto un brazo para colocarle la mano en el pecho y así sentirme

anclada. Siento los fuertes y rítmicos latidos de su corazón bajo la palma. Bum bum, bum bum, bum bum—. Sería incapaz de hacerlo.

El silencio nos envuelve y sé que hay otras muchas cosas que decir, pero presiento que de momento vamos a dejarlo aquí. Sin embargo, sé que vamos bien porque el silencio no es agobiante. Volvemos a ser Oliver + Lola, hablando en silencio entre nosotros.

—¿Cómo van las cosas con *Escarabajo*? —me pregunta, mientras levanta la mano libre para colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja.

Sorbo por la nariz y miro por encima de su hombro.

—He pasado del ecuador de la historia ya.

—¿Te gusta?

Hago una mueca y admito:

—Todavía no. Pero me gustará.

—Por algo se empieza. —Me da un apretón en la mano y después la suelta—. Puedes mandarme un mensaje de texto cuando quieras, o llamarme si necesitas hablar de algo.

Parpadeo porque no quiero que se vaya todavía.

—¿Dónde estarás? Puedes quedarte aquí si...

—En casa o en la tienda —me contesta en voz baja.

—¿Y yo?

No sé qué quiero decir.

Bueno, sí que lo sé. Pero no sé cómo va a poder contestar esa pregunta.

Porque, por más trabajo que me quede por hacer, también lo necesito a él. Me doy cuenta al mismo tiempo que Oliver de que la pregunta es esa misma confesión, y se inclina hacia mí con una sonrisa en los labios.

—Me llamarás todos los días. Responderás a mis mensajes de texto. —Me da un beso fugaz en los labios, solo uno, y me inclino un poco hacia él cuando se separa de mí—. Si necesitas almorzar, dímelo y te traigo la comida. Si necesitas algo más —sigue, mientras sus ojos me atraviesan—, llámame.

—Si tú necesitas algo... —replico con la sensación de estar atragantándome con mis propias emociones, que me inundan el pecho.

Oliver sonrío.



—Vale. A la cueva a escribir. —Me pasa con ternura los pulgares por los párpados inferiores para secarme las lágrimas—. Esto no es una pausa, es que necesitas ponerte firme y acabar. Gestionar el tiempo formará parte de nuestra vida. A veces podré pasar la noche contigo —dice mientras sus ojos recorren mi cara—. A veces tendré que compartirme durante una semana o dos.

Tiene que secarme las lágrimas otra vez porque, al oírlo, aparecen de nuevo.

Se echa a reír y me besa en la nariz mientras dice:

—A trabajar, Lola Love. Quiero recuperar mis noches.

# 17

## Lola

Detesto cada palabra, cada viñeta.

La carpeta del escritorio a la que he llamado «Mierda» tiene cuatro veces más ilustraciones que la carpeta con el nombre de «Buenas», pero lo entiendo. La lección, que últimamente me llega de todas partes, se cuelga en mi cerebro con la sutileza de un piolé: a veces tienes que hacerlo todo mal antes de saber cómo hacerlo bien.

No veo a Oliver en un día, luego en dos, y luego pasa una semana y lo echo tanto de menos que lo siento como un agujero negro de dolor. Pero hablamos todas las noches y él ve cada línea que escribo, cada palabra; ve lo bueno y lo malo, y lo espantoso también, porque se lo mando todo, ya que necesito otro par de ojos.

Sus ojos son el bálsamo que calma el ardor de mi pánico. Tras ellos hay un hombre justo y sincero, capaz de olvidarse de su instinto para tranquilizarme, porque entiende que lo que necesito ahora mismo es una crítica constructiva.

«La viñeta muestra a la chica, con las manos juntas y las palmas hacia arriba, a la espera de que llueva. Él la protege de una insolación.»

—¿Qué haces? —me pregunta.

Es una tranquila noche de martes, la nueva fecha de entrega está prevista

para dentro de dos días, y Oliver ha llamado para ver cómo estoy después de cenar con Harlow y Finn. Habla con voz algo ronca, como si estuviera tumbado. Me lo imagino solo en casa, con una mano en el pecho y la vista clavada en el techo blanco.

«¿Está vestido?»

«¿O solo lleva los calzoncillos?»

«¿Cuántas veces se imagina que está besándome, tocándome, penetrándome?»

—Estoy sentada al escritorio —contesto—. Mirando el desastre.

Se queda callado un momento y el instinto activa un mecanismo en mi interior, algo que me dice que está repasando la misma lista de preguntas que yo.

—¿Has terminado la última escena de lucha? —me pregunta, al cabo de un buen rato.

Meneo la cabeza y bebo un sorbo de té antes de contestar en voz alta:

—Todavía no. Pero ya casi la tengo. Salvo por eso, he terminado. —Me froto la cara—. Solo me queda retocar las viñetas.

—Me gustaron las del fondo verde que me mandaste. —Habla con lentitud, con languidez, y es como si me bañaran la piel con caramelo líquido—. Hacían que Cara pareciera más triunfal, no sé, como si ella estuviera rodeada de árboles.

Sonrío.

—A mí también me lo parece. Tengo que repasar esas. Ahora mismo, mi cerebro me está pidiendo un descanso.

—Ajá —dice, y oigo el gruñido que emite al incorporarse—. A ver qué hay por aquí. —De fondo, oigo cómo recorre el pasillo y también cuando sujeta el auricular contra el hombro antes de hablar de nuevo—. Puedes elegir entre *La jungla de cristal*, *Superpoli de centro comercial...* y *Matrix*.

Sumerjo la bolsita de té en el agua caliente unas cuantas veces.

—¿Me lo preguntas en serio?

Se queda callado un segundo antes de preguntar con voz dubitativa:

—¿Sí?

—*Matrix*.

Me doy cuenta de que está sonriendo cuando contesta.

—La están echando en FX. Así que ve a por una cerveza, apaga el ordenador y tómate dos horas libres para ver una peli.

Oigo lo que quiere decir en realidad: la creatividad necesita respirar un poco.

—¿Por qué no vienes y la vemos juntos? —protesto en voz baja. Llevo una eternidad sin verlo.

—Porque te follaría nada más entrar por la puerta y tú estás encerrada en tu cueva para trabajar.

Mi corazón estalla y me imagino un enorme rayo de luz que brota de mi pecho.

—Oh.

Se echa a reír.

—Buenas noches, Lola Love.

Deseo que me diga que me quiere. Necesito la forma en la que su voz se enrosca alrededor de las palabras, pero el premio me espera al final. Lo sé.

Cuando termina la película, tiro la botella de cerveza vacía al contenedor de reciclaje y vuelvo a mi dormitorio, donde termino la escena en una hora.

Solo he impreso dos copias completas de *Escarabajo*, pero soy incapaz de dejar de tocarlas. Me he gastado una pasta en la portada brillante con el título en letras mates, y en las gruesas hojas, que son una explosión de color. El color también explota en la portada; no sé si Erik querrá mantenerla, pero pienso luchar para que lo haga. Azules, verdes, rojos y amarillos iridiscentes que se arremolinan alrededor de mi alada Cara y de su querido Trip. El caos se difumina tras ellos, con la promesa de que, sin importar qué historia haya al abrir las páginas, la victoria se encuentra en ellas.

Estoy orgullosa del libro, y me muero por enseñárselo a Oliver.

Aparco junto a la acera y oigo el ruido del ventilador antes de que se quede en silencio. La casa de Oliver es una diminuta construcción azul en una diminuta parcela cuadrada. Su jardín intenta con desesperación crecer, pero Oliver se niega a regarlo todo lo que lo necesita por culpa de la sequía. La

pintura está desvaída, el camino de entrada tiene grietas en varias partes. Es a la vez anodina e impresionante. Me imagino aquí. Nos imagino a los dos aquí.

Siento que el corazón me sube por la garganta al imaginar que convivo con él y compartimos cosas muy cotidianas. Echo de menos las charlas todos los días. Echo de menos aún más estar a solas con él, amarlo, que me ame, crear amor juntos.

Saco los libros y los sostengo en alto para que les dé la luz del sol. Un ejemplar es para mí. El otro es para Oliver. No necesito que me diga que es bueno. Sé que lo es. Pero quiero que sea el primero en leerlo en su totalidad, porque también es nuestra historia. Ha visto retazos, pero me pregunto si lo captará todo cuando lo lea de cabo a rabo. Reconozco que así es mi proceso creativo, al menos ahora mismo: descargo mi vida en las páginas, transportándome a otro mundo y viendo cómo podría reaccionar, sobrevivir, prosperar.

Cojo la aldaba con forma de R2-D2 y la dejo caer para que golpee la puerta de madera. Siento algo muy reconfortante al ver cómo abre Oliver la puerta: vestido con camiseta y vaqueros, con el pelo revuelto y una manzana a medio comer en la mano. Pese a todo lo que ha pasado entre nosotros en las últimas semanas, sigue siendo el único hombre al que he querido.

Sonríe con alegría al verme, abre la puerta del todo y me pregunto con el corazón desbocado si podría haber estado alguna vez con otro que no fuera él, Oliver Lore: ahora transparente a mis ojos, siempre sincero y siempre a mi misma altura.

—Hola —me saluda—. Menuda sorpresa.

—Hola. —Casi me atraganto con la palabra.

—Creía que no te iba a ver hasta el viernes.

Baja la vista a lo que tengo en las manos y le doy su ejemplar del libro.

—Creo que es mi entrada a tu casa.

Su carcajada se corta en seco cuando repara en la portada. El corazón me da un vuelco al ver que pone los ojos como platos y masculla:

—Me cago en la puta.

«La viñeta muestra a la chica, con gotas de lluvia cayendo de sus manos.»

—Te quiero —digo en voz baja, con desesperación.

Oliver aparta la vista de la portada y me mira, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

Sale al porche de entrada y deja caer la manzana al suelo al tiempo que se coloca el libro debajo del brazo. Me toma la cara entre las manos y me mira fijamente a los ojos.

—¿Sí? —susurra.

Asiento con la cabeza y repito las palabras.

—Te quiero.

Tiene los ojos azules, salpicados de motitas verdes: un océano dentro de un iris. Con una sonrisilla, posa sus labios sobre los míos, una dulce caricia de un lado a otro mientras murmura, y todo mi mundo vuelve a cobrar sentido.

—Me quiere.

—Te quiere.

Soy incapaz de inspirar todo el aire que necesito. Quiero más, lo necesito más cerca. He pasado la última semana y media trabajando para llegar a este preciso momento, motivada por la idea del perdón transmitido en un beso.

Sin embargo, me besa una sola vez más, aunque con más languidez y con los labios separados, con un poquito de lengua.

—Vamos dentro —le suplico al tiempo que me pongo de puntillas para lamerle el cuello, el mentón.

—Tenemos toda la noche para eso —me promete antes de besarme por última vez en los labios—. Pero antes tenemos que hablar.

Entra en la casa y sale de nuevo con el abrigo, tras lo cual me coge de la mano y cierra la puerta. En los últimos días, hemos hablado de temas menores, como la tienda, mi novela, Joe No, Harlow y Finn, o el montón de novedades editoriales para las que no tengo tiempo; pero nada importante de verdad. Hemos envuelto nuestros corazones en papel de regalo y los hemos dejado con cuidado debajo del árbol.

La playa está a tres manzanas de distancia y a esta hora no hay surfers en el agua. Solo alguna que otra silueta solitaria que pasea por la playa, con un perro por delante.

Encontramos una zona tranquila en la arena, en la que solo se ven algunas

huellas, y nos quedamos de pie a pocos metros de la orilla. Hace viento y un poco de frío, pero yo estoy bien protegida con un abrigo y una camiseta de manga larga, y tengo a Oliver muy cerca. Observamos cómo las olas rompen en la orilla unos minutos y luego oigo cómo carraspea, como si quisiera decir algo.

Se me acerca despacio, con una sonrisa, es como ver una silueta moverse en el agua. Tras él, el cielo es de un precioso azul aciano; todavía sigue anocheciendo muy pronto, por la costa hacia el centro de la ciudad, y parece que el cielo azul es como una mancha líquida que se funde con las farolas por todas partes.

—¿Vamos a hablar aquí? —le pregunto con una sonrisa y me obligo a mirarlo con expresión envalentonada; de verdad que no tengo ni idea de por qué estamos en la playa y no en el sofá de su salón, mirándonos a la cara.

O subida en su regazo.

Con sus manos debajo de mi camiseta.

Con su boca en mi cuello.

—No se me ocurre nada más que tengamos que decirnos. —Me suelta y se encoge de hombros con un gesto muy dulce—. Pero sé que, de estar en mi casa, nos acostaríamos. Y ahora mismo solo quiero estar a tu lado un poquito más.

Cuando lo miro a los ojos, me doy cuenta de que su forma de mirarme es mucho más íntima que cualquier beso, que cualquier postura sexual, que cualquier cosa. Me asalta la desquiciada idea de subirme a él, de arañarlo, de intentar meterme en su interior. Solo necesito conectar.

—¿Sigues cabreado conmigo? —le pregunto, y siento una opresión en el pecho—. Aunque sea un poquito.

Menea la cabeza y lo veo pese al velo de las lágrimas que me empañan los ojos. No sé de dónde salen. Del alivio, tal vez. Seguramente del cansancio. Y también de la sensación de victoria.

Extiende una mano y enjuga la primera que brota de mis ojos.

—No estoy cabreado.

Asiento con la cabeza, con la esperanza de que si sigo tragando saliva, no me echaré a llorar.

—No voy a dejarte —me dice—. Lo sabes, ¿verdad?

Un reguero de lágrimas sigue a sus palabras: el dique de contención se ha roto.

—No es eso.

Pero sí lo es. El miedo que he sentido durante estas dos semanas se ha debido en parte a eso, a la idea de que he cambiado su amor, de que lo he destrozado de la misma manera que mi madre destrozó el mío, y ahora los tres pasos que nos separan no bastan para mitigar la necesidad que tengo de tocarlo.

—Lola —dice en voz más alta—, no quiero estar sin ti. No voy a dejarte. Aunque estés ocupada. Aunque tengas miedo. Aunque seas irracional o te comportes como una loca, no me iré.

—No es...

—Pero tengo que saber que tú tampoco te vas a ir. No puedo sentir que no soy lo más importante para ti. Tú siempre serás lo más importante para mí —me asegura—. Nunca te alejaré de tu arte, pero no quiero volver a sentir que soy una distracción para ti. —Clava la vista en el punto donde sus dedos secan mis lágrimas—. Me he dado cuenta de que... de que nunca he necesitado importarle a nadie tanto como necesito importarte a ti.

Se acerca más y noto su abrigo contra el pecho, así que me apoyo en él y le rodeo la cintura con los brazos antes de pegar la cara al hueco de su garganta. Huele de maravilla. Es un olor conocido, a limpio. Huele a libros, a suavizante y a océano. Me rodea los hombros con los brazos y me deja una mano en la espalda y la otra, en el pelo.

—¿De acuerdo? —susurra.

—Me importas —le aseguro con voz sincera—. Me importas muchísimo, Oliver. De hecho, te convertiste en todo mi mundo y eso me asustó. Creo que la idea de meter la pata con las novelas me parecía equiparable a perder a alguien de la familia.

Oliver me mira con atención.

—Lo sé.

—Se me fue la pinza cuando dejé que todo se fuera al traste. Supongo que tenía que averiguar cómo salir del atolladero. —Me encojo de hombros entre



sus brazos—. Creo que lo he hecho. ¿Vale? Pedirte un poco de espacio solo sirvió para empeorar las cosas. Las empeoró muchísimo.

Me besa la coronilla y asiente con la cabeza.

—Dijiste que sabías que sería así de intenso —le recuerdo—. Pero tenías razón: yo no lo sabía. No he sentido nada parecido antes.

—Me alegro —dice él—. Quiero ser el amor de tu vida. —Ladea la cabeza, sopesa sus palabras y añade—: Al menos, quiero ser el amor humano de tu vida. Puedo compartirte con Navaja.

Intento reír, pero tengo tal nudo de emoción en la garganta que hablo con voz estrangulada al añadir:

—¿Has vuelto a ver a Allison?

—No —contesta a toda prisa, y se aparta un poco para mirarme a la cara—. Lola... Te quiero. Ya te lo he dicho, no quiero estar con nadie más.

Un nudo enorme desaparece de mi interior.

—Vale. Vale. —No sé por qué tenía que preguntárselo, pero era así. A Allison le gusta. Es una alternativa para él.

Suelta el aire y su pecho se desinfla contra mí, y casi puedo palpar su sentimiento de culpa.

—Sé que parece una traición lo que hice. A mí también me lo parece.

Asiento con la cabeza y contengo otro sollozo.

—Una insignificante en comparación. Oliver, soy imbécil.

Se echa a reír.

—Pero me encanta que podamos hablar por fin de todo esto —me dice—. De sentimientos y de cosas nuestras. Y no solo cuando lo estamos haciendo. Me refiero a hablar aquí, en la playa.

—Ya —replico con una carcajada—, supongo que tengo que darte la razón en lo de no entrar en tu casa.

—Estaríamos montando mucho escándalo, pero no diríamos una sola palabra coherente —continúa, y se inclina para pegar su frente a la mía.

Un deseo desesperado me consume de repente y siento cómo el anhelo me corre por el pecho como una enredadera.

—Oliver...

Sin embargo, él se aparta, con los ojos nublados por el deseo, decidido a

seguir hablando.

—Llevo deseándote mucho tiempo —me dice—. A veces, se volvía algo tan brutal que me entraban ganas de vomitar. Tuve una cita poco después de conocerte, justo al mudarme a San Diego, y fue horrible. Volví a casa y me puse a escuchar en bucle un mensaje de voz que me habías dejado. Era una diatriba sobre lo mucho que odiabas las Pringles, pero en realidad era una oda a las Pringles.

Me echo a reír. Sé perfectamente a qué mensaje se refiere.

—Me corrí con el sonido de tu voz aquella noche —admite y me mira con expresión ardiente.

El corazón me da un vuelco y una oleada abrasadora brota de mi pecho y se concentra entre mis muslos.

—Que sepas que, en la mente, te he hecho un montón de guarrerías.

—¿Cómo qué? —le pregunto.

—Como lamerte, morderte, follarte —contesta en voz baja—. Correrme dentro de ti. Sobre ti. Hacerlo justo después de que lo hagas tú; a veces antes de que lo hagas; obligarte a jugar conmigo hasta ponérmela dura otra vez.

Soy incapaz de respirar, no recuerdo cómo se traga saliva.

El deseo le oscurece otra vez los ojos mientras continúa:

—Y lo que hicimos en la ducha.

De repente, soy muy consciente de que no ha vuelto a besarme desde que salimos de su casa. De que han pasado dos semanas desde que sus manos me acariciaron, y muchísimo más tiempo desde que me permití perderme entre ellas.

Inclina la cabeza y sus labios me rozan la barbilla.

—Te toca confesarte.

—Estaba coladita por ti en Las Vegas, pero se me pasó, más o menos, al creer que no te interesaba —le digo—. Y luego me sumergí de lleno en el lanzamiento de *Pez Navaja* y... en fin... básicamente fantaseaba contigo.

—¿Sí?

—Sí —le confirmo—. Fantaseaba con lamerte, morderte, follarte. Y con eso que hicimos en la ducha. —Oliver intenta soltar una carcajada, pero no emite sonido alguno, solo siento el movimiento de su pecho contra mí—.

Pero luego te dibujé casi desnudo y la fantasía ya no me bastaba. A ver, tengo como veinte bocetos en los que sale solo tu polla.

—Seguro que te ha costado encontrarles sitio a dibujos de semejante tamaño —dice con una sonrisa.

—Pues claro, vamos. Si no dibujas a tamaño real, ¿para qué molestarte? — Me mete las manos bajo el abrigo, las desliza por debajo de mi camiseta. Sus fríos dedos acarician la cálida piel de mi cintura, de mis costillas, de la parte superior de mis pechos, por encima del sujetador, y nuestras miradas se encuentran un segundo antes de que agache la cabeza y me bese una sola vez.

—Hola, novia.

Siento que la sonrisa me traga entera.

—Hola.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza.

—Estoy de muerte.

La comunicación no verbal no es nueva para nosotros, pero el mensaje lo transmiten sus ojos. No hay palabras para lo que me está diciendo; al menos, no en un idioma que ambos conozcamos. Está desesperado, pero también emocionado; su cuerpo está ansioso, pero no se trata de follar por follar, ni de alcanzar el orgasmo, ni de aplacar algo entre nosotros con placer. Lo que siente es esta conexión tan intensa y perfecta. Lo sé porque la misma conexión me recorre entera.

Le desabrocho el primer botón de los vaqueros con sus ojos clavados en los míos, dándome permiso de forma tácita. Los tres siguientes se abren con poco trabajo. Oliver respira con rapidez y siento su cálido aliento en la mejilla.

—¿Qué estás tramando, Lorelei?

—Solo te estoy tocando.

Bajo la vista y observo cómo mi mano se mete bajo la cinturilla de sus bóxers, pero me doy cuenta de que él mira a mi espalda, a la playa, para asegurarse de que estamos solos de verdad.

Echo la cabeza hacia atrás y le pido en silencio que me bese.

—Este amor enorme, inmenso... —murmura contra mis labios, pero deja la

frase a la mitad cuando mis dedos se cierran en torno a su húmedo y cálido glande.

Oliver nos envuelve a ambos con su abrigo, ocultando así mi brazo doblado y mi mano, que lo libera de los calzoncillos. Separa los labios sin apartarlos de los míos, y su lengua me invade la boca en pequeñas embestidas, con las manos entrelazadas a mi espalda para ocultar lo que estamos haciendo. Hay muchas formas de declarar el amor, de hacer el amor. Me trago los sonidos que emite, acariciándolo con lentitud y languidez hasta que él empieza a moverse contra mí, hasta que empieza a estremecerse, hasta que deja de besarme y está demasiado concentrado en el placer. Separa los labios y los deja pegados a los míos, sin hacer nada más, y yo me muero por tragarme los gemidos que emite cuando está a punto, cuando le falta poco para correrse, cuando me clava los nudillos en la columna, suplicándome. Hemos estado prácticamente en silencio, solo somos una pareja que se abraza, que se besa en la playa, en la oscuridad, pero de repente algo se desata en mi interior, una especie de alivio, de emoción, de tensión liberada, que me arranca un paradójico sollozo y Oliver se inclina hacia delante, corriéndose con un gemido ronco.

Lo siento cálido en la mano, húmedo y resbaladizo, y me insta con un leve movimiento de la cadera a dejar de mover los dedos. Pero no quiero soltarlo todavía; me gusta la sensación de compartir estos lánguidos besos; de sostenérsela, complacida, en la mano, mientras me envuelve su calor corporal y el inmenso océano rompe a nuestro lado.

Al cabo de un rato, aparto la mano y él se abrocha los pantalones mientras se ríe por haberme pringado. Una vez compuesto, me besa la nariz, pero no tiene ganas de que abandone el refugio de su abrigo. Y mientras el agua se va acercando a nuestros pies, tengo la sensación de que Oliver y yo llevamos años juntos; el silencio que compartimos es demasiado cómodo para que se trate de algo pasajero.

Cuando levanto la vista, lo veo mirando el mar, pero se percata de que lo estoy mirando y me sonrío.

—Me gusta este sitio —dice.

—A mí también.

—Estaba pensando... No deberías comprarte una casa —me dice—. Yo tengo una estupenda.

La emoción y la inquietud se revuelven en mi estómago.

—Yo estaba pensando lo mismo mientras hacía acopio de valor para llamar a tu puerta. Pero luego me dije que... pasito a pasito.

La sonrisa aparece primero en su mirada y después en sus labios.

—Pasito a pasito —repite—. Pero no te compres una casa. Sería malgastar el dinero a lo bestia.

Me pongo de puntillas para besarlo en la barbilla y me digo que es tan buen momento como otro cualquiera para decirle que no sé si alguna vez querré casarme de nuevo, que no sé cómo hacer nada de esto y que estoy segura de que voy a meter la pata... a menudo.

—Pero no...

Me pone los dedos en los labios y luego me los besa.

—Chitón. No somos como nuestros amigos. Tenemos un camino propio, ¿vale? Pero seamos optimistas.

Con una sonrisa, tiro de él hasta que los dos nos sentamos en la arena y vemos cómo la luna deja un brillo plateado en la espuma de las olas. Oliver me cuenta anécdotas de su primer año en Estados Unidos. Yo le cuento anécdotas del año que mi madre se fue. Nos quedamos callados y adormilados en la playa antes de que nos despertemos el uno al otro y discutamos sin muchas fuerzas qué pedir para cenar.

Tengo mucha suerte.

Tengo muchísima suerte.

«La viñeta muestra a la chica, y a su chico, con las manos llenas de arena, levantadas, mientras intentan contar las estrellas.»

# Agradecimientos

La lección de Lola nos sirve a todos: a veces hace falta equivocarse para aprender cómo se deben hacer las cosas.

Esperamos que no tengáis ni idea de que escribimos este libro dos veces. La primera vez tardamos tres meses. Era un buen libro, pero no la historia de Oliver y Lola. La segunda vez, solo tardamos cinco semanas y mientras escribíamos las palabras lo teníamos claro.

Esto.

Esto.

Esto es Loliver.

Gracias a Adam Wilson por verlo. No nos dijiste cómo debería ser, pero sabías cómo no debía ser, y tenías razón, como siempre. ¿Tuviste que tomarte un par de chupitos antes de hacer aquella llamada? Te aseguro que nosotras nos los tomamos después. Pero nos alegramos mucho de que conozcas a estos personajes tan bien como nosotras y de que estos libros te importen en la misma medida que a nosotras.

Y gracias, Holly. Dijiste que era sensacional, te pusiste el ramillete de Ansel y siempre estás con nosotras, en los momentos señalados y en el día a día. Significa mucho, muchísimo, para nosotras. Pero tú ya lo sabes, porque eres Holly.

Erin, eres un hacha para encontrar las erratas más pequeñas y para ofrecer un informe detallado. Es sorprendente lo que llegas a encontrar y que nosotras no hemos visto después de leer veinte veces, pero tu cerebro es mágico y tu entusiasmo es superimportante para nosotras. Gracias, gracias,

gracias.

Este trabajo es tan divertido que resulta obsceno, y en parte se debe a que podemos escribir sobre personas interesantes mientras lo hacen, pero sobre todo porque contamos con Kristin Dwyer, Kresley Cole, Alice Clayton y Nina Bocci con sus chistes subidos de tono. ¿Qué haríamos sin vosotras, chicas? No queremos ni pensarlo.

Gracias a nuestras lectoras beta: Erin Service, Tonya Irving, Sarah J. Mass y Alex Bracken. La vuestra es la opinión que necesitamos oír y nunca os equivocáis. Marion Archer, gracias por tomarte la molestia de leer la historia tan a fondo. Tus comentarios no solo nos ayudaron a pulir el texto, sino que también fueron la clave para que encajaran muchas piecitas. Gracias, Lauren Suero, por el trabajazo que haces todos los días; Jen Grant, por ser del equipo CLo desde el día -365; Heather Carrier, por las imágenes que siempre nos arrancan una reacción sonora cuando estamos a solas en nuestros despachos. Gracias a Caroline Layne, por las increíbles ilustraciones que han dado vida a Loliver.

Nuestro cariño para toda la familia Gallery: Jen Bergstrom, Louise Burke, Carolyn Reidy, Adam Wilson, Kristin Dwyer, Theresa Dooley, Jen Robinson, Sarah Lieberman, Liz Psaltis, Diana Velasquez, Melanie Mitzman, Paul O'Halloran, Lisa Litwack, John Vairo, Ed Schlesinger, Abby Zidle, Stephanie DeLuca, Lauren McKenna y Trey (¡Hola, caracola!).

Este libro se lo dedicamos a Eddie Ibrahim, el Oliver original que nos animó a recibir con los brazos abiertos a nuestros fans, que le dio a Lo todos los cómics de Pórtico hace tanto tiempo, y que se convirtió hace mucho en la roca que sustenta nuestros endebles cimientos. Te adoramos, Superman, de verdad que sí.

A Blondie, al doctor Mr. Shoes, a Carebear, a Cutest y a Ninja: la mejor familia del mundo.

La verdad es que no estaríamos en ningún sitio sin nuestros lectores, y sin ellos seríamos dos mujeres más escribiendo historias en nuestros ordenadores. Gracias a vosotros, nuestros libros se han convertido en superventas. Os estamos muy agradecidas por todo lo que hacéis para apoyarnos, ya sea escribir una crítica o aconsejar a una amiga que compre un libro nuestro. Esperamos haber acertado otra vez al escribir esta historia y

esperamos que nos lo hagáis saber. Gracias por acompañarnos.



## Una nueva entrega de la serie Wild Seasons



Lo que sucede en Las Vegas, se queda en Las Vegas. Pero ¿qué pasa con lo que no ocurrió en Las Vegas?

Tanto Lola como Oliver están encantados por haber tenido suficiente sensatez como para no consumir el loco matrimonio de una noche de desenfreno en Las Vegas. Gracias a ello, ahora son amigos inseparables. Nada más. O eso dicen...

Porque, en realidad, Lola ha deseado a Oliver desde el momento en que lo vio por primera vez y nunca se había sentido tan cómoda en compañía de alguien tan fascinante. Para Oliver, por su parte, acostumbrado a romper corazones y a resistirse al amor, la obsesión que siente por Lola es algo completamente nuevo. Es cierto que han decidido ser solo amigos, pero cada vez le resulta más difícil mantenerse fiel a la promesa que se hicieron en Las Vegas.

Cuando la novela gráfica que acaba de publicar se convierte en un tremendo éxito comercial, Lola necesitará a Oliver a su lado más que nunca. ¿Podrán resistirse al deseo?

**Christina Hobbs** y **Lauren Billings** forman un dúo de escritoras apasionadas desde siempre por las novelas románticas. Juntas han logrado llegar a la lista de los libros más vendidos del *New York Times* con catorce de sus novelas, que, además, se han publicado en más de treinta países y han recibido críticas destacadas en *Kirkus Reviews*, *Library Journal* y *Publishers Weekly*. Han sido galardonadas con el premio Seal of Excellence y Book of the Year de la *RT Magazine* y han sido nominadas para diversos Goodreads Choice Awards. También han sido galardonadas con el Premio Rosa Romántica'S a la mejor autora revelación internacional.

Para más información, visita la página web de las autoras: [christinalaurenbooks.com](http://christinalaurenbooks.com). También puedes seguir a Christina Hobbs y a Lauren Billings en sus cuentas de Twitter: @christinalauren, @seeCwrite y @lolashoes.

Título original: *Dark Wild Night*

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2015, Christina Hobbs y Lauren Billings

Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con el editor original, Gallery Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrena, por la traducción

Adaptación de la portada original de Simon & Schuster: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Stefano Cavoretto / Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-160-7666-6

Composición digital: Infillibres, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



megustaleerEbooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

## Oscura noche salvaje

1. Lola
2. Oliver
3. Lola
4. Oliver
5. Lola
6. Oliver
7. Lola
8. Oliver
9. Lola
10. Oliver
11. Lola
12. Lola
13. Oliver
14. Lola
15. Oliver
16. Lola
17. Lola

## Agradecimientos

## Sobre este libro

## Sobre Christina Lauren

## Créditos